

# PASIONES EN BAYEUX

BEATRIZ SOBRINO DE MINGO

**D.J.57**

# **Pasiones en Bayeux**

**Beatriz Sobrino de Mingo**  
**Pasiones en Bayeux**

Contacto: [beatrizsobrino@hotmail.es](mailto:beatrizsobrino@hotmail.es)

Blog: <http://www.intimaemperatriz.blogspot.com.es/>

Facebook: Beatriz Sobrino (Escritora)

Copyright: Pasiones en Bayeux

© Beatriz Sobrino de Mingo

Obra inscrita: Registro General de la propiedad intelectual de la Comunidad Valenciana

A fecha de: marzo de 2018

Todos los derechos reservados: Queda totalmente prohibida la reproducción total o parcial de esta obra, almacenada o distribuida de manera alguna por cualquier medio sin la autorización previa y por escrito de su autora.

Si quieres disfrutar de mi novela: La catedral de los libros, entra aquí: <http://amzn.eu/6zZXAN6> Una narración donde el amor y el misterio se cruzan en una historia peculiar que no te dejará indiferente, una trama que con su suspense te atrapará.

# Índice

[Karma](#)

[Citas Célebres](#)

[Prólogo](#)

[CAPÍTULO 1](#)

[CAPÍTULO 2](#)

[CAPÍTULO 3](#)

[CAPÍTULO 4](#)

[CAPÍTULO 5](#)

[CAPÍTULO 6](#)

[CAPÍTULO 7](#)

[CAPÍTULO 8](#)

[CAPÍTULO 9](#)

[CAPÍTULO 10](#)

[CAPÍTULO 11](#)

[CAPÍTULO 12](#)

[CAPÍTULO 13](#)

[CAPÍTULO 14](#)

[CAPÍTULO 15](#)

[CAPÍTULO 16](#)

[CAPÍTULO 17](#)

[CAPÍTULO 18](#)

[CAPÍTULO 19](#)

[CAPÍTULO 20](#)

[CAPÍTULO 21](#)

[CAPÍTULO 22](#)

[CAPÍTULO 23](#)

[CAPÍTULO 24](#)

[Epílogo](#)

# Karma

*de Ramón María del Valle-Inclán*

Quiero una casa edificar  
como el sentido de mi vida.  
Quiero en piedra mi alma dejar  
erigida.

Quiero labrar mi eremitorio  
en medio de un huerto latino,  
latín horaciano y grimorio  
bizantino.

Quiero mi honesta varonía  
transmitir al hijo y al nieto,  
renovar en la vara mía  
el respeto.

Mi casa como una pirámide  
ha de ser templo funerario.  
El rumor que mueve mi clámide  
es de Terciario.

Quiero hacer mi casa aldeana  
con una solana al oriente,  
y meditar en la solana  
devotamente.

Quiero hacer una casa estoica  
murada en piedra de Barbanza,  
la casa de Séneca, heroica  
de templanza.

Y sea labrada de piedra;  
mi casa Karma de mi clan,  
y un día decore la hiedra.

## Citas Célebres

*El karma es experiencia, la experiencia crea memoria, la memoria crea imaginación y deseo, y el deseo crea de nuevo el karma. (Deepak Chopra)*

*Problemas o éxitos, todos son resultados de nuestras propias acciones. El karma. La filosofía de la acción es que nadie es el que da la paz o la felicidad. El karma propio, las propias acciones son responsables de traer la felicidad, el éxito o lo que sea. (Maharishi Mahesh Yogi)*

*Hay una ley mítica maravillosa de la naturaleza por la cual, las tres cosas que anhelamos más en la vida -felicidad, libertad y paz- son siempre conseguidas al darlas a alguien más. (Peyton Cornwall March)*

*Las cosas no ocurren por casualidad en este mundo de surgir y desaparecer. No vivimos en una especie de universo loco y accidental. Las cosas ocurren de acuerdo a ciertas leyes, leyes de la naturaleza. Leyes como la ley del karma, la cual nos enseña que debido a que se sembró una semilla, un fruto saldrá. (Sharon Salzberg)*

*Lo que hemos hecho, su resultado, viene a nosotros ya sea hoy, mañana, cien años más tarde o cien vidas más tarde, sea cuando sea. Y eso es nuestro karma. Es por ello que esa filosofía está en toda religión: matar es pecado. Matar es pecado en toda religión. (Maharishi Mahesh Yogi)*

*Mantén tu curiosidad si quieres que los misterios se abran para ti. Los misterios nunca se descubren para aquellos que preguntan. Los indagadores antes o después terminan en una biblioteca. Antes o después terminan con las escrituras, porque están llenas de respuestas. Y las respuestas son peligrosas, matan tus inquietudes. (Osho)*

*Mis acciones son mis únicas pertenencias. No puedo escapar de las consecuencias de mis acciones. Mis acciones son el suelo sobre el que me mantengo. (Thích Nhất Hạnh)*



## Prólogo

Los primeros días de mi llegada a Normandía fueron muy aburridos, aquel ambiente a mí me mataba, y en algunos momentos me estuve arrepintiéndome por no haber elegido otro destino. Cuando mi mentor el señor Edward que tan bien me conoce, me preguntó tantas veces si estaba segura era por algo. Me lo podía haber advertido, pero entonces, no hubiera vivido la experiencia más importante de mi vida. El señor Edward aún se sigue sorprendiendo, porque yo siempre añado algo, un simple detalle, y ello hace que cambien muchas cosas. Si me hubieran expuesto todo lo que me iba a pasar paso por paso no dudaría lo más mínimo, repetiría todo exactamente igual que entonces.

Todavía recuerdo lo que me decía mi hermano: “¡Menuda arqueóloga...o lo que vayas a ser!”, y se reía de mí porque me aterraba la oscuridad. A veces él me encerraba a oscuras en el cuarto de baño hasta que mi madre me encontraba presa de un ataque de pánico, a mi hermano entonces le caía una buena regañina, y le castigaban sin poder salir a jugar en la calle. Nunca nos habíamos llevado bien, pero nos entendíamos, y ello hacía que nos buscásemos y quisiéramos estar juntos.

Cumplí veinte años y seguía teniendo miedo a la oscuridad, mi hermano que entonces tenía veintitrés me pidió perdón una tarde de invierno, y me regaló una lamparilla con forma de mariposa para que la pusiera en mi dormitorio.

Desde niña siempre me había atraído el arte en todas sus manifestaciones, y toda la familia estaba al tanto de mis inclinaciones. Había cumplido ocho años cuando empezaron a regalarme libros sobre pintura, arquitectura, de historia universal del arte; yo adoraba ese tipo de libros. Contemplaba las imágenes de las fotografías, maravillada, cuestionándome, como era posible que una mano humana pudiera crear semejante belleza. Enseguida entendí cuál debía ser mi futuro profesional. Dedicué todo mi tiempo y ganas esforzándome con los estudios, se me dio muy bien porque me apasiona, conseguí licenciarme, y posteriormente doctorarme en historia del arte, y después de pasar algún tiempo solicitándolo, me concedieron una ayuda para poder trabajar en el museo de Louvre en París, pero primero, tenía que pasar una prueba, y para ello debía elegir entre cuatro posibilidades, entonces, al comentárselo a mi amigo Pierre él decidió prácticamente por mí. Pierre es francés, aunque desde que tenía un año había vivido siempre en la ciudad de Coventry en Gran Bretaña, donde yo había

nacido, nos habíamos conocido en el colegio cuando los dos teníamos seis años, y congeniamos desde el principio. Un gran apasionado de las historias vikingas, un enamorado acérrimo de Normandía, por lo tanto, el museo de la Tapisserie de Bayeux en la ciudad de Bayeux en Francia, (que era una de las opciones que yo podía elegir) le pareció el destino perfecto para mí. Pierre...Muy guapo y muy rubio, pero tan aburrido y tan previsible en todo, que tenía escaso éxito entre las chicas. Conmigo también lo intentó, pero si conociéndonos toda la vida tardó mes y medio en darme el primer beso en la boca, no me quise ni imaginar el resto. Juro que puse todo lo que pude por mi parte, pero me resultó imposible.

“Enhorabuena Diandra, ya lo has conseguido” Frase que escuché durante varios días, tiempo tras el cual me fui a mi nuevo destino.

# CAPÍTULO 1

Aquello no era lo que yo me esperaba, tampoco sé lo que esperaba, no tenía nada que ver con Coventry, sin duda era un lugar muy bonito, pero demasiado tranquilo para mí. Siempre he agradecido que mi mentor el señor Edward no me dijera nada o, muy posiblemente, yo hubiera elegido otro destino pese a la insistencia de mi amigo Pierre. Enseguida me instalé en una pequeña casa rural muy cerca de la ciudad de Bayeux, que me había cedido el museo. Lo mejor era que no la tenía que compartir con nadie, los servicios médicos también los tenía cubiertos, salvo la comida y la gasolina de mi coche, que también era prestado durante mi estancia allí, no tenía que preocuparme por ningún gasto más. Era una buena oportunidad que debía aprovechar al máximo y, con un poco de suerte, en poco más de un año podría elegir un puesto entre los tres que quedarían libres en el Museo del Louvre. Mi mentor me aseguró que si quería lo podía conseguir. Él confiaba plenamente en mí.

En el museo de Bayeux querían modernizar los archivos, y contrataron personal especializado para ello, a mí me habían elegido entre cuatro personas para hacer un minucioso trabajo de investigación sobre el famoso tapiz de Bayeux, pero había un problema con el que no había contado el señor Edward porque este desconocía mi miedo por la oscuridad, y yo tampoco había reparado en ello.

El tapiz estaba expuesto en una sala en penumbra, por lo que costaba un poco adaptar la vista allí dentro, el fin de tan escasa luz era proteger los colores del tapiz, y me dijeron que, cuando yo estuviera haciendo mi trabajo en la sala rebajarían todavía más la intensidad de la luz. Puede parecer absurdo, pero solo de imaginar que estaba sola en aquella sala casi a oscuras me traía malos recuerdos de mi niñez, y me paralizaba. No había contado con algo así nunca, y sabía que me estaba jugando mi futuro.

Faltaban dos días para empezar mi trabajo de investigación, y no quería tener problemas nada más comenzar, por lo que puse en práctica algo que se me ocurrió. Me metí en el aseo y cerré la puerta, apagué la luz sin apartar el dedo del interruptor. Cerraba los ojos y enseguida notaba como se aceleraba mi corazón y mi respiración, encendía rápido la luz cuando notaba un vuelco en el pecho, más suave, pero parecido a cuando se recibe un susto. Estuve un rato encendiendo y apagando la luz, pero aquello no me iba a servir de nada mientras siguiera con el dedo en el interruptor. Tenía que alejarme de la puerta y aguantar

el máximo tiempo posible, lo hice hasta que otro vuelco en el pecho me hizo gritar porque no encontraba el interruptor y, cuando finalmente encendí la luz salí del aseo histérica.

Estaba muy nerviosa, y sin esperar a tranquilizarme me metí otra vez en el aseo con una linterna. La encendía cuando ya no podía más.

Estuve toda la tarde haciendo lo mismo, lo pasé muy mal, y casi cuatro minutos fue el máximo tiempo que aguanté encerrada sin luz. Esa noche me costó dormirme por toda la tensión acumulada durante la tarde; no me separé de la linterna ni un segundo. La tarde siguiente hice lo mismo, y terminé otra vez histérica, pero conseguí aguantar ocho minutos sin luz. No sé si esto que hacía durante las tardes era terapéutico, pero algo me ayudó, porque cada día que pasaba me iba encontrando más tranquila en la sala del tapiz. Me juré a mí misma que lo iba a conseguir.

Llevaba un mes en Bayeux y todavía no conocía nada de la ciudad, me apetecía pasear y me fui con mi coche hasta la ciudad. Desde la casa rural tardaba solo veinte minutos en llegar. Paseé por las calles disfrutando del encanto del lugar. Sus casas antiguas, la amabilidad de sus gentes, cierto aire de misterio se respiraba en aquel ambiente. Observaba todo con gran interés, hasta que me topé con una tienda de vestidos de mujer y entré para curiosar un poco. Enseguida vi algo que me gustó mucho y pedí mi talla. Iba a entrar al probador cuando escuché detrás de mí:

—Eso no es apropiado para usted.

A solo un metro de mí había una mujer anciana que me miraba como si hubiera visto un fantasma. Mientras me fui acercando a ella la mujer se fue hacia un lado de la tienda, cogió un vestido y me lo dio diciendo que era perfecto para mí. Me pareció muy bonito, pero muy serio y anticuado para mi edad. La señora no dejaba de mirarme ensimismada, y me pidió por favor que me lo probara. No la conocía, el vestido no era de mi estilo, era bastante caro, y sin embargo me lo probé. Me quedaba muy bien, me gustaba la imagen que me devolvía el espejo; parecía que aquel traje me había estado esperando. Cuando salí del probador la mujer ya no estaba, dejé el vestido en su perchero, era demasiado de todo para mí, y tampoco tendría ocasión de lucirlo. Enseguida salí de la tienda.

Esa noche soñé con la mujer anciana, me decía algo en el sueño, pero no podía recordar el qué, solo pensé que había sido porque era la única persona con la que había hablado fuera del museo y de la tienda donde compraba la comida. Tenía

la sensación de que la mujer me conocía, lo había sentido en la tienda, y también al despertarme esa mañana.

Ya habían pasado casi dos meses, mi trabajo iba bien, mi miedo quería creer que lo tenía controlado. Algunas tardes paseaba por las calles de la ciudad un rato, después del paseo compraba lo que me hiciera falta, y el día que hablaba por teléfono con los míos me alegraba mucho; les echaba tanto de menos. Por las noches leía un rato antes de acostarme, en mi vida había dormido tan bien como en la casa rural. Todo era muy rutinario, absoluta tranquilidad, a veces el aburrimiento podía conmigo, entonces salía fuera y paseaba entre los arbustos respirando profundamente. Alguna tarde se acercaba hasta allí un chico adolescente que me dejaba la prensa local en la puerta, se iba sin llamar, tocando la bocina de su bicicleta, esa era su manera de saludarme, y decirme que recogiera lo que había dejado en el suelo delante de mi puerta. Esas tardes leía la prensa hasta la noche, a veces pensaba en Pierre, en sus historias vikingas que solía contarme entusiasmado, aunque yo casi no le prestara atención.

Esa mañana de sábado acudí al museo con una rara sensación, algo me decía que no iba a ser otro día más, y no me equivoqué. A punto de entrar en la sala del tapiz uno de los encargados me pidió que le acompañara. Aún no había terminado el mes, pero el hombre me dio la paga para que pudiera comprar lo que necesitara, puesto que tres días después se celebraría una gala en el museo y yo debía acudir correctamente vestida para la ocasión. Le di las gracias y me fui a hacer mi trabajo. Mientras miraba el tapiz recordaba cosas de mi vida, mi mente estaba un poco dispersa esa mañana, y de golpe, me vino a la cabeza la mujer anciana desconocida y el vestido que me había probado.

El lunes por la tarde bajé a la ciudad para comprar el vestido, ya tenía ocasión de lucirlo, y confirmó el pensamiento que había tenido en la tienda: aquel vestido estaba hecho para mí, me había estado esperando. La anciana desconocida creía que era perfecto para mí, quise confiar en su buen criterio, y me gasté buena parte de la paga en el, también me compré un adorno para el pelo y eché gasolina al coche.

La tarde de la gala acudí un poco nerviosa, cuando llegué ya hacía varios minutos que había empezado; en ese momento alguien estaba contando una historia sobre el desembarco de Normandía. Me senté al final, en uno de los pocos asientos que quedaban libres. Estaba calculando que habría unas doscientas personas en la sala cuando un encargado me dijo que fuera con él, le

acompañé, y me senté como me indicó en un sitio que había reservado para mí en primera fila. Saludé discretamente a varias personas, y seguí escuchando atentamente. Al cabo de un rato, mi mirada chocó de repente con la de un hombre que estaba de pie en el lado izquierdo de la sala, me sonrió y yo volví la mirada al frente y, cuando de nuevo miré, el hombre ya no estaba. Al rato le volví a ver, se había sentado. Me quedé con mis ojos fijos en los suyos, me miraba sonriente, mi corazón se aceleró, y de nuevo me puse nerviosa.

Me costó escuchar gran parte de la conferencia porque el hombre no dejaba de mirarme, y yo seguí con el corazón acelerado.

Después de dos horas terminaron las explicaciones. Yo apenas me había enterado.

Todos los asistentes a la gala nos desplazamos a una sala contigua, fueron breves instantes caminando entre la gente cuando me encontré de frente con el hombre que me había estado mirando, muy amablemente me ofreció una copa de champán, la acepté sin pensar y casi sin mirarle, no era por vergüenza...

A aquel hombre no lo había visto en mi vida, pero me resultaba familiar. Se presentó muy educadamente, y me dijo que estaba al corriente de mi trabajo en el museo.

—Vivo la vida y aprendo —me dijo cuando le pregunté a qué se dedicaba.

Me resultó muy atractivo, muy caballero, y parecía un hombre muy alegre. Estuvimos charlando un buen rato sobre el tapiz, y algo le estaba contando sobre lo que había puesto en mis informes cuando me ojeó descaradamente de arriba abajo diciendo que llevaba un vestido perfecto.

—Está preciosa —afirmó categórico.

Antes de despedirse me repitió que le gustaría mucho volver a verme porque teníamos mucho sobre lo que conversar. El tiempo se me había pasado rápido esa tarde, y ya saliendo del museo, me pregunté qué era lo que el señor René y yo teníamos que hablar si no nos conocíamos de nada, y pensé que quizá solo estuviera interesado en saber algo sobre mis investigaciones. Cuando llegué a casa me quité el vestido y durante un rato lo observé; aquel trozo de tela también me resultó familiar. Eran sensaciones que me desconcertaban, que se habían estado originando desde mi llegada a Bayeux. Guardé el traje perfecto y me preparé un baño de espuma.

El señor René vino varias veces al museo, enseguida me pidió que dejara de

llamarle señor. Era un hombre muy educado, muy interesante. Cuando estaba con él tenía la sensación de que estaba en otra época por su forma de hablar y de comportarse. Algunos gestos y expresiones de René no era lo normal de una persona en pleno siglo XXI. Me trataba con gran condescendencia, como si yo fuera algo frágil, tan respetuoso que en muchos momentos me impresionaba, y empecé a sentirme muy atraída por él.

Me preocupaba que aquella extraña relación que manteníamos me desviara de mis obligaciones. A ratos en la sala del tapiz recordaba el comportamiento hacia mí de René, me distraía recordando nuestros encuentros, y las conversaciones para mí un tanto peculiares que manteníamos como si nos conociéramos de mucho tiempo. Me gustaba mucho estar con él, casi todas las tardes me esperaba a la salida de mi trabajo para pasear, era el único amigo que tenía allí, pero no me gustaba la situación porque yo no estaba en Bayeux para encontrar un amor. Me costaba cada vez más no parecer interesada por él como hombre, su gran atractivo natural me podía, tan considerado y afable siempre conmigo. Yo intentaba alejarme emocionalmente, no sentir cosas por René, y rechacé algunas proposiciones por su parte, pero en el fondo, quería estar con él el mayor tiempo posible. Me gustaba mucho el olor de su perfume, sin duda un olor añejo, intenso, evocador.

Estaba lloviendo con fuerza ese domingo. Cogí el coche y bajé a Bayeux porque había quedado con René, quería enseñarme algo que estaba seguro que me podía gustar, y creí que querría enseñarme algo del lugar que yo todavía no conocía. Cuando llegué me pidió que dejara mi coche delante del museo y montara en el suyo. Tras escasos minutos conduciendo René paró el coche, y maniobró un poco para poder dejarlo junto a un puente de piedra que había que cruzar andando para entrar directamente a un edificio donde se encontraba su vivienda. La fachada era muy vieja, desconchada y oscura por la parte de abajo debido a la humedad, la parte alta de la fachada estaba en perfectas condiciones, con ventanas llenas de bellas flores de vivos colores. Estaba observando el conjunto cuando René me cogió de la mano para que entráramos en el portal; enseguida me soltó y subimos hasta la segunda planta. Nada más entrar en la casa me quedé gratamente asombrada. La vivienda por dentro era de piedra color arena, bellas lámparas de cristal colgaban por encima de mi cabeza en poco más de un metro, pequeños muebles de madera de color ámbar colocados cuidadosamente por todos los rincones, los diversos objetos decorativos en color burdeos, a juego con la tela del gran sofá y resto de la estancia. Era un ambiente clásico y

refinado. Me gustó especialmente la imponente librería de madera de ébano.

Era un hogar acogedor, pulcro, y allí pasé muchas tardes leyendo junto a René. En cada nueva visita a aquel hogar yo sentía muchas cosas diferentes, y la sensación continuaba, esa sensación de familiaridad con el ambiente que poco a poco yo iba sintiendo más viva. Sentía a René muy próximo, y a la vez, muy lejano.

Tan amable siempre conmigo, sobre todo cuando estábamos en su casa. A veces parecía que intentaba seducirme, que coqueteaba conmigo, pero sus formas un tanto peculiares me despistaban, unas formas anticuadas, demasiado correctas en la mayoría de las ocasiones, hasta el punto que me hacían perder naturalidad y, al mismo tiempo, mi forma de relacionarme con él era en todo momento espontánea. Me daba confianza, me hablaba de todo con gran interés. Un hombre muy culto que apenas si decía algo cuando se trataba de su vida privada. René se quedó huérfano a los doce años, y fueron sus tíos los que se hicieron cargo de él. A los veinte años tuvo una novia con la que estuvo tres años, esa era su escasa vida amorosa, y todo lo que a mí me contó.

Era muy hermético con el pasado, pero tenía grandes planes para el futuro, planes donde a veces me incluía por su cuenta. Yo empecé a sentir algo más que atracción física por René, y tuve que esforzarme para no pensar en él cuando estaba en la sala del tapiz. La oscuridad y aquel silencio me daban pie a recrear en mi mente situaciones amorosas con René, sin duda él no tendría aquellas visiones tan románticas conmigo y, después de dos meses viéndonos, yo necesitaba saber cuáles eran sus sentimientos por mí. Estaba muy confundida.

Durante doce días no supe nada de René, no me llamó por teléfono como de costumbre hacía cuando no podíamos vernos, y me preocupé, cosa que me extrañó. Ya me había acostumbrado a su compañía, a pasear a su lado, a leer en su casa junto a él al lado de la chimenea. Por primera vez en Bayeux me sentí sola, abandonada, me llamé a mi misma estúpida por hacerme ilusiones, René solo era un amigo, un apoyo allí, y me estaba aconsejando sobre mi trabajo. No podía pedirle nada más a aquel hombre.



## CAPÍTULO 2

A esas horas paseábamos los domingos cerca del mar, estaba en casa pensando en ello, y en nuestras miradas el día que nos conocimos en la gala, hecho durante el cual yo sentía conocerle, hay ya empezó esa sensación que nunca desaparecía estando a su lado. Me vino a la cabeza el vestido, y de repente sentí la necesidad de ponérmelo. Subí a mi dormitorio y me lo puse, también el adorno del pelo. Podía acortar un poco el vestido, y ampliar un poco el escote para que pareciera menos serio. Estaba sujetando la tela cuando llamarón a la puerta, bajé a abrir contenta porque ya creía que el chico de la prensa esa semana se había olvidado de mí.

Me hubiera gustado abrazarle, decirle que le había echado de menos, e incluso darle un beso, pero René me miraba asustado, al acercarme un poco él caminó rápido unos pasos hacia atrás.

—Voy a pasar, pero primero ves a quitarte el vestido, ¡deprisa!

Ni siquiera un hola. No me gustó nada aquel tono totalmente desagradable, sonó a orden, y me seguía mirando asustado. Él no era nadie para darme órdenes, después de haber estado tantos días sin saber nada de él me molestó mucho, y con el mismo tono desagradable le dije que no me apetecía quitármelo. Se dio la vuelta diciendo que ya nos veríamos.

— ¡Espera, por favor! —me puse delante de él para que me dijera cuál era el problema.

Me ignoró, y siguió andando hacía su coche mientras le pedí repetidamente que no se marchara de ese modo y me dijera qué era lo que pasaba, pero se montó en el coche y se fue. Después de un rato le llamé por teléfono varias veces. No me contestó.

Me sentí muy decepcionada. El día de la gala, según él, el vestido era perfecto y yo estaba preciosa, ¿se había enfadado conmigo por un vestido? no entendía nada, me pareció todo pueril y absurdo, y de la decepción pasé al enfado. René no vino a esperarme los sucesivos días, no le llamé, y tampoco pregunté a ningún encargado si lo había visto por el museo. Tenía que dejarme de tonterías sentimentales y concentrarme en mi trabajo, y durante días estuve saliendo del museo más tarde a propósito. En la sala casi a oscuras me sentía a salvo de más decepciones, lo cual era una novedad que me causaba más desasosiego que la

oscuridad, y me dolía. Tanta condescendencia por su parte convertida en desprecio e indiferencia, no se me pasaba el enfado, tampoco podía pensar que René se había aprovechado de mí en ningún sentido, y eso era lo que más me dolía: No saber por qué estaba en la más absoluta incertidumbre. Deseaba no haberle conocido.

Antes de volver a la casa rural me fui a pasear por el puerto. Caminé un rato sintiendo el aire en mi cara. No quería pensar en nada, solo relajarme, pero recordar los ojos de René, y su expresión de miedo, me persiguieron durante todo el paseo.

De vuelta iba con la firme convicción, de que, igual que había conseguido vencer mi miedo por la oscuridad, también conseguiría olvidar todo lo vivido con René y volver a sentirme bien, una convicción, que se vino abajo nada más llegar a la casa porque René me estaba esperando apoyado en un lateral de su coche. Dudé si acercarme a él o entrar en la casa, pero seguí avanzando despacio mientras oía sus pasos detrás de mí.

—Necesito...te ruego que me escuches —expresó vagamente, y me di la vuelta para mirarle.

Otro intenso choque de miradas que me aceleró, estaba contenido, encorvado, con una expresión de tristeza en su rostro desconocida por mí. No debía sentir pena por él porque yo no había provocado aquello, era él quien había venido a disculparse por su comportamiento después de muchos días ignorándome. No decía nada ni se movía, solo me miraba. Abrí la puerta y le pedí que entrara, él solo me pidió que le escuchara.

En ningún momento me pidió perdón por su comportamiento, solo me manifestó que todo lo había hecho porque me amaba hasta la desesperación y no quería hacerme daño, esto último me pareció una excusa, la de alguien incapaz de enfrentarse a sus sentimientos. René se había enamorado perdidamente de mí, ¡y se alejaba!

Yo no podía dejar así la situación, por lo que al día siguiente por la tarde fui a su casa. Su reacción inicial al verme fue de sorpresa, quizá de desagrado, y otra vez la expresión de miedo en su rostro. Intenté mantenerme tranquila, y le pregunté varias cosas, a todo me contestaba que no, y que no quería hacerme daño.

— ¿Daño, por qué? —grité varias veces para que dijera algo más —permanecía en silencio.

— ¡René, por favor, dime!, ¿daño, por qué? —le cogí las manos y entonces se desplomó sobre mi pecho.

—René, ¿qué ocurre? —enseguida levantó la cabeza. Tras dudar brevemente le besé en la mejilla esperando su rechazo, pero él me sorprendió con un cálido abrazo. Estaba temblando.

—No puedo permitir que te pase nada, ¡no puedo! Tienes que olvidarte de mí, Diandra.

Me estaba asustando, no estaba siendo claro, y yo seguía sin entender nada, entonces le pregunté si era un hombre libre. En vez de decir algo bajo la cabeza y se tapó la cara con las manos, yo no sabía qué hacer, podía sentir su miedo, instantes antes lo había visto en sus ojos. Se sentía indefenso por algo, y yo por desconocimiento, y pensé que tenía esposa por no pensar en otra cosa mucho peor. René estaba apesadumbrado, yo no sabía qué más hacer o decir, y permanecimos los dos en silencio en medio de aquel ambiente impoluto.

El saber que me amaba me dio valor para decirle que me dejara ayudarlo a vencer su miedo por el compromiso, que me dejara permanecer a su lado. René no era capaz de mirarme, de decir lo que fuera, y ante aquella situación tan tensa le abracé. Había dejado de temblar, pero estaba alterado; teníamos que tranquilizarnos para poder hablar sobre nuestros sentimientos. Cuando llegó su turno se acercó a mí y, sin decir nada, me empezó a besar con ansia pasando sus manos por mi cara repetidamente, de nuevo alterado, susurrando en mi oído que me amaba. Por mi parte hubiera seguido, le deseaba, pero le separé porque yo seguía sin respuestas. No quise exponerme más porque René me hacía perder la razón y, si yo estaba en peligro quería saber la causa, el motivo de todo aquel drama por su parte.

No pude sacarle de su hermetismo, él no habló más, y cuando me dejó en mi casa me pidió que pensara si quería vivir con él en la ciudad.

—No me contestes ahora —dijo al ver mi reacción.

—No hay otra mujer, no la hay —sentenció rotundo poco después, marchándose cabizbajo.

Me costaba dormir esa noche, pensando sin descanso la respuesta que darle. Quería que viviéramos juntos cuando se había estado alejando de mí, nada tenía sentido. No dejaba de pensar en sus besos, en los momentos entre sus brazos horas antes, en el sabor de unos besos de una boca que creía conocer. Me dormí

recordando lo mucho que le había deseado esa tarde.

—Disfruta de todo y ponte cómoda —me dijo dos días después, tras abrir la puerta y pedirme que entrara.

Ya estaba en su casa, refinada y maravillosa. René había ido a mi trabajo para comunicar que dejaba libre la casa rural, entonces fui consciente de la gran influencia que tenía en el museo.

Recorrí toda la casa para conocerla mejor, de todas formas, yo no tenía que hacer nada, había una persona que se encargaba de limpiar y preparar las comidas, sin duda un gran profesional de la cocina, porque todo lo que comíamos era delicioso y muy bien elaborado. Entré por primera vez en el dormitorio de René para guardar mi vestuario, y lo primero que pensé, impresionada, fue que tendría que dormir allí.

Sorpresa fue poco, me esperaba el ambiente clásico y elegante como en el resto de la vivienda, pero aquello me impactó para mal. Cruzar la puerta a aquella estancia fue entrar directamente en otro siglo. No sabía dónde mirar. Todos los muebles eran negros, incluida toda la decoración y la ropa de la cama, con ello, René había intentado dar un toque masculino a una estancia que claramente parecía un dormitorio de mujer, (de una con muy mal gusto). El conjunto me resultó muy desagradable, excéntrico, parecía que lo había decorado su peor enemigo.

—Eres la primera mujer que entra aquí —oí de repente.

René entró en el dormitorio y me tumbó en aquella cama oscura preguntándome si me gustaba, negué reiteradamente con la cabeza, entonces él se puso de pie un tanto confuso. René se refería al hecho de estar juntos allí, y yo al dormitorio, por ello cuando lo aclaramos se rio con ganas; verle tan feliz me conmovió. En un acto reflejo le agarré por la camisa y cayó sobre la cama, nos miramos, ese intenso choque de miradas que éramos capaces de mantener largo rato. Muy despacio empecé a percibir sus caricias, sus besos, ese olor suyo intenso y provocador, lo que causó que enseguida comenzara a perder el control, y sentía que estaba en otro espacio y tiempo; era la sensación de siempre, nueva, pero ya conocida.

—Te deseo tanto —me susurró poniendo su boca en la mía, y se levantó rápido de la cama.

En fin...no tenía prisa por nada. Yo no podía entender cómo aguantaba tanto, esa

contención suya a mí me confundía, aumentaba mi deseo por él, y me irritaba aquel exceso de respeto, de mantener siempre las formas, lo deseaba tanto o más que yo, qué pretendía dejándome siempre con las ganas, con las cosas a medio saber, y puede, que ello fuera lo que realmente me atraía de René más allá de su estupendo físico y totalmente varonil aspecto. Hablábamos mucho y sobre cualquier tema, pero yo apenas sabía sobre él, y seguía sin saber la causa por la que yo estaba en peligro.

Durante días lo único que cambió fue el hecho de que dormíamos juntos, comía y dormía muy bien, la casa era muy confortable, y él seguía alejado de mí, le mataban las ganas, pero seguía la contención. Quise creer que había algún motivo para que no quisiera hacer el amor, pero al comentárselo me dijo que no tenía ningún problema de salud, entonces le pregunté por qué ya no me acariciaba, por qué no me besaba durante los paseos, René me dijo que no lo consideraba importante, solo quería que nuestra primera vez juntos fuera algo especial para mí, tan especial como yo. Era un sentimiento precioso por su parte, pero de nuevo me sentí como una dama en apuros esperando a ser rescatada por su caballero; era todo tan surrealista...y su comportamiento anticuado fue a peor.

Había tardes que él no estaba en casa cuando yo llegaba, y volvía tarde, me decía que tenía que atender muchas incidencias de sus negocios, negocios que yo tampoco conocía. Con él todo era un misterio, y después de dos semanas hablé con René. Ese día era mi cumpleaños, ya me habían felicitado en el museo, había hablado con mi familia por teléfono, y no me apetecía ser un año más mayor en aquella situación. Estaba dispuesta a decirle todo lo que no me agradaba, desde su frialdad emocional hasta lo incomoda que me sentía en aquel dormitorio negro, pero mis ganas de hablar con René desaparecieron nada más abrir la puerta; solo pude sonreír y emocionarme.

Todo estaba lleno de rosas rojas, y pétalos esparcidos por el suelo del salón. En una mesita junto a una ventana había un pequeño paquete con una nota, donde ponía: *Me siento muy feliz de ser correspondido en este amor que siento, y aunque me cueste, tú serás la mujer de mi vida. Tuyo para siempre. René.*

Dentro del paquete había una cajita que contenía un anillo de diamante, me encajaba perfectamente en el dedo, me quedé impresionada y, otra vez, él no estaba cerca para podérselo agradecer y compartir el momento. Me sentía feliz, desconcertada, decepcionada, ¿enamorada?... Me di un baño y le esperé con el vestido puesto.

Cuando René llegó a casa y me vio le cambió la cara, me di cuenta de que aquel vestido era como Kryptonita para él. Me acerqué para darle las gracias mientras le besaba, después señalé toda la estancia diciendo que todo era muy bonito, René permaneció estático, con el miedo en su semblante todo el tiempo. Ya no le iba a preguntar más cuál era el problema, y como no se movía ni decía nada lo hice yo.

Le provoqué diciéndole cerca del oído que me desnudara, que me quitara aquel maldito vestido y sintiera mi cuerpo desnudo por todo el horroroso dormitorio negro, se lo susurraba en la boca, cogiendo sus manos y restregándolas por todo mi cuerpo, se lo volvía a susurrar, lamiendo después con mi lengua su boca, podía sentir como se aceleraba su respiración, pero continuaba estático. Seguí desafiándole con mi mirada, con mi lengua en sus labios, le pedí repetidamente que me desnudara, hasta que me arrodillé delante de él mirándole. Veía el deseo en sus ojos, su respiración se aceleró más al verme ante él de rodillas. En el mismo instante en que pasé mis manos por sus muslos me levantó de golpe, seguidamente me besó desesperadamente entre fuertes jadeos mientras me iba quitando el vestido que prácticamente destrozó.

— ¿¡Quieres esto, de verdad esto te gusta Diandra!?! —dijo con dificultad señalándonos a los dos.

No era excitación, era rabia lo que sentía René, una intensa rabia que casi no le dejaba respirar. No me contaría el motivo por el cuál le costaba tanto amarme, y yo ya estaba cansada de preguntar lo mismo. Le di el anillo y me fui al dormitorio; solo tardó unos segundos en aparecer. Estaba metiendo mi vestuario en la maleta para marcharme a la casa rural y ni le miré, seguí con lo que estaba haciendo mientras le oía decir que me amaba. Aguanté a que dijera lo mismo al menos diez veces, y ello hacía que fuera creciendo mi enfado, hasta que me puse delante de él saturada ya de aquella absurda situación, y le pedí que me contara de una vez el problema o me marchaba para siempre. Tras relatarme el porqué de su comportamiento yo estaba muy afectada.

René tenía quince años cuando conoció a su novia, (no veinte como me había dicho anteriormente) estaba muy enamorado de ella, paseaban, leían juntos, y el día que ella cumplió dieciocho años René le regalo un anillo de compromiso. Esa noche se reunieron con varios amigos para celebrarlo allí en Bayeux, y después se marcharon todos a un pueblo cercano para seguir disfrutando de la noche, noche que fue eterna y maldita para René.

Esa noche su novia llevaba un vestido muy parecido al mío, la tela se enredó en una atracción de la feria, y ello provocó un accidente que la hizo caer desde varios metros de altura, muriendo en el acto al golpearse la cabeza con una gran piedra. El día del funeral René estaba solo cuando se le acercó una mujer desconocida para consolarle, este solo le dio las gracias por el pésame, y justo antes de irse, la mujer le miró fijamente, luego cogió su mano que recorrió con un dedo, para posteriormente decirle, que nunca podría amar a ninguna mujer porque estar cerca de él significaría la muerte para dicha mujer, su destino le condenaba a estar siempre solo. El día de la gala René se ilusionó conmigo, verme le trajo muchos recuerdos, y cuando empezó a sentir cosas por mí, lo único que le preocupaba era que me pudiera pasar algo malo; no podía relajarse pensando que yo estaba en peligro por estar con él.

Era una historia terrible que me dejó muy apenada, y me hizo sentir compasión por aquel hombre, pero por fin entendí muchas cosas. René estaba totalmente convencido de su trágico destino en soledad, pero yo no iba a sostener esa idea, tampoco sabía cómo ayudarlo a superar algo que le había atormentado durante años, que había ocasionado que estuviera solo pese a ser tan romántico y apasionado. Tenía que armarme de paciencia, ser comprensiva, e intentar derribar el muro que nos separaba, él ya había dado el primer paso al pedirme que me fuera a vivir a su casa. Hablamos de todo ello en muchos momentos, me volvió a besar y acariciar durante nuestros paseos, con ello le sentí un poco más cercano, más tranquilo, y siguió comprando rosas rojas para mí que yo ponía en nuestro dormitorio.

## CAPÍTULO 3

René se marchó dos días a Francia porque tenía que solucionar algo de sus negocios, se despidió prometiendo que me lo contaría todo a la vuelta. Dos días que aproveché para quitar todo lo negro que pude del dormitorio, y alegrar lo que parecía una sala de muertos, un sitio capaz de anular la lívido a cualquiera y provocar insomnio. Por primera vez subí a la buhardilla, quizá pudiera rescatar algo de lo que allí arriba había guardado para ponerlo en el dormitorio.

Busqué y rebusqué sin descanso, encontré varios objetos que me gustaron y los dejé todos juntos y apartados, ya pensaría después que hacer con ellos. Después de un rato buscando me di cuenta de que al final de la buhardilla había un gran espejo, no se veía casi porque estaba detrás de un montón de cajas de gran tamaño, y me acerqué para verlo bien. Me pareció muy bonito, y comprobé que no estuviera roto. Estaba delante de un baúl que le servía de apoyo y que enseguida captó mi interés, y lo puse en otro sitio para verlo con mayor comodidad. El baúl tenía tal acumulación de polvo que tuve que bajar a coger algo para limpiarlo un poco, tuve que frotar con fuerza cerca de una de las dos cerraduras, que estaban oxidadas, y que luego pude abrir fácilmente. Era o parecía antiguo, forrado de cuero en color escarlata. Estaba lleno de cosas y empecé a sacarlas con sumo cuidado, primero un manojo de flores secas, un velo de novia oscurecido por el paso del tiempo, unas cuantas fotografías, eran muy antiguas, algunas rotas, y todas tenían recortadas las cabezas lo que provocó que me estremeciera, también encontré algunos dibujos con delicados paisajes de París. Todo al tacto estaba muy áspero, miré el conjunto un rato, y seguí sacando cosas. Había un pequeño costurero, entradas de teatro, cepillos para el cabello con un espejo de mano a juego, todo de plata, ennegrecida, cinco imágenes religiosas dentro de un sobre amarillento. Todo aquello podían ser recuerdos de la madre de René, de algún antepasado de esta porque todo era demasiado antiguo para ser de ella. Lo había encontrado escondido, y seguramente no tuviera derecho a verlo, puede que René no tuviera valor para tirarlo, pero tampoco parecía darle ningún valor a las cosas de su madre, que acusaban el paso del tiempo y el absoluto abandono. Estaba rodeada de todas aquellas cosas y seguí sacando, y volvió la sensación, algo que me hacía sentir todos los objetos conocidos aun siendo la primera vez que los veía.

Ya en el fondo del Baúl había tres paquetes de cartas, cada uno de ellos atado



con una cinta rosa, descolorida, y la tinta de los sobres estaba casi borrada. Estaba oscureciendo y allí arriba había muy poca luz. Lo dejé todo tal cual para seguir al día siguiente.

La tarde siguiente subí otra vez a la buhardilla. Empecé con el paquete de cartas más pequeño que casualmente era el primero. Los tres paquetes tenían la misma letra que intuí que era de mujer, y en todos, el nombre del destinatario era ilegible, y el nombre del remitente no figuraba por ningún sitio. Eran largas cartas de amor, escritas por una mujer, como yo había intuido poco antes. Algunas expresiones, y líneas enteras con la tinta medio borrada me dificultó bastante la lectura, y la caligrafía nunca había sido mi fuerte, suerte que dómino el francés a la perfección. La letra pequeña y muy apretada, o muy separada y más grande en algunos espacios, frases sin terminar. Me dio tiempo a leer tres cartas hasta que empezó a oscurecer. Lo único que me quedó totalmente claro fue el final de las cartas, las tres terminaban con el deseo de ella de estar pronto junto a su amado. Había leído muy poco, pero ya estaba enganchada a lo que muy posiblemente fuera una historia de amor imposible.

René volvió muy contento de Francia, todo se había resuelto favorablemente para él, y quería que saliéramos a cenar para celebrar el éxito de sus negocios, (que me contó minuciosamente) y para quitarnos el mal sabor por lo que pudiera quedar de lo ocurrido el día de mi cumpleaños, me extrañó porque ya habían pasado muchos días de eso. No le dejé entrar en el dormitorio en toda la tarde, quería sorprenderle cuando nos fuéramos a descansar, y le saqué yo la ropa para que se cambiara. Durante la cena siguió contándome cosas sobre sus negocios en Francia, yo le escuchaba feliz, él continuaba con su condescendencia, con esa mirada que deambulaba por mi cuerpo y siempre paraba y mantenía en mis ojos, lo sentía como un poder que ejercía sobre mí.

Después de cenar estuvimos paseando, riendo, parecíamos unos amantes a la antigua, al insinuárselo me paró en medio de la calle.

— ¿No te gusta? —no pude contestar porque me besó mientras ponía su mano en mi trasero.

Me dio risa, algo espontáneo que a él le hizo ponerse muy serio, a mí también al darme cuenta de su reacción. Creí que le había molestado, pero mi risa le excitó, tanto, que me llevó hasta la pared de la fachada donde me apoyó, envolviéndome primero con sus brazos para poder seguir besándome más intensamente y, por primera vez, pude notar todo su cuerpo apretándose contra el mío.

—No dejo un instante de desearte —me susurró, y yo me lo hubiera montado allí mismo con René.

Oímos ruido y, muy excitados, volvimos a la calle para continuar el paseo.

Antes de entrar en el dormitorio le tapé lo ojos. Cuando le dejé ver se quedó mirando todo detenidamente, y yo esperando impaciente. Reaccionó diciendo que, si a mí me gustaba era más que perfecto, y se fue a ducharse. Por momentos me daban ganas de meterme en la ducha con él, y disfrutar de su cuerpo de hombre que tanto deseaba; pegué mi oreja a la puerta del aseo. Podía oír el ruido del agua, me la imaginé cayendo por su cuerpo, resbalando por su torso, y por otras zonas todavía desconocidas por mí. Paciencia, me pedí a mi misma, y me fui a beber algo para que se me pasara el calentón.

... *“Me faltan fuerzas, querido mío, esta espera me está matando, y me mata no tener noticias tuyas más a menudo. Ayer hablé con el padre Jean, me pide entereza, sé qué debo hacer caso de sus consejos, y agradecer sus pegarías por mí, pero me siento tan sola, tengo tanto miedo”* ...

Había leído ya doce cartas, y este trozo fue uno de los que más me impresionó, y he adecuado lo más posible a la forma de hablar actual, principalmente porque estaba muy borrado, y casi tuve que intuir lo que ponía, sin posibilidad de integrarlo en el resto del texto que continuaba para poder darle mayor sentido, y lo mismo tuve que hacer en sucesivas ocasiones. Me sorprendía que siendo cartas tan largas prácticamente era el mismo mensaje de principio a fin, la historia de amor de dos personas que estaban separadas, donde al parecer ella estaba sufriendo.

Cuando René no estaba en casa aprovechaba para subir a la buhardilla a leer, estaba enganchada, y muy interesada en saber el desenlace de una historia de amor que tenía casi dos siglos, y dispuesta a leer hasta el final, carta tras carta. No le comenté nada de ello a René por miedo a que le molestara mi intromisión en sus cosas más privadas.

Su cara era de absoluta satisfacción, volvió muy emocionado, y enseguida se puso a contarme como había conseguido asociarse en una empresa francesa dedicada a la compra y venta de cuadros españoles. René también había estado en mi trabajo para pedir que me concedieran cuatro días libres y así poder acompañarle a Francia. Con él todo era tan fácil en ese aspecto.

Antes de irnos a Francia dimos el último paseo, era algo que a él le relajaba

mucho, tantas veces habría recorrido aquellas calles... Me iba diciendo que me iba a gustar mucho el hotel, que si esto, y lo otro, de repente yo dejé de escuchar lo que me decía. En dirección contraria a la nuestra venía hacia nosotros la mujer que me pidió que me probara el vestido, me quedé mirándola porque la reconocí al instante. Sabía que René seguía hablando, pero yo solo miraba absorta a la mujer que nos miraba fijamente, con la misma expresión que el día que ella y yo nos vimos por primera vez en la tienda; parecía que la anciana estuviera viendo a dos fantasmas.

Me inquieté, y le pregunté a René si la conocía, pero él solo pudo verla ya de espaldas.

—Puede —me contestó. — ¿Te parece bien? —no sabía qué era lo que me había estado diciendo, y contesté rápidamente que sí.

René me llevó a un hotel que era precioso, muy cerca estaba la empresa para la que en breve él colaboraría. Me dejó en la habitación deshaciendo el equipaje, y me prometió que si daba tiempo iríamos a pasear por París. Era un alojamiento de lujo, precioso, pero yo estaba desanimada, y andaba cabizbaja sin poder apreciar nada, solo pensaba en el tapiz, en las cartas que ansiaba seguir leyendo, pero sobre todo en la mujer anciana. La forma en que nos había mirado no me gustaba nada, ¿me habría recordado?, algo me decía que sí, y me inquieté, fue tan desagradable que tuve que salir al balcón que tenía la habitación para tomar aire.

El viaje le ocupó mucho tiempo a René, por lo que la visita a la ciudad del amor fue muy breve; solo paseamos por los Campos Elíseos. René no era una persona que al ponerse nerviosa se le notara, sabía muy bien mantener las formas, pero cuando estaba en tensión yo enseguida lo notaba, y durante nuestro paseo lo noté. Ya en el hotel me aseguró que todo había salido muy bien, que estaba muy satisfecho con el resultado en sus nuevos negocios, y que sentía mucho no haber podido pasar más tiempo conmigo.

—Tenemos todo el tiempo para estar juntos —dije acariciando su mano, y sabía, que René en el fondo se alegraba. Estar menos tiempo juntos para él significaba que yo estuviera menos tiempo en peligro, pero para mí no tenía sentido.

Había comprado unos recuerdos en París que puse en el dormitorio, y ropa moderna para René, llegamos a un acuerdo, y me dio su palabra de que se la pondría fuera del trabajo. Intentaba modernizarle en todos los aspectos, pero sus costumbres, su estilo, todo en él estaba profundamente arraigado. Al final me

tuve que conformar con que usara pantalón vaquero y zapatillas de sport durante nuestras salidas informales, siempre y cuando no tuviéramos que entrar en algún sitio oficial.

Dos días después de volver de Francia retomé la lectura en la buhardilla. Empezaba a involucrarme emocionalmente con la mujer que las había escrito, y tras terminar de leer las 38 cartas del primer paquete me emocionaba mucho más con la lectura, sentía el sufrimiento, la desesperación de Eleonor (así se llamaba) por no poder estar con su amado. Algunas cartas eran tan tristes que se me saltaban las lágrimas, disfrutaba, y también me quedaba hecha polvo. El segundo paquete tenía 42 cartas, en el final del mismo había una carta diferente que era más pequeña y mucho más corta, parecía estar escrita por el hombre, y la leí la primera. Al terminarla no pude seguir leyendo más, me dejó asombrada, y preocupada.

Mi trabajo con el tapiz me estaba resultando muy fácil en comparación con mi relación con René, me preguntaba a menudo si valía la pena todo lo que yo estaba poniendo de mi parte, de qué modo acabaría todo. A veces me daban ganas de volver a la casa rural, ganas que siempre se me pasaban tras el choque de miradas, o tras leer entre sus brazos. “Disfruta mucho”, me dijo mi amigo Pierre mientras nos despedíamos, lo recordé la tarde entera, porque parecía que había ido a Bayeux a pasar una prueba, y no precisamente por mi trabajo en el museo, lo cual era real y normal.

Comenzó para mí una pelea diaria entre mi corazón y mis pensamientos, y me daba mucha rabia, porque le quería con tanta fuerza que me dejaba sin ninguna para todo lo demás. Cada día que pasaba René estaba más tiempo fuera de casa, y yo pasaba más tiempo en la buhardilla, inmersa, en la lectura de lo que era una historia de amor desgraciada. Hice algunas investigaciones en la alcaldía y en el registro de la propiedad, pero en ninguno pudieron ayudarme, dado que yo solo sabía el nombre de la mujer de las cartas, y los escasos datos que tenían de René no parecían relacionarlo con ellas, tampoco tenían constancia de quienes habían vivido anteriormente en la casa de René. Dos semanas intentando saber algo, ¡y no tenía nada!

Estaba tan guapo, llevaba puesto el vaquero y las zapatillas. René me estaba esperando en la misma entrada al museo, sonriente, impaciente por decirme que tenía dos días libres para que fuéramos a París. Le dije que temía perder el trabajo, era una oportunidad de la que dependía mi porvenir, y no quería tener

problemas, se lo tuve que decir tres veces porque él parecía no darle importancia, y no dejaba de sonreír con desdén hacía mis palabras.

—He hablado con tu superior directo y todo está bien, no debes preocuparte —me dijo con ese tono suyo condescendiente.

Me la estaba jugando, me había costado mucho llegar a donde estaba, lo único que podía hacer era volver a entrar en el museo y contradecir la influencia de René, y tampoco me iba a servir de nada, y ello, acompañado de sus palabras: “Conmigo no te va a faltar nunca de comer”. Qué frasecita más odiosa, me recordó a mi padre, y yo amo al mío, por supuesto, pero no era el caso. Le di la mano dándome por vencida ante su capricho de ir a París. En el fondo me hizo ilusión, y también tenía ganas de vengarme porque siempre se salía con la suya.

Nada más llegar a casa René se metió en la ducha, esperé un poco y entré. Estaba de espaldas, enjabonándose el pecho, me acerqué lentamente y pasé mi mano por su espalda, sin moverse de su posición dio un respingo al sentirme. Cogí la esponja de su mano y la fui pasando lentamente por su espalda, de arriba abajo, después haciendo círculos muy despacio, luego bajé por el costado, y seguí masajeando su trasero con la esponja. Enseguida empecé a sentir su excitación, y aproximé la esponja a sus partes íntimas, la movía muy levemente, haciendo que me sintiera detrás, que sintiera mi respiración pausada y profunda con la boca, en ese momento se dio la vuelta; sentía su erección, y sus ganas más que nunca. De repente dejó de controlar su respiración que estaba alterada, y de forma apresurada me quitó la bata. René estaba a punto de meterme en la ducha con él cuando yo retrocedí unos pasos sin dejar de mirarle.

— ¿¡Esto es especial!?! —recriminé mientras recogía mi bata del suelo.

Salí del baño odiándome, y me metí en la cama sintiéndome más satisfecha que si hubiera tenido sexo con él, y tampoco le di la oportunidad de tenerlo después porque me quedé dormida antes de que saliera del baño.

—Buenos días, Diandra —me encantó escucharle. Me giré, y le di un beso de buenos días. Era muy temprano, y como todas las mañanas el desayuno ya estaba preparado en la cocina, y era la primera vez que lo tomábamos juntos entre semana. Entre sorbo y sorbo de café René me miraba de reojo, yo hacía lo posible por no reírme, y me entretuve con los croissants y la mantequilla; él no perdió detalle. Nunca se me hubiera ocurrido intentar seducir a un hombre de esa manera, pero a su juego yo también sabía jugar, y le provoqué también con la mermelada, él siguió mirando de reojo, hasta que dejé caer un poco de café sobre

mi camión e hice como que lo limpiaba con la servilleta, dejando a propósito un pecho al descubierto, y por ello René casi se atraganta con el café, y yo de tanto aguantar la risa.

El hotel donde nos alojamos era más lujoso que el anterior. René había reservado una suite en la última planta, y toda la estancia estaba llena de rosas rojas. Estuvimos paseando por París, subimos a la torre Eiffel, y vimos muchas cosas que él ya conocía; le hice fotos a todo. Cuando llegábamos por la noche al hotel yo caía exhausta en la cama, había disfrutado de todo menos de René, y eso era lo que él pretendía, dejarme fuera de juego en la suite.

—Diandra, en media hora salimos —escuché a René. Eran las nueve de la mañana. Estaba sentada en la terraza que tenía la suite y ni me inmuté al oírle, no me apetecía pasar otra vez todo el día andando sin parar, y haciendo fotos. Durante un rato me vinieron a la cabeza varias cosas, me entretuve con ellas, y no me di cuenta que René me observaba desde pocos metros.

— ¿Aún no te has vestido, amor?

—Ven, siéntate aquí conmigo —le pedí con voz susurrante. Se sentó a mi lado diciendo que estaba muy guapa, y se sirvió un poco de café que había sobrado del desayuno.

—Estará frío —musité. Tan frío como su mirada en ese momento.

Desde allí se podía ver la torre Eiffel, el día estaba nublado, pero el clima era estupendo. Estaba intentando dejar la mente en blanco cuando me preguntó qué era lo que me apetecía hacer.

—Estar todo el día aquí encerrados —René torció el gesto al oírme, y me levanté para sentarme encima de él.

—Sabes, eres un hombre tan diferente, tan especial, a veces me confundes, y no sé si eso me gusta.

—Tú a mí me gustas desde el primer momento que te vi —afirmó mientras acariciaba mi pelo y, tras un intenso choque de miradas, nos besamos. Volvió la sensación de familiaridad, como si aquel momento ya lo hubiera vivido, y aumentaba cuanto más nos besábamos, yo cerraba los ojos para sentir solo su boca, y me estremecía. Le abracé, apoyando mi cabeza sobre su hombro para contemplar la torre, y todo se ralentizó a mi alrededor. Era una atmósfera romántica, y en ella me hubiera quedado para siempre.

René me estuvo proponiendo cosas todo el tiempo, estaba loco por salir del hotel, y su insistencia, una vez más, pudo con mi deseo de quedarme en la habitación; no sé por qué tuve la necesidad de complacerle. Me puse un vestido que había comprado en el anterior viaje y que a René le gustaba especialmente, nada que ver con el vestido perfecto, y unas sandalias sin tacón, no quería terminar con los pies destrozados de tanto andar, en ese momento pensé que René hubiera sido un gran atleta; su resistencia física era grande, aunque seguro no tanto como su contención.

A última hora de la tarde empezó a llover y fuimos resguardándonos del agua, pero hubo un momento en que empezó a caer con mucha fuerza y tuvimos que parar. René vio una librería al otro lado de la calle y corrimos para meternos en ella. Era un establecimiento muy grande y muy bonito, estaba lleno de gente que parecía estar también allí esperando a que parara un poco la lluvia. Estuvimos curioseando por toda la tienda, yo me detuve a ver los libros de arte y antigüedades, y René hizo lo propio por su lado. Al rato lo vi en caja pagando algo, no me quiso decir lo que era, y se rio cuando se lo intenté quitar de la mano. Permanecimos un rato en la puerta de la librería, donde no dejó de entrar gente. Al rato la lluvia cesó y retomamos la marcha. Mi vestido estaba muy húmedo por la parte de abajo, y también mis pies, sería un milagro si no pillaba un resfriado, no hacía frío, pero René se quitó la chaqueta y me la puso diciendo que estaba muy atractiva con ella.

De vuelta al hotel fuimos hablando sobre mi trabajo con el tapiz y, entonces, supe por qué René tenía tanta influencia en el museo. Durante toda su vida, su tío, el que le había criado, y hermano de su madre, había sido decano en el museo, habiendo sido siempre muy valorado, por eso en el museo René contaba con numerosos favores, al ser también muy apreciado.

Estaba anocheciendo cuando llegamos al hotel, y otra vez, René se me adelantó haciendo exactamente lo que yo tenía pensado hacer. Había mandado que nos sirvieran un postre especial en la terraza. Todo fuera estaba lleno de bombones, rosas rojas y velas, era una estampa idílica, con un París parpadeante de fondo. No dije nada y le besé.

Estaba siendo una velada estupenda, yo casi no comía escuchando a René en un ataque de sinceridad que no me hubiera esperado nunca, algo que me dejó bastante sorprendida, y en esas estaba cuando me dio lo que había comprado esa tarde en la librería. Era un librito con aire vintage, donde el autor, narraba con

todo lujo de detalles como eran las relaciones sentimentales en otras épocas, y donde había reproducciones de cartas de amor. Tras agradecerle el detalle, di por buena mi idea de que René estaba al tanto de mis visitas a la buhardilla.

—Espero que no te moleste –dije cabizbaja, y él me miró extrañado. Ante su ataque de sinceridad y su regalo quise contarle todo, y me sinceré yo también al decirle que estaba leyendo las cartas de amor que había en el baúl. Su cara de sorpresa creo que supero a la mía porque no tenía ni idea a lo que me refería. René nunca había subido a la buhardilla, todo lo que había en ella lo habían subido los hombres que contrato para hacer la mudanza, y si había algo más que sus pertenencias, que no utilizaba, estaría allí de antes. Ante su desconocimiento rápidamente desvié la conversación.

—Es la última noche que pasamos en París –comenté poniendo mi copa en los labios. René cogió la suya para brindar.

—Volveremos en cuanto sea posible –dijo casi como una promesa. Estábamos uno enfrente del otro, separados por la mesa, siempre separados por algo. Me levanté para sentarme a horcajadas sobre él, y acaricié despacio su cara desde la frente hasta el mentón, recorriendo primero sus cejas y su boca con mi dedo índice, parecía gustarle y cerró los ojos, continué por la suave piel de sus párpados, más despacio por ellos, miré su boca entreabierta y le besé. Hubo un momento en que su boca más que besarme me buscaba con esa ansia suya que tanto me gustaba, y le pedí que me hiciera el amor. René me llevó en brazos hasta la cama donde me tumbó, y se quedó de pie un rato observando. Puede que ello le excitara, o solo estuviera luchando contra su contención, y de pronto, mientras mis ojos se perdían en los suyos, se desnudó rápido y se tumbó a mi lado.

Seguimos mirándonos, yo fui a apoyarme en su pecho, y entonces él se puso encima de mí; cerré los ojos. Sentía su boca por el cuello, y me apreté contra su cuerpo, empezó a decirme cosas al oído mientras sentía su erección entre mis piernas, su fuerte deseo, y la voz entrecortada, susurraba cosas que nunca había oído pero que me resultaban familiares. Me quitó el camisón y contempló mi cuerpo, instantes después me comenzó a acariciar de una forma tan especial que yo empecé a perder el control. Sus movimientos tan lentos y profundos, cargados de sensualidad, yo me acercaba a su cuerpo porque necesitaba sentirle más, y de nuevo en mi oído, me dijo que me amaba mientras le sentí dentro de mí. Me abandoné ante sus pausados movimientos, después quise dominar la situación,



pero era él quien dominaba todo en esos momentos, y de nuevo me abandoné ante su forma lenta de poseerme. Me daba tanto placer que yo solo podía arañar la sábana. Cerré los ojos tras ver los suyos, y solo pude escuchar los fuertes gemidos desacompañados y profundos de los dos.

René salió a la terraza tras besar mis manos, yo me quedé en la cama porque estaba exhausta debido a su intensidad emocional. Todo habían sido y eran sensaciones que yo sentía que ya había vivido, que aquello ya había pasado antes. Al rato salí para hacerle compañía, y durante un rato contemplamos abrazados la torre, símbolo emblemático de la ciudad del amor. René estaba tranquilo, hacía ya tiempo que no veía su cara de miedo y me alegré.

De vuelta a Bayeux retomé mi trabajo con energía, por fin había terminado la contención, y eso hacía que me sintiera más unida a René, que también estaba más relajado, y más cercano en su comportamiento diario hacía mí. Me metía en el baño con él, y hacíamos el amor antes de hacerlo otra vez en la cama.

## CAPÍTULO 4

—Te deseo tanto, mi amor —era algo que René me decía continuamente, y mi autoestima se disparaba. Intenté en algún momento tener relaciones a mi manera, no fue posible, dado que la intensidad emocional de René anulaba mi intensidad sexual, algo de lo que yo siempre era consciente cuando terminaban nuestros encuentros sexuales, pero en ningún momento me sentía sometida. Su forma de amarme siempre me asombraba, su lenguaje inusual, que conseguía excitarme casi más que el acto físico en sí, y desistí en mi empeño de modernizar a René; entendí que era imposible cambiar la esencia de aquel hombre. A veces le decía cosas muy subidas de tono en la cama, salvajes o de mal gusto para ver su reacción, él hacía como que no me oída, o quizá realmente no me oyera, pero a veces subía la intensidad en sus actos, y ello me indicaba que le habían excitado mis palabras. Él olvidó la contención, y yo me dediqué con empeño a que la cosa continuara. Nuestros paseos eran más cortos entre semana, y René volvía antes del trabajo para poder pasar más tiempo juntos, y él, que siempre había pospuesto la hora de irse a dormir, comenzó a hacerlo más pronto para pasar un rato abrazados en la cama, charlando o en silencio, tuviéramos relaciones o no.

Mis ratos en la buhardilla también eran más cortos. Ya había leído doce cartas del segundo paquete que contenía un total de 42. Eleonor, la mujer que las había escrito, seguía sufriendo por la separación, y yo con ella. La forma en que estaban escritas las cartas, era sin duda, la de una persona desesperada por no poder vivir un amor que la estaba consumiendo por la distancia

*... “el padre Jean me ha dicho algo que me ha devuelto un poco la esperanza, ya solo hablo con él, ya no puedo confiar en nadie. El padre sigue pidiendo por nosotros, le he suplicado que no me abandone él también “...*

Nunca he sido especialmente impresionable, tampoco romántica y ese tipo de cosas como se espera de una mujer, pero esa tarde en la buhardilla me crispé, porque nunca he entendido, ni creo que entienda jamás, el que dos personas que se aman tengan que sufrir por estar separadas. Estaba deseando saber la causa de tal sufrimiento, pero debía tener paciencia, y leer poco a poco por orden para poder ir entendiendo porque aquella historia era tan desgarradora. Mi implicación era cada vez mayor, y la lectura de las cartas removía muchas cosas en mí.

Avanzaba mucho mi trabajo con el tapiz, cada día estaba más cerca de mi

objetivo, y la distancia que había desde allí hasta el museo de Louvre también era cercana. ¡Ay, Pierre!

Algunas tardes me iba a la biblioteca, nunca pasaba más de hora y media en ella buscando, algo, que me pudiera dar pistas sobre las cartas; necesitaba respuestas, y soy muy obstinada. René se fue tres días a Francia, le pedí por favor que no pidiera en el museo más días libres para mí. Tenía que aprovechar los tres días que él iba a estar ausente para pasar más tiempo en la biblioteca, y para leer las cartas que me llevé al salón.

El tercer día salí un poco más tarde del museo, quería volver a la biblioteca para comprobar algo, pero no pude. A punto de poner el pie en el primer escalón me quedé paralizada, y me inquieté como siempre que la veía. En el final de la escalera estaba la mujer anciana, reaccioné y fui bajando lentamente, mientras lo hacía pude ir viendo como ya no me miraba con cara de haber visto un fantasma, estaba sonriente, y yo me inquieté más. Me saludó muy amablemente, y me dijo que no me preocupara, que estaba esperando para decirme algo importante, y me lo quería contar en su casa. Mi cabeza me ordenaba que no fuera, que podía contarme lo que fuera allí mismo, pero mi corazón quería escucharla, intentar averiguar a qué se debía que me resultara familiar. Andaba muy ligera, no parecía tener problemas de salud debido a su edad, en todo momento iba con la cabeza bien alta. Cuando entramos en su casa no se detuvo, la seguí hasta un patio interior lleno de diversas plantas, y me pidió que me sentara con ella.

— ¿Qué quiere decirme?

—Eres tú, estoy casi segura. No es normal...—la mujer fue diciendo cosas sin sentido para mí.

— ¡Oiga!, ¿Qué tiene que decirme que es tan importante? —expresé acercándome a ella para dejar de oírla.

—Tienes que dejar a ese hombre por tu bien.

— ¿Se refiere a Re...

— ¡Sí, me refiero a él!

— ¿¡Lo conoce!?! —dije muy seria.

—Hace mucho que le conozco, es un buen hombre, pero debes alejarte de él, yo te ayudaré —la escuchaba perpleja, ¡quería ayudarme para que dejara a René!

— ¡Mire, no le entiendo! —dije airada y me levanté, ella también se levantó.

—Eres tú la que no lo entiendes, estás en peligro —me quedé mirándola, y entonces recordé lo que me había contado René.

— ¡Es usted!, si, usted le dijo a René que siempre estaría solo... ¡Qué costumbre más fea tiene de ir metiendo miedo a personas que ni conoce!

—Es su destino, no debe molestarte. Tienes que alejarte de ese hombre.

Estaba dispuesta a irme, pero de repente me di la vuelta, y de malos modos le dije que no era nadie para decirle a una persona esas cosas, entonces René solo era un crío, y sus palabras le marcaron haciéndole sufrir. Yo no creía en la providencia y otras tonterías por el estilo, pero, aunque así fuera, ella no tenía ningún derecho a destrozarle la vida a nadie. Nada más terminar de articular la última palabra me dirigí muy indignada a la salida, la mujer vino detrás de mí, pidiéndome insistentemente que me olvidara de René y me fuera de Bayeux.

Después de tanto tiempo aquella mujer seguía en sus trece, sin un fin justificable había conseguido atemorizar a René, pero yo no estaba dispuesta a aguantar aquello. La mujer parecía que estuviera mal de la cabeza, y puede que solo fuera una pobre loca, pero no sabía que pensar porque estaba ese sentimiento...de conocerla. Solo habíamos hablado unos minutos, pero la anciana me había dejado agotada, y esa noche tarde poco en irme a dormir.

Por la mañana, ya en el museo, realicé mi trabajo con más de luz de lo habitual. Contemplar el tapiz siempre me causaba impresión. Me sentía contenta porque en pocas horas vería a René, y tenía muchas ganas de que me contara novedades. Estaba comprobando un símbolo del tapiz cuando empecé a notar frío, como si de repente hubiera una fuerte corriente de aire, y me extrañó muchísimo porque era imposible, aquella sala estaba totalmente cerrada y protegida por fuertes medidas de seguridad, y comprobé que el aire acondicionado no estaba funcionando. Era un frío muy desagradable que poco a poco se me fue metiendo en el cuerpo, me era muy difícil continuar con las comprobaciones, y decidí salir para preguntar qué era lo que podía pasar, por qué hacía tanto frío. A pocos pasos de una de las puertas toda la sala se oscureció casi por completo, y de repente apareció ante mí la mujer anciana, pegué un grito sobresaltada.

— ¿¡Qué hace usted aquí!?! —estaba sorprendida porque ni siquiera dejaban entrar allí a René.

La mujer estaba seria, no decía nada, y parecía enfadada. Se acercó de forma precipitada, situando su cara muy cerca de la mía, al intentar separarme de ella

me agarró por los brazos, estaba fría, y sus ojos se habían vuelto blancos. Me puse a chillar para que me soltara mientras forcejamos, era increíble la fuerza que tenía, ¡sus ojos! Mi corazón iba a toda velocidad.

— ¡Vete de Bayeux o morirás tú también!

¡Socorro! Me desperté chillando, acelerada, temblando, y muy asustada me levanté para encender todas las luces del dormitorio. Había tenido una pesadilla horrible, tenía mucho frío, y comprobé mis brazos que estaban doloridos. Aquello no era un frío normal, era un helor que me quemaba por dentro. Me costó tranquilizarme, y apenas pude volver a conciliar el sueño, y a pesar de haberme puesto más ropa de abrigo en la cama no se me pasaba el frío.

Esa mañana acudí al museo más abrigada de lo habitual, y la jornada fue complicada. No estaba tranquila por culpa de la pesadilla, y constantemente miraba hacia la puerta. Estaba deseando terminar y marcharme a casa para sentarme junto a la chimenea.

Tras darle muchas vueltas finalmente opté por no contarle nada a René, llevaba una temporada muy bien y no quería preocuparle, mucho menos ver otra vez su cara de miedo. Volvió de Francia con pocas ganas de hablar, casi no me dijo nada por más que le pregunté, se limitaba a perseguirme provocándome; me deseaba con tal ansia que no nos dio tiempo a llegar al dormitorio. Besarme viendo los electrodomésticos detrás de mí no creo que a René le hiciera mucha gracia, a mí me resultaba muy excitante novedad, y disfruté por toda la cocina llevando yo el control, hasta que nos fuimos a la cama donde le dejé hacer su despliegue emocional.

*“Querido mío, te echo tanto en falta, he recordado nuestros paseos, y los breves encuentros antes de tu partida, me he permitido el lujo de pensar que tú también piensas en ello. Comunícame algo en breve, algo que desmienta todo lo que están diciendo, no puedo dejar de llorar pensando en ello, pensando en ti, querido mío” ...*

En cada carta que iba leyendo la desesperación de Eleonor era mayor, me resultaba cada vez más conmovedor. Había tanto a nivel emocional en aquellos papeles que por primera vez recapacité en todo: las cartas, mi relación con René, la mujer anciana, mis sueños y pesadillas. Todo tenía un fondo trágico y doloroso, y en poco tiempo me había visto involucrada en toda la situación. A ratos era feliz, sufría, se disparaba mi emoción. Yo que siempre había ido de dura en cuestión de sentimientos notaba que todo aquello me arrastraba,

dándome energía renovadora, no podía darle sentido, pero lo percibía como algo próximo, y puede, que en el fondo no fuera tan dura como yo creía, lo que sí tenía claro es que desde mi llegada a Bayeux se habían despertado en mí muchas cosas que, como nunca antes había manejado, me desconcertaban, y ello, chocaba constantemente con mi gran sentido común.

Ya iba por la mitad del segundo paquete de cartas, y ya tenía una idea aproximada de la historia, poca cosa después de haber leído tanto. Me pareció la historia de dos jóvenes enamorados que no podían estar juntos por impedimento de terceros, pero había algo más, un componente de suma importancia que se me escapaba hasta ese momento, y que la intuición me decía que era algo que escapaba al control de todos, incluido el padre Jean.

Poco a poco dejé de visitar la biblioteca, ya había revisado todo lo que había sobre el tema, que no era mucho y, que algunas tardes, ya me había dejado preparado la persona que atendía a los que iban allí buscando algo concreto.

Estaba colocando unas cosas en la cocina cuando llegó René. Esa tarde yo había salido pronto del museo sin saber la causa, pero enseguida supe el motivo por boca de él. Al día siguiente por la tarde había una conferencia muy importante en el museo, y René participaba en ella leyendo algo para el público asistente, por eso yo había salido tan pronto, y al día siguiente tampoco tenía que ir a trabajar porque tenían que hacer los preparativos para la conferencia, y unas comprobaciones para evitar que hubiera cacofonía en la sala del tapiz.

Dediqué la mañana libre para realizar unas compras con tranquilidad, y visité algunas tiendas donde todavía no había entrado. A primera hora de la tarde empezamos a arreglarnos para ir a la conferencia. René al verme me dijo que le gustaba mucho mi aspecto elegante pero sencillo, y yo al verle me quedé con la boca abierta. Parecía un distinguido caballero burgués del siglo XIX, desde el sombrero hasta sus botas, no sabía dónde mirar, solo le faltaba la pipa, menos mal que no fumaba. Le contemplaba embobada porque me causaba morbo.

Poco después de comenzar la conferencia René se levantó, y se puso en medio de la sala para leer algo. Era la primera vez que lo veía leer en esas circunstancias y me gustó. Estaba muy atenta a su intervención cuando vi a la mujer anciana, estaba mirando fijamente a René, y muy atenta a la lectura que este hacía. Hice algunos movimientos levantándome del asiento, me toqué el pelo de forma exagerada para captar su atención, pero ella no le quito la vista de encima a René, y no creo que fuera porque le interesara lo que estaba diciendo.

Cuando terminó la conferencia estuvimos hablando con algunos de los asistentes, intercambiando opiniones sobre mis investigaciones, y nos hicimos varias fotografías de recuerdo, yo en todo momento iba siguiendo con la mirada a la mujer anciana que se desenvolvía muy bien en el ambiente. De nuevo intenté llamar su atención de varias maneras, pero en ningún caso tuve suerte, y sentí que todo el tiempo me estaba ignorando a propósito. Hubo un momento en que me distraje hablando con unas mujeres que querían conocerme por mi relación con René, solo fueron unos minutos prestándoles atención, y después ya no veía a la anciana. La busqué por toda la sala, y cuando le pregunté a uno de los encargados por ella me dijo que había visto a la mujer salir del museo. Comprobé que René estaba ocupado con algo, y rápidamente salí del museo con la esperanza de encontrarla. Al primer escalón paré en seco, ella estaba en el último peldaño. Bajé la escalera tranquila, y le di las buenas tardes.

— Me está esperando, ¿verdad? —la mujer asintió.

Iba muy bien vestida, con un gran sombrero y un paraguas muy raro, aunque hacía días que no llovía. En el fondo me sentía un poco avergonzada por haberle levantado la voz en su casa, pero no iba a pedirle disculpas porque había sido muy cruel, y con tono condescendiente le pregunté si seguía creyendo que no debía estar con René.

—No lo entiendo, Diandra, puede que yo haya pasado algo por alto, pero...

— ¿Qué es lo que no entiende? —dije levantando el tono.

—Deberías estar muerta —sentenció.

Definitivamente la mujer estaba mal de la cabeza, y otra vez me enfadó. ¿Qué motivo tendría para querer verme muerta? Le dije que me resultaba muy desagradable, que se había equivocado con sus predicciones, que solo eran estúpidas supersticiones, y que se dedicara a otra cosa en vez de amargar la vida al prójimo con tanta perseverancia, en ese momento la anciana agachó la cabeza y se dobló un poco, me pareció tan vulnerable que por un instante me dio pena, y no sabía qué más decir para que me dejara en paz, cuando de repente, se puso a decir que no era posible que estuviera viva después de estar tanto tiempo con René.

— ¡Cinco meses no es tanto tiempo! —repliqué. Ella siguió diciendo que no quería que me ocurriera una desgracia, que era joven y resuelta, y podría tener a cualquier otro hombre.

— ¡No quiero tener a otro hombre, quiero a René, tan difícil es de entender, de aceptar! –grité muy molesta.

La mujer no me escuchaba, solo repetía sin parar que me fuera de Bayeux, que tenía toda la vida por delante... Seguía y seguía, cada vez más cargada de razón, totalmente convencida de sus palabras. Miré el reloj, llevábamos allí veinte minutos con el mismo discurso por su parte, sin visos de cambiar, por lo que decidí que era mejor volver dentro del museo, no sin antes decirle, que por favor se olvidara de mí y de René, y que se dejara ya de tanto drama. Me despedí y empecé a subir las escaleras, dejándola allí sola con sus augurios.

René me estaba buscando. Tuve que justificarme diciendo que había ido al aseo.

Esa noche estaba intranquila, necesitaba estar sola y me metí en el despacho de René. La anciana me estaba acosando, intentando asustarme, y ello me estaba afectando, me daba miedo volvérmela a encontrar en cualquier sitio de repente, y Bayeux era pequeño, la idea de denunciarla tampoco me parecía bien, y en ese momento caí, no estaba mal de la cabeza debido a la edad, yo había estado justificando con ello su comportamiento, porque era joven cuando le dijo lo mismo a René que entonces era un crío. No sabía qué pensar de ella, no me podía quitar de la cabeza su imagen. René abrió la puerta.

—Creía que estabas leyendo –me dijo antes de entrar, y le pedí que pasara porque necesitaba sentirle cerca en ese momento.

— ¿Qué ocurre, Diandra?

—Te quiero tanto –dije abrazándole.

Me separó despacio para decirme que parecía muy cansada, y entonces me cogió en brazos para llevarme hasta el salón. Nos sentamos junto a la chimenea, tras unos segundos le pedí que apagara las luces. Sus ojos brillaban por la suave luz que irradiaba el fuego. Me recosté sobre él, necesitaba abstraerme de todo y solo sentirlo. René acariciaba suavemente mi rostro, pasando suavemente sus dedos por él, intentando repetir lo que yo le había hecho en la habitación del hotel. Estaba tan relajada que me dormí.



## CAPÍTULO 5

Pasaban los días y yo no podía dejar de pensar en la mujer y sus sandeces, me sentía agobiada, y no me apetecía salir a pasear por miedo a encontrarme con ella. La lectura de las cartas me entristecía de una forma que no era normal, pero no podía dejar de saber qué había pasado con Eleonor y su amado. Algunas tardes en vez de leer me entretenía decorando la casa porque me relajaba, pero al final se convirtió en una rutina que ya no disfrutaba, y René se dio cuenta de mi cambio.

—Trabajas mucho últimamente —me dijo una noche, y le di la razón.

Realmente estaba muy cansada, y no era por el trabajo, era un abatimiento emocional que me podía, y no podía contarle nada a René. Sentía que estaba involucrada en algo desconocido, y sin saber qué hacer. Abandoné por un tiempo mis visitas a la buhardilla. No iba a solucionar nada quedándome en casa todo el tiempo, y una tarde que estaba más animada le dije a René que fuéramos a dar un paseo para despejarme.

Al pasar cerca del museo me detuvo de repente y me besó, sorprendiéndome, luego señaló con su dedo el museo.

—Ahí nos conocimos —dijo mirando el edificio— como me alegro de ese día —continuó, y se quedó esperando que yo dijera algo.

— ¿¡Qué!?

—¿No sabes qué día es hoy? —me quedé en blanco, y él sonrió.

—Hoy hace exactamente seis meses que nos vimos por primera vez.

Seis meses ya, pensé, y le abracé para no tener que decir nada. Me quedé pegada a él como una lapa, oliendo su carísimo perfume francés, y sin soltarnos, me dijo que esa noche pasearíamos cerca del mar. Era una noche inusualmente calurosa, y al regresar a casa le pedí a René que saliéramos al pequeño balcón; me apetecía pasar allí un rato. Me dio por especular que si no conseguía un puesto en el museo del Louvre tendría que volver a Coventry, y buscar otros recursos para ganarme la vida, ¡y René!, ¿qué pasaría entonces con él? Ya me estaba agobiando otra vez, hasta que noté su mano sobre mi pierna.

— ¿Estás bien?, ¿qué ocurre, Diandra? —le miré brevemente, tenía un nudo en la garganta, y tras vacilar, le hice partícipe de mis temores.

—Es eso —expresó cuando terminé de desahogarme, acto seguido, se levantó diciendo que no me moviera de allí porque enseguida volvía. Me quedé esperando muy confundida ante su falta de respuesta.

Regresó con una botella de champán y dos copas para brindar, a mí no me apetecía, pero me dijo que era necesario dada la situación, y entonces me dio algo. Era una caja idéntica a la que me encontré el día de mi cumpleaños, contenía un anillo con el diamante más grande que el anterior, y su nombre grabado por dentro. Me lo puso pidiéndome que me casara con él.

Su petición me dejó más confundida, no sabía cómo reaccionar, y me preguntó si le quería.

—Claro que te quiero —dije rápidamente.

—Diandra, yo te amo como nunca he amado a una mujer, ¿cuál es el problema entonces?

El problema ni yo lo sabía, me bebí la copa de un solo trago y, tras varios minutos, acepté su propuesta de matrimonio.

De golpe todo se amontonó en mi cabeza mientras miraba el anillo, todo era negativo, cuando escuché:

—Puedo trabajar desde Coventry, pero no hará falta, estoy seguro de que te darán el trabajo en el Louvre —en ese momento me acordé de mi mentor, él creía en mí totalmente.

Sonreí levemente levantando mi copa para brindar otra vez.

Después de esa noche me fui animando. A menudo me decía a mi misma que era afortunada porque tenía salud, amor, y un trabajo que me apasionaba, y sabía que con René no tendría problemas económicos, solo tenía que adaptarme porque ya no era libre, pero haría lo posible por ser económicamente independiente, había luchado desde niña por ello. Toda la vida estudiando frenéticamente no podía acabar en saco roto.

Creí necesario esperar un poco para dar la noticia de mi boda a mi familia. Ya les había dicho que estaba saliendo con alguien, y ellos creían que seguía viviendo en la casa rural.

Esa tarde René me dijo que iba a estar muy ocupado y llegaría tarde. Me cambié de ropa, y subí a la buhardilla para coger el paquete de cartas y leerlas en el salón.

El baúl no estaba, lo busqué hecha un manojo de nervios, ¿¡dónde estaba!?. Bajé a la calle para mirar en la zona donde se tiraban las basuras, ¡tampoco estaba! Era pesado y voluminoso, no había podido desaparecer tan fácilmente, y no quería pensar que René se había deshecho de él. Por los nervios y la agitación estaba acalorada y me fui al dormitorio para cambiarme de ropa. Nada más abrir la puerta me quedé estática, y suspiré aliviada. El baúl estaba colocado a los pies de la cama, no me pareció apropiado tener que verlo cada vez que entrara, menos cuando estuviera en la cama con René. Lo cambié de sitio ocultándolo detrás un mueble. Mi futuro marido lo había bajado para que me resultara más cómodo, sin querer, le había transmitido mi entusiasmo por aquel objeto y su contenido. Le di las gracias, pero hubiera preferido que siguiera en la buhardilla. Al día siguiente saqué todo lo que había en el baúl y lo dejé arriba, solo se quedaron guardadas en él las cartas.

*...” y han cesado un poco los rumores, parece que Dios ha oído las plegarias del padre Jean, le he creído cuando me ha dicho que ya falta poco para que todo acabe, solo puedo salir para ir a verle a él, y hace poco que he comenzado con la lectura de una novela de Charles Dickens, me aferro a ella cuando me azotan los miedos” ...*

Leí algunas cartas que me parecieron un poco menos tristes, parecía que el encuentro entre los amantes estaba cerca, y me alegré, lo que hizo que yo me sintiera mejor. Estaba terminando el segundo paquete, y guardé aparte la carta que había escrito el hombre, del cual no conseguía saber el nombre.

Ese fin de semana teníamos que ir a Francia, debíamos asistir a una cena donde René y dos de sus nuevos socios debían cerrar un nuevo trato comercial, estos irían acompañados por sus esposas, por lo que René me dijo que fuera a comprar ropa muy elegante, no lo creía necesario, tenía vestidos que solo me había puesto una vez, o ninguna, pero él insistió diciendo que tenía que estar espectacular, me pareció una tontería, y sin mucha gana me fui de compras con mi coche hasta Calvados. Entré en un centro comercial y recorrí todas las boutiques, hasta que encontré lo que me pareció perfecto para la ocasión. René quería algo espectacular, ¡pues lo tendría!

Nos alojamos en el mismo hotel, en la única suite que había disponible. Mientras

René se cambiaba de ropa y contestaba el teléfono, yo me fui al tocador para cambiarme y arreglarme, y salí con el tiempo justo antes de bajar para cenar. René se quedó asombrado al verme, estaba sentado esperándome y no supo que decir.

— ¿Qué te parece? –pregunté, aunque después de ver su cara me daba igual su opinión sobre mi aspecto.

—Espectacular –balbuceó instantes después.

No era ni mucho menos lo que él esperaba, pero había conseguido dejarle sin palabras, y el mismo efecto causé en el resto de los asistentes a la cena. No tendría que escuchar el típico dicho” Llevas un vestido precioso”, porque elegí un esmoquin femenino en azul cobalto, con una blusa blanca de encaje y transparencias, y zapatos con tacón de vértigo, apenas me maquillé, pero pinte mis labios con un fuerte tono rojo borgoña.

La mayor parte del tiempo me aburrí hasta la saciedad. La conversación de las dos mujeres que tenía a ambos lados era todo un despliegue de pasión por el mundo de la moda en todas sus variedades, las miraba pensando en otras cosas para no bostezar, y las elogí por su elegancia y buen gusto. Eran dos mujeres bastante guapas, pero con su aspecto se habían echado veinte años encima, supongo, que para no desentonar tanto de sus maridos.

Después de tres horas y media por fin terminó la reunión, todos querían alargar la velada y propusieron seguir en otro sitio, le hice un disimulado gesto a René para que se excusara con algo y poder marcharnos.

—Gracias por salvarme –me dijo René ya en la habitación.

Mientras se servía una copa de Brandy me paseé de un lado al otro de la habitación por delante de él, había estado casi todo el tiempo sentada y no tenía prisa por quitarme los tacones. Aquello parecía gustarle porque me seguía atentamente con la mirada, sonriente, y diciendo, que esa noche le había impresionado en todos los aspectos, a lo que yo entendí: “Vas a ser una esposa perfecta para mí”, pensé. Minutos después René se fue acercando muy despacio y me cogió la mano para besarla justo donde yo llevaba los dos anillos que me había regalado. Me aparté un poco para quitarle su copa, y le di un sorbo pequeño con la intención de pasar el sabor de mi boca al besarle, luego él dio un sorbo más largo a la mía para seguidamente besarme también. Los besos fueron subiendo de intensidad, hasta que comenzó a decir lo mucho que me quería,

deseaba...

Él siempre tan delicado y romántico, y yo rompí la exquisita magia del momento diciendo que me ponía mucho. Le estuve provocando un rato en un juego de seducción que él no dominaba, y eso a mí me ponía más. Seguimos con el Brandy hasta que terminamos la botella, y con la botella vacía en la mano le dije que me follara donde le diera la gana, pero no, él no follaba, hacía el amor. Esa noche las sensaciones se multiplicaron, puede que solo fuera debido al Brandy, pero yo lo sentí de una forma especial, y por instantes, el lenguaje inusual de René durante el acto me conmovió.

A partir de esa noche mi estado de ánimo mejoró bastante, eran pocas las ocasiones donde me recreaba con los pensamientos negativos, y por poco rato formaban parte de mi estancia en Bayeux, y así debía tomarlo, sin más dramas, y aunque tenía pesadillas de vez en cuando, estas eran más cortas y menos intensas.

## CAPÍTULO 6

Ya iba por la mitad del tapiz, también conocido como tapiz de la reina Matilde, un gran lienzo bordado del siglo XI, de aproximadamente 350 kg y casi 70 metros de largo, dividido en 58 escenas, donde diversos personajes, animales y bestias, algunas edificaciones, embarcaciones, y fortalezas, relatan los acontecimientos ocurridos entre 1064 y 1066 sobre la conquista de Inglaterra por los normandos durante el transcurso de la batalla de Hastings, hechos que cambiaron el curso de la historia de las naciones francesa y británica. El tapiz detalla con mucho cuidado la llegada al trono de Guillermo I de Inglaterra, esposo de la reina Matilde.

Me quedé contemplando un trozo del tapiz donde había dibujada una fortaleza, y unos hombres están excavando mientras el rey Guillermo aparece elevado para indicar su posición de mando. Estaba analizando las ropas de los personajes porque había algunos detalles imprecisos en un anterior informe al mío, cuando escuché:

—Hola, Diandra –me di la vuelta en un acto reflejo, y mi corazón se aceleró de golpe.

— ¡Otra vez usted!

—Te agradecería que te refirieras a mí por Francine, mi nombre, ya sé que soy anciana, es obvio.

Solo pensé que si había entrado en aquella sala era porque también tenía influencia en el museo, y saber que podría entrar allí en cualquier momento me descolocó, y me daría problemas. Le pedí que no me molestara entrando en la sala cuando yo estuviera en ella trabajando, y di por válido que yo le caía mal por ser extranjera, algo que ella negó diciendo que yo le gustaba mucho, y quería que fuéramos amigas. Le escuchaba perpleja.

— ¿Te ha pedido ya matrimonio? –contesté rápido confirmándoselo al tiempo que me arrepentía por darle la información.

—Discúlpame, no era mi intención asustarte. Me alegro mucho de que estés con René y ya hayáis mantenido relaciones. Lo que te dije fue un error por mi parte.

— ¿¡Cómo se atreve!?! –solté, y muy indignada le pregunté si me estaba tomando el pelo, si aquello le parecía divertido. Francine se acercó, su cara sería me

recordó la pesadilla donde ella aparecía con los ojos en blanco. Se colocó muy cerca de mí, diciendo, que todavía no lo veía, por lo que teníamos que dejar la charla para más adelante porque yo necesitaba más tiempo, y se fue declarando que se sentía muy feliz. Mi único consuelo fue saber que ya no me quería muerta, y durante un rato me estuve esforzando para apartar aquel momento de mi cabeza y poder seguir trabajando. Antes de marcharme del museo me asomé discretamente antes de bajar las escaleras por si Francine me estaba esperando.

La mujer quería seguir charlando, y yo no tenía ni idea de qué. Encontrarme con ella solo era cuestión de días, semanas, yo sabía dónde vivía, ¡no!, esperaba a que ella viniera a mí, algo que prefería que no ocurriera.

Dejé de esconderme para leer las cartas, pero era muy prudente cuando René estaba en casa y leía menos. Eleonor estaba más animada ante el próximo reencuentro con su amado, y yo también por ello, cuando ya leyendo la última carta del segundo paquete, y por la mitad de la misma y hasta el final, todo cambió, adquiriendo nuevamente tintes dramáticos.

*...” ya no sé qué pensar, mi esperanza se agota, el padre Jean ya no sabe cómo consolarme, querido mío, te ruego que me digas la verdad porque han vuelto los rumores, ahora son a escondidas, pero sé lo que dicen, y ahora ya no me miran, son unos cínicos y cobardes, pero yo confío ciegamente en ti, querido mío” ...*

Saqué del baúl el tercer paquete que contenía 52 cartas con la intención de empezar con él, pero tras contar varias veces las cartas lo volví a guardar. Tenía que tomar distancia antes de comenzar con la lectura, no quería terminar emocionalmente agotada otra vez. Intentaba todo el tiempo que no me afectara lo que leía en las cartas, pero me resultaba imposible y, después de días, sentía que todo lo que iba leyendo me perjudicaba de una forma que no era normal, y en muchos momentos cualquiera suspiraba de pena por Eleonor.

René se volvió loco con el tema de nuestra boda. Una mañana, cuando llegué al museo, todos me esperaban para felicitar me por mi próximo enlace matrimonial., ¡próximo! Les di las gracias mientras me temblaban las piernas. ¿Estaba realmente preparada para casarme? Tenía que contarle todo a mi madre, llevaba más de treinta años con papá, seguro que algo diría que me ayudara, porque yo estaba llena de miedos y dudas y, aunque vivir con René estaba siendo un bálsamo, yo era incapaz de pensar con claridad.

Toda la familia se alegró mucho tras recibir la noticia de mi próxima boda, me acribillaron a preguntas, sobre todo mi hermano. Mamá me dio motivos para

poder estar un poco más tranquila, solo me pidió, por favor, que antes de hacer cualquier cosa asegurara mi trabajo en el museo.

Se acercaba el cumpleaños de René, y cuatro días antes ya estaba preparando una fiesta en París, llevaba varios años sin celebrarlo, y me dijo que ese año lo celebraría por mí, pero sus verdaderas intenciones eran otras. Yo estaba deseando salir de Bayeux para desconectar de todo y divertirme, y por más que le pregunté durante varios días René no quiso contarme nada sobre la fiesta. Tan solo me pidió que me pusiera un vestido para la ocasión, porque los pantalones los llevaba él, pero sé, que en el fondo mi esmoquin le había gustado mucho, demasiado...

Todo lo que pude haber imaginado no tuvo nada que ver con la realidad, y me sorprendí como él esperaba. Tras bajar del avión un coche privado nos llevó hasta una mansión a las afueras de la ciudad, a un bello lugar llamado Montmartre Residence, nombre puesto por los dueños de dicha mansión en honor al lujoso barrio de París, donde ellos habían nacido y se habían criado. Un barrio que había sido la cuna de pintores impresionistas en la bohemia parisina del siglo XIX.

Nada más llegar a la mansión nos recibió Sophie, amiga y antigua socia de René. Durante la presentación disculpó a su marido porque en ese momento se encontraba fuera, en una reunión de trabajo, y me pidió que le acompañara para ver la vivienda. Era un lugar muy amplio y de exquisito gusto, total predominancia de los colores tierra y blanco, imponentes lámparas de cristal colgando, y muchas flores.

Después de enseñarme toda la vivienda me llevó al dormitorio donde descansaríamos René y yo, y me dejó sola para que pudiera acomodarme. Terminé impresionada con tanta ostentación, y tanta amabilidad de aquella desconocida que me pidió que me sintiera como en mi casa. Lo primero que hice fue quitarme los zapatos para tumbarme en la enorme cama que presidía la estancia; era tan confortable que me quedé dormida.

—Diandra, amor mío, despierta.

— ¿¡Qué?! —tras ver mi reacción René me ayudó a incorporarme. Llevaba dormida casi dos horas, y por mí hubiera seguido, pero ya había llegado el marido de Sophie y estaban esperando para presentármelo; me puse los zapatos, me coloqué bien el pelo y bajé.



Durante la presentación de Adam, el marido de Sophie, saltaron chispazos, algo que notamos los dos, y esperé que solo así fuera. Alto y esbelto, veinte años más joven que ella, y guapo a más no poder. No sabía cómo hacer para que no se notara la atracción tan fuerte que sentía por aquel hombre que acababa de conocer; que mal lo pasé mientras hablábamos y ellos tres no dejaban de reírse. Durante la cena no lo pasé mejor, Adam me comía con los ojos, algo que me gustaba, y también me incomodaba muchísimo. Adam quiso que le explicara exactamente cuál era mi trabajo en el museo, y ante la sorpresa de René me levanté de repente para explicárselo, porque no era capaz de seguir sentada enfrente de él aguantando sus miradas y su actitud hacia mí.

Antes de subir a los dormitorios propusieron tomar una copa. Les animé a salir al jardín para seguir allí la velada, conociéndonos.

He de decir que Sophie me pareció un encanto, una señora con mucha clase, y con mucho dinero que había heredado de su difunto marido, y él, bueno...un conquistador nato que la tenía loca por sus huesos. Mujer madura con posibles que se enamora de un jovencito seductor y guapo, todo un clásico.

Hice todo lo que pude para permanecer muy cerca de René, no quise ni beber, poniendo como excusa que me dolía un poco el estómago, ¡y me dolía!, pero por la tensión que me causaba la situación. Adam no dejó de provocarme, la cosa se fue animando y Sophie puso música, yo me resistí como pude, pero finalmente, y tras unos minutos de insistencia por su parte, terminé bailando con Adam, que me fue guiando todo el tiempo. Yo miraba a René que estaba dando vueltas agarrado a su ex socia, y muertos de risa, a mí aquella situación no me hacía ninguna; estaba más tiesa que un palo. Adam intentó poner su mano en mi trasero y me separé bruscamente diciendo que tenía que ir al cuarto de baño.

Me quedé delante del espejo mirándome, pensando que tenía que volver al jardín, y por primera vez en mi vida deseé quedarme dentro de aquel cuarto de baño el resto de la noche, aunque fuera a oscuras.

—Estás muy guapa —escuché al salir del baño y giré la cabeza. Adam estaba apoyado en la puerta, esperándome. Le ignoré, y enseguida me dispuse para bajar la escalera.

—No te vayas, espera nena.

— ¡No soy tu nena! —grité rabiosa, y le advertí que me dejara en paz y se comportara o Sophie se daría cuenta.

—Sophie ya sabe lo mucho que me gustan otras mujeres, desde que me case con ella, y está muy satisfecha así.

— ¡Me voy a casar con René!, además... no eres mi tipo.

—Pues no lo parece –me dijo pasando su dedo por el tirante de mi vestido.

—Si tanto te preocupa que puedan pensar que te gusto espera un poco, y luego baja, ¡nena! –dijo mientras se marchaba carcajeando.

Me quedé en medio de la escalera, con las ganas de decirle lo desagradable y mal educado que era. ¡Nena!... Y encima era un creído. Aquello no podía estar pasando, lo fui pensando hasta que llegué al jardín; René se había sentado y fui con él. El matrimonio se había puesto a bailar, ella se dejaba llevar por Adam, que acariciaba y besaba a su esposa mientras me miraba para seguir provocándome. Poco rato después subimos al dormitorio, y por fin respiré tranquila esa noche. René se puso a contarme que sentía gran respeto y admiración por Sophie, pues esta le había ayudado mucho en sus comienzos profesionales. Su amiga llevaba viuda seis años, y tras el fallecimiento de su primer marido lo había pasado francamente mal, pero después de conocer a Adam y que este le pidiera matrimonio, se había convertido en una mujer nueva, y estaba muy feliz. René se alegraba mucho por ella, que estaba muy enamorada del joven. Después de la explicación no podía decirle nada sobre Adam a mi futuro marido, su amiga era feliz, y eso parecía ser lo único importante, y si ella lo consentía.

Por la mañana desayunamos con Sophie, estuvimos hablando sobre la fiesta, le pregunté en qué podía colaborar o ayudarla, me explicó que en ese momento ya había tres personas en la cocina, y tres más por la vivienda preparando todo para esa noche; todo debía estar perfecto, y yo no tenía que preocuparme por nada. Fue un desayuno agradable para mí porque su marido no estaba, y ni pregunté por él, aun pudiendo parecer desconsiderada.

Estuve tranquila, hasta que llegó Adam a última hora de la tarde. Intenté esquivarle, me mantuve lo más alejada que pude de él, pero me sorprendió curioseando en la sala de lectura.

—Estás bastante buena –escuché decir a Adam detrás de mí.

—Déjame en paz –le pedí hasta tres veces, él se fue acercando mientras yo dejaba en su sitio un libro.

—Qué pasa contigo, nena... Yo te gusto, tú me gustas.

— ¡No me gustas!... es más, me desagrada mucho tu comportamiento —dije mientras me disponía a salir de allí.

—Siempre me huyes, eso me gusta mucho, me gustan las mujeres que se hacen de rogar.

Le negué ser otra de sus conquistas, y le dije que me parecía más que patético, en ese momento me agarró de repente y me besó, yo le solté un fuerte tortazo y me fui muy alterada; me subí rápido al dormitorio para que nadie pudiera verme. Estaba rabiosa porque no sabía qué hacer, me daban ganas de largarme a Bayeux, pero no podía estropearle a René su fiesta, no se merecía que le diera un disgusto así por culpa de un tipo inmaduro que le tenía tan poco respeto a las mujeres, lo pensaba mientras pasaba un dedo por mis labios y, al darme cuenta, me levanté para ir al cuarto de baño a lavarme.

No podía dejar que Adam me amargara la estancia en la mansión y bajé, pero enseguida volví a subir al dormitorio: Sophie llevaba un rato buscándome para decirme que me fuera arreglando porque los invitados empezarían a llegar en cualquier momento y quería que estuviera con ella para recibirlos.

Cuando de nuevo bajé Sophie aún continuaba arriba arreglándose. Mientras esperaba me asomé al jardín y vi a René hablando con Adam, di un fuerte taconazo en el suelo presa de un repentino ataque de furia, y me fui a ver cómo andaban las cosas por la cocina. Me quedé sorprendida al ver la gran cantidad de comida que había. Estaba admirando los succulentos platos que había preparados cuando escuché a Sophie que me llamaba, y fui de prisa a su encuentro. Nos quedamos las dos mirándonos sonrientes, para acto seguido elogiarnos la una a la otra por nuestro aspecto. Ella estaba impresionante, con un gran escote, donde resplandecía un espléndido collar que supuse debía ser carísimo.

Un par de horas de presentaciones y saludos antes de empezar la celebración en el salón principal, y yo súper feliz porque Adam ya le había echado el ojo a una rubia despampanante.

No faltó detalle. Durante los postres René fue recibiendo regalos de sus amigos y algunos colegas de profesión antes de salir para continuar la fiesta en el jardín, donde teníamos varios camareros a nuestra disposición y, donde para empezar, Sophie pidió un nuevo brindis por mi futuro esposo, algo que él aprovechó para dar a conocer el verdadero motivo de la celebración: Nuestra próxima boda.

René pidió otro brindis por mí, y todas las miradas se dirigieron a mi persona,

algunos besos, y numerosas felicitaciones seguidas de un gran aplauso. Solo podía sonreír un poco avergonzada; me sentía abrumada por tanta atención.

Lo estaba pasando muy bien, René estaba tan feliz, y se desenvolvía tan bien en todo aquello que para mí era totalmente ajeno. Estaba en todo momento atento y cariñoso conmigo. Sophie solicitó un momento de atención y dejamos de bailar, y entonces pidió a todas las mujeres que acompañáramos a su marido para que este nos pudiera obsequiar con algo, no me apetecía nada, pero René me animó a acompañar a las demás señoras.

Al otro lado del jardín había un vivero, y una por una Adam nos fue entregando una orquídea negra, y como era su intención, yo la recibí la última.

—Llevo toda la noche esperando este momento.

—Te estará esperando la rubia.

—No me interesa nada, me interesas tú, ya lo sabes, nena.

Quería pegarle otro tortazo bien fuerte pero el champán me había robado fuerzas, y él continuó hablando hasta tenerme arrinconada. Le dije que tenía que volver con todos.

—Pareces lo que no eres, pero a mí no me engañas. Sé bien lo que te gusta –lo repetía cerca de mi cara, hasta que empecé a notar su mano acariciando mi pierna.

Notaba mi corazón a mil, y algo hacía que no quisiera quitarme prácticamente de encima a Adam que no dejaba de pasar su mano por mi pierna, con la otra mano sujetó la mía cuando quise separarlo. Cada vez sentía su boca más cerca de la mía, la cual yo apretaba, ladeando la cabeza para evitar que me besara, pero lo hizo por mi cuello, apretándose con más fuerza a mí. Me sentía tan turbada que me costó reaccionar cuando noté su mano por debajo del vestido.

— ¡Para Adam! –solo oía su respiración— ¡Para por favor! –seguía apretando y restregando su cuerpo contra el mío.

—Pídeme que te haga lo que tanto te gusta, mi amor.

— ¿¡Qué!?! –al gritarle tan fuerte en el oído se separó de mí.

Me di cuenta que tenía el vestido subido hasta la cintura, Adam lo había sujetado con mi ropa interior, lo bajé rápido, él me subió la cara para besarme en la boca y le pegué un mordisco en el labio. Mientras me colocaba el vestido y el pelo

pude ver cómo se tocaba la boca, y se restregaba la entrepierna por encima del pantalón.

—Esto es lo que a ti te gusta, nena, y lo que a mí nunca me han dado —escuché mientras salía del vivero.

Todos seguían bailando, René estaba muy entretenido, al verme se acercó para decirme que me había echado de menos.

— ¿Y tus flores, Diandra?

—Soy alérgica —contesté sin pensar.

— ¡¿A las Orquídeas!?! —expresó extrañado, y me cogió para bailar.

No me podía dormir, pasé casi toda la noche dando paseos al cuarto de baño sin quitarme de la cabeza lo que había ocurrido en el vivero. Me intentaba tranquilizar pensando que solo me había dejado llevar por la atracción física, Adam solo era un mujeriego que se había aprovechado de que yo estuviera un poco bebida, ¡no significaba nada para mí! Me justificaba sin parar, para acto seguido imaginarme con todo lujo de detalles como hubiera terminado lo ocurrido en el vivero.

De vuelta a Bayeux me replanteé mi relación con René. Una mujer que de verdad está enamorada no duda, y yo lo hacía, y no me quitaba a Adam de la cabeza. Recordaba su boca por mi cuello, su excitación por mí, su mirada lujuriosa, me excitaba al pensarlo, y me sentía fatal después, él seguiría a lo suyo, mientras yo lo estaba pasando francamente mal. Era la primera vez que sentía una química sexual tan potente por un hombre, en definitiva, un mujeriego.

René había estado años sin celebrarlo, ¡se podía haber quedado quietecito!

En días posteriores hicimos algún comentario sobre la fiesta, yo enseguida cambiaba de tema, y abrazaba o besaba a René intentando sentirme menos culpable. Me sentía muy agobiada, incluso cuando hacíamos el amor, y fingía para terminar lo antes posible.

Una tarde René me dio recuerdos de Sophie, habían hablado por teléfono, me contuve, y enseguida me metí en el cuarto de baño para desahogarme a solas. Después de un mes estaba igual, ¡yo no era así!, y no era algo que creyera debiera contarle a mi madre, aunque sé que me hubiera aconsejado con su mejor voluntad. Toda la familia estaba ilusionada con mi boda a pesar de no conocer a

René, quien ya me había planteado la posibilidad de irnos a vivir a París después de casarnos. Creo que sufría ataques de algo, y seguía pensando en lo sucedido en el vivero.

Continué leyendo las cartas, que me seguía llevando al salón. Empecé con las 52 del tercer y último paquete. Eleonor seguía sin poder ver a su amado, y yo no sabía qué hacer con el mío.

Seguía el drama, y la mujer seguía sin respuesta a sus preguntas que eran las mismas en todas las cartas que yo ya había leído. A punto de cerrar esa tarde el baúl, creí conveniente comprar algo más pequeño para guardar todas las cartas, y subir el baúl viejo a la buhardilla. René llevaba días llegando a casa tarde, y yo mucho sin pasear por la ciudad, un paseo me sentaría bien, y de paso compraría una novela de las que tanto me gustaban. Terminé comprando cuatro novelas, y otro baúl, totalmente manejable y moderno decorado con mariposas, porque al verlo me acordé de mi hermano, del día que me pidió perdón regalándome una lamparilla con forma de mariposa, y ello hizo que comprara el pequeño baúl impulsivamente.

Ya de vuelta, me llevé un sobresalto al entrar en el portal y, por primera vez, me alegré de encontrarme con Francine, porque en cualquier momento la hubiera buscado para pedirle consejo.

—Sé que no estás bien —me dijo, sorprendiéndome. Miré a la mujer sin decir nada.

—Puedes contarme lo que te pasa en mi casa.

Fuimos en silencio todo el camino. Al llegar a su casa fuimos directamente hasta el patio, donde nos sentamos.

—La última vez que te vi estabas mejor —parece que sentenció mientras cogía mi mano cariñosamente, y le pedí que no me leyera ningún futuro.

—No es mi intención, Diandra.

Cuando le pregunté cómo sabía que quería verla me dijo que ella sabía muchas cosas de mí, y se acercó un poco.

—Me lo has dicho todo —dijo con firmeza. —Veo que sigues sin entenderlo...en fin, tendremos que esperar un poco más.

— ¿¡Esperar a qué!?! —dije alterada.

—A que estés preparada, porque si lo estuvieras no estaríamos aquí. — ¿En qué puedo ayudarte mientras, Diandra?

No estaba entendiendo nada, pero parecía una mujer sabia, y yo no tenía a nadie más. Le conté lo que me había pasado en París, las dudas que tenía respecto a la boda, ella me escuchaba todo el rato negando con la cabeza. Cuando terminé se levantó.

—Tienes que casarte.

— ¡Pero!

—Nada de peros, Diandra, lo que te ha pasado es una tontería para desbaratarlo todo, no puedo permitirlo. Tienes que contraer matrimonio con René.

— ¡Pero usted me dijo que me fuera, que me olvidara de Re...

— ¡Diandra! —dijo alzando el tono, y se quedó callada.

— ¿Qué quiere decirme?, ¡Oiga, no la entiendo!

En vez de contestarme Francine dijo que quizá yo necesitara más tiempo por algo, y que ella no debía entonces apresurarse, debía hacer todo paso por paso. Yo cada vez la entendía menos, y seguí preguntando, pero ella lo ignoró, y quiso saber por qué había comprado un pequeño un baúl, le dije que solo era para meter unas cartas antiguas que había encontrado, e insistí preguntando, ella solo sonrió cogiendo mis manos entre las suyas.

—Continúa con tu vida y fija tu futuro junto a René. Debes confiar en mí. Muy pronto nos veremos —me soltó las manos y me condujo hasta la salida.

—Hasta pronto, Diandra —me despidió sonriendo mientras cerraba la puerta. No me dio tiempo a reaccionar.

Quería hablar con ella para que me ayudara, y resultó que me dejó mucho peor de lo que estaba antes de verla. Francine creía que no estaba preparada, que no entendía algo, y en eso tenía razón, no entendía nada de nada. Yo ignoraba algo que ya debía saber, pero Francine todavía no me lo podía decir, y lo único que le preocupaba era mi boda. Antes de llegar a aquella ciudad nunca nos habíamos visto, pero la anciana parecía conocerme. Cada vez que nos encontrábamos me dejaba más confundida.

... *“No voy a pedir más perdón, todavía me siguen humillando, el padre me ha pedido fortaleza, oídos sordos y paciencia, porque al único que debo dar*

*explicaciones es a ti, querido mío. El padre me ha contado lo que pretendes hacer, pero es muy peligroso, y el miedo me ha quitado las ganas de comer, confírmame que no lo harás, te ruego que no lo hagas, querido mío” ...*

Eleonor estaba muy preocupada ante un posible peligro hacía su amando y, aunque leí cinco cartas más, no me aclaró nada al respecto, tampoco por qué sufría el desprecio y la humillación del entorno. No daba nombres ni parentescos, solo nombraba constantemente al padre Jean, que al parecer era su único consuelo. Deduje que Eleonor y su amado estaban separados por algo indebido que ella había hecho. ¿Qué pecado había cometido Eleonor para tener que soportar tanta crueldad del prójimo?



## CAPÍTULO 7

Recordar a Adam me ayudaba a disfrutar más en la cama con René, y no tenía que fingir tanto. Recreaba escenas donde yo quedaba sometida a su voluntad, ya no solo en el vivero, también en el resto de la mansión, incluso en el dormitorio suyo y de Sophie. Ya no me sentía tan culpable como al principio, eran fantasías sexuales, ¡solo eso! todo el mundo las tiene.

Después de un tiempo, René me dijo que Sophie le había consultado algo por teléfono relacionado con los negocios, y que justo antes de colgar, le había dicho que yo le caía muy bien y tenía muchas ganas de verme.

—Puede que venga a verte algún fin de semana, Diandra.

—Me parece bien —contesté.

La noticia me trajo con más fuerza a Adam a la cabeza, y las ganas de volver a seducir a René con mis jueguitos, él seguía con su peculiar vocabulario mientras hacíamos el amor, algunas frases parecían sacadas de un manual muy antiguo para excitar sexualmente y, una de esas noches en que René se vino arriba y no paraba de decirme cosas, dijo algo que hizo que me diera un vuelco el corazón.

Toda la situación que estaba viviendo me tenía confusa, y seguía esa sensación de familiaridad con todo, intentaba cohesionar, sacando a relucir todo mi sentido común, le daba vueltas y vueltas al asunto sin éxito. Solo esperaba y esperaba, ¿a qué?, no estaba preparada ¿para qué?, todo eran interrogantes, y sentía temor por algo que antes o después pasaría. Cuando me inquietaba demasiado pensando en un posible desenlace cogía las cartas y distraía mi mente leyendo, cuando terminaba siempre sentía una densa carga emocional.

Mi trabajo avanzaba muy bien, ya iba por los últimos metros del tapiz, y reconozco, que mi entusiasmo por él no estaba en su mejor momento. Nunca había estado tan desanimada, notaba como si todo aquello pudiera conmigo, o puede, que solo fuera la irritación que sentía por no entender lo que pasaba, y eso me debilitaba.

Esa tarde, el solo hecho de besar a René me excitó, y me puse a provocarle mientras colocábamos los libros nuevos en la librería de ébano; pocos minutos después llamarón a la puerta.

—Yo abro, continúa tú —me dijo René.

—Hola, Diandra, bienvenida —solté lo que tenía en las manos y me acerqué hasta la puerta.

Sophie y yo nos dimos un beso, y nos fundimos en un cariñoso abrazo; se mostró muy feliz de verme. Estaba muy guapa y elegante, como siempre, y se había cambiado el color del cabello, de castaña a rubia, le sentaba muy bien. Se lo estaba comentando cuando oí el saludo de Adam. Creí que Sophie había ido sola, y de repente me alteré.

— ¿Cómo estás, Diandra? —me acerqué a saludar a Adam sin soltarme del brazo de Sophie.

Durante un rato intenté no mirarle directamente a los ojos, e hice ver que su presencia me agradaba. René les pidió que se sentaran para descansar un poco del viaje, y se fue a la cocina para preparar algo para beber.

—Estás guapísima —me dijo Sophie, y se levantó para ir a ayudar a René. Yo también me levanté.

—Es cierto, estas guapísima, nena —miré a Adam de mala manera, y enseguida me fui hasta la librería para seguir colocando los libros nuevos, pensando, que estaba estupendo.

—Tranquila, nena, luego lo colocas. Disfruta ahora que estamos solos, y cuéntame qué tal va tu trabajo en el museo —seguí con lo que estaba haciendo sin decir nada; no quería ni que me hablara.

Los cuatro degustamos la bebida que había preparado René con la ayuda de Sophie, y hablamos de nuestros trabajos. Después de un rato conversando, Sophie se puso de pie para anunciarnos que Adam y ella iban a adoptar un bebé. Les felicité, y quise creer que Adam sería mejor padre que marido, aunque yo a veces lo justificara porque ella lo consentía.

—Un bebé le roba mucho tiempo a una mujer, y eso le deja mucho tiempo libre a el hombre —comentó René.

—Adam solo tiene ojos para mí, es un encanto, ¿verdad cariño? Nunca me engañaría —manifestó Sophie, y besó repetidamente a su marido.

Me daban ganas de dejarlo en evidencia, pero me tuve que morder la lengua. Saber lo que pensaba Sophie sobre la fidelidad de su marido hizo que me sintiera mal, porque no era tan consentidora como me habían hecho creer, y estuve muy

molesta el resto del tiempo.

Tras hora y media reunidos el matrimonio se fue al dormitorio de invitados para descansar un poco, yo seguí colocando los libros nuevos, y René se encargó de organizar una cena en Calvados.

Durante la cena Adam estuvo más cariñoso con su esposa de lo que yo había visto hasta ese momento, cada poco pedía un brindis por su próxima paternidad, y en cada sorbo me clavaba los ojos. Se comportó mejor de lo que yo esperaba, puede que fuera de su terreno no se sintiera tan seguro.

Terminamos pronto la velada porque al día siguiente yo tenía que trabajar. Ya en casa me sentí más relajada por el comportamiento de Adam hacía mí, pero él aprovechó unos instantes en que nos quedamos solos, y entonces escuché:

—Estoy deseando terminar contigo lo que dejamos a medias en el vivero.

— ¡Eres una cara dura! –grité, y casi me oye René.

Mi supuesta tranquilidad se esfumó, y pasé la noche deseando que se fueran pronto a su magnífica mansión. La presencia de Adam me ponía nerviosa, y esa mañana, en el museo, hice un esfuerzo extra por concentrarme en el tapiz. Tuve que salir un rato para despejarme, pero fue peor porque le deseé con ganas, y eso me dio más rabia que nunca. Llegué a casa más tarde que cualquier sábado, y me relajé un poco al ver que solo estaba René. El matrimonio se había ido a un pueblo cercano porque Sophie quería hacer algunas compras.

—Has pensado en mí, nena –me dijo Adam cuando regresaron. No quería saber nada de él y me metí en mi dormitorio.

Aquel encierro no podía durar mucho, esa noche también salíamos a divertirnos los cuatro a una pequeña sala de fiestas. Me estaba maquillando los labios y me dio por imaginar a Adam, solo por su físico, pero comportándose y hablando como René en todo momento, dos hombres en uno, ¡no!, no funcionaría tampoco, porque seguiría faltando la fuerte química sex...

— ¡Amor, tenemos que irnos ya o llegaremos tarde! –me sorprendió René desde la puerta. Tenía que dejar de imaginar cosas con Adam, pero...me resultaba tan difícil. Detestaba sus formas, pero el fondo...

En todo momento Adam estuvo muy complaciente con su esposa, evitó intencionadamente cualquier cosa conmigo, y yo le busqué con la mirada. Su comportamiento afectuoso hacia Sophie me molestó, y me causaba irritación que

me ignorara, y más irritación porque no era eso precisamente lo que quería sentir. Después de bailar un rato conmigo, René se fue a saludar a unos hombres y se quedó con ellos, aproveché para irme a la parte de arriba de la sala y poder estar tranquila.

Apenas llevaría allí arriba diez minutos cuando me percaté de que Adam estaba subiendo. Me tembló todo.

—Hola, preciosa, sabes...Sophie se ha puesto a bailar con un amigo de la infancia –ante mi mutismo Adam se acercó.

—Sé lo que sientes, no es agradable sentirse ignorado –escuché impasible. Adam se fue para que le sirvieran una copa, y regresó con dos, ofreciéndome una.

—Acéptame una copa al menos.

Estaba comportándose muy educadamente, y no me miraba como solía hacerlo, me despistó mucho, y le pregunté qué era lo que quería.

—Charlar contigo un rato, me han dejado solo –algo tramaba, y le pedí que bajáramos. Me pidió que fuera delante de él.

Al llegar abajo me hizo girar en dirección contraria, y le seguí hasta llegar a una zona ajardinada. Me dijo que me fijara en lo bonito que era todo, que sintiera la suave brisa, que dejara entrar en mí el olor de los jazmines. Caminé por allí disfrutando del entorno que estaba sutilmente iluminado, hacía una noche estupenda, y realmente me sentía muy a gusto. Adam caminaba unos pasos por detrás de mí; cada poco oía moverse los hielos de su copa.

A mí todo esto me recuerda al vivero, ¿no crees? –al escuchar a Adam me dio un vuelco el corazón. Se puso delante de mí, mirándome igual que la noche que regalo orquídeas a todas las mujeres.

—Vamos dentro –le pedí mientras me colocaba el pelo.

—Tú no quieres irte dentro, nena, tenemos algo pendiente –al oírle me dio asco, y también me excitó. Cuando me quise dar cuenta nos habíamos apartado, estábamos detrás de una valla, a salvo de cualquier mirada. Yo seguía oliendo el jazmín, sintiendo la brisa, y la proximidad de Adam que de repente se pegó a mi cuerpo. Se quedó mirando mi pelo, luego lo olió, sentía como aspiraba el aire por la nariz y luego lo soltaba suavemente por la boca, aire caliente con olor a alcohol que yo sentía en mi cuello, en ese momento me recompuse para beber un

poco y espabilarme.

—Nena, suelta eso. Me quitó la copa y la dejó en el suelo junto a la suya, aproveché que se había apartado para marcharme, y caminé muy despacio deseando que él lo impidiera, pero Adam no se movió. Seguí caminando de vuelta a la fiesta, más rápido, furiosa, pensando que le diría a René sobre mi ausencia de la misma, cuando de pronto, Adam me cogió por la cintura y me dio la vuelta para besarme antes de que yo pudiera impedirselo. Siempre me pillaba por sorpresa.

Sentí unos profundos besos que me dejaron casi sin aliento, y sin soltarme me condujo de nuevo hasta la valla. Le fui pidiendo que me dejara marcharme mientras me besaba por el cuello y lamía mi oreja. Sentía sus manos sujetándome por los hombros.

— Tengo que regresar a la fies ...

Volví en si notando suaves palmadas en mi cara y el aire de soplidos. Estaba en el suelo, con medio cuerpo apoyado encima de René. Al vernos rodeada por tanta gente me asusté, René me tranquilizó, explicándome, que me había desmayado, y había sido Adam quien me había descubierto fuera y había pedido ayuda.

— ¿Estás mejor?, que susto me he llevado, mi amor –René me ayudó a ponerme en pie, y me dio un poco de agua.

Antes de entrar le pedí quedarnos allí fuera un rato. Todos fueron entrando hasta que por fin nos quedamos solos. Me abracé a René, me sentía muy confusa, mareada, y no recordaba lo que había pasado. Tenía calor y ganas de vomitar. En pocos minutos me empecé a sentir mejor. René le echó la culpa a la bebida, le di la razón, pero tampoco recordaba lo que había bebido, e insistió para que nos marcháramos, afirmé encontrarme mucho mejor, por lo que podíamos seguir disfrutando de la noche. Aún continuábamos fuera cuando Sophie se acercó a nosotros para saber cómo me encontraba, incluso bromeo con el hecho de que las dos pudiéramos ser madres, le aseguré que eso no era posible. Quise acabar con aquella conversación diciendo que tenía que ir al aseo. Quería estar sola, necesitaba recordar lo que había ocurrido, pero me fue imposible porque Sophie quiso acompañarme para retocar el maquillaje de sus labios.

De repente recordé las cartas, el tapiz, Francine, todo se amontonaba en mi cabeza, hice intentos por no retener nada, por mantenerme tranquila, y al pensar

que Sophie estaba fuera esperándome recordé a su marido, me sobrecogí al tiempo que escuché como me llamaba preguntando si estaba bien. Salimos del aseo y nos reunimos con el resto.

Al encontrarme con Adam me sobrecogí otra vez, era como si la sensación que me recorría me quisiera advertir de que algo no iba bien, que algo había pasado y Adam estaba implicado en ello. Apenas pude disfrutar, pasé el resto de la noche intentando recuperar la memoria, en dos ocasiones mi mirada chocó con la de Adam que me sonrió, una sonrisa que me resultó maliciosa, haciendo que pensara que él sabía perfectamente lo que me había ocurrido; no le pregunté porque quería evitarlo a toda costa. El trayecto de vuelta a casa también me resultó un fastidio porque Adam no dejó de mirarme. Nunca un hombre me había incomodado tanto.

Al día siguiente el matrimonio se marchó a su maravillosa mansión, me despedí de él por deferencia a Sophie, y antes de salir, Adam me volvió a dedicar otra sonrisa maliciosa. Quería olvidar pronto aquel episodio, y zanjé el tema con René asegurándole que lo había pasado muy bien, y que tanto Sophie como su marido eran un encanto.

## CAPÍTULO 8

Me cuestionaba cómo alguien quiere que se confeccione un tapiz, es algo que se decide de repente, tras pensarlo un tiempo, por satisfacción, o siempre hay algo más detrás de lo que bien podría pasar por ser solo un capricho. Aquel tapiz era espectacular, y esa mañana en vez de hacer mi trabajo con él estuve perdiendo el tiempo, al pensar, que alguien tan importante como la Reina Matilde se había tomado la molestia de dejar impreso en un trozo de tela un trozo de historia, para que generaciones posteriores tuvieran inquietud por investigar el misterio que encierra una tela de casi 70m de largo, donde se cuenta la invasión normanda de Inglaterra por medio de unos dibujos que nos meten de lleno en la época medieval. Aunque en la actualidad todavía no se sabe con certeza si fue la misma reina Matilde quien lo confeccionó, con ayuda, me entretuve bastante pensando en ello. Una reina, que, con ayuda de otras personas, posiblemente sus sirvientas, confeccionan una hermosa pieza textil sobre un tejido de lino, bordado casi en su totalidad con hilo de lana, diversos escritos en latín completan la obra. Imaginé a un grupo de mujeres dedicadas en cuerpo y alma a dotar a aquella tela de vida, a recrear un trozo de historia, inmortalizando la batalla de Hastings para siempre. Había leído la historia sobre el tapiz docenas de veces, pero siempre añadía elementos románticos, sucesos inventados por mí, que me hacían meterme en la historia de una manera mucho más amable. Si era arte, yo me ponía sentimental.

Ya habían pasado diez meses de mi estancia en Bayeux, había estado hablando con mi madre, quien me había trasladado los saludos del señor Edward, y recordado, que en pocos días sería el cumpleaños de mi mentor. Ese día llegó, y yo telefoneé al señor Edward para felicitarle, me alegró mucho hablar con él. Como siempre me ánimo a seguir, y deseaba que en cuestión de algunos meses más yo le diera la noticia de mi incorporación en el Louvre. Seguía creyendo en mí, y yo tenía muchas ganas de verle, le tengo un cariño muy especial. Pasé el resto del día acordándome de mis charlas con el señor Edward sobre arte moderno, a lo que él siempre se mostraba un poco reticente. Ahí estaban Da Vinci, Goya, John Bacon, Lorenzo Bernini, y Miguel Ángel, su favorito, y de ellos prefería que habláramos esas tardes que yo sacaba un tema y, muy astutamente, él me seguía hasta que me llevaba a su terreno, entonces terminábamos hablando del arte barroco, o de la pirámide de Keops en Egipto. Cuanto más antiguo más importancia tenía para mi mentor, y más tiempo

pasábamos hablando de la obra en cuestión. Recordaba la risa que le producía al señor Edward, y que sabía disimular, cuando en alguna ocasión escuchó a mi amigo Pierre hablando conmigo sobre algo que me estaba contando sobre los vikingos, cuando de repente, me vino a la cabeza una valla de madera y el olor a jazmín.

¡Oh no, por favor!, estaba empezando a recordar algo, algo donde... ¡Adam y yo!, no era posible, recordaba sus manos sobándome sin descanso por debajo de la ropa, su boca besando mi cuello, ¡me lo había montado con él en la fiesta! Eran imágenes muy difusas que iban y venían, las mismas todo el tiempo, pero no podía recordar el momento en que él... ¡Estaba tan borracha que me desmayé y Adam se había aprovechado de mí!

No podía estar segura porque la memoria me fallaba, pero era un tipo capaz de cualquier cosa, y me había estado acosando sin descanso. Si le contaba algo a René se originaría un conflicto, y no quería que tuviera ningún problema con su ex socia, René le tenía un gran cariño, y ella estaba loca por Adam. Decir algo representaría tener muchos problemas.

En cualquier caso...yo tendría problemas. ¿Qué pasaría la próxima vez que nos encontráramos con el matrimonio? Mi silencio podía dar pie a que Adam creyera que yo aceptaba lo que había pasado, y siguiera acosándome siempre que nos viéramos, y el hecho de que pronto sería la esposa de René no creo que cambiara en nada las cosas. La situación podía resultar de lo más embarazosa para mí cada vez que René me hablara de ellos, o estuviéramos juntos los cuatro. En cualquier momento yo podía perder la paciencia, (eso contando con el hecho de que yo nunca más probaría una copa cuando Adam estuviera cerca), entonces saltaría de repente, furiosa, harta de su acoso y sus provocaciones, y entonces se liaría una bien gorda; no podía arriesgarme a que algo así sucediera. Me sentía fatal, había engañado a René y no se lo merecía. Esa tarde busqué una solución, no quería causar un daño del que me tuviera que arrepentir. Había querido creer que solo eran fantasías, y que a Adam se le pasaría su deseo por mí, pero lo ocurrido había ido demasiado lejos. Adam había conseguido lo que quería, y por su parte la cosa no se quedaría así.

Un mujeriego siempre lo es, y para él yo era presa fácil. Sophie... Antes de conocerme su marido ya le engañaba con otras mujeres, puede que algún día lo descubriera y le perdonara, o le abandonara, pero desde luego yo no iba a ser la causante de hacer tambalear su relación, y mucho menos de volver a engañar a



René con un tipo tan despreciable e irrespetuoso como Adam. Después de mucho pensar llegué a la conclusión de que realmente no estaba enamorada de René. Aún podía poner remedio, era lo único que podía hacer. Una tarde le dije que me sentía muy confundida con el tema de la boda, y necesitaba tiempo para aclarar mis dudas porque quería estar segura de todo lo que iba a hacer. A René le costó entender mi deseo de volver a la casa rural, y dejar de vernos un tiempo, él estaba convencido de que yo a su lado era feliz, no se lo pude desmentir, no tuve valor. Solo me pidió que aclarara pronto mis sentimientos hacía él, y al día siguiente llamó al museo para solicitar que me dejaran instalarme de nuevo en la casa rural. Le pedí a René que no fuera por allí, él se despidió diciendo que me amaba. No pude mirarle cuando me besó en la mejilla.

Pasaban los días, la situación era igual que al principio, iba al museo, compraba, y poco más, el chico volvió a dejarme la prensa en la puerta. Antes de irme a dormir leía un rato, tenía dos novelas nuevas que me había regalado René. Le echaba mucho de menos, pero me acordaba de por qué estaba sola en la cama, y eso, reforzaba mi idea de que había hecho lo correcto. Tuve varias veces la tentación de preguntar en el museo si René había ido por allí, después de tres semanas no la pude resistir más y pregunté si le habían visto. Me dijeron que había estado tres veces en el museo, siempre a última hora de la tarde para evitarme, y según me contó un encargado, se paseaba muy despacio cerca de la salida, triste y cabizbajo, con una vestimenta informal, lejos de lo que era costumbre en él cuando visitaba el museo. No les dije nada a mi familia, cuando me preguntaban les decía que todo seguía igual, que era muy feliz con mi prometido, y les daba recuerdos de parte de René. A veces me venía a la cabeza Francine, nunca había conocido a una mujer anciana tan especial, no le tenía simpatía, me había estado incordiando, pero me gustase o no, también formaba parte de mi vida allí en Bayeux.

¡Eleonor! Aún tenía pendiente de leer algunas cartas del último paquete, no creí posible que René se deshiciera de ellas, pero me preocupó pensar que, si ello ocurría, yo nunca sabría el desenlace de tan desdichada relación entre Eleonor y su amado que tan lejos estaba. No era capaz de ir a casa de René para pedirle que me las diera, quizá lo mejor fuera que me olvidara de ellas, que me olvidara del baúl, y de todo lo que este guardaba. No tenía sentido sufrir por personas que no conocía cuando a poca distancia de allí había un hombre que se sentía abandonado por mí, que había sido muy comprensivo, sin llegar a entender, a saber, realmente, por qué yo había decidido apartarme de su lado. Después de

mes y medio en la casa rural esa tarde estaba algo intranquila, me preparé algo de comida, sabiendo que ello no calmaría el enorme vacío que sentía, un agujero negro y profundo en el fondo de mi estómago, a punto de perforarme hasta llegar a la zona lumbar. Me encontraba masticando sin ganas cuando sonó el timbre de la puerta. Por eso la intranquilidad esa tarde, algo me intentaba decir que vendría René.

Me coloqué bien la ropa y el pelo, y casi me caigo al ponerme tan deprisa las zapatillas. Me enderecé todo lo que pude antes de abrir la puerta a René.

Me quedé blanca al ver a Francine.

—Hola, Diandra, me alegro mucho de verte –no me salían las palabras.

—¿Puedo pasar? –abrí la puerta completamente por inercia para que entrara. Ella caminó ligera hasta la mesa y se sentó, me miró, y luego se quedó examinando la comida que yo aún no me había terminado.

— Deberías de comer cosas más nutritivas, y no mezclar tantos alimentos tan distintos.

No era capaz de articular palabra, Francine era la última persona que esperaría ver allí, sentada, y analizando lo que yo comía, y empecé a sentir esa sensación de familiaridad que ya hacía tiempo que me había abandonado. Por fin le pude decir que no creía que hubiera ido hasta allí para darme lecciones de nutrición, y me acerqué hasta la mesa para saber por qué había ido a verme.

Me fue diciendo que estaba muy disgustada por lo que yo había hecho. Sabía por boca de terceros que René lo estaba pasando muy mal por mi capricho de querer estar sola en aquella casa, últimamente le había estado viendo muy desmejorado por causa de mi ausencia. Le escuchaba perpleja, porque había sido ella, quién, durante varios meses, había estado intentando que me alejara de René, y en esos momentos estaba muy preocupada por él y muy disgustada con mi actitud. Me indignó tanto que sentí la necesidad de increparle, pero me contuve y solo le dije que no era ningún capricho por mi parte, justificando mi actitud al hecho de que yo también lo estaba pasando muy mal. Ella repitió varias veces, con gran énfasis, la necesidad de continuar adelante con la boda porque estaba a punto de terminar mi trabajo con el tapiz, y en breve formaría parte de la plantilla de trabajadores en el Louvre, muchas mujeres soñarían con algo así, aseguró, y después se levantó para decirme muy seria que tenía que dejarme de niñerías y comportarme como se esperaba de mí. Yo también le

pregunté muy seria por qué tenía tanto interés porque René y yo nos casáramos, pero no me dio respuesta alguna.

Le recriminé que entraré en la sala del tapiz cuando le venía en gana, que hubiera ido hasta allí, un lugar apartado donde en cierto modo yo me estaba escondiendo. Solo le aseguré que necesitaba pensar en todo, estar sola un tiempo para saber si realmente estaba enamorada, y su irrupción esa tarde me confundía más.

Resultó ser mucho más obstinada que yo, e insistió, diciendo que, por supuesto yo estaba enamorada, pero que me sentía culpable por lo que había hecho a espaldas de René. En ese momento me alteré, al recordar, que yo le había contado mi tonto con Adam, dando además detalles innecesarios, y le pedí que no hablara más sobre ello.

—No lo haré, para mí no tiene la importancia que tiene para ti. Vuelve con René, continua con todo lo que has dejado a medio terminar.

Estaba anocheciendo, y fuera había un coche que esperaba para llevarla de vuelta a Bayeux, supuse que era el mismo que la había llevado hasta allí. Acompañé a Francine hasta la puerta, y antes de salir me miró de una forma diferente; la mujer me transmitió algo que percibí con agrado.

—Si necesitas mi ayuda ya sabes dónde encontrarme. Adiós.

—Adiós, Francine.

Ella se puso a andar, y yo fijé mis ojos en el lujoso coche que la esperaba a pocos metros de la puerta, y que realmente no vi.

Me senté en el mismo sitio que poco antes había estado ocupado por la anciana, y durante unos instantes miré la comida, pero fui incapaz de seguir comiendo. Teniendo en cuenta todo lo que habíamos hablado en anteriores ocasiones no me extrañó el discurso de Francine. Analicé todo lo que había pasado desde el día que nos vimos por primera vez en la tienda. Ese día, por ella me probé un vestido que terminé comprando, el mismo que causó en René una terrible desazón. Al vernos juntos la cara de la anciana era la de alguien que estaba viendo a dos personas cometiendo el más reprochable de todos los pecados, y con intención o no, había conseguido asustarme, después, todo dio un giro inesperado para mí, porque Francine se alegraba de que yo siguiera con René, estaba feliz por ello, y a su manera se disculpó por haberme acosado, alegando que todo se debía a un error suyo, e incluso quería que fuéramos amigas,

ofreciéndome su ayuda.

Me había comprado el vestido por ella, sin saber por qué. La anciana conocía a René, y ello me hizo pensar que también conoció a su primera novia, que sabía las circunstancias que rodearon su muerte. Me pareció retorcido, aunque si su intención era que René se alejara de mí estuvo a punto de conseguirlo. Francine llevaba toda la vida amargándolo, sumido en una dolorosa soledad por culpa de las predicciones de la anciana. Su cara de miedo cuando me vio con el vestido puesto nunca la podré olvidar.

La visita de Francine aquella tarde me hizo pensar en muchas cosas en las que nunca había reparado, pero por lo demás todo continuó exactamente igual, yo me acordaba a menudo de Adam, del vivero, de todo lo que había pasado, y seguía llena de dudas respecto a mis sentimientos por René. Aquel alejamiento era mi castigo por haberle engañado con otro hombre, así lo quise creer para sentirme más culpable de toda la situación, aunque seguía sin recordar si Adam había abusado de mí.

Ya había terminado de leer las novelas, y ese día, saliendo del museo, barajé la posibilidad de ir a casa de René con la excusa de querer saber cómo se encontraba, y de paso pedirle las cartas, las que ya había leído también.

El aspecto de René me sorprendió, era peor de lo que había descrito Francine. Me echaba de menos constantemente, y cuando no trabajaba, pasaba el resto del tiempo encerrado en su casa. Todo estaba olvidado, la chimenea, la librería de ébano, ya no había rosas rojas. Cuando le pedí las cartas agachó la cabeza porque sabía lo que significaban para mí, y me dijo que ya no las tenía. Noté una opresión en mi pecho, y miré al suelo porque no sabía qué decir, él se fue, y hasta que regresó, mi cabeza no fue capaz de pensar nada. Estaba de pie en medio del salón, bloqueada, y con la boca seca.

—Toma, es tuyo —me entregó el pequeño baúl de mariposas. Lo cogí y se dio la vuelta sin mirarme, y muy despacio se fue acercando hasta la puerta porque para él ya había terminado mi visita. Le seguí incapaz de preguntarle qué había hecho con las cartas, incapaz de decir nada más.

—Gracias por venir, Diandra —cerró la puerta.

—Adiós, dije cuando ya no me podía oír.

Regresé a la casa rural muy triste, fui conduciendo hasta ella recordando el semblante abatido de René, como una fotografía arrugada que hubieran grapado

dentro de mi cabeza.

En poco más de un mes concluiría mi investigación sobre el tapiz, y tras varios días donde sería evaluada por varias personas, y teniendo en cuenta algún detalle más, como recomendaciones de mi mentor, finalmente me dirían si me daban el trabajo en el Louvre. Exactamente 37 días hasta ese momento, la última vez que entrara en la sala. Qué miedo pasé al principio debido a la falta de luz, y a pesar de ser una sala tan grande, me sentía encerrada igual que cuando de pequeña mi hermano me dejaba a oscuras dentro del cuarto de baño.

Ya no me hacía falta la linterna, me hacía falta saber lo que iba a hacer con mi vida.

René y yo no habíamos sido capaces de mirarnos, esa mirada que tanto nos gustaba mantener en los ojos del otro, sin embargo, durante unos segundos en que René me decía que ya no tenía las cartas en su poder, yo había sentido que quería decirme algo más, pero no había tenido valor, o era algo que yo no debía saber. Su aspecto dejaba mucho que desear, nunca le había visto sin afeitado, con el pelo sin arreglar, una espesa mata de pelo oscuro que ya envidiarían muchos jóvenes de veinte años. Estaba más delgado, mi ausencia había provocado que se le marcaran ojeras, y la costumbre de ponerse perfume, aunque no saliéramos, también la había abandonado. En ese momento, ocurrió algo que solo sentía con algunos trabajos que había realizado, igual que a veces me pasaba en la sala del tapiz, se apoderó de mí el sentimentalismo, recordar el aspecto de René me conmovió, de igual forma que cuando leía las cartas de Eleonor, fue una emoción que me invadió dominándome por completo. Me dije a mí misma que solo era pena lo que sentía, mi conciencia que me susurraba para hacerme sentir más culpable, o quizá la anciana tuviera razón, y yo estaba muy enamorada, pero tenía miedo, sí, puede que solo fuera miedo, y yo lo había disfrazado de dudas para encubrir una infidelidad. Seguía sin poder recordar lo que había pasado la noche que me desmayé en la fiesta.

## CAPÍTULO 9

Me desperté temprano, con lo mismo de siempre en la cabeza. Estaba lloviendo, y a juzgar por el aspecto que tenía todo fuera parecía que había estado lloviendo casi toda la noche. Me alegré porque no tenía que ir al museo, un día lluvioso y gris era perfecto para quedarme sin salir, aunque había previsto ir a la ciudad para comprar fruta. Con una taza de té en la mano abrí la puerta, me apetecía sentir la humedad, el olor a tierra mojada siempre me había gustado, de pequeña me entretenía tirando pequeñas piedras en los charcos, o saltando en ellos cuando llevaba las botas de agua, mi hermano también lo había hecho, esto último me lo contó mi madre. Mientras lo recordaba la taza de té cayó de mis manos, apenas noté la salpicadura del líquido en la piel, estaba demasiado absorta mirando hacia el suelo. Solo notaba mi corazón latir deprisa.

Delante de mi puerta, en el suelo, allí estaban los tres paquetes de cartas metidos dentro de una bolsa de plástico transparente; la bolsa tenía algunas gotas de agua. En vez de recogerlo me quedé allí mirando la bolsa, solo llevaba el camisón y no sentía ni el frío. Cuando mi cuerpo por fin reaccionó a la baja temperatura recogí la bolsa del suelo y entre rápido, estaba tiritando. Me fui otra vez a la cama, y sobre ella extendí los tres paquetes que habían sido liberados de su prisión, primero un enorme baúl, después otro más pequeño con dibujos de mariposas; fui a buscarlo y de nuevo metí dentro todas las cartas. Estaba segura de que lo había dejado René porque no había sido capaz de tirarlas, tampoco de dármelas en su casa porque esperaba hacerlo esa mañana, pero no había tenido el valor de verme, (porque así yo se lo había pedido), y se había ido dejando la bolsa en el suelo. En cualquier caso, había tenido la amabilidad de devolvérmelas, porque, aunque no me pertenecían, para él yo era su dueña. Pasé mis dedos por los paquetes, suavemente, por sus cintas descoloridas, ásperas, allí estaban otra vez las cartas encerradas, haciéndome compañía, esperando ser leídas por mí, para dar vida a unos personajes que de otra forma también sufrían por amor. Aquellos papeles escritos, olvidados en el tiempo, no por él, tenían mucho que contar, y yo de que me contaran; parecía que las cosas volvían a su lugar.

Echaba de menos los paseos con René, leer junto a él cerca de la chimenea, su olor añejo, suspiré varias veces como a veces me daba la sensación de que lo hacía Eleonor, y en ese momento deseé que René me besara, esos besos que

siempre reconocía.

Quedaban doce días para terminar mi trabajo, lo tenía todo claro, todo menos estar segura de que me quería casar, y si no lo hacía tampoco lo demás me iba a servir, total, que seguía igual, y luego estaba la posibilidad de que a René ya se le hubieran pasado las ganas de casarse conmigo. Quería ir a verlo, tenía que agradecerle que me hubiera dejado las cartas para poder continuar con su lectura, necesitaba ver cómo se encontraba, y saber lo que yo sentía al tenerlo delante, e intentaría saber lo que él aún sentía por mí, y de acuerdo a ello decidirme a hacer algo. Me despedía de él para siempre, o sería capaz de sentir el amor entre los dos, y esto último llevaría consigo el hecho de volver a su lado. René me había dicho que cuando no iba a trabajar casi no salía, tenía la esperanza de encontrarlo en casa, quizá la oportunidad tardara en presentarse otra vez, pues eran pocas las ocasiones en donde yo me sentía con ganas de hacer algo, con el valor suficiente para ir a su casa. Quise creer que el ambiente lluvioso me ayudaba; puede que en el fondo fuera más romántica de lo que creía.

Antes de salir me puse un chubasquero que aún no había estrenado, y las botas de agua. Por un instante me hubiera puesto a dar saltos en los charcos, por supuesto quedó descartado de inmediato, no iba a llegar a casa de René llena de barro. Cuando llegué a la ciudad dejé el coche cerca del edificio, y crucé andando despacio el puente de piedra. No me permití pensar nada sobre lo que iba hacer o a decir, que pasara solo lo que nos dictara el sentimiento, al menos por mí parte. No pude evitar mirar unos instantes la fachada antes de subir, tenía más humedad por la parte de abajo, las ventanas ya no tenían flores de colores, estaban en un compás de espera, como nosotros.

Al subir la escalera fui percibiendo el olor de aquel edificio, respiré profundo intentando meterlo dentro, aquel olor tenía muchas connotaciones para mí.

Apreté dos veces el timbre con el dedo rígido, luego miré mis botas.

Creo que nos conocíamos mejor de lo que nosotros mismos ni imaginábamos; nada más abrir la puerta nos abrazamos. Su corazón permaneció tranquilo, el mío iba como un caballo desbocado. Permanecemos abrazados bajo el umbral, hasta que René se puso de rodillas para quitarme las botas. No lo hizo para que no se ensuciara el siempre reluciente suelo de toda la casa, fue porque no quería que me enfriara, yo me quité el chubasquero y, justo al terminar de dejarlo en el perchero René me cogió en brazos para llevarme junto a la chimenea, yo le rodeé el cuello con ambos brazos para sujetarme y pude notar como había

perdido volumen. Nos quedamos recostados sobre el sofá, tan comfortable que casi siempre me quedaba dormida. Necesitaba darle las gracias, pero no lo hice, me había prohibido pensar. “Solo siente, Diandra”, me ordené.

René acariciaba mi mejilla con tanta delicadeza que me sentía frágil, ya conocía esa sensación, casi desde el principio, y solo él me hacía sentirme como una dama en apuros; nunca quise indagar en ello. Él era mi caballero.

—Está anocheciendo —escuché de improviso. Volví en sí y me incorporé. Al mirarle supe todo lo que me estaban diciendo sus ojos, le hablaban a mi corazón, (al mismo que un rato antes parecía un caballo desbocado), y el suyo estaba escuchando en aquel silencio.

— ¿Te importa si entro al aseo antes de marcharme?

— ¡Quédate! —me pidió mientras me levantaba del sofá.

—Por favor, hazme compañía.

Su petición me atravesó el alma, y le pregunté si estaba seguro, solo afirmó con la cabeza, y me cogió las manos diciendo que aún me amaba. Quería agradarme, quería que yo fuera una mujer feliz, aceptando para ello, el hecho de que yo siguiera mi vida lejos de él. Me sentí tan abrumada ante su condescendencia que no podía decir nada, solo le miraba notando mis ojos vidriosos, no quería llorar, y rompí el momento dándole las gracias por las cartas, pero René no dijo nada. Le dejé allí pensativo y me fui al aseo. Delante del espejo tuve varias visiones con los ojos cerrados. La primera, ya convertida en la señora de Achenza, paseando del brazo de mi marido por los pasillos del museo, por las calles de París, visitando a mi familia en Coventry...Abrí los ojos.

Todo aquello se podía convertir en algo más que visiones, pero nunca podría estar tranquila, me seguía angustiando pensar que había engañado a René, él nunca me había exigido nada en la relación, pero sabía por boca de él, que para él era muy importante la sinceridad, la complicidad emocional en una pareja, y yo podía tener muchos problemas en el futuro porque no siempre iba a ser posible evitar a Adam. Si quería seguir adelante con los planes de boda tenía que ser sincera. Podíamos idear un plan para que su ex socia no se enterase de nada, y más que un perdón, lo que necesitaba de René era que me ayudara, no dándole a Adam ninguna oportunidad de volver a sorprenderme. Tenía demasiada confianza en que lo comprendiera, y solo le podía contar la verdad a medias, porque no recordaba algunos detalles, no podía saber si después del desmayo



Adam me hizo algo, pese a todo, no lo podía acusar de nada. Me dirigí hacia el salón decidida e impaciente. Mi revelación podía cambiarlo todo.

Al regresar al salón me encontré con dos copas de vino encima de la mesa. Me quedé mirando, luego miré el fuego de la chimenea. René apareció detrás de mí diciendo que había que celebrar mi vuelta, oírle me dio más fuerza, me calmó un poco, y le pedí que se sentara a mi lado porque necesitaba contarle algo importante.

Mi relato fue breve, no me pareció necesario ni prudente entrar en detalles. En ningún momento me interrumpió, su mirada estaba fija en mis ojos y mi boca en intervalos de tiempo, y sus ojos tampoco me decían nada. Tragué saliva en algunos momentos, bajé la cabeza en otros, hasta que René me sujetó con su mano por debajo de la mandíbula para que no moviera más la cabeza, y con ello, poder ver mis ojos todo el tiempo.

Me hubiera sabido defender de algunas cosas, aceptando sin justificarme su enfado por otras, aguantar sus gritos, intentando mitigar con ellos el dolor ante mi traición, no tenía ni idea de cuál iba a ser su reacción, pero esperaba lo que hubiera sido normal en cualquier persona, pero él no era cualquiera, no follaba, hacía el amor, y tampoco se enfadaba, mantenía siempre la compostura, y ante su actitud, yo me quedé asombrada; su silencio y tranquilidad a mí me inquieto.

Al cabo de unos minutos me cogió la mano, y sentenció:

—Puede que mi apariencia y actitud te halla confundido, pero Diandra, no estoy ciego.

René me estaba diciendo que conocía a Adam mejor que Sophie, y le interrumpí para reprocharle que nunca le hubiera dicho nada a su amiga. Hizo una mueca, después bebió un poco de vino antes de continuar.

Sophie podía también confundir con su comportamiento en lo concerniente a su marido, pero tampoco estaba ciega, muy al contrario, era una mujer muy inteligente, consciente de su edad y su situación, no le daba igual, pero le había pedido a René que se mantuviera al margen en todo lo relacionado con su matrimonio. René sabía qué clase de hombre era Adam en asuntos de faldas, nunca había gozado de su simpatía, solo le aguantaba sin pensar en ello. Había sido muy consciente en muchos momentos de las miradas hacía mí de Adam, se había dado cuenta de cómo yo intentaba esquivarle, y también reconocía, que Adam era irresistible para la mayoría de las mujeres, sobre todo para las de su

círculo más inmediato. Me sentí como una idiota por haber subestimado a René. Su comportamiento tan maduro, su respeto por los sentimientos del prójimo, no parecía compatible con sus formas que yo tachaba de anticuadas, de demasiado tradicionales y formales. Le confesé que no recordaba lo que había pasado durante mi desmayo, y de nuevo me dejó asombrada. La noche que yo me desmayé ya era la tercera vez que Adam les iba con el cuento. Siempre se encontraba a alguna mujer en el suelo con síntomas de haber bebido demasiado, apartada de donde debía estar, y siempre tenía la culpa el exceso de alcohol junto al calor. René sospechó la segunda vez y cogió la bebida (también la mía) para llevarla a que la analizaran. En ambos casos había restos de una droga, inofensiva en pequeñas cantidades, pero suficiente para provocar la pérdida de conciencia después de beber algunos tragos, también en cualquier líquido no alcohólico, solo que su efecto duraba menos tiempo.

Si los pensamientos se pudieran escuchar creo que René se hubiera escandalizado ante los míos. Adam era un ser despreciable, peor de lo que yo había supuesto, pero confirmar mis suposiciones, y dar por hecho que René me perdonaba, no me dejaba tranquila, y no lo estaría hasta saber si Adam había abusado de mí.

—Olvídalo todo Diandra, no quiero que sufras más —pareció que René había adivinado mis pensamientos.

René estaba lleno de virtudes que yo acababa de descubrir, y seguro que tenía más que en algún momento también descubriría, pero deseaba que fuera en otras circunstancias. Aquella conversación no daba más de sí, y yo no quería saber nada más, a él tampoco le apetecía indagar en detalles. Le juré que por mi parte no se hablaría más de ello, él no me pudo prometer lo mismo, Sophie... Le dije que lo entendía perfectamente, pero si me tenía que prometer que empezaría a comer en condiciones. Había perdido mucho peso para su altura.

—Te lo prometo, mi amor.

Esa noche solo hablamos sobre mi trabajo, le conté alguno de mis nuevos hallazgos sobre el tapiz, un trabajo que estaba a punto de terminar, y sabía, porque ya lo habíamos comentado, que si me daban el trabajo en el Louvre yo seguiría pisando el museo de Bayeux; René llevaba años colaborando con varios asuntos en él.

Me comentó que en cuestión de días se celebraría una gala y él participaba, en ese momento me acordé de Francine, de la cara que tenía mientras escuchaba

leer a René en la gala donde yo también le escuché leer por primera vez, de cómo la anciana me estuvo ignorando en dicha gala, para luego esperarme en el último peldaño de la escalera que daba a la calle, con la certeza de que yo saldría a buscarla. Recordé también, como ella afirmó estar sorprendida porque yo aún continuara viva después de cinco meses de relación con René, ella no lo entendía, y yo no entendí porque me había cogido tanta manía, su acoso, las cosas tan desagradables que me decía cada vez que me encontraba con ella. Quise creer que no le había amargado la vida a nadie más. Mi cabeza hervía, llena de preguntas que se perdían en el vacío por no tener ninguna respuesta, de recuerdos desagradables, de palabras e imágenes aún peor. Emocionalmente me sentía agotada, como si hubiera estado andando sin descanso durante horas por un desierto lleno de monstruos que me acosaban a cada paso. René debió darse cuenta y me sugirió irnos a descansar al dormitorio.

La mañana siguiente René me llevó al museo. Ya dentro del edificio enseguida me di cuenta de las miradas, y muecas de alegría que algunos hicieron al vernos juntos otra vez. René saludó a varias personas, con alguna conversó, y antes de despedirse de mí, quedamos en que a última hora de la tarde se desplazaría hasta la casa rural para recoger mis cosas y trasladarlas a la suya, elegante y maravillosa. La situación había vuelto a la normalidad, estaba contenta por ello, pero algo me decía que no estaría tranquila por mucho tiempo, era algo intenso que sentía en mi interior, la misma intensidad que ante mi sentimiento de familiaridad por cosas y situaciones al poco de llegar a Bayeux.

Guardé mi vestuario y mis escasas pertenencias en dos maletas, las dejé preparadas en la puerta, y respiré aliviada al tiempo que mi mirada chocó con el reloj que había en la pared del lado izquierdo del salón; faltaban más de dos horas para que fuera René. ¡Las cartas!, me acordé de ellas, cartas del pasado que yo había dejado de leer por falta de tiempo, o, mejor dicho, por falta de fuerzas ante mi situación emocional inestable. Mientras esperaba podía leer un poco, y saber más sobre Eleonor y la angustiosa situación que mantenía con su amado.

Leí más de lo mismo, sintiendo la desesperación que sentía Eleonor, pero al leer este trozo, de inmediato supe que todo el tiempo había estado en un error.

*...” Te alegrará saber que estoy un poco más tranquila gracias al padre Jean, él no me condena por ser diferente, es más, se apiada de mí, también pide para que no nos flaqueen las fuerzas, deseo que sus plegarias sean escuchadas, y la*

*sinrazón acabe pronto. Cuando siento ganas de llorar, por ti, querido mío, me refugio en la lectura, tengo una novela nueva que se llama El tulipán negro, de Alejandro Dumas, de momento no está despertando mi interés, pero me consuela, la escasez de libros” ...*

Me faltaban más datos para poder afirmarlo, pero si la intuición no me fallaba, a Eleonor no la despreciaban hasta el punto de ignorarla por haber cometido algún acto digno de ser condenable, la dejaban de lado por ser diferente. Eso creí entender, pero estaba algo confusa, y de momento, lo único que parecía tener lógica para darle sentido al hecho de que tuviera que estar separada del hombre. Lo mantenían alejado por qué no querían que estuviera con una mujer que parecía ser diferente del resto. ¿Qué pecado había cometido Eleonor?, pero ese ya no era el interrogante, y yo debía cambiar mi perspectiva completamente, con otro interrogante al que intentar darle respuesta ¿Por qué era diferente como mujer?, o puede que no se debiera a su aspecto físico. Las cartas ya no me provocaban el mismo sentimiento de empatía, de lástima por Eleonor, la carga emocional era más fluida, menos negativa para mí a ese nivel. Ya no debía buscar un motivo para el alejamiento, ya lo sabía, pero tenía que saber la causa que lo provocaba.

Encontré varias posibilidades para la causa, Eleonor era de distinta raza, ella y su amado pertenecían a diferente estrato social, ella era...

¡Mi amor, pasa! –fui rápido a abrir la puerta y besé a René como si hiciera mil años que no lo hubiera visto, él se sorprendió ante mi efusividad.

Aquel hombre con quien me casaría no perdía el tiempo. Al entrar en su casa me emocioné al ver todo lleno de rosas rojas. René sintió mi satisfacción sin necesidad de yo decir nada.

—Bienvenida...de nuevo. Y de nuevo tenía que colocar mis cosas, para ello me quedé sola un rato en el dormitorio, René se fue a su despacho para firmar unos documentos.

Todo estaba tal cual yo lo había decorado, me alegré porque no hubiera nada negro. Recuerdo el impacto que aquel dormitorio me provocó el día que lo vi por primera vez, todo el conjunto era horroroso, y a medio plazo, creo que me hubiera provocado insomnio, además de depresión y falta de lívido. Al abrir el enorme armario me emocioné otra vez. Allí estaban todos mis vestidos y el esmoquin azul cobalto en tono oscuro, todos perfectamente colocados en perchas forradas de terciopelo negro, primero los cortos, seguidos por los más largos, y

siguiendo el orden cromático, los claros delante, los oscuros detrás, por último, lo negro. Pasé mi mano en línea recta de principio a fin por todos ellos, diferentes texturas acariciaron mi piel. Recordé los momentos donde había llevado puestos algunos de aquellos vestidos, lo disfruté hasta que mi mano rozó el vestido color champan que llevaba el día del desmayo, al mirarlo me cambió la cara y el sentimiento. Era caro, pero no me importó, lo metí en una bolsa y lo tiré a la basura. En ese momento me di cuenta de que era el segundo vestido que tiraba para olvidar algo.

No debía pensar más sobre el asunto, ya había superado varias cosas, y todo lo relacionado con el mujeriego debía quedar en el olvido. Me reí de repente, creo que un coctel explosivo de emociones me secuestró, porque a continuación débiles lágrimas empañaron mis ojos, me volví a reír, las lágrimas consiguieron caer debido al pequeño esfuerzo por la risa, en ese momento no sabía ni lo que quería. Por suerte se me pasó en unos minutos, y terminé de guardar todo lo que contenían las dos maletas.

—Solo quedan tres días para que le den la noticia —me dijo esa mañana uno de los encargados de la sala del tapiz. El señor Fabrice era un hombre de mediana edad, muy amable, y con el espíritu abierto de par en par para el cotilleo, muy prudente y respetuoso al mismo tiempo. Me hacía gracia su forma de contarme los chismes, algo que nunca me había gustado, pero supongo, que dentro del museo aquel hombre no tenía muchas oportunidades de conversar, y creo que yo era la única que le prestaba atención. A veces no sabía bien de qué o quién me hablaba, pero me daba cuenta de lo mucho que disfrutaba, y después se quedaba más tranquilo. A veces iba muy justa con el tiempo y le tenía que evitar, pero eran pocas las ocasiones donde conseguía escapar de escuchar sus cotilleos muy bien narrados y con todo lujo de detalles.

Poco era ya lo que me quedaba por añadir a los informes sobre el tapiz, y delante de él, me imaginé desempeñando mi trabajo en el Louvre como encarga...

— ¡Diandra! —me di la vuelta.

—Disculpe que le moleste, pero tiene una llamada de teléfono —acudí sin preguntar, ya sabía que era de mi familia. Solo ellos podían llamar al museo.

Era mi madre al otro lado del teléfono. Enseguida percibí la tensión en su voz, era el mismo tono que utilizaba cuando algo no iba bien y tenía que comunicarlo, yo conocía bien ese tono, y como siempre, antes de dar la noticia en cuestión, mamá divagaba nerviosa.

— ¿Mamá qué ocurre?, ¿Qué es lo que no va bien?, ¿Papá está bien? En ese momento, fue mi padre el que me contestó mientras podía escuchar a mi madre llorar, seguramente estaría agarrada a su marido. En ocasiones mi madre había divagado en exceso, pero esa mañana estaba totalmente justificado por dos motivos, el primero: Dos días antes yo le había dicho que solo faltaban cinco días para terminar mi trabajo con el tapiz, y saber si me daban el trabajo en París, ella era muy consciente de lo que me jugaba, de mis años de esfuerzo y estudio, el segundo motivo: Era incapaz de articular palabra cuando la gravedad concernía a su marido e hijos. Estoy segura de que mi padre decidió por ella, porque conociéndola, ella nunca hubiera puesto en peligro algo referente a mi trabajo, por eso, fue mi padre quien me dijo que mi hermano había sufrido un accidente muy grave. Los médicos no podían confirmar que la operación sirviera de algo, porque si no resultaba satisfactoria, mi hermano no duraría más de una semana por mucho que hicieran después.

La noticia me dejó angustiada, me temblaban las manos mientras colgaba el teléfono. Me estaba mareando, y me tuve que sentar en uno de los bancos que había en la zona donde me encontraba. Mi hermano se debatía entre el aquí y el allá, (esa había sido siempre mi forma de referirme siempre al hecho de morir) ¿está allá? eso preguntaba, o decía para confirmar el fallecimiento de alguien. Debía estar con él, con mi familia, fue lo único que pensé lamentándome. René aprovechó su influencia en el museo y se encargó de todo. Me llevó al aeropuerto al día siguiente, y antes de salir mi vuelo me estuvo dando ánimos, consolándome con la idea que todo iba a ir bien.

El vuelo se me hizo eterno. Todo el tiempo me azotaba la idea de que mi hermano no podía irse sin que me despidiera de él, sin verlo antes de irse al allá. A mitad del viaje tuve que pedir algo a una azafata para poder tranquilizarme. El avión aterrizó, y apenas hube puesto los pies en Coventry cogí un taxi para ir al hospital donde estaba ingresado mi hermano Alan. Tenía que ponerse bien, tenía que poner...

Cuando llegué al hospital enseguida me indicaron donde estaba mi familia, y me acompañaron hasta la zona de cuidados intensivos. Me abracé a mis padres, también a las dos hermanas de mi madre, que no la dejaban sola cuando papá debía ausentarse del hospital, esa mañana estaba allí para recibirme. Todos estaban muy preocupados, pero mi madre estaba destrozada, nunca la había visto en ese estado, algo le estaba diciendo, cuando mi padre tiró delicadamente de mí para apartarme de ella y así poder hablar conmigo. Me contó que el accidente

había sido más grave de lo que él había tenido el valor de decirme por teléfono, al parecer, la moto de Alan había chocado contra un camión, y este había pasado por encima de él. Mi hermano estaba muy desfigurado, le habían tenido que amputar dos dedos de la mano derecha, tenía varias costillas rotas, contusiones por todo el cuerpo... No dejé que mi padre siguiera enumerando, no podía escuchar más, y tampoco podía ver a Alan.

Tras escuchar a mi padre me mareé, y una de mis tías me acompañó para que me sentara, y me dio un poco de agua.

La primera operación había salido bien, y por la tarde operarían a Alan por segunda vez. Faltaban varias horas para que mi hermano entrara en quirófano, no podía verle, tampoco nos informarían de nada hasta después de la operación, y ver a mi madre en el estado en que se encontraba me estaba destrozando, intenté convencerla para que me acompañara a casa para asearse, le rogué, pero fracasé en mis intentos. Mi padre me acompañó para indicarme donde estaba aparcado su coche.

Fui muy atenta al volante, sin fijarme en nada más, pero al llegar a mi barrio, aunque no había mirado en ningún momento, sabía que había pasado por delante de mi pastelería favorita, donde mi madre, cuando éramos pequeños mi hermano y yo, nos compraba cosas deliciosas para merendar los fines de semana, también por la vivienda de una de mis tías, y por la librería que yo frecuentaba a menudo siempre en busca de algún libro de arte, o para consultar algo. No los había visto, pero ahí continuaban todos esos sitios.

Con todo aquel suceso mamá no había podido atender la casa, la arreglé un poco, fregué los platos, pasé el aspirador, al pasar por la habitación de Alan se me heló la sangre, de nuevo me puse muy nerviosa, y sabía que en ese momento solo había una persona que me pudiera calmar; llamé a René. Se quedó más tranquilo al oírme, y después de unos minutos hablando con él me sentí mejor; René siempre conseguía serenarme.

Quedamos en que yo le seguiría informando acerca del estado de Alan, y nos despedimos.

—Te quiero mucho, mi amor.

—Yo también te quiero —contesté.

Me hubiera gustado tenerle allí en Coventry como apoyo, pero por esas fechas René tenía varios viajes a Francia y muchos compromisos de trabajo. Cuando

terminé de recoger y de limpiar un poco la casa me duché y cambié de ropa. Antes de volver al hospital entré en mi habitación para sentarme en la cama; al ver la lamparilla con forma de mariposa me angustié tanto que decidí volver al lado de los míos.

Tensión y nervios, gente que iba y venía por los pasillos, personal médico feliz y, en otros casos con cara de no saber cómo va a resultar la jugada. Flores, llantos, alguna risa, allí en la sala de espera todo se oía diferente, todo tenía una importancia que podía en algunos casos cortar la respiración, hacer suspirar de alivio, todo desde la perspectiva de suponer e imaginar, ignorando la realidad. Mis tías flanqueando a mi madre todo el tiempo, sentadas o de pie. Mi padre iba y venía de la cafetería, contenido, acalorado por los nervios, llevaba su chaqueta colgando del brazo con una manga a punto de rozar el suelo, me acerqué hasta él para colocarla bien.

—Todo va a ir bien, ya lo verás —dije para animarle un poco. Se fue otra vez, con la chaqueta reposando sobre su hombro.

Habían pasado más de tres horas desde el inicio de la operación, y no nos habían dicho nada, tampoco ningún personal médico había pasado por allí. Me fui a la cafetería para despejarme un poco, esperaba ver allí a papá y poder hablar con él; me tomé sola un té. Regresé a la sala sin haber visto a mi padre, y justo al volver de un pasillo, para continuar por otro pasillo recto hasta la sala donde estábamos todos esperando, vi a mi madre de espaldas y a una de mis tías; aceleré el paso. Nadie se movió de su posición cuando llegué a su altura. Estaban los cuatro rodeando a dos médicos, eran los dos cirujanos que habían operado a mi hermano, mi madre les escuchaba con la vida puesta en ello, mi tía tenía su mano agarrada, mi padre en ese momento dio las gracias, y entonces, respiré tan profundo como si me hubiera tragado un pesado trozo de aire. Todo había salido bien, por el momento. Era la segunda operación a la que se sometía, y poco después de que se marcharan de la sala los médicos me enteré de que a mi hermano le esperaban dos operaciones más. A mi padre le había cambiado la cara, una parte de la carga se había despegado de su cuerpo, pero mamá, aunque algo mejor, seguía con la cara desencajada por el sufrimiento de saber que aún podía perder a un hijo. Le di un beso, y pasé mis manos repetidamente por las suyas.

—Todo está bien... todo saldrá bien, no llores, mamá —le susurré, y nos abrazábamos.



Esa noche dormí en mi cama después de mucho tiempo, la que me había visto crecer, la que había presenciado lloros, risas, enfados y peleas con Alan. Pasé mis manos por la lamparilla como si con ello pudiera transmitir mi energía a mi hermano, fue un momento especial, y lo último que hice antes de dormirme. Estaba emocionalmente agotada.

Cuando estábamos en el hospital no podíamos entrar e ver a Alan, solo mi padre lo había visto poco después de su ingreso, y yo no podía soportar la idea de pasar otra vez todo el día esperando, viendo a mi madre descompuesta, a mi padre de aquí para allá el rato que estaba con nosotras. Debía estar con ellos, pero mi padre estaba como ido, apenas decía algo, a mi madre sus hermanas no la dejaban casi ni respirar, y se lo agradecí, ellas estaban más curtidas que yo para aguantar la tensión, los nervios, porque aquello podía conmigo. Aunque en esos momentos mi situación no era importante se la expliqué a una enfermera, hice lo que pude para que me entendiera. Aquella mujer me escuchaba impasible, (cuantas cosas habría escuchado en aquel lugar, donde cualquier miembro del personal médico era considerado poco menos que un dios todopoderoso), por escasos segundos sonreía levemente, de repente miraba algo en un monitor, hasta que me dio la sensación de que yo ya estaba hablando de más, y ella ya estaba convencida de que debía dejarme ver a mi hermano. Solo me dijo que la acompañara en silencio y que no lo rompiera en ningún momento. Caminé detrás de ella por aquel pasillo en penumbra, con el corazón acelerado. En algún momento empecé a temblar.

No pude reconocer aquel bulto que se escondía bajo innumerables vendajes, gasas, su rostro... Me pudo la emoción, mi hermano era un bulto blanco enchufado a innumerables cables. Casi me desplomo al suelo, la enfermera dijo algo en voz baja mientras me agarraba fuerte por el brazo para sacarme de allí. Lo único que recuerdo es que me sentó lo más cerca posible de donde ella se encontraba, diciendo, que si la necesitaba o quería un calmante solo tenía que decírselo.

Solo sentía una profunda consternación, era incapaz de pensar, de realizar cualquier movimiento. Al rato intenté imaginar lo que estaría sintiendo mi madre, un intenso dolor incomparable a nada, un vacío emocional cargado de emociones que eran controladas por el llanto para no explotar en el paroxismo. En esos momentos mi dolor era capaz de ahogar mi llanto, a cualquier otra manifestación de mi sufrimiento. Alan era muy fuerte y joven, tenía que salir de allí, tenía que superar aquello. Miré a mi madre, que seguía flanqueada por mis

tías, y no me pude ni imaginar lo que había sentido al ver lo mismo que yo, sin duda algo que yo era imposible que sintiera. Sentía angustia, hacía esfuerzos para que no me venciera la tensión, en ese momento mi padre se sentó a mi lado y cogió mi mano. Miré a mi padre esperando que me dijera que todo aquello no era real, que no eran más que alucinaciones.

Esa noche lloré por todo lo que no había llorado en el hospital, hasta que me dormí entre lágrimas, con la frase de René en mi cabeza “Me alegro mucho de que Alan haya superado la operación”.

Cuando a la mañana siguiente llegué al hospital mi madre y mis tías ya llevaban un rato en la sala de espera. Mi hermano estaba estable, había pasado la noche tranquilo, fue lo único que me dijeron cuando les pregunté, pero el peligro todavía no había pasado. Alan debía someterse a otra operación complicada, era conveniente esperar en su estado, pero no podían posponer demasiado su nueva entrada en quirófano. Esperar era peligroso, someterlo tan pronto a otra operación ponía su vida en peligro, los cirujanos también estaban muy preocupados, porque el restablecimiento de mi hermano ya no dependía solo de sus conocimientos, y debíamos confiar en la suerte. Sinceramente no sabía qué hacer o decir, mis intentos para animar a mi madre no servían de nada, apenas me hablaba. Esa mañana yo estaba doblemente intranquila, lejos de aquel sufrimiento, también había personas cuestionando mi trabajo, decidiendo sobre mi futuro inmediato. Los médicos aun tardarían en pasar otra vez para informarnos, por lo que le dije a mi tía que me iba unos minutos para hacer una llamada.

En el museo estaban al tanto de mi situación familiar, era René quien les iba comunicando las noticias que yo le daba. Pude hablar con el jefe de personal, quien, tras preocuparse por saber el estado de mi hermano, me dijo que no era necesario que volviera a llamar. En el museo esperarían mi regreso para decirme en persona si me daban el trabajo en París. Aquello tenía pinta de haber sido influenciado por René, le di las gracias pensando en él, y regresé a la sala de espera.

Solo puedo decir que los nervios iban y venían, la impaciencia causada por la escasa información que nos daban. Había que esperar, era lo último que nos decían los médicos. Ya llevaba seis días en Coventry, pero para mí había sido como permanecer en el mismo día todo el tiempo, un tiempo dominado por la tensión, solo interrumpido por mis escasas horas de sueño nocturno.

Papá estaba más animado, había hablado con alguien, y le había dado unas esperanzas imposibles hasta ese momento, me lo estuvo contando antes de decírselo a mi madre. Esperar, parecía ser la palabra de mi vida, esperar al amor, al trabajo, mi vida estaba vacía de las cosas más importantes que hay, se llenarían a su debido tiempo, eso deseaba creer; lo primero era la salud de mi hermano. A mamá le dejaron ver a Alan, eso unido a lo que le había contado su marido levantó un poco su estado de ánimo, sobre decirle que se fuera a casa a descansar, a asearse...no insistí más porque me hacía caso nulo.

Antes de ir al hospital cada tarde arreglaba un poco la casa, compraba comida, lo que hiciera falta, mi madre estaba tomando tranquilizantes, yo me encargué de que los tomara junto a su medicación para controlar el ácido úrico, lo había sufrido desde muy joven por herencia de su padre, y mi abuelo a su vez por el suyo. No conocí a mi abuelo, murió cuatro años antes de que yo naciera. Mi familia materna es escasa, mi padre ya es otro cantar, tiene seis hermanos que viven repartidos por América, y dos que están en España, yo tengo veintisiete primos, todos con hijos, por eso Papá se ausentaba tanto de la sala de espera, para poder atender las llamadas de todos, muy preocupados por conocer el estado de Alan; hablar con todos ellos le tranquilizaba mucho. Soy tan parecida a él, en cambio mi madre... sensible en exceso, femenina de esa forma que a muchos hombres les resulta cursi e insoportable.

Todas las noches hablaba con René, ello hacía que durmiera mejor, yo le preguntaba si le habían dicho algo sobre mí en el museo, en vez de contestarme suspiraba, luego pronunciaba varias veces mi nombre, y siempre colgaba diciéndome lo mucho que me quería. Me hubiera gustado saber algo para poder decirles algo positivo en medio de aquel drama, darle a mi madre la noticia en persona, por lo menos para que se alegrara un poco, aunque ella, estaba con la cabeza ausente de nosotros, de la realidad cotidiana. Alan era el niño de sus ojos, siempre lo había sido, nunca me ha molestado, sé lo mucho que nos quiere a los dos. Siempre ha sido una madre estupenda.

Alan se sometió a la tercera operación, esa tarde todo se ralentizó para mí, y cuando vi aparecer al personal médico, después de haber permanecido en la sala casi cinco horas, creía estar despertando de un sueño.

Todo evolucionó mejor de lo cabía esperar, los médicos, gratamente sorprendidos, nos dijeron que mi hermano no tendría que entrar más en quirófano. Tras varios días lo trasladarían a la planta segunda del hospital. Me

alegré tanto, me sentí tan feliz, sobre todo por mi madre, que ya no se despegaría de su lado.

Atendí las recomendaciones de mis padres, y solo después de hablar con los médicos de mi hermano, y estos me aseguraron que Alan ya estaba fuera de peligro, que se iría recuperando lento, pero seguro, las acepté. Les hice prometer que ante cualquier cambio me lo comunicarían. Me despedí de Alan dándole besos en la mano donde le habían tenido que amputar dos dedos, seguía con el rostro tapado, y yo seguí sin poder reconocer a mi hermano. No sé si él era consciente de mi presencia, de mis besos, de las veces que, antes de irme de aquella habitación, le dije cuanto le quería.

Antes de salir de mi casa rumbo al aeropuerto le di un beso a la lamparilla con forma de mariposa. Dejé Coventry emocionada, y así continué tras varios días en Bayeux.

## CAPÍTULO 10

René me recibió con gran alegría, la casa estaba llena de flores, y me había preparado un estupendo baño de espuma para que me relajara. Estaba feliz por mí respecto al tema de mi hermano, me lo repitió varias veces mientras le iba contando cosas de mi estancia en Coventry. Me daba besos traviosos en lugar de contestar a todas mis inquietudes por el nuevo trabajo.

El baño obró un milagro en mi cuerpo, pero René no calmaba mi inquietud porque quería que recibiera la noticia en el museo, por boca de la persona responsable de darme el nuevo puesto en el Louvre, ¿para qué iba a perder las formas?, él siempre tan correcto. Le rogué para poder quedarme más tranquila, pero sus labios estaban sellados respecto al tema. René tuvo otra forma más romántica de relajarme, y yo reviví ese sentimiento de familiaridad, de reconocer su boca. No podía explicármelo y, otra vez, reflexioné sobre ello largo rato sentada al lado de la chimenea, hasta que él vino para hacerme compañía y me quedé dormida en su regazo.

Esa noche tuve un sueño donde todo se mezcló, el hospital, la casa de mis padres, donde yo tenía las cartas de Eleonor escondidas en mi habitación, un viaje a Francia en donde me encontré con Francine y caminábamos juntas para ir a ver a mi hermano. Todo sucedía de manera pesada, dentro de un ambiente velado. Fue muy extraño, y de alguna manera agradable, esa sensación tuve al despertarme, y entonces, me di cuenta que no había pensado en las cartas hasta ese momento, me las había dejado en la casa rural, tenía que recuperarlas, pero antes, debía acudir al museo para conocer mi situación.

Me puse el esmoquin azul cobalto, con un discreto jersey, y zapato de medio tacón, esa tarde, mi visita al museo merecía algo mejor que mis pantalones vaqueros y mi pelo recogido. Al poco de llegar apareció René, y aún tuvimos que esperar. Ya habíamos comentado con anterioridad las cuestiones de mi ausencia en el museo, y mi investigación sobre el tapiz ya había concluido. Darme la noticia sería una cuestión rápida, tan rápida, que yo solo escuché: Felicitaciones, Diandra, el puesto le ha sido concedido.

Habían quedado muy satisfechos con mi cometido realizado sobre el tapiz, y todos estaban de acuerdo en mi próxima incorporación en el Louvre como encargada en la segunda planta del museo. Me sentía tan feliz que no me lo podía creer, todos me fueron felicitando, el señor Fabrice (mi encargado favorito

y rey del cotilleo) me dio dos sonoros besos. Estaba tan colmada de atenciones que no pude echar en falta a René, y fue el señor Fabrice quién me comunicó que René me esperaba en la calle. Había querido dejarme sola para que disfrutara de mi momento, sin que él me hiciera sombra con su presencia. Esa noche cuando llamé para saber cómo seguía Alan les di la noticia. Se alegraron mucho por mí, sobre todo mi madre quien me felicitó repetidamente, y yo me alegré de saber que ella se encontraba mejor y descansaba en condiciones. Dada la situación no fue una llamada demasiado emotiva, pero sabía que les había alegrado de verdad. Alan continuaba mejorando, lento, pero seguro. Al día siguiente llamé a mi mentor, el señor Edward ya estaba informado de todo, me dio la enhorabuena, me deseo lo mejor como siempre, y se despidió con su deseo de vernos.

Tenía que hacerme a la idea, en solo ocho días debía empezar mi trabajo en París. Ya no eran prácticas para coger experiencia o subir puntos, era mi primer trabajo, con salario, vacaciones... Me dejé caer encima de la cama, estaba tan contenta...

La casa rural me gustaba, allí me había enfadado con René (sin saber a priori el motivo), había tenido mis momentos de contemplación, de soledad, me había escondido, y sentido todo tipo de cosas, después de coger las cartas esa tarde nunca regresaría. Caminé un rato entre los arbustos, el chico de la bicicleta ya no dejaría la prensa en la puerta, no para mí, puede que en algún momento alguien la ocupara, o permaneciera cerrada, guardando para siempre todos mis secretos. Un lugar solitario, un poco apartado y desconectado de todo, y sin embargo yo siempre me había sentido muy a gusto estando allí. Cogí el baúl de mariposas que contenía las cartas y me fui. Ya dentro del coche de René bajé el cristal de la ventanilla para mirar la casa por última vez; algo de mí se quedaba con ella. Cuando llegué a la elegante casa de René me fui directa a la cocina, estaba tranquila, feliz, pero estuve a punto de tener un paro cardíaco.

—Hola, Diandra, mi más sincera felicitación –Francine estaba en la cocina. Me tuve que sentar.

— ¿¿Qué hace aquí!?? –pude decir, con un nudo apretando mis cuerdas vocales.

—Tu prometido me ha invitado a entrar cuando le he dicho que quería felicitarte –le pedí que se marchara.

Ya me había felicitado, y le dije que no quería hablar con ella, mi vida había vuelto a la normalidad, y no quería que me amargara con sus predicciones sobre

el futuro, en ese momento, ella me dijo que se alegraba mucho porque mi hermano no hubiera muerto a causa del accidente, al oírla me levanté de la silla pidiéndole por segunda vez que se fuera, pero me dijo que me volviera a sentar porque tenía que escucharla. Me acerqué a la puerta para ver si veía a René, pero no estaba, le había dicho a la anciana que se iba para que pudiéramos hablar de nuestras cosas, mi tono cambió para decirle que no teníamos nada de qué hablar, había engañado a René haciéndole creer que éramos amigas, pero nunca lo seríamos, y en breve yo no tendría que verla nunca más. Esperaba que se molestara ante mis modales, pero ella estaba sonriente, me miraba diferente, lo que provocó que me quedara observándola fijamente, y sintiendo como se iba calmando todo dentro de mí.

—Siéntate. ¡Diandra!

— ¿Qué quiere esta vez? –dije acercando mi silla a la suya.

Desvió su mirada al baúl de mariposas, para decir en voz baja que era muy bonito. Le pedí que no empezara a irse del tema porque René podía aparecer en cualquier momento, y yo estaba muy ocupada. Francine estaba al tanto de todo, no quise saber cómo se enteraba de lo que pasaba en mi vida, y me resultaba un incordio, al verme tan molesta me dijo que estaba claro que yo aún seguía sin enterarme de la situación, y de nuevo perdíamos el tiempo, en lo último le di la razón, entonces ella, con su mirada fija en mis ojos desafió la seguridad de mis palabras.

—Debes retomar la lectura de las cartas lo antes que puedas –mi corazón se aceleró, y mi subconsciente hizo que mirara el baúl que había dejado encima de la mesa.

Miré a la anciana extrañada, intentando que creyera que no sabía de qué me hablaba, pero no coló. La mujer siguió tranquila, se acomodó todo lo que pudo en la silla, y juntó sus manos sobre la mesa para contarme que las cartas me las había dejado ella en la puerta de la casa rural. Ella entendía que yo fuera muy olvidadiza, pero no debía demorar tanto su lectura, y quiso saber, con exactitud, el número de cartas que ya había leído. Me eché las manos a la cabeza, apoyando los codos encima de la mesa y suspirando, ella continuó diciendo que si no lo recordaba eso no era bueno, porque yo era una amante del arte y pronto sería encargada en el Louvre, por lo que debía tener mejor memoria para tales fines, y lo justificó afirmando que yo estaba demasiado alterada.

— ¡Usted me altera! –increpé.

René debía creer que éramos íntimas, y le pedí que dejara de mentirme para sacarle información sobre mí. Estaba claro que le había engañado esa tarde, y lo llevaba haciendo mucho tiempo, eso me enfadó, y me puse de pie para no gritarle un improperio a la cara. En ese momento me acordé de Alan, parecía que él desde Coventry me pedía calma, lo había hecho siempre que nos peleábamos. Sentí una repentina tristeza que ocupó el lugar de mi enfado, y me sentí sin fuerzas para proseguir. Me di la vuelta para decirle más calmada que la charla había terminado, ella se levantó y fue caminando lentamente hacia la salida. Le dije adiós, ella se dirigió a mí antes de salir.

—Necesitas más tiempo, no puedo hacer más de momento. Solo espero que no sea demasiado tarde —lamentó. Cuando cerré me dieron ganas de darle un puñetazo a la puerta, la mujer era terca como una mula, solo hacía que desconcertarme, arrojando misterios sobre mi futuro que se quedaban flotando a mi alrededor.

No debía pensar en nada concerniente a Francine, mi vida debía cambiar, aquella tenía que ser la última vez que nos veíamos, y si quería que nunca me afectara aquella rara relación no debía contarle nada a René. No tenía que hablar de la anciana, debía olvidarme de ella, pero sabía lo difícil que me iba a resultar, porque deseaba saber cómo la anciana había descubierto lo de las cartas, y tras un rato dándole vueltas, deduje que había ido a casa de René anteriormente buscándome, y este, creyendo sus mentiras, le había dicho donde estaba yo y le había pedido que me llevara las cartas a la casa rural. Era una explicación que a mí me valía porque me parecía lógico, ella siempre se las ingeniaba para encontrarme, pero... ¿A qué se debía su interés por que yo leyera las cartas? En ese momento caí en mi despiste, no le había preguntado a la anciana de quién eran las cartas. Si hablaba con ella podría despejar mis dudas, porque seguro que algo sabía sobre Eleonor, y así terminar con el misterio, aunque ello contrariara mi deseo de no saber más de Francine, una mujer que me alteraba cada vez que la tenía delante.

Miré el reloj, era más tarde de lo que creía. De vuelta a la cocina me di cuenta de que no había nada preparado para la cena y me extrañó. Por un momento creí oportuno cocinar algo porque René estaría a punto de llegar y estaría hambriento, pero la idea se desvaneció antes de asentarse en mi cabeza, y me fui a sentarme junto a la chimenea. Dejé que mis ojos recorrieran la librería de ébano de un lado a otro, de arriba a abajo, viendo sin ver, pensando en todo para no pensar en nada.



Me había quedado dormida, oí a René en algún sitio de la casa, pero me quedé allí esperando.

—Ya estás despierta –murmuró René al entrar en el salón, y se acercó para darme un beso.

Llevaba ya un rato de vuelta, solo que al verme no me había querido molestar; le encantaba verme dormir. Cuando me preguntó qué tal había ido la tarde con mi amiga casi lo estropeo todo. Me tragué la rabia que apareció como por arte de magia, y con una sonrisa forzada solo dije que había ido bien, entonces me preguntó por Alan, creí que el tema de la anciana ya había concluido, pero tras unos minutos hablando sobre mi hermano, René me dijo que Francine le parecía una mujer encantadora, que estaba estupenda dada su avanzada edad, y que, sin duda, teníamos una más que especial amistad a pesar de las diferencias. Me mordí la lengua, preferí que René tuviera esa idea, bastante había aguantado ya con el tema de Adam, mujeriego de mierd...

Quería pasar una velada tranquila y propuse irnos a la sala de lectura; mientras leía no pensaría en nada.

Muy rápido dije que no cuando René me preguntó si estaba cansada, todavía no habíamos podido celebrar que me habían dado el trabajo en París, y él siempre celebraba todo lo referente a los negocios, le dije que aquello no era tan importante como los tratos que él cerraba a menudo por media Europa, pero insistió diciendo que era muy importante, y me pidió que me arreglara para salir porque tenía algunas ideas que debía contarme. Fuimos a cenar a un discreto restaurante en Calvados, y después de pedir los platos brindamos por mi nuevo trabajo. René siempre había confiado en que yo lo iba a conseguir, por eso había estado haciendo planes que me reveló.

René me estuvo contando que tenía una casa en París, la había conseguido por un precio irrisorio en una subasta, pero nunca la había utilizado y estaba sin decorar, solo tenía unos pocos muebles viejos, por eso nunca me había hablado de ella, y durante un tiempo hubo pensado venderla. Nos trasladaríamos los dos a París porque no quería alejarse de mí, él podía igualmente gestionar desde allí sus negocios, y yo estaría más tranquila.

Enseguida pensé que no estaría nada tranquila porque estaría más cerca de Adam. Me inquieté de repente, y disimulé para que él no se diera cuenta.

René me fue explicando lo que haríamos. Primero yo debía comprarme un coche

para poder desplazarme hasta mi trabajo, eso me daría más autonomía. Iríamos arreglando la casa poco a poco, y yo me encargaría de decorarla a mi gusto, porque a René le gustaba mucho el cambio que yo había hecho en el dormitorio que, durante años, había sido todo negro, reflejando así la angustia que él sentía. Todo me iba pareciendo bien, hasta que se le ocurrió decir que yo estaría cerca de mi amiga. Sophie tenía un gusto exquisito sobre todo con los muebles, podía ayudarme, y podríamos vernos a menudo. Yo había conseguido desecher de mi mente a Adam, y otra vez había aparecido su recuerdo. Le dije que prefería esperar un tiempo antes de verla, y le pedí que no le contara nada sobre nuestro traslado, estaba muy reciente todo lo que había pasado, y yo necesitaba más que nunca tranquilidad. No pude disimular más, y René al ver mi semblante y mi actitud se dio cuenta que le había recordado a mi corazón el dolor de viejas heridas. Se disculpó mirando algo, luego me volvió a mirar, en ese momento chocaron nuestras miradas, y los dos vimos lo que sentía el otro. Yo vi lo suficiente para decirle que estaba deseando ser su esposa, y sobre eso, también me quería contar sus planes.

Mi nuevo trabajo, la nueva residencia en la cual había mucho que hacer, y algunos detalles que él todavía tenía que solucionar de su trabajo. René no quería que me agobiara, y creía necesario posponer la boda un tiempo, y me recordó, que mi hermano se tenía que recuperar. Al mencionar a Alan me quedé en blanco, un sentimiento intenso se sobrepuso a cualquier pensamiento.

—Estás de acuerdo... ¿Diandra?... —me giré para mirarle. Tras unos instantes le dije que era lo más sensato, y de nuevo brindamos. Todo irá bien, todo va a salir mejor que bien, dije para mis adentros antes de beber un sorbo de vino.

Era tarde, pero esa noche me apetecía deambular por aquellas calles, pasear agarrada a René, sin dirección, sintiendo el encanto del lugar, respirando la calma del ambiente, a la que no estaba acostumbrada en Coventry, y había empezado a gustarme. Meses antes aquellas fachadas de piedra habían estado llenas de bellas flores, alegrando con sus colores los casi perpetuos días grises de aquel hermoso lugar, en ese momento estaban desnudas, pero igualmente todo conservaba su encanto, esa magia que yo sentía casi todo el tiempo.

— ¿Te encuentras bien? —oí a René, pero no contesté y le abracé. Cerré los ojos, inhalé su olor, me sentí triste, feliz, de nuevo miré la fachada de piedra que tenía justo detrás, sentí el suelo también de piedra bajo mis pies, la brisa descolocando ligeramente mi pelo, sentí las manos de René, y otra vez cerré los ojos.

Aquellos momentos eran capaces de borrar de mi mente todo lo que me inquietaba, y me hacían sentirme afortunada, era en ellos cuando de verdad me alegraba de haber hecho caso a Pierre, de haber escuchado a mi corazón, por primera vez, y confiado en cosas que se escapaban de mi lógica y mi desarrollado sentido común, y eso era, lo que le había hecho a René fijarse en mí. Decía que nos complementábamos bien, aunque a veces anduviéramos perdidos en cuestión de sentimientos. No podía saber si era el hombre de mi vida, nadie sabe algo así cuando se enamora. Mi madre siempre ha dicho que eso es una especie de lotería, que nunca se llega a conocer del todo a la otra persona, y yo no podía decir que conocía demasiado a René. No sabía nada de su pasado, ni conocía a ningún familiar suyo, y si en algún momento le pregunté, solo decía que ya tendría ocasión de estrechar lazos con su familia, ¿¡qué familia!?. Me resultaba imposible sacarle de su hermetismo, solo me contestaba tranquilo cuando hablábamos sobre cuestiones de trabajo, sobre ello no tenía ningún inconveniente en darme todo tipo de explicaciones. Nunca me había rondado la idea de casarme, mi madre siempre me decía lo feliz que era con mi padre, doy fe de ello, pero para mí una boda era algo tan lejano, algo que nunca había entrado en mis planes de futuro. Me habían pasado tantas y diferentes cosas en un año que nunca lo hubiera creído; todo demasiado rápido para mis expectativas.

No podía dormir, tenía la mente activada, iba de un tema a otro y volvía, de un tema a otro... Miré el reloj, eran las tres de la madrugada, luego miré a René que dormía profundamente. Me fui a la cocina, donde el baúl de mariposas seguía encima de la mesa. Sabía que si leía un poco me daría sueño, y cogí las cartas. De nuevo pude sentir su aspereza al tacto, su olor, todo estancado a través de los siglos, unos papeles llenos de frases desgarradoras, una mujer pidiendo consuelo, su corazón puesto en aquellos escritos. Era imposible no emocionarse en algún momento, sentir lástima, desear un final feliz, pero a veces, ese final es igual de desgarrador, o no lo hay.

Deseaba que aquello lo fuera, que fuera un final de lectura feliz, con el reencuentro de los amantes. Juntos para siempre.

*“Amado mío, cada día que amanece me cuesta más, y más larga es la espera. No he podido hablar con el padre, debo confiar en que sigues bien, y has desistido en tus planes. Te ruego, una vez más, que no lo hagas, es muy peligroso. Me han quitado los libros, y ahora me vigilan más, a veces no me quedan fuerzas ni para levantarme. Querido mío, dime que no lo harás, no*

*puedo sufrir más” ...*

Leí dos cartas con el mensaje muy parecido. Eleonor seguía temiendo por el hombre, seguía pidiéndole bajo ruegos que desistiera en su empeño por hacer algo, algo que parecía conocer el padre Jean, supuse que debía ser algo que ponía su vida en peligro, pero continuaba sin aclarar nada, y había algunos renglones muy borrosos. Después de leer dos cartas me sentía ofuscada. Guardé el baúl y me fui al salón. La chimenea estaba a punto de apagarse, ya la pondría en marcha por la mañana la persona de servicio, lo hacía siempre para que estuviera la casa caldeada cuando René y yo nos levantábamos. Desprendía una insignificante luz, coloreando de anaranjado la penumbra. Concentré mi vista en las pequeñas brasas incandescentes, hasta que el sueño me venció.

Cuando me desperté estaba en la cama, no recordaba que René me hubiera llevado al dormitorio. Él había salido muy pronto esa mañana, y yo ya tenía constancia de que estaría muy ocupado antes de irnos a París, por lo que hice planes por mi cuenta, y después de mucho tiempo me fui a la biblioteca. Anteriormente ya había revisado todo lo que había sobre cartas antiguas que se habían encontrado en Bayeux, ni tan siquiera alguna había sido escrita por una mujer que se llamase Eleonor. Pedí nuevamente un libro, papeles y documentos donde se describía, con inclusión de fotos, como había sido Bayeux siglos atrás. El edificio donde vivía René había sido muchas veces reformado, era lo único que me había contado él. Llevaba construido más dos siglos, era de los más antiguos, y siempre había sufrido a causa de la humedad de la zona, y porque muy cerca de un lateral de la fachada había un viejo molino de agua. Revisé detenidamente por si algo se me había pasado, algo en lo que no hubiera reparado en mis anteriores visitas a la biblioteca. Después de un buen rato seguía sin ningún dato que me pudiera dar alguna pista, y en ese momento, donde me quedé observando mis propios pensamientos, me hice una pregunta. ¿Qué necesidad tenía de gastar mi tiempo y esfuerzo en averiguar quién había escrito aquellas cartas, si no sabía ni quién las había dejado donde yo las encontré?

René llevaba viviendo más de quince años en la casa, y el baúl ya estaba en la buhardilla, nadie sabía decirme quién la había habitado anteriormente, no había dato alguno en el registro, lo que me pareció muy raro, y a René no le podía preguntar nada porque ya sabía que había comprado la casa a una inmobiliaria en Francia, quizá en ella pudieran decirme algo sobre los anteriores propietarios, pero me llevaría tiempo antes de poder hacer algo al respecto. Me quedé allí sentada, al poco recordé a mi hermano, y todo lo que había sucedido en el

hospital. Mis padres estaban más tranquilos, cada poco les iban informando del progreso que hacía Alan, y mi madre estaba más tranquila cada día que pasaba, lo que me alegraba mucho, y me permitía mantener con ella una conversación casi normal.

Sin yo todavía saber que René tenía una vivienda en Francia, él ya había dicho en el museo que yo no necesitaría la casa que ya tenía preparada para vivir cerca del museo de Louvre, una casa que me cedían durante un año, podía quedarme en ella, o buscar otra por mi cuenta, pero ya no la necesitaría. Todo era tan fácil, y tan complicado al mismo tiempo. Iba paseando, con la cabeza funcionando a pleno rendimiento, cuando me di cuenta de que estaba pasando por delante del museo. Me paré para observar la fachada, fui descubriendo detalles de la misma, y pensando, que tampoco sabía dónde se iba a celebrar mi boda. En muchos momentos tenía la sensación de que todo se escapaba a mi control, algo me arrastraba sin que yo pudiera hacer nada, no era algo que me causara temor o preocupación, era como si unos hilos invisibles me fueran conduciendo. Me resultaba un poco incomprensible, porque también sentía que todo el tiempo hacía según mi voluntad, solo en momentos puntuales me había dejado llevar por el corazón. Me costaba admitirlo, pero... ¿a quién quería engañar?, estaba muy confusa.

## CAPÍTULO 11

Eran las seis de la tarde cuando llegamos al barrio Le Marais, en París, una bella zona de contrastes y estrechas calles, una casa en un sitio perfecto para nosotros dijo René.

¡Casa!, dije alzando la voz cuando la tuve delante. Aquel inmueble era una enorme mansión. La fachada estaba en gran parte tapizada por hiedra, y era completamente blanca, lo que hacía que destacasen las ventanas, dos balcones y puertas que pude ver que estaban pintados en color rojo vino. El jardín estaba muy descuidado, todo había crecido sin control, plantas de distinto tamaño solapándose unas a otras, el aspecto abandonado de todo dotaba al lugar de un especial encanto, y había mucho trabajo por delante.

Ante aquella salvaje elegancia no sabía dónde detener la mirada, era una atmósfera abrumadora. Mis ojos se conducían en círculos por todo el conjunto, y aquello solo era la parte delantera, por detrás había mucho más. René me cogió de la mano para entrar. Había cuatro escalones ante la puerta principal que estaba abierta, los subí y crucé la entrada. Enseguida percibí un aroma formado por la mezcla de diferentes olores, entre los que destacaba con fuerza el de limón, respiré profundo avanzando unos pasos, y al mirar a la derecha, me quedé mirando la enorme chimenea que estaba al fondo del salón; me metí en la estancia. Era un espacio enorme, con dos ventanales desde donde pude ver otra parte del jardín, (que seguía campando a sus anchas). No había nada más que la chimenea presidiendo aquel espacio, pidiendo a voces que alguien le diera vida. Me di la vuelta al escuchar a René detrás de mí, tenía la mano extendida y la agarré para seguirle hasta el lado opuesto donde estaba la cocina. Enseguida me sirvió algo para beber, diciendo, que sentía que no fuera lo que yo esperaba, bebí un poco antes de asegurarle que me estaba gustando mucho.

Por supuesto había mucho que hacer, dentro había que limpiar a fondo, fuera estaba todo descontrolado, parecía la selva, pero sin duda aquello se convertiría en un bello lugar, en un hogar acogedor, el nuestro. La magia de su encanto yo la podía percibir, lo había sentido nada más cruzar la puerta principal. Acompañé a René para ver la parte de arriba. Había que subir una escalera recta, que estaba llena de polvo, con una barandilla de madera tallada en su centro, donde se formaban diminutos dibujos indeterminados muy bonitos. El suelo arriba estaba cubierto de moqueta, su color me pareció el mismo que había visto en la

fachada, rojo vino. Dos dormitorios muy grandes, con aseo los dos, y un tercero más amplio que estaba lleno de todos los muebles viejos que habían sido apilados en él, a continuación, una sala de lectura, de sus ventanas colgaban sin gracia unas pesadas cortinas en tonos oscuros, no había nada en las estanterías, solo una pequeña mesa redonda de madera cerca de una ventana. Lo miraba todo abstraída, imaginado su aspecto cuando estuviera amueblado, cuando todos los libros de René y mis novelas estuvieran allí colocados, estaba imaginando el nuevo aspecto que tendría la estancia cuando de pronto oí a René que me estaba llamando. Salí de la sala de lectura y me topé con él de frente, me sonrió, luego me dijo que quería que viera el que sería nuestro dormitorio. Era un espacio enorme, con baño completo, una pequeña zona de lectura, y otra chimenea, más pequeña que la del salón.

—Acércate –me pidió René, y fui hasta él que estaba delante de un gran ventanal que abrió para que lo descubriera. Era un mirador, estaba totalmente suspendido de la fachada varios metros girando a la izquierda, la vista era impresionante, el jardín continuaba, y pude ver una piscina, estaba vacía y pintada de azul cielo, también pude ver algún mobiliario dispuesto al azar. Había más trabajo del que me hubiera gustado encontrarme, pero también es cierto que no cambiaba aquel lugar por nada. Solo llevaba allí un rato y ya lo sentía mío. Estaba disfrutando tanto, que apenas era consciente de René que iba detrás de mí, observándome.

—Lo sé, espero que te guste tanto como a mí –René rompió el silencio, y me volví.

—Me encanta este lugar –dije convencida, y luego me acerqué para confirmarlo dándole un beso.

Contratamos personal para que hicieran una limpieza exhaustiva en toda la vivienda, dos jardineros se hicieron cargo de aquel vergel que se extendía sin control, fue lo que más trabajo llevó. Quise conservar algunas cosas del mobiliario, lo demás lo doné. Lo primero que hice fue comprar vajilla y cristalería, me ayudó la persona de servicio que tenía René en Bayeux, quiso seguir con nosotros, y nosotros encantados con su decisión. Le habilitamos el único dormitorio de la parte de abajo, cerca de la cocina, y le dimos todas las facilidades para que no tuviera que desplazarse a menudo a Bayeux.

La mansión poco a poco iba tomando forma de hogar, y yo iba acostumbrándome a mi nuevo cargo en el Louvre. Los primeros días había estado un poco nerviosa, pero me había adaptado bien. Cuando terminaba mi

jornada, antes de marcharme, me metía en una de las salas dedicada a la pintura holandesa. No me cansaba de admirar algunos de aquellos cuadros que tantas veces había visto en fotografías, los observaba tranquila, vaciaba mi mente de información sobre ellos y me dejaba llevar por sus colores y formas, paisajes y naturalezas muertas que me metían dentro de la pintura. Me acerqué a contemplar un cuadro del artista Jan Vermeer, una obra titulada: Mujer realizando labores de encaje, realizada en 1670, y recordé a esas mujeres bordando el tapiz de Bayeux junto a la reina Matilde. Toda nuestra historia en mayor o menor medida, está contada en pequeños y grandes trozos de arte, piezas discretas, otras de insultante maestría, arte subrepticio, en otros casos de ostentoso manifiesto, pero todas, llenado el mundo de recuerdos, llenando el corazón de su autor con su realización. Podía pasar horas y horas embelesada, pero procuraba ser discreta, y pasar solo unos minutos deleitándome en aquella sala.

Las tardes que me sentía un poco baja de ánimos me iba a ver mi obra favorita: Psique reanimada por el beso del amor. Una escultura en mármol blanco, realizada a finales del siglo XVIII por el artista italiano Antonio Canova. Allí estaba para mí cada vez que la quería contemplar. La pieza nos muestra la unión del amor carnal y el espiritual entre Eros (Cupido) y la princesa Psique, una joven de deslumbrante belleza, quien se enamoró de él perdidamente. El mito de Eros y Psique narra la lucha por el amor y la confianza entre ambos. En la mitología, Eros representaba el poder sobrecogedor del amor, que por su fuerza puede también destruir. La palabra “psyche” puede ser traducida como “vida” y como “alma”. Una bella historia que merece ser leída, donde pese a grandes dificultades, y humillaciones hacía la mujer, triunfa el amor, y donde gracias a la influencia del dios Zeus, los dos jóvenes se casarán, y fueron felices para siempre. Nunca me había cansado de contemplar aquella obra de arte en fotografías, era tanto lo que me hacía sentir y pensar, que me alegraba trabajar allí tan solo por poder tener delante aquella belleza cuando quisiera, o lo necesitara.

Las noticias que me iban dando sobre Alan eran muy buenas, mi madre estaba mucho más animada, y con ello papá también. René también me daba buenas noticias sobre sus negocios, y me dijo que no escatimara en gastos, al fin y al cabo, aquella mansión era nuestro hogar, debía ser cómodo y acogedor, un refugio donde disfrutar de nuestro amor y relajarnos. Mi gusto no era ni será nunca tan ostentoso como el de René, yo no necesito dos docenas de toallas a juego solo para decorar un baño, ni un montón, por todos lados, de marcos de



plata para poner una foto de los míos, pero él decía que lo llenara todo de exquisitos detalles, de pequeños recuerdos, y lo hice, pero había demasiado que llenar, y yo ya no sabía que más comprar. Cuando sabía que René llegaría más tarde me iba a la sala de lectura, las nuevas cortinas daban a la estancia una sutil elegancia, y claridad durante el día, telas mucho más ligeras y fáciles de limpiar. Allí en la sala de lectura había dejado mi baúl de mariposas, y cuando me cansé de deleitarme con la nueva decoración, empecé a leer las cartas desde el principio. No tenía prisa por llegar al final, ni rastro de impaciencia, porque ya sabía lo que me iba a encontrar, el sufrimiento de Eleonor ya no me afectaría, y ello me haría estar más alerta, para darme cuenta de todo lo que se me hubiera podido pasar desapercibido por culpa de la tensión emocional que siempre me dominaba mientras las leía y me dejaba exhausta, y aunque conseguí releerlas mucho más tranquila, he de reconocer que en muchos momentos me impresionaba.

Ya habían pasado cuatro meses, tan rápido que para mí parecían cuatro semanas, había estado muy ocupada, y todavía faltaban cosas, un dormitorio por decorar, detalles para un aseo, y esa semana, me dio por llenar todas las estancias de jarrones con flores. Había leña de sobra, y yo ya estaba aburrida de pasar la mayoría de las tardes metida en tiendas de muebles y decoración y esperando en casa que me fueran trayendo todo lo que iba comprando. Esa noche me apetecía una velada diferente, y dispuse una pequeña zona de lectura en el mirador de nuestro dormitorio. Quiero creer que existe una conexión especial entre los enamorados, porque esa noche, René llegó con un ramo de flores y un libro en las manos.

Hacía una noche muy agradable, y le pedí a René que nos sentáramos para leer en una pequeña parte acristalada que tenía el mirador. Permanecimos en silencio, sin tocar los libros, me dio igual, y tras un rato así me levanté para ir a sentarme sobre él. No podía ver la torre, pero igualmente recreé la escena vívida en la habitación del hotel. Mientras René me besaba yo tenía los ojos cerrados, concentrada en el sabor de sus labios, sintiendo sus besos en mi boca y en el fondo de mi alma. Abrazada a su cuello veía luces brillando a lo lejos, percibía el aroma a limón, como el día que llegué allí por primera vez. Esa noche no se veía la luna, pero el cielo estaba lleno de estrellas, y yo las seguí viendo mientras René me amaba en el dormitorio, con esa intensidad suya capaz de anular sin esfuerzo cualquier cosa por mi parte, con esas palabras que siempre me hacían sentirme en otro tiempo y lugar, esa familiaridad que también sentía allí, con él,

o a solas.

Terminé de arreglar la mansión, y por las tardes tenía más tiempo libre, cuando no me apetecía leer me iba al jardín y paseaba por el, admiraba las plantas, disfrutando del olor de algunos ejemplares que crecían más cerca de la fachada, y al pensar en esa palabra, me vino a la cabeza la fachada llena de humedad en la casa de René en Bayeux. Había pensado en ello alguna vez, pero no había tenido tiempo. Sabía que en el Louvre se podían solicitar días libres para resolver asuntos personales, tenía que informarme bien, y pedir un día libre para ir una mañana a Francia e intentar averiguar algo en la inmobiliaria. Tenía la esperanza de que en ella pudieran darme algún dato, decirme algo sobre los anteriores moradores en la casa de René.

## CAPÍTULO 12

Mi hermano ya estaba en casa, después de meses de sufrimiento ya estaba con su familia, cuando recibí la noticia esa tarde me sentí más feliz que nunca, mi querido hermano Alan estaba de vuelta, iba a ser duro, pero él era fuerte, y con la ayuda del rehabilitador aprendería a usar la mano, a caminar. Los médicos les dijeron a mis padres que le quedarían algunas secuelas, y necesitaría del apoyo de medicamentos, pero podría llevar una vida normal. Habían hecho muy buen trabajo con su cara, pero con el tiempo podría hacerse algún retoque de cirugía y mejorar. Había tenido toda la suerte del mundo, eso le dijo uno de los cirujanos a mi padre. En breve podría hablar por teléfono con mi hermano.

Estaba tranquila, me sentía muy feliz en la mansión, mis sueños eran normales, aunque pocas veces recordaba algo, y por primera vez me puse a pensar en la suerte que tenía de haber conocido a René. Nunca me hubiera imaginado que terminaría casada con un hombre francés, y no uno cualquiera, pero a pesar de ser tan especial no me costaba nada seguirle en todo, podía estar serio, pero siempre estaba de buen talante, casi todo lo que yo hacía o decía le parecía bien. Estaba deseando encontrarle algo que me molestara de verdad, no podía ser tan perfecto, y yo no debía tentar a la suerte.

Tras esperar tres semanas por fin llegó el día libre para mí. Me levanté muy pronto, y esa mañana me fui a desayunar a un pequeño local donde servían un té inglés estupendo, un sitio que había sido mi preferido desde que René me llevó por primera vez.

Llegué a la ciudad de Calais, al norte de Francia, siguiendo las indicaciones en el GPS, y enseguida paré para meter la dirección de la inmobiliaria. Tras girar varias veces en sentidos contrarios encontré el boulevard, al final del mismo había un edificio que destacaba del resto, muy antiguo y pintado con un color indescriptible. Di los datos de René y toda la información de que disponía sobre la casa, el hombre que me atendió fue muy amable, pero me miraba de un modo extraño, e hizo varias veces mención al hecho de que yo fuera inglesa. El hombre buscó en un archivo, luego en varios cajones, y por momentos se quedaba mirando la pared, supuse que estaría intentando recordar, pero después de un rato me dijo que no tenía nada. René no me había mentado, de eso estaba segura, ya habían pasado muchos años, pero algo debían tener sobre la venta de

la casa, y no quería resignarme a pensar que había hecho el viaje hasta allí para nada. Insistí, le volví a explicar casi todo un poco más deprisa, el hombre se alteró al ver que yo no me daba por vencida, hasta que alguien me llamó. A pocos metros había una mujer que me pidió que fuera con ella hasta un pequeño despacho, ya dentro le pregunté si sabía algo porque era obvio que nos había estado escuchando. Encima de la mesa tenía extendidos unos documentos, la mujer los había estado revisando, pero no había ningún dato relevante escrito en ellos, solo ponía la cifra de venta de una casa de Bayeux en la dirección y fecha aproximada que yo había mencionado, y un nombre, Francine, subrayado varias veces.

Aquello tenía que ser un error, al ver mi cara la mujer me preguntó si me encontraba bien, me tuve que sentar, y tras unos instantes para serenarme le hice varias preguntas, no pudo contestar a ninguna, ella llevaba allí trabajando ocho años, y no sabía nada más del tema. Le di las gracias, y antes de marcharme le pregunté al hombre si sabía quién era Francine, en ese momento me di cuenta de que algo sabía porque me volvió a mirar de forma extraña, y le pedí por favor que me dijera algo. Tras dudar, mirar a la pared, y a la mujer, me dijo que la casa por la que yo preguntaba había sido vendida a un comprador privado por una mujer llamada por el nombre que estaba subrayado, la venta también había sido privada, por eso ellos no tenían constancia de nada más en los documentos que todavía conservaban.

No podía ser la misma Francine, ¿¡René la conocía y me lo estaba ocultando!?

Regresé a París confusa, disgustada, nada de lo que hacía me servía para algo, y me dolía la cabeza. En cuanto llegara a casa me daría un baño, a ver si después podía pensar con más lucidez.

Dejé pasar unos días, y una tarde que René vino más pronto a casa le conté lo que había estado haciendo en Calais, se sorprendió porque aún tuvieran allí algún documento, y no entendía mi interés, la pérdida de tiempo, le dije que solo era curiosidad por saber de quién podían ser las cartas, se volvió a sorprender, nunca había pensado que fueran tan importantes para mí hasta ese punto, en ese momento me di cuenta, él no me iba a aportar nada nuevo, porque me juró que desconocía la identidad del vendedor, le creí, y no quería que me volviera a preguntar o a decir algo sobre Francine, por ello no la nombré, y admití mi interés por las cartas al hecho de que me ayudaban con la caligrafía, algo importante que formaba parte de mi trabajo. Después de esa charla con René se

me quitaron las ganas de leer.

Yo siempre había estado observando, viendo cosas que la mayoría no ve, descifrando, analizando, descubriendo cosas sobre otros, la mayoría ya estaban en el allá hace mucho, y sin embargo no podía averiguar nada de mi vida en ese momento, un momento que abarcaba año y medio. Me sentía contrariada, enfadada mucho más. Pasé unas semanas un poco desmoralizada, y cuando estaba sola me iba a pasear. Encontré una librería que llamó especialmente mi atención, y siempre me quedaba delante del escaparate mirando todo lo que había en el expuesto, a veces entraba y curioseaba un poco, y durante esos días, empecé de nuevo a tener sueños donde aparecía Adam. René no me había hablado de él, y yo tampoco había pensado en lo sucedido; no me explicaba cómo había vuelto a mi cabeza el mujeriego. Eran sueños cargados de connotaciones amorosas, en distintas situaciones y lugares, pero nunca recordaba si Adam me decía o hacía algo, era todo muy confuso, pero al despertarme tenía una sensación de complicidad con él, y llegaba al museo un poco nerviosa. Los sueños siguieron, no de forma continuada, pero durante semanas lo poco que recordaba era siempre relacionado con Adam, y mi intuición no me falló ese día.

Esa tarde me alteré cuando René me dijo que había visto a Sophie en una reunión, y este le había puesto al corriente de todo, ella se había mostrado un poco sorprendida porque hubiéramos tardado tanto en comunicarle nuestro traslado, y quería hacernos un regalo para la nueva casa. René había intentado disuadirla, pero Sophie estaba deseando verme. No pude negarme, ella siempre era encantadora, y acordamos que vendría a vernos en cuanto pudiera. Me apetecía mucho verla, pero René no me pudo asegurar que viniera sola. No creí posible que si Adam iba con ella fuera capaz de seguir acosándome en mi propia casa. Mi tranquilidad se esfumó, y me dediqué a leer otra vez para mantener la mente ocupada. Había escondido el baúl para que no me tentara la idea de leer las cartas en cualquier momento si lo veía.

— Diandra, hoy viene Sophie.

Solo habían pasado tres días, y esa mañana, Sophie había telefoneado a René para decirle que iba a vernos. Llegaría en unas horas, por lo que salí a comprar un detalle para mi amiga y flores que distribuí por toda la casa. Tuvimos un emotivo encuentro, alabó mi buen gusto con la casa, y entre las dos elegimos donde colocar el objeto antiguo que me trajo, una caja de cristal labrado de murano, para ella el mejor cristal del mundo. Me felicitó por el nuevo trabajo,

hablamos de nuestras cosas, y me confirmó que en dos semanas le darían el bebé que ella y Adam habían adoptado. Estaba muy feliz, y quería que yo fuera la madrina del niño. Ante su petición me quedé sin habla, por lo que le dije que tenía que ir al aseo; era mi forma de escapar para poder pensar que decirle. Aquello lo iba a complicar todo mucho más, se trataba de evitar a su marido, y no encontraba una excusa para poder negarme. Tanto me insistió después que acepté.

Después de aquella visita nos llamábamos cada poco para saber la una de la otra, y el día que le dieron el bebé nos llamó para darnos la noticia. Durante un tiempo no tuve más noticias, mi amiga estaba muy ocupada en su nuevo papel de madre, más feliz de lo que había estado en mucho tiempo, me alegré por ella, y por mí.

Estaba en el mirador pensando en mis amigas cuando vino René. No lo esperaba tan pronto, por lo que me alegré, pero me duró poco. Se tenía que marchar unos días a Francia, y yo ya no podía acompañarle como cuando estábamos en Bayeux, le aseguré que estaría bien, y le dije que iría a comprar un regalo para el hijo de Sophie, René me dijo que comprara también un vestido de madrina para acudir al bautizo del niño.

—Hacemos esto por ella —me dijo al ver mi cara de preocupación. Le pedí que me abrazara y no dijera nada más, y decidí que no iba a comprar a más vestidos, no era algo que me apeteciera después de todo lo que había pasado.

Pasé más horas trabajando, y la tarde que salí de compras adquirí varias cosas para mandárselas a mis padres a Coventry, para Alan algo especial. Llegué a la mansión cargada de bolsas. Esa tarde la persona de servicio no estaba, y lo dejé todo por cualquier sitio. Puse un poco de música, y me dediqué a colocar el zapatero. Me estaba deshaciendo de varios pares de zapatos cuando llamarón a la puerta. Había entrado tan cargada que me había dejado abierta la verja de fuera.

Al verlo por la mirilla me tembló todo, mi corazón no podía ir más rápido. Abrí la puerta solo para decirle que se marchara, pero Adam me dijo que solo había ido para felicitarme, y enseñarme unas fotografías de su hijo, yo ya había visto al bebé a través del teléfono móvil, pero igualmente miré las fotos, le di las gracias, y le pedí nuevamente que se marchará porque estaba muy ocupada, fue entonces cuando me llevé la mayor sorpresa.

Adam me pidió perdón hasta tres veces, sabía que se había comportado como un cretino, y sentía mucho todo lo que había pasado, pero no podía controlar lo que

le pasaba cuando yo estaba cerca, algo, que nunca le había pasado con ninguna mujer, asegurando que quería a Sophie, y que ya eran una familia completa. Me fue diciendo todo dando claras muestras de arrepentimiento, por momentos no era capaz de mirarme, o miraba hacía algún punto, y, cuando por fin me miró fijamente, me dijo que se sentía muy avergonzado por su comportamiento; algo dentro de mí le quería creer. Su mirada fija en mis ojos aceleró mis pulsaciones, y me di cuenta de que yo tampoco podía controlar lo que fuera cuando le tenía cerca. Me fui hasta la cocina para beber un poco de agua.

—Lo siento mucho, Diandra.

Adam había ido a la cocina, y lo único que se me ocurrió fue preguntarle si quería agua.

—Quiero...lo que quiero es que me perdones, por favor —no sabía que decir. Tras unos segundos en silencio me fui cargando de rabia al recordar la noche de mi desmayo, y alcé la voz para decirle que se fuera de mi casa.

—Diandra, por favor, olvidemos todo y seamos amigos, Sophie te adora —se había acercado a mí, sentía su mirada exactamente igual que en la fiesta, y no había bebido. Era la atracción tan fuerte que sentía por él que me imposibilitaba cualquier reacción, solo podía mirarle, notando los chispazos igual que el día que nos conocimos, esa química potente que nublaba mi juicio y solo me dejaba sentir deseo por él, una poderosa turbación que me vencía.

—Me gustas mucho, nena. Después de oírle solo noté sus manos en mi cintura, sus besos en mi cuello, después cerca de la boca, hasta que lentamente empezó a bajar sus manos por mis caderas, sentía su cuerpo, rápida nuestra respiración, su mano en la cremallera de mi pantalón...

— ¡No, Adam! grité apartándole con un fuerte empujón. Me sentí peor que nunca, y no había algo a lo que poder echarle la culpa. Adam me había vuelto a arrinconar, pero yo era plenamente consciente. Me fui al salón.

Cuando le tenía cerca empezaba a sentir cosas, y en mi interior se libraba una batalla, me resultaba muy difícil controlar mi deseo por él, y mucho peor era sentir esa turbación que tenía cuando estaba pegado a mi cuerpo, era algo mucho más fuerte que yo, porque mi mente quería apartarlo, pero mi cuerpo no me lo permitía.

— ¿Te encuentras bien? —me di la vuelta. Adam se fue acercando despacio, y me cogió del brazo para sentarnos en el sofá. Yo solo podía mirar la chimenea,

sintiendo el brazo de Adam rozando el mío.

—No se trata de acostarme contigo, o con otra mujer que no sea Sophie...eso lo tengo cuando quiero —dijo en voz baja, y luego cogió mi mano. Al sentirle me solté y me di la vuelta para mirarle. Quería decirle lo asqueroso que me resultaba todo aquello, lo asqueroso que era él, pero sus ojos me lo impidieron; de nuevo sentí la turbación, mi corazón acelerado, sus besos...

—Te deseo tanto, Diandra...

Eran las nueve de la mañana, me levanté y fui a contemplar mi imagen delante del espejo. No sabía si Adam ya se había marchado de la casa, pero no quería verle, no quería pensar en lo que había pasado, yo no sentía ningún afecto por él, en el fondo me daba asco su comportamiento, pero si aquello me ayudaba a poder controlar la atracción tan potente que Adam ejercía sobre mí, así debía verlo, sin sentirme culpable, pero no era algo de lo que pudiera estar segura, podía ser un arma de doble filo, y siempre que nos viéramos nos venciera la química que teníamos y deseáramos cada vez más. Estaba sola, dejé todo el dormitorio a oscuras y me volví a meter en la cama. No quería ver ni pensar en nada, solo dormir.

Por la noche me llamó René, solo me dijo las ganas que tenía de verme, y que llegaría al día siguiente a última hora de la tarde.

La mañana de ese lunes me resultó insufrible, otra vez no podía quitarme de la cabeza a Adam, pero no era como las anteriores veces donde yo le odiaba y maldecía, tampoco me sentía culpable, y eso fue lo que más me desconcertó de todo el asunto. No me daba cuenta de que estaba justificando mi comportamiento.

Mi familia y amigos estaban lejos, y René pasaba mucho tiempo fuera de casa, los paseos formaban parte de un pasado en Bayeux, apenas leíamos juntos, él me había acostumbrado a todo eso, y todo se había esfumado al poco de llegar a París. En muchos momentos me sentía sola, desubicada, rodeada por cosas caras que no me importaban lo más mínimo, y mi única amiga de confianza era Sophie, una mujer, que tenía un marido que la engañaba con otras mujeres, y conmigo. Yo nunca me había comportado de ese modo, era una mujer de treinta y dos años, a punto de casarme con un hombre de cuarenta y ocho, no teníamos nada que ver, éramos muy diferentes en todo. Yo no tenía ninguna experiencia importante con un hombre, y sabía, que en la mayoría de momentos me había dejado arrastrar por las circunstancias. Cualquier mujer desea algo así, me dijo



Francine, pero yo no sabía si me acostumbraría, llegaría un día en que yo querría volver a Coventry. Puede que todo lo que me estaba pasando solo fuera para darme cuenta que no debía continuar. Puede, que lo único que había hecho bien había sido irme la casa rural para aclarar mis sentimientos por René, y yo, confundida por las cartas, por la anciana, y por el sentimiento de culpa, había creído que era amor. Me había estado convenciendo de que era sentimental, influenciada, más parecida a mi madre de lo que siempre había creído. Sabía que quería a René, pero necesitaba algo más para querer pasar el resto de mi vida a su lado, y conmigo no servían los lujos que se compran con dinero. En el fondo estaba siendo honesta, aunque me hubiera acostado con otro. Me senté en el jardín, y estuve mirando lo que hacía el jardinero mientras esperaba a René. Anocheció y el hombre se marchó, le di las buenas noches y me fui junto a la chimenea. René llegó de madrugada, cenó, y después me despertó para que subiera con él al dormitorio. A partir de ese momento, cuando me contaba cosas de sus negocios le escuchaba sin prestar atención. Siempre eran acuerdos muy ventajosos económicamente que realmente a mí me importaban muy poco, porque poco necesitaba yo para vivir, nunca había sido ambiciosa, lo único que siempre había querido era trabajar gracias a mi esfuerzo de años de estudio. Quería vivir bien, pero no me gustaba gastar por gastar. René seguía hablando de sus éxitos, cuando de repente se acercó para decirme que estaba pensando en comprarse un coche más grande, solo asentí antes de irme a la sala de lectura.

El día del bautizo conseguí hablar con Adam unos instantes a solas. Era un día especial para su hijo y para Sophie, y me dio su palabra de que no me molestaría. Al final del día di gracias porque hubiera cumplido con lo acordado; pude estar tranquila, y lo pasamos bien. Sophie estaba absorta con su hijo, era la viva estampa de la felicidad, y también lo estarían mis padres si un día les dijera que iban a ser abuelos. Me dio por imaginar cómo sería yo como madre, René como padre, un niño o varios corriendo por la mansión. Eran bellas imágenes que no llegaban a convencerme.

Iban pasando las semanas, y yo estaba cada vez más confusa. Llevaba ocho meses en París, a menudo hablaba con mi familia, tenía conversaciones con mi hermano, con mis amigas de la infancia y con Pierre, quien a menudo, visitaba a mi mentor el señor Edward y me recordaban. Le prometí a Pierre que en cuanto me dieran vacaciones iría a Coventry y nos veríamos.

## CAPÍTULO 13

Mi vida había entrado en una espiral, no habíamos vuelto a hablar sobre la boda, tampoco me apetecía, y aunque no me faltaba de nada, (cosa que René ya me prometió) cada vez pasaba más tiempo sola. Ya no le esperaba por las noches en el sofá junto a la chimenea, o en la sala donde a veces leíamos juntos, me subía al dormitorio más pronto, pero a él pareció darle igual. Una tarde, le dije a René que me iban a dar unos días de vacaciones y quería ir a ver a mi familia, desde el accidente no había vuelto a estar cerca de mi hermano, porque verle, no se puede decir que lo viera, esperaba que René quisiera acompañarme, aunque solo fueran dos o tres días, pero solo dijo que le parecía bien, y así él aprovecharía para viajar a Estados Unidos. Él siempre aprovechando lo que fuera si era cuestión de negocios.

Esa noche salí un rato al jardín, estuve pensando que mi vida era rara, no se correspondía a la vida de una mujer de mi edad, pasaba los días metida en un museo, y luego en una mansión que parecía otro museo, sin vida social, sin obligaciones dentro de la vivienda, solo tenía que preocuparme por estar todas las mañanas a las nueve en el trabajo. La única amiga que tenía allí me llamaba cada vez menos, y cada vez que oía a René decirme que fuera a comprarme algo me ponía de los nervios. Allí no podía esconderme, no había una casa rural donde acudir, y por momentos, con todo lo que había soltado sobre ella por mi boca, echaba de menos encontrarme por sorpresa con Francine. La sensación de familiaridad me había abandonado, la mansión planeaba sobre mi cabeza, y en cualquier momento terminaría aplastada por ella.

—Diandra, ven mi amor, tengo una noticia que darte —oí a René como me llamaba desde el salón mientras yo bajaba las escaleras.

Me comentó que acababan de llamar de Bayeux para informarle de que debía acudir a una conferencia en el museo, y quería que fuera con él, yo podía coger dos días libres, que me descontarían de las vacaciones. Me pareció muy egoísta por su parte, de sobra sabía las ganas que tenía de ver a mi familia, de que, por fin, podría presentárselo a todos los que estaban en Coventry. Me mostré muy decepcionada, y le dije que tenía que pensarlo y, dispuesta a marcharme del salón, René me cogió del brazo para acercarme a él.

—Lo siento, últimamente he tenido más trabajo del que esperaba.

—Mi amor...lo siento.

En ese momento me abracé a él, aspiré su perfume pasando mis manos por su espalda, y sintiendo que le echaba de menos. Echaba de menos al hombre que era cuando estábamos en Bayeux, y esa noche volví a sentir al René de siempre, ese que me resultaba familiar, que me vencía con su intensidad emocional y me conmovía con sus palabras.

—Te echaba de menos...

—Y yo, mi amor.

No me tuvo que pedir más que le acompañara a la conferencia, pero no se lo puse tan fácil como otras veces, yo le acompañaría, pero él olvidaría el trabajo por unos días y nos iríamos juntos a Coventry. Le pedí que me lo prometiera, y no me iba a comprar ningún vestido para la gala, al oírme decir esto último serio, esa risa que hacía tanto que no escuchaba. Salí al mirador, durante unos minutos me sentí mal recordando todo lo que había pasado con Adam, la conciencia siempre está ahí, y aparece en el momento más inoportuno, porque estaba a punto de soltar un disparate por mi boca cuando noté las manos de René rodeando mi cintura y su boca sobre mi cuello.

—No sabes cómo te quiero –me susurró cerca de la mejilla que luego besó.

Como casi todas las mañanas René ya se había marchado cuando yo me levanté. Necesitaba creer en sus promesas, necesitaba sentir que le amaba, pero no sabía cómo se sabe algo así, no podía comparar lo que sentía con algo que hubiera sentido anteriormente, me dieron ganas de utilizar a Adam como ejemplo, pero no lo hice por respeto. Por Adam no tenía ningún sentimiento de afecto, no significaba nada para mí, solo era atracción sexual, y también la sentía por René, pero de muy distinta manera. Yo había salido con dos chicos, pero habían sido relaciones pasajeras, con mal final, porque ellos querían fiesta, diversión, y yo pasaba la mayor parte del tiempo con mi mentor o metida en alguna biblioteca hasta que cerraban, inclusive los fines de semana.

No podía culpar a René de nuestro distanciamiento, yo tampoco había hecho nada por remediarlo, no había sido capaz de decirle algo en meses, y él había entrado en una dinámica que le robaba mucho tiempo. Notaba su distanciamiento más allá de la distancia física, incluso estando sola, la misma sensación que al principio de la relación.

Llegamos a Bayeux horas antes de que empezará la conferencia, e

inmediatamente después de dejarme a mí en la entrada de la casa René se fue al museo para prepararse. Subí despacio la escalera, y al entrar lo primero que hice fue ir donde estaba la librería de ébano, me quedé mirándola, verla tan vacía me produjo una extraña sensación, le faltaba su corazón: los libros. Coloqué el escaso equipaje en el dormitorio, y antes de arreglarme me fui a la cocina a prepararme un café, los últimos días no había dormido bien, estaba un poco cansada. Me senté con la intención de relajarme un rato, de disfrutar del café y, poco a poco, los recuerdos llegaron, los fui dejando marchar de la misma forma, poco a poco, hasta que llegó él, y recordé todo lo que no había querido recordar antes. No me hizo falta beber más, pensar en Adam me reavivó. Salí de la cocina más animada, y me fui a maquillarme. A la hora acordada un coche vino para llevarme al museo.

Me dio mucha alegría encontrarme de nuevo allí, saludé a muchos de los presentes, a los encargados, en especial al señor Fabrice, como siempre tan simpático conmigo. Me encontré con uno de mis encargados en el Louvre, este también había ido para colaborar en la conferencia, estaba hablando con él cuando se me acercó un hombre; no lo había visto nunca. Me dijo que quería hablar conmigo sobre algo importante, para ello tenía que reunirme con él tras hora y media, me repitió la importancia del asunto, pidiéndome por favor que no me retrasara. Él estaría esperando en la calle, junto a un coche negro con las lunas tintadas. Me dijo que podía ir acompañada por un encargado si ello me daba confianza.

Me costó disfrutar del momento, estaba pendiente del reloj, intranquila, y tenía mucho calor, y tras mucho pensar, creí saber por qué el hombre desconocido quería hablar conmigo, y lo que me extrañó fue que René no me lo hubiera dicho, seguro que lo había olvidado por las prisas, los nervios, aunque él nunca olvidaba nada, y yo deseaba estar en lo cierto. Dos minutos antes de la hora me dirigí a la salida. Le pedí al señor Fabrice que vigilara desde la escalera de la entrada al museo. El coche con las lunas tintadas estaba aparcado justo enfrente del museo. Mientras cruzaba la calle el mismo hombre desconocido con quien había hablado abrió la puerta trasera del coche, y con un gesto me indicó que entrara cuando me tuvo delante.

El corazón se me subió a la garganta, y no me sorprendió encontrarme dentro del coche a Francine. El hombre cerró la puerta, y se quedó esperando fuera.

—Has tardado mucho —miré el reloj, apenas pasaban unos segundos de la hora

—Me refiero a volver a Bayeux, Diandra. Le dije que fuera al grano porque me echarían en falta, pero ella se puso a decir que me sentaba bien vivir en París, y que antes de irme se lo tenía que haber dicho. Resultó que le había dado muchos problemas.

— ¿Qué es eso tan importante que tiene que decirme? —la mujer sacó un sobre con dinero de su bolso y me lo dio. Era su regalo de boda, pero no me había hecho ir por eso. Ella sabía que René había aplazado la boda y estaba muy preocupada por mí. Tenía que casarme cuanto antes. Yo me acordaba de todo lo que habíamos hablado, del momento en que me dijo que yo no me enteraba de algo y por eso ella debía esperar un poco, parecía ser algo que antes o después pasaría, le dije entonces que las prisas eran innecesarias, si, según ella, no se podía evitar.

—Tu vida corre peligro, Diandra —de nuevo me volvió a asustar.

— ¿¡Dígame entonces qué hago, por qué he de creerla!?! —estaba alterada. Francine había vuelto con lo mismo de siempre, me podía ayudar, pero no lo hacía, se limitaba a seguirme, a engañar a René para que este le dijera dónde estaba yo, a preguntar en el museo por mí. La mujer estaba muy preocupada pero no me decía cuál era el peligro que yo corría. Le supliqué que me contara el motivo por el que nos habíamos encontrado al poco de llegar yo a Bayeux, por qué yo y no otra persona.

—Yo no puedo hacer nada, la respuesta está en ti —sentenció agarrando mis manos. Me solté rápido en un acto reflejo.

Temían por mí, primero René y poco después ella, y el motivo de René también tenía que ver con la anciana, con sus predicciones sobre su trágico futuro en soledad. Había pasado mucho tiempo y yo seguía viva, y sabía que la mujer no desistiría, y, por si fuera poco, yo sabía algo que tenía que descubrir. Aquello me pareció una forma de amargarme la vida sin motivo. Yo no le había causado ningún mal a Francine, en realidad René tampoco, y este, no sabía que ella era la culpable de su sufrimiento. Me puse a decirle que lo que estaba haciendo no era de ser una buena persona, y que estaba teniendo mucha paciencia con ella porque... — ¡Porque soy una anciana! —me cortó diciendo de repente.

Le pedí que viviera su vida, llena de augurios y visiones, que nos olvidara para siempre, si algo me ocurriera nunca la culparía a ella, pero necesitaba que no me molestara más, que no me buscara, que siguiera igual que antes de conocerme.

—Diandra, llevo tiempo esperando por ti, mi vida ya no puede ser igual, y la tuya tampoco. Sigues sin escucharme, debes terminar con lo que tienes a medias.

— ¡No me voy a casar, no todavía!

—No lo digo por la boda, aunque eso también es urgente. Algo fui a decir cuando el hombre que estaba fuera golpeo la luna de la ventanilla. La mujer se despidió, diciendo, que debía volver a la conferencia o me echarían en falta, pero que le hiciera caso y pronto todo se solucionaría. Dejé sobre el asiento el sobre con dinero que me había dado, y salí del coche aturdida. Francine tenía la cualidad de alterarme siempre que hablábamos.

Me quedé mirando la fachada del museo mientras a mi espalda el coche se marchó, en ese momento me juré que no iba a pensar en nada. Quería disfrutar de mi breve estancia allí, y enterarme de lo que quedara de la conferencia.

—Diandra, esta noche salimos, llegaré a media tarde.

Después de nuestra charla René bajo un poco el ritmo en el trabajo, salíamos dos noches entre semana, siempre solos para recogernos pronto. Los fines de semana solo trabajaba un rato en su oficina allí en París, y a veces, quedábamos con algún colega suyo de profesión para salir la noche de los sábados, siempre era alguien que venía acompañado por su esposa. Eran oportunidades de conocer a otras mujeres, con alguna quedé para ir de compras, merendar, con una incluso compartí la afición por la lectura, pero sabía que nunca seríamos verdaderas amigas, eran tan diferentes a mí, estábamos a años luz, a pesar de ello lo pasábamos bien, estaba distraída, y de eso se trataba, porque no quería volver a sentirme tan sola.

Me daba miedo estar mucho tiempo en casa sola o sin hacer algo, en esos momentos, aunque me relajara, intentaba mantener mi promesa de no recordar el pasado, un pasado inmediato que me alteraba. Entraba poco en la cocina, y cada vez que me servía un vaso de agua no podía evitar ver los ojos de Adam, no había vuelto a saber nada de él, no mucho más sobre Sophie; mejor mantenerlos lejos.

Cada mes que pasaba me gustaba más mi trabajo, ya llevaba casi un año, me había convertido en una de las mejores encargadas que habían tenido en el Louvre, eso me dijeron esa mañana, y también que me querían recompensar con más días libres dentro de mis vacaciones. La noticia inesperada me subió la autoestima; estaba deseando poder viajar a Coventry. Había pasado mes y medio

desde mi charla con René, y esa mañana, me pareció raro que nunca hubiera querido saber cómo había entablado amistad con la anciana, no podía evitar en ocasiones acordarme de ella, no es fácil cuando alguien cada vez que te ve te dice que tu vida corre peligro.

Era mi primer día de vacaciones y yo estaba otra vez recordando cosas que me hacían sufrir, tenía que parar, y después de mucho tiempo, creí que era oportuno ponerme a leer las cartas para estar ocupada, y así dejar de pensar en la anciana.

Leía, y cada poco intentaba adivinar qué era lo que había dejado a medias y con tanta urgencia tenía que continuar, que yo recordara, había ido hasta el final de mis posibilidades en todo, estaba tranquila pensando en mi actuación, pero me alteré debido al siguiente párrafo en una carta.

*...” Te pido perdón, querido mío, sé que tú ya no piensas en ello, el padre me lo ha confirmado, y me ha vuelto a confesar ante mi fragilidad, pero no puedo dejar de atormentarme. Sé que le has dicho algo, pero no me ha querido desvelar tus planes, supongo que te está protegiendo, pero ahora su silencio me ha preocupado más, y solo rezo. Espero estar equivocada, dime si lo estoy, te suplico que me digas algo, el padre me trasladará tu mensaje, siempre lo ha hecho, puedes confiar plenamente en él” ...*

Iba alternando la lectura de las cartas que ya había leído con las nuevas del tercer paquete, y otra vez me pareció todo más dramático y más difícil darle continuidad, la letra estaba muy borrosa, como si la tinta hubiera perdido fuerza debido al paso del tiempo. Eleonor seguía dándome pena, ella le pedía varias cosas a su amado, pero sobre todo que confiara en el padre, lo que, por fin, me confirmó lo que yo siempre había pensado, que era el padre quien recibía las cartas del hombre y luego le trasmitía el mensaje de las mismas a ella; a Eleonor no le quedaba más remedio que confiar en el padre. En ese momento me hubiera gustado tener a mí también a alguien como el padre Jean, alguien a quien poder manifestarle mis temores y dudas, que me orientara, y me dijera si me estaba equivocando o no. La anciana era la única que sabía de mi infidelidad, de mi preocupación, pero no había aportado nada al respecto. Pensaba demasiado mientras leía las cartas y no podía concentrarme, y pronto dejé la lectura. Al día siguiente llamé a casa de mis padres para avisar de que iría a pasar unos días a Coventry con René.

Fueron unos días muy felices para mí, y toda la familia quedó encantada con René, él congenió muy bien con mi padre, y mi madre se sorprendió mucho por

su comportamiento, me dijo que había elegido muy bien, aunque creía que era un hombre un poco mayor para mí, pero según ella me vendría bien para sentar la cabeza. Al día siguiente mi padre se fue con René para enseñarle el barrio, y yo disfruté toda la tarde con mi hermano, teníamos mucho de lo que hablar, mucho que contarnos. La noche antes de irnos nos despedimos todos en el hotel donde nos habíamos hospedado René y yo. En algunos momentos durante mi estancia en Coventry me hubiera gustado contarle a mi madre todo lo que me intranquilizaba, pero desde nuestra llegada la había estado viendo feliz, elogiando a René en muchos momentos, y con una sonrisa poco habitual, ello hizo que no la hiciera participe de mis preocupaciones, no quería marcharme y dejarla también a ella preocupada.

Después de pasar unos días en Coventry estaba más feliz, pero las dudas seguían, y pasaba mucho tiempo en el jardín, la mayoría de los días hasta que anochecía. Durante mi estancia en Coventry había hecho una breve visita al señor Edward, no le hube contado nada acerca de lo que me estaba pasando, pero le había manifestado mi temor a equivocarme. Mi mentor solo pudo darme ánimos, y decir, que yo sin duda haría lo correcto porque nunca le había defraudado. Sus palabras hicieron mella en mí dándome mucho en lo que pensar.



## CAPÍTULO 14

Había pasado toda mi vida haciendo lo correcto, intentando no defraudar a nadie, pero realmente nunca me había preocupado por ser feliz a mi manera, no me había concedido un poco de diversión, no me permitía equivocarme, siempre haciendo lo que se esperaba de mí, y no me quejé, porque nadie me obligó, era algo que yo misma me había impuesto. Estaba viviendo un momento de mi vida en que tenía todo lo que puede querer una mujer, y no era capaz de disfrutarlo. A veces me daba la sensación de que estaba viviendo una vida que no me correspondía, y a pesar de haber luchado tanto por estar donde estaba no me sentía satisfecha. Esa tarde, por primera vez pensé que el problema era mío, y me había estado justificando echando la culpa a otros. No había sido fácil, y había cosas que desconocía, pero en mi mano estaba cambiar mi forma de replantearme el futuro, porque mis continuos pensamientos de tipo sentimental solo me servían para sufrir, para sentirme culpable. Era absurdo ir a contracorriente, si al final, pasaría lo que tuviera que pasar. Durante semanas mi ánimo fue mejorando, compré novelas, y una gran estantería donde ponerlas que coloqué en la sala de lectura. Empecé a disfrutar de la mansión, y ante la sorpresa del jardinero, algunas veces le ayudaba a plantar, a quitar las malas hierbas y a regar. Terminaba cansada pero muy satisfecha por mi colaboración. Esa noche durante mi conversación con René no estaba a gusto, movía sin parar las piernas, hablé mucho menos que de costumbre, y apenas le miraba mientras me iba contando cosas, hasta que me preguntó si estaba bien, si había algún problema, en ese momento miré mis manos, luego mi mirada pasó a los ojos de René, y sin haberlo meditado, creí que era buena idea contarle todo.

— ¿Qué ocurre, Diandra?

Había decidido cambiar mi perspectiva ante la vida, pensar más en mí, disfrutar, pero para ello debía sacarlo todo fuera sin miedo a las consecuencias, liberándome de todos los secretos que me podían dañar en cualquier momento como ya lo habían estado haciendo. Tuve por mi parte un inesperado ataque de sinceridad, y cuando terminé de contarle todo a René me quedé de nuevo mirándole a los ojos, esperando que todas mis dudas y la confusión desaparecieran esa noche con mi confesión. Mientras le miraba él acarició mis manos, fue un gesto para hacerme saber que podía estar tranquila, y lo estaba,

pero muy impaciente por saber qué opinaba sobre todo lo que me había estado pasando a espaldas de él, y si ello podía cambiar en algo nuestra relación.

Lo tenía sentado enfrente de mí y de repente me soltó las manos y se levantó para sentarse a mi lado. Fue breve en sus opiniones. Sobre Adam solo me aconsejó que no le guardara rencor porque en el fondo era un pobre diablo, con el tema de Francine se quedó un poco extrañado, pero para él solo era una anciana llena de manías y supersticiones, y me dijo porque él creía que me perseguía, algo en lo que yo nunca había pensado. Según René la mujer solo pretendía que le devolviera las cartas, le dije que eso no tenía sentido porque ella insistía en que las leyera, y aun estando en su poder me las había llevado hasta la casa rural, en ese momento René se levantó, diciendo, que Francine solo tenía curiosidad por conocer los mensajes de las cartas, le aseguré, levantándome también, que nunca me había preguntado nada al respecto, y que por el contrario era yo la que debía saber algo importante sobre dichos mensajes. No me dijo nada más, y terminó la conversación asegurando que solo de mí dependía que las quisiera leer o no, y siempre podía deshacerme de ellas.

Me quedé sola en la cocina, con las manos metidas en los bolsillos del pantalón caminé despacio, pensando, que no tenía valor para tirarlas, y ya había ido muy lejos como para quedarme sin saber el desenlace. René no me había ayudado como yo esperaba, y yo seguía sin saber qué hacer. En ese momento decidí que terminaría de leerlas e iría a Bayeux para entregárselas a la anciana, que hiciera con ellas lo que le diera la gana y así a mí me dejaría en paz para siempre.

Durante días continué reforzando mi idea, había estado leyendo por las noches, y ya solo me quedaban tres cartas, el desenlace estaba cerca, pero tuve que hacer una pausa. Había estado teniendo unos sueños que sin ser desagradables no me permitían dormir bien, y estaba muy cansada, en ellos aparecía Adam. Me buscaba para decirme algo, pero cuando se ponía delante de mí para que le escuchara me despertaba. Solo podía recordar su imagen delante de la mía, su inquietud por qué yo supiera algo. Hacía un esfuerzo titánico para poder acordarme de algo más, pero era inútil. Esos días también estaba desorientada en el museo, sin ganas de nada y pensando en los sueños, y empecé a tener ganas de ver a Adam, sabía que ello me podía dar muchos problemas, pero no podía evitar desearlo, y continuamente pensaba en él desde el mismo momento en que nos conocimos en su mansión. Recreaba lo ocurrido sin parar, lo que había pasado en casa, su forma de besarme, como me había entregado a él cerca de la chimenea, luego me imaginaba vestida de novia a punto de casarme con René y colapsaba,

cuando tras un rato me recuperaba seguía trabajando. Me pareció el momento apropiado para decirle a René que se tomara un fin de semana libre, y poder irnos a Bayeux.

— ¡Diandra, mi amor, ya he vuelto!

René vino muy pronto esa tarde, estaba contento por algo de sus negocios, y me lo contó sin parar de besarme, incluso descorchó una botella de champán. Su estado me dio pie a decirle que quería que fuéramos a Bayeux, estaba tan exaltado que creo que no lo pensó cuando me dijo que si repetidamente, y seguimos besándonos, hasta que subimos al dormitorio. Volví a tener en determinados momentos esa sensación de siempre, y quise dormirme abrazada a él esperando con ello no soñar con Adam, o con algo que no me permitiera descansar en condiciones.

A la mañana siguiente estaba tramitando unos papeles en el museo cuando me llamó René, me dijo que ese fin de semana podíamos ir a Bayeux, y a mí me cogió por sorpresa porque no esperaba que fuera tan pronto, pero me alegré, y también pensé que tenía que darme prisa si quería darle las cartas a Francine, porque todavía no las había terminado de leer, y tenía que organizarlas. René llegaría tarde, por lo que me puse con la lectura. Estaba deseando saber el final, pero primero, coloqué todas las cartas por orden en su correspondiente paquete, y con mucho cuidado los até con las cintas rosa, los metí de nuevo en el baúl de mariposas, y como estaba tan ansiosa, bajé a la cocina para prepararme una infusión relajante.

Empecé a leer la primera de las tres cartas que me quedaban. Eleonor estaba asustada por qué querían quitarle algo, y otra vez pidiéndole a su amado que se olvidara de hacer algo aparentemente peligroso, que yo todavía no había conseguido saber que era. Ya casi en el final de la carta tuve serias dificultades para saber que ponía, estaba más borrado que todo lo que había estado leyendo anteriormente, ni el uso de la lente impidió que me quedara sin saber lo que decían algunos párrafos, porque pese a ser un discurso muy parecido todo el tiempo, eran cartas muy largas, algunas hasta de dos hojas escritas por las dos caras del papel. Aquella lectura me hacía perder un tiempo que ya no tenía, y por más que lo intenté, tuve que coger la siguiente carta sin saber el final de la anterior porque me fue imposible darle algún sentido integrándola en lo poco que iba pudiendo leer. Con la siguiente me pasó lo mismo, pero en esta el problema estaba al principio del escrito. Eleonor le decía al hombre que le

habían devuelto unos libros gracias a la intermediación del padre Jean, (le había dado las gracias por ello), y estaba más tranquila porque había oído algo que le había devuelto un poco la esperanza, también le contaba a su amado que había vuelto a comer y a dormir en condiciones, y le decía lo mucho que deseaba estar con él, en ese momento paré la lectura para hacer unos cálculos.

Tenía la fecha completa de las primeras cartas que había leído, en las demás solo ponía el año, por lo que, basándome en la cantidad que había y en el tiempo que había estado escribiendo, pude calcular cada cuántos días escribía una carta Eleonor. Sin duda el padre tenía mucho trabajo que hacer con ella y sus circunstancias. Satisfecha con mi averiguación iba a seguir leyendo cuando sonó el teléfono, era mi madre. Mientras hablábamos llegó René, y cuando terminé de hablar también con mi padre y mi hermano, y colgué, me pidió que me cambiara de ropa porque teníamos que salir. Mientras me arreglaba me preocupó que no me diera tiempo para terminar de leer, al día siguiente iba a tener mucho trabajo en el Louvre, por la tarde tenía que comprar algo después de hacerme la manicura, y recoger en la tintorería un traje de René. Me estaba peinando cuando le pregunté a dónde íbamos, solo me aseguró que me iba a encantar.

—No lo he olvidado, mi querida Diandra —me paré al oírlo.

Habíamos salido a pasear como tiempo atrás hacíamos, el tranquilo encanto de la zona me recordó lo feliz que había sido en Bayeux cuando caminábamos abrazados sin rumbo por aquellos caminos empedrados, con flores o no, en silencio, en el silencio que lo envolvía todo. Le besé diciendo que me gustaba mucho pasear abrazados.

Fue una noche serena y romántica, algo que echaba de menos desde hacía tiempo.

A punto de llegar a casa le di yo otra sorpresa a René, pero su respuesta me dejó un poco desanimada. Solo me dijo que lo sentía mucho pero no podría acompañarme, y tendría que asistir sola a la conferencia en el Louvre que se celebraría tres días después. Para mí era una oportunidad de progresar en el museo, y aunque mi participación en ella solo fuera de veinte minutos, era muy importante. Tenía que comunicar lo más destacado que había descubierto sobre el tapiz de Bayeux. Entre los asistentes a la conferencia había muchas personas influyentes interesadas por mi investigación deseando conocer nuevos datos, y si conseguía un verdadero interés por parte de alguna, me sería encomendado otro trabajo de investigación que le solicitaría para mí dicha persona a mi superior

directo en el museo, cambiando así mi horario y condiciones de trabajo durante el mismo. Me tembló todo durante mi exposición, no era el típico miedo escénico, y tampoco era la primera vez, pero sí la primera vez que me jugaba algo verdaderamente importante tras mi exposición, y estaba intranquila por lo que pudiera pasar después, y debo decir que tuve mucha suerte, porque no me hizo falta salir de París para realizar el nuevo trabajo que alguien quiso darme.

Tenía seis meses de tiempo límite para intentar descifrar lo que ponía en unos lienzos, eran unos dibujos con casi dos siglos de antigüedad, heredados por un particular que vivía en Dinamarca, y dispuesto a mandar los lienzos al museo para que yo trabajara en ellos. No había dinero de por medio, pero eso no me importaba, si conseguía saber lo que ponía en cada párrafo escrito en cada uno de los ocho dibujos, me harían encargada de otra sala en el museo, y ello conllevaría una subida de mi sueldo. Podía hacer el nuevo encargo en el museo, con todo lo que necesitará a mi disposición, y hacer averiguaciones por mi parte en cualquier espacio y lugar. Cuatro días después en el Louvre recibieron los ocho lienzos que iban a ser todo un desafío para mí, fue lo primero que pensé al verlos. Estaban muy bien conservados, y yo solo podría tocarlos con guantes especiales. La letra estaba bien definida, pero había algunas sílabas, y palabras enteras en varios lienzos casi borradas, cambios de tamaño y tinta, también parecía que había varios idiomas mezclados, y algún borrón, lo dicho, iba a ser todo un desafío.

—Enhorabuena. Estarás contenta, mi amor —di un salto de la cama cuando oí a René. Se quedó en el umbral de la puerta del dormitorio con los brazos abiertos para abrazarme. Fui hasta él, y me transmitió tanta calma, que me podía haber quedado dormida de pie mientras sentía su caluroso abrazo. No tuve que contarle demasiado porque estaba al tanto de todo, y cuando yo quise saber qué tal le habían ido los negocios me dijo que eso podía esperar. Quería que le dijera como me sentía yo, si le había extrañado.

—Siempre te extraño —dije, y en ese momento me cogió para llevarme de vuelta a la cama. Se tumbó a mi lado y me acarició el pelo.

Por la mañana cuando me levanté René ya se había ido. Mientras desayunaba me vinieron a la cabeza algunos recuerdos, yo aparecía en ellos rodeada de lienzos, con la sensación de estar siendo observada, y pese a haber dormido muy bien, me alteré mientras pegaba un bocado a la tostada; era la anciana la que me observaba en el sueño. Tenía que desecharlo de mi mente para que no se

convirtiera en rutina, y atribuí el sueño al nuevo desafío que tenía por delante y que empezaba esa mañana.

Iban pasando los días y mi trabajo avanzaba bien, sin embargo, yo estaba un poco confusa con lo poco que ya tenía descifrado, solo eran algunas palabras sueltas, las que se leían sin problema, insisto en que era muy poco, pero me hizo pensar en un posible mensaje oculto de tipo amoroso. Esa tarde, cuando se lo comenté a René, me dijo que era pura obsesión lo que yo tenía, según él veía amores y tragedia en todos lados, y si no era más objetiva aquel trabajo me iba a resultar muy comprometedor.

El comentario de René me hizo reflexionar, porque todo lo referente a mi trabajo siempre lo había hecho con objetividad, con ganas pese a cualquier contratiempo que hubiere, pero el nuevo encargo me estaba resultando un fastidio, y no era por el trabajo en sí, era una sensación que me hacía estar intranquila cuando tenía los lienzos delante, sentía una pesada carga que me impedía concentrarme, era algo que no puedo definir de ninguna manera. Cada nuevo día me encontraba más triste, como si algo me estuviera robando la energía interna, y René estaba muy ocupado con su trabajo, hasta la tarde que me pilló por sorpresa a punto de derrumbarme al lado de la chimenea. Lo hablamos y me tranquilizó, pero no entendía lo que me pasaba porque yo tampoco tenía un motivo que darle. Le echó la culpa al estrés, a mi exceso de implicación emocional con el nuevo trabajo; se lo desmentí mientras se cambiaba de ropa. Esa noche René hizo algunos planes que me contó en el mirador de nuestro dormitorio. Yo era incapaz de decidir nada debido a mi estado y le di la razón en todo. Al día siguiente comuniqué mis nuevos planes en el museo, no pusieron ningún inconveniente, y por la noche ya estábamos en Bayeux. A René se le ocurrió que allí estaría más calmada, y podría realizar mejor mi trabajo con los lienzos, que se trasladaron hasta allí con fuertes medidas de seguridad.

Cierto que estar en Bayeux me sentaba bien, no echaba de menos la mansión, y después de varios días, tras los cuales me sentía mucho mejor, le pedí a René que saliéramos a pasear; estaba anocheciendo. Enseguida me fijé que otra vez había flores en las fachadas, la sensación de familiaridad se agudizó, y con ello, me sentí muy a gusto por primera vez en mucho tiempo. Al día siguiente me levanté bien, pero por la tarde, cuando tuve los lienzos delante me volví a deprimir y a estar intranquila. Durante un rato me tentó la idea de renunciar a realizar aquel trabajo. Podía devolver los lienzos en el museo alegando que me resultaba imposible descifrarlos, con ello sabía que iba a quedar peor que mal, mucha

gente había confiado en mi profesionalidad, en mi paciencia para terminar viendo lo que muchos son incapaces; perdería el ascenso y mi credibilidad. Estaba intentando decidir qué hacer cuando sonó el timbre de la puerta.

No pude abrir, me sentía muy confusa y triste, muchas cosas se amontonaban en mi cabeza y me daban ganas de gritar, nunca me había sentido así y me alerté ante mi estado. Me quedé mirando los lienzos detenidamente, con la respiración más calmada, y de nuevo, llamarón a la puerta; fui a abrir sin pensarlo.

—Hola, me alegro de verte –me dijo Francine.

No me causó ninguna sensación verla, solo le pedí que pasara, no lo hubiera hecho de estar allí René, y supuse que ella sabía que yo estaba sola.

Me preguntó si tenía problemas y le dije que todo estaba bien, pero ella se refería a problemas de tipo emocional. Tras oír su observación le dije que tenía que llevarse las cartas porque yo tenía que ir atando cabos, y necesitaba su colaboración.

—Necesitas terminar de leerlas y hacer lo que debes pronto. Diandra, me ha costado mucho saber la causa por la que esto me está costando más de lo normal, ha sido debido a un imprevisto, averiguarlo no ha sido fácil, y nunca antes me había pasado, supongo, que nosotras tampoco estamos preparadas para ciertos sucesos. Ya te dije que al principio yo también estaba confusa contigo.

— ¿Qué imprevisto, preparadas para qué? ¡Francine dígame ya qué tengo que saber, me va a volver loca!

—Te lo diré cuando termines de leer, antes es muy peligroso –se levantó para marcharse y se lo impedí.

Francine me dijo que no estropeará las cosas ni entorpeciera su trabajo, porque ella estaba haciendo todo lo que podía y yo colaboraba muy poco, y que me quedara allí en Bayeux si quería terminar para siempre con aquello. Le solté el brazo y se fue.

La visita de la anciana me hizo salir de mi estado, me sentí más lúcida y confortada, por lo que guardé los lienzos y saqué las últimas cartas que me había llevado. No había pensado en ellas en ningún momento.

Fui leyendo de un tirón, sin intentar darle sentido como había estado haciendo anteriormente, y enseguida me di cuenta de que me resultaba mucho más fácil integrar todo lo que era casi ilegible por un motivo u otro con el resto, y el

discurso por parte de Eleonor tenía pocas variaciones, hasta que, casi en el final de la penúltima carta decía lo siguiente:

*... “Debo decirte, querido mío, que el pequeño está bien, hoy le he visto por tercera vez, está algo cambiado, me ha embargado la emoción al verlo, casi no me han dejado tocarlo. No puedo dejar de creer que aprenderás a quererlo, no sé si como me amas a mí, pero al menos no se sentirá desgraciado gracias a tu presencia. El padre Jean está esperando la ocasión porque debe contarme algo. Solo pido a Dios que haya oído todas nuestras plegarias, las que hacen referencia a ti también” ...*

Fue una sorpresa para mí enterarme de que Eleonor tenía un hijo, y en ese momento me di cuenta de lo que pasaba. Adulterio no se nombraba en ningún momento, pero era un motivo de peso para que los hubieran separado, para tanta desdicha. En aquellos tiempos un hijo ilegítimo era una deshonra, algo intolerable, eso suponiendo, que Eleonor fuera la esposa del destinatario de las cartas, porque tampoco había leído nada al respecto.

El nuevo descubrimiento me dejó más confusa y, con la esperanza, de que lo poco que me quedaba por leer me hiciera entender lo que tenía que saber según Francine, y seguía pensando que todo aquello no tenía nada que ver conmigo. Por otro lado, yo no tenía ninguna gana de ser madre, a veces lo había imaginado, pero nunca lo había sentido, y sabía la importancia del paso del tiempo para algo así.

René tenía mucho trabajo, tampoco era ninguna novedad, y me resultaba muy difícil explicarle las cosas de forma que me pudiera entender o ayudar. No me podía quedar allí de continuo como me había pedido Francine, en unos días volveríamos a París, por lo que tenía que priorizar para no seguir atascada con todo. Me preparé un baño para relajarme y poder pensar mejor en lo que debía hacer, pero nada más meterme en el agua me empezaron a surgir ideas, y había algunas novedades. La anciana hablaba de un cruce, y parecía que otras personas también hacían lo mismo que ella, aunque yo no sabía a lo que se refería, porque me alteraba tanto cuando nos encontrábamos que siempre se me olvidaba preguntarle sobre ella, y por lo visto, ella sabía muchas cosas de mí.

Estaba terminando de vestirme cuando se me ocurrió algo. Al rato estaba pisando la biblioteca. Pregunté si tenían algún libro que hiciera referencia a algo sobre cruces, casi como una profesión, o puede que una afición que podían tener algunas personas especiales, el hombre que me atendió en la biblioteca no pudo



ayudarme, era la primera vez que le solicitaban algo así, y parecía más perdido que yo. Regresé a casa pensando que todo podía ser una invención de la anciana, y no tuviera ningún sentido. De nuevo no sabía qué pensar, qué hacer. De regreso a París estaba intranquila, y también con ganas de proseguir mi trabajo con los lienzos para terminar lo antes posible.

Poco a poco me fui sintiendo mejor, descubrí algunas cosas sobre los lienzos, por fin podía poner algo interesante sobre ellos en mi informe, lo que provocó que quisiera pasar más tiempo en el museo, llegaba más tarde a casa, pero René siempre llegaba mucho más tarde que yo. Una tarde, estaba a punto de salir del museo cuando me paré para charlar con una compañera de planta. Justo cuando estábamos riéndonos con una ocurrencia suya un encargado nos interrumpió para decirme que me estaban esperando. Me despedí de mi compañera y anduve rápido para reunirme con René.

Al salir a la calle me quedé parada de repente, vehementemente suspiré al notar mi corazón a toda velocidad; era incapaz de seguir andando, y fue él quien se acercó hasta mí.

Hola, Diandra, estás divina –me dijo Adam.

Hacía meses que no había vuelto a saber de él, y poco era de lo que me acordaba de nuestros momentos juntos, le miraba pensando que estaba guapísimo, me pareció más hombre, iba muy elegante, y llevaba el pelo mucho más corto. Le saludé, y continué andando mientras le decía que tenía mucha prisa esa tarde. Vino detrás de mí diciendo que había ido hasta allí solo para verme, que me había echado de menos, a René también, en ese momento me di la vuelta, y con malas formas le dije que no le volviera a nombrar, y que dejara de seguirme, cosa que el ignoró, y me tuve que parar para plantarle cara. Mis malos modos no causaron ningún efecto, Adam siguió mirándome muy sonriente.

—¿No quieres saber cómo está tu amiga? –entonces recordé a Sophie. Le di recuerdos para ella, ni siquiera me acordé de su hijo, y luego quise seguir andando, pero no pude porque me agarró por el antebrazo, me quedé quieta, y más calmada le dije que me soltara. Sabía que a él mi oposición le excitaba, mi negativa le hacía insistir sin descanso, por lo que intenté parecer interesada por su presencia, y entonces le pregunté qué tal le iban las cosas con Sophie.

—Bien, pero no he venido hasta aquí para hablar de ella. Dime si me has echado de menos, nena.

Noté dentro de mí la rabia contenida, y contenidas mis ganas de sentir su boca. Su presencia delante de mí me incomodaba, me daban ganas de abofetearle, y también me excitaba mirarle y sentir todo lo que estaba sintiendo en esos momentos. Era imposible permanecer calmada teniéndole cerca, nunca lo había conseguido, y él no se iría si más, por lo que acepté a que me invitará a tomar algo; mi copa sin alcohol. Aguanté como pude sus insinuaciones machistas, sus provocaciones, me desnudaba con la mirada, como siempre había hecho. Adam parecía leer mis oscuros pensamientos, y cada vez me costaba más mantenerme digna, hasta que me dio de beber de su copa justo por donde tenía sus labios marcados, bebí un poco queriendo sentir en mis labios el sabor de los suyos, él bebió de mi copa justo por donde estaba marcada por mi carmín rojo; verle bebiendo me excitó. Después de un rato Adam se acercó con intención de besarme y me levanté. Pagó la consumición y salimos del local, yo fui detrás de él. Solo anduvimos unos pocos metros cuando rápido se giró, me agarró por los hombros y me empujó hasta la fachada, pegada a ella sentí todo su cuerpo contra el mío. No me podía casi mover, notaba su boca, con ese olor suyo siempre a alcohol, se mezclaba con olor a perfume, no tan exquisito como el de René.

— ¡Basta, Adam! —le dije forcejeando, y me sorprendió que se quedara quieto; solo me miró.

Su presencia y su mirada borraban mi juicio, porque yo lo miraba deseándolo más que nunca sin pensar en otra cosa, era consciente de mi fuerte respiración, estaba acalorada, y me sentía ridícula. Estaba apoyada en la pared, con el pelo retirado a un lado del cuello, notando en el mi carmín, y viéndolo en la boca de Adam y alrededores de ella. No podía casi moverme, ni hablar, solo le miraba, excitada por él, por toda la situación, y entonces agaché la cabeza al recordar mis propios pensamientos. Tiempo atrás me había jurado encarar las cosas de otra manera, disfrutar, no ser tan autoexigente, ¿pero de verdad quería aquello?

—Nunca he deseado a nadie como a ti... Dices que me odias, pero tus ojos siempre me revelan lo mucho que disfrutas conmigo.

Al escuchar a Adam le dije que lo mejor era que se fuera. Me pidió un motivo para tener que irse. Le contesté que estábamos comprometidos.

—Ya lo estábamos cuando nos conocimos —dijo, y le tuve que recordar que también era padre. Se acercó hasta mí para decirme que el niño no era suyo, solo había sido un capricho de Sophie, pero que le encantaría tener un hijo conmigo. Sus palabras lejos de escandalizarme me provocaron más deseo, y nos fuimos

juntos.

## CAPÍTULO 15

Días después parecía que aún sentía a Adam recorriendo todo mi cuerpo, salvaje sobre mí, diciendo todo eso que yo necesitaba oír para no salir corriendo de su lado, esas palabras ardorosas que a mí me volvían loca. Pensando en él en casa, en el museo, de compras, pensando sobre todo en su comentario: “Creo que estoy un poco enamorado de ti”.

¿¡Un poco enamorado!?! Yo siempre he creído que se está o no enamorado de una persona, pero lo de un poco no me lo quitaba de la cabeza, y después de tanto darle vueltas pensé que Adam podía estar en lo cierto. Poco después de empezar mi relación con René me fui a la casa rural porque dudaba de mis sentimientos por él, dudaba si estaba enamorada o solo era una atracción especial. ¿Puede una mujer estar enamorada de un hombre y acostarse con otro? y además ¡casado! La cabeza me iba a estallar, y mi trabajo no avanzaba. No había puesto nada nuevo en el informe, y me quedaba poco tiempo.

Pasaban las semanas y yo seguía dándole vueltas al asunto, e intentaba ignorar de mi mente todo detalle relacionado con Adam. No estaba conforme con mi situación, tampoco con mi trabajo realizado con los lienzos, aun así, lo di por concluido, y en el museo se encargaron de devolvérselos a su dueño, que, para mi sorpresa, quería pagarme por mis servicios, lo rechacé, aunque si acepté que me obsequiara con tres estupendas botellas de vino. Se las regalé a René que se entusiasmó con ellas.

Esa noche René quería que celebráramos mi ascenso, y apareció con una de las botellas de vino y dos copas en el dormitorio. Me había preparado una sorpresa en el salón, y quería que bajara con él, pero antes, me dio una de las copas para brindar, luego me besó.

—Que orgulloso estoy de ti, mi amor...Esto hay que celebrarlo.

Escucharle me sentó como una patada en el trasero porque siempre había que celebrar todo, cualquier cosa, pero llevaba algún tiempo sin preguntarme sobre mí, y era algo que... A la tercera copa de vino ya no me importaba tanto, en el fondo le echaba de menos, no paraba de trabajar, siempre fuera de casa, y a veces cuando llegaba yo ya estaba dormida. Esa noche le tenía para mí, y él estaba muy contento por algo de su trabajo que no dejé que me contara. Solo quería sentirlo en nuestro dormitorio, y le pedí que subiéramos. René hizo alarde

de toda su intensidad en la cama, y yo le propuse casarnos cuanto antes.

—Ves mañana y pide fecha –me contestó mientras lamía mis muslos. En ese momento un gemido intenso por mi parte lleno toda la estancia, al que siguieron otros, no era tanto por placer sino por la gran carga que me acababa de quitar.

Muchas veces había estado creyendo que cuando me casara todo cambiaría, que estaría más tranquila, me convencía de ello esa mañana en una de las salas del museo. Sería una señora distinguida en el círculo de René, una perfecta esposa, la verdad, a mí eso no me importaba lo más mínimo, pero...

—Diandra, tiene una llamada de teléfono. Salí a atenderla sin pensar en nada.

Al otro lado del auricular una voz desconocida de mujer me pedía que fuera a ver a Francine por la tarde a su casa; al parecer la anciana necesitaba decirme algo. Ella siempre tenía algo urgente que decirme, pero yo nunca me enteraba de nada después de vernos, eso me enfurecía, pero acepté ir a verla. Cuando llegué a su casa me abrió la puerta una mujer de mediana edad, no le pregunté nada, solo nos dimos las buenas tardes y luego me llevó hasta el dormitorio de la anciana. Francine estaba en la cama, al verme entrar se incorporó un poco.

—Hola, Diandra.

Saludé, y le pregunté si estaba enferma. Me dijo que eran achaques de la edad, pero que intuía que ya no le quedaba mucho, en ese instante se lo negué, e intenté animarla, pero me dijo que no perdiera el tiempo con bobadas y que la escuchara; me acerqué a la cama. Me dijo que tenía que terminar de leer las cartas y que entonces ya sabría lo que tenía que hacer.

Lo mismo de siempre, por eso, le dije que era ella la que perdía el tiempo porque si me hubiera dicho lo que tenía que hacer ya estaría todo concluido por mí parte. Le pedí, por favor, que me dijera algo que no hubiera oído ya, pero se justificó diciendo que yo había hecho las cosas mal.

—Eres inglesa –sentenció.

— ¿Y eso qué tiene que ver? –dije alzando un poco la voz. Me tuve que contener por la situación en la que se encontraba Francine, pero estaba otra vez poniéndome de mal humor con sus intrigas, y sabía que me marcharía de allí igual que siempre. Al ver mi cara me volvió a decir que terminara de leer, y si luego no sabía qué hacer ella me lo diría y todos felices. Le hice que me lo prometiera dos veces, le deseé una pronta recuperación, y me fui de su casa furiosa porque me hacía sentir como una estúpida. Esa tarde tenía otros planes,

pero la mujer siempre lo trastocaba todo, y me fui a casa. Cuando llegué el jardinero estaba plantando algo, le saludé como siempre y subí directa a coger las cartas.

En mi última lectura había descubierto que Eleonor tenía un hijo, y parecía mucho más animada gracias a lo que le había transmitido el padre. Tenía la última carta en la mano y estaba nerviosa, deseando que tuviera un final feliz, y que en breve toda aquella pesadilla terminara; yo hacía lo que fuera que esperaba la anciana y me olvidaba de todo para siempre.

...” *Mi amado, ya falta tan poco, lo que me ha dicho el padre me ha dejado más tranquila, y ahora ya sé lo que tengo que hacer, pero estoy tan ansiosa porque tú también lo sepas, el padre Jean no me lo quería decir, pero le he convencido, prometiéndole, que te lo contaría en esta carta. Querido mío, quiero que sepas, que esta noche...*

Así terminaba la carta, le día la vuelta a la hoja, pero por detrás estaba en blanco, me dejó casi en estado de shock. Revisé bien los tres paquetes de cartas, aun con la absoluta seguridad de que era la última, con la esperanza de haberme equivocado, y me contuve de gritar apretando los labios. Por fin, después de tanto tiempo, había comprendido que yo debía saber algo que le contaba a su amado Eleonor en la última carta, pero el mensaje estaba sin terminar, siendo el final, porque lo era para mí desgracia. No podía creerme que la historia no concluyera de ninguna manera, y mucho peor, yo me quedaba sin saber lo qué hacer. Me daban ganas de prender fuego a los tres paquetes. La lectura me había robado tiempo, me había estado dejando la vista, ¡para nada!, y tendría que ir a ver a la anciana, me sentía más estúpida que después de irme de su casa. Me hubiera puesto a gritar por la impotencia para desahogarme, pero estaba tan alterada que me empecé a marear.

— ¡Diandra!

Me desperté en la cama del hospital, con la cara de René frente a la mía; era la segunda vez que me había encontrado en el suelo. Antes de poder preguntarle nada me dio un beso en la frente diciendo que todo estaba bien.

—No estará tan bien cuando estoy aquí —dije, pero tampoco pude saber algo porque entró un médico en la habitación. Me preguntó si seguía mareada y yo negué con la cabeza, miró a René sonriente y acto seguido me dio la enhorabuena: Estaba esperando un hijo. Ellos dos se pusieron a hablar sobre darme el alta, oía pequeñas risas de satisfacción, les escuchaba realmente ajena

porque solo pude poner una mano en mi vientre e imaginarme con un bebé en los brazos.

Mientras me vestía para marcharme deseé desmayarme otra vez, despertar, y que solo hubiera sido un sueño.

La condescendencia de René fue mayúscula, me trataba como si yo fuera una pobre enferma, y no en todo momento me agradaba; me hacía sentir inútil. Nunca había hecho demasiado en casa, pero me dejaba hacer menos todavía, y al final, como en casi todo, lo dejé por imposible y lo disfruté como pude.

René salía menos, empezó a llegar más pronto a casa, y me dijo que los sábados no trabajaría porque quería que los dedicáramos a preparar las cosas para la llegada de su nuestro primer hijo, eso me dio pie a pensar que tendríamos más, y me agobiaba hasta lo imposible. La noticia fue una gran alegría para todos, incluido mi mentor, y aunque no me dijo nada al respecto, sabía que mi madre hubiera preferido que la hubiera hecho abuela estando ya casada. Le pedí a René que no le dijera nada a su amiga Sophie, a nadie.

Todo estaba saliendo al revés de mis planes, llevaba tres meses de embarazo y todavía no era consciente de ello. En breve existiría en el mundo una nueva vida que dependería absolutamente de mí para todo, era poco lo que se me notaba, pero me miraba en el espejo y no me reconocía. Me veía fea, ridícula, y me horrorizaba ver la nueva ropa que me había comprado. Me decía delante de mi imagen que iba a ser un desastre de madre.

Comuniqué mi nuevo estado en el museo, y enseguida recibí felicitaciones y algunos regalos para el bebé. A los seis meses me redujeron el horario de jornada laboral, al tiempo me enteré que René había sido el responsable de ello.

## CAPÍTULO 16

Mes y medio antes de la fecha prevista para el nacimiento del niño René y yo pasamos unos días en Mirabella, un bello pueblo muy cerca de París. El alojamiento, el paisaje, todo era estupendo para relajarse y descansar, pero, aunque estaba muy a gusto, estaba interiormente inquieta, y no era por mi estado. Aquel viaje era un regalo de René, sabía que después de que naciera el bebé yo pasaría mucho tiempo metida en nuestra casa, y estaría muy ocupada.

La segunda noche nos quedamos en la habitación del alojamiento, estaba llena de rosas rojas y velas, me emocioné especialmente, estaba muy sensible, y esa noche cuando miraba a René le veía diferente. Pensar que era el padre del hijo que llevaba dentro hizo que en un momento me levantaré para sentarme encima de él, ya no estaba tan ligera, y la barriga no me facilitaba muchas cosas, pero René era en exceso delicado. Sentí la sensación de familiaridad cuando me besaba y acariciaba, esa intensidad que desplegaba siempre en la cama y que yo tanto había puesto en duda.

No quería que naciera el niño sin haber resuelto el tema de las cartas, por eso fui a casa de Francine. La anciana ya estaba totalmente recuperada, y parecía que mi embarazo, lejos de haberle sorprendido por cualquier motivo, le parecía bien; pasó dos veces su mano por mi barriga, a mí me incomodó un poco su forma de mirarme mientras lo hacía. Le expliqué que la última carta estaba sin acabar, y yo me había quedado sin saber el final de la historia. Me aseguró que llevaba días esperándome.

— ¿Tan poco lista me cree? —dije molesta. La anciana estaba muy segura de que sería ella la que me informara sobre lo que debía hacer, puesto que yo sería incapaz de averiguarlo. Como solo me miraba, le dije que yo no tenía la culpa de que el mensaje de Eleonor estuviera sin terminar.

—Si lo está —dijo muy convincente mientras sacaba una carta de dentro de un joyero.

Me la dio diciendo que la leyera allí, tranquila, y salió de la estancia porque debía preparar algo.

Me pareció la carta mejor conservada de todas, y al principio de la misma, estaba la continuación, lo que yo me había quedado sin conocer, y después de varias líneas donde no se decía nada nuevo para mí, comenzaba por fin el final de una



historia de amor que tenía casi dos siglos. Leí muy atenta ignorando donde me encontraba, y me sentí muy bien al saber que a Eleonor le habían perdonado, en breve ella su amado podrían estar juntos, y criar entre los dos al pequeño. A pesar de no ser hijo legítimo el hombre lo aceptaría como tal, y serían una familia, donde principalmente ella dejaría de sufrir, de soportar humillaciones y desprecios. Sí que era un final feliz, y me alegré mucho de que aquellas personas finalmente hubieran podido serlo. Me los estaba imaginando a los tres cuando la anciana entró en la estancia.

Le comenté mis impresiones al respecto, y le devolví la carta diciendo que le llevaría el resto de cartas en breve.

— No, Diandra, no fue un final feliz, ya veo que no lo has entendido.

— ¡Si lo fue! –contradije.

—Si lo hubiera sido no estaríamos aquí –aseguró con semblante serio.

Le pedí terminar con aquello esa misma tarde, y no volver con ello nunca más, aun en el caso de que nosotras siguiéramos teniendo algún tipo de contacto, porque estaba segura de que la mujer no se iba a olvidar de mí, de René...

La anciana me calmó, me dio de nuevo la enhorabuena, luego me acompañó hasta la puerta mientras me iba diciendo que primero tenía que nacer el bebé. Le dije que cuando naciera mi hijo quería estar tranquila, y no iba a tener tiempo para más de todo aquel drama, le supliqué que me dijera lo que ocultaba la historia de Eleonor, pero ella ignoró mi petición, y me fue conduciendo hasta la salida asegurando que pronto lo sabría.

— ¿Algo más Diandra?... Procura que René te cuidé –de repente miré a Francine, ella me despidió acariciando mi mano y cerró la puerta.

Sé que en cualquier otro momento me hubiera alterado y enfadado, pero dentro de mí había un ser que debía cuidar, por lo que respiré profundo, anduve despacio, y me juré no decirle a René nada más sobre el tema. Al llegar a casa me llevé una gran sorpresa, no me lo podía creer. Besé a mi hermano como si no hubiera un mañana, estaba tan guapo, y, sobre todo, tan recuperado; estaba tan feliz que no sabía ni qué decirle. Había ido hasta allí para felicitarle en persona, para darme los regalos que mi madre le había comprado al bebé. Le hacía mucha ilusión ser tío, y me dio las gracias por haber estado tan pendiente de él en todo momento. René nos miraba sonriente, feliz porque me veía a mí contenta, y le dijo a mi hermano que se quedara allí el tiempo que quisiera.

Alan solo pudo estar tres días con nosotros, pero lo disfrutamos de lo lindo, y me ayudó con el dormitorio del bebé. Siempre había dibujado muy bien, era muy creativo, y dibujó un pequeño mural con motivos infantiles en un lateral de la pared del dormitorio de su sobrino. Me emocioné al verlo terminado, y más, cuando me fijé que había una mariposa exactamente igual que la lamparilla que él me hubo regalado. Solo nos miramos...y ya estaba todo dicho; estar con mi hermano me dejó de mejor ánimo. Llamé a casa de mis padres para darles las gracias, y me alegré más porque mamá estuviera contenta después de mucho sufrimiento.

Lo dejé todo preparado para la llegada de Loren, nombre que elegí entre varias opciones porque era el que más le gustaba a René. Su venida a este mundo no se hizo esperar, fue tal y como había previsto uno de los médicos que me atendió durante todo el embarazo. La alegría de René al tener por primera vez a su hijo en los brazos me conmovió. Esa tarde vi en él una expresión que nunca había visto, y supe que iba a ser un padre estupendo.

Estaba algo despistada en mi nuevo papel de madre, pero miraba a mi hijo y sentía una felicidad incomparable a nada, un sentimiento que no puedo calificar, porque no creo que existan palabras, es algo que nace de lo más íntimo produciendo toda una serie de sentimientos y sensaciones. Durante días lo pasé recibiendo felicitaciones y regalos, mi madre me manifestó por teléfono que era la abuela más dichosa de este mundo, me lo decía emocionada, y que en cuanto pudieran, Papa y ella vendrían a conocer a su nieto. Fueron unos días agotadores, estaba cansadísima, pero la alegría podía con todo, y no me cansaba de mirar al bebé, tan absorta, que a veces no era ni consciente de René.

Sophie me llamó para darme la enhorabuena, me alegré al oírla, pero también me acordé de su marido. Le dije que todo estaba bien, que no tuviera ninguna prisa por visitarnos. Ella también estaba muy ocupada, y entendía perfectamente cómo me podía sentir con mi estrenada maternidad, me había mandado unos regalos, y se despidió con el deseo de poder vernos pronto y conocer a mi hijo. Sophie era un encanto de persona, pero recordar a Adam me hizo replantearme muchas cosas después de hablar con ella, y no quería perder más tiempo con ese asunto, pero algún día aparecería, y mi vida había cambiado por completo.

Después de tres meses dedicándome a Loren, creí necesario contratar una niñera para que cuidara de él por las mañanas y así yo podría reanudar mi trabajo, se lo comenté a René, quien finalmente me convenció para prolongar tres meses más

mi baja por maternidad.

Me sentía muy bien cuidando al bebé, y quería disfrutarlo el mayor tiempo posible, hasta el punto, (para mí luego incomprensible) de pensar en muchos momentos en dejar mi trabajo definitivamente. René volvió a estar muy ocupado, y cuando estaba en casa lo pasaba con el niño, este ya había cumplido seis meses, y contratamos a una niñera.

Reanudé con ganas mi labor en el Louvre, y durante semanas todo estuvo tranquilo, pero volver a la rutina hizo que me acordara de Eleonor, y sabía, porque lo podía sentir interiormente, que aquella calma precedía a la tempestad.

Poco después de llegar yo a casa sobre las cuatro de la tarde, la niñera se marchaba hasta la mañana siguiente, y esa tarde justo al irse sonó el teléfono. Me quedé helada al escuchar la voz de Adam. Cuando por fin pude reaccionar le saludé, y escuché lo que parecía una disculpa por no haber llamado antes para felicitarme, enseguida le di las gracias y colgué en un acto reflejo. Nunca había hablado con él por teléfono, fue lo único que pude pensar, pero apenas caminé unos pasos para dirigirme otra vez a la parte de arriba de la casa me empecé a inquietar, y me vinieron a la cabeza todos los momentos que había pasado con él, que había estado entre sus brazos. A partir de su llamada todo cambió, en cualquier momento podía presentarse en casa, estaba segura de que vendría acompañando a Sophie con la excusa de querer conocer a mi hijo, pero eso a él le daba igual, como le daba igual el niño que él y su esposa habían adoptado, porque ya me había dejado claro que solo había sido un capricho de Sophie.

Adam era muy desagradable y desagradecido con todo, no tenía respeto por nada, y yo era incapaz de odiarle cuando estaba cerca y con ello poder obviar lo que solo sentía con él, porque mi deseo por Adam no había desaparecido, me gustaba mucho, y también me irritaba.

Solo faltaban dos semanas para el bautizo de Loren. Convencí a René para que fuera una ceremonia íntima, solo mis padres y mi hermano, pero con ello lo único que ganaba era un poco más de tiempo; en algún momento me tendría que enfrentar con el mujeriego.

—Ha sido un día perfecto —me dijo René. Le manifesté que estaba muy feliz, la ceremonia había sido preciosa, y la cara de felicidad de mis padres al conocer a su nieto me emocionó. Mi hermano no pudo asistir al bautizo, pero llamó por teléfono para desearnos lo mejor. Mis padres regresaron a Coventry, y las semanas pasaron. Pequeños cambios se atisbaban en el horizonte.

Era fin de semana y René no fue a trabajar, paseamos los tres, leímos un rato; hacía mucho que no leíamos juntos. A la hora de siempre el niño se quedó dormido, y yo me fui al mirador del dormitorio. Me quedé allí respirando la calma, mirando el cielo estrellado; cerré los ojos y respiré profundo.

Te quiero tanto –me di la vuelta al oírle y extendí mis manos. René se acercó y le pedí que mirara el cielo. Fueron momentos de contemplación, donde yo contemplé mi vida fuera de mi cuerpo, en esos momentos no era consciente, solo veía imágenes de diferentes momentos de los últimos dos años, era como ver una película con diferentes fragmentos.

—Diandra, me acompañas a la cama.

Pude sentir los besos de René más allá de mi cuerpo, con los ojos otra vez cerrados nos veía besándonos detrás de una valla. Podía oler su perfume mezclado con el olor del jazmín, su pelo rozando mis muslos, sentía su agitación sexual como una reverberación en el silencio. Al sentir la boca de René besando mi cuello fui consciente, y deslicé mis manos por su espalda mientras le decía que le quería, luego le abracé sobre mi pecho para que se quedara quieto sobre mí; me sentía muy rara.

Al día siguiente en el museo creí saber la razón de haberme encontrado tan rara al hacer al amor con René, y era que me sentía culpable por haberle traicionado, pero por otro lado no era desagradable lo que me suscitaba. La noche anterior había tenido un fuerte sentimiento de que era yo la que le poseía en todo momento, que solo a mí me pertenecía hacer con él lo que se me antojara, aun habiendo sido más pasiva que de costumbre durante el acto. Eran sensaciones contradictorias que me confundían, pero también me gustaba. Un rato antes de terminar mi trabajo llamé a casa, le dije a la niñera que llegaría bastante tarde. Fue pensado y hecho. Cuando me quise dar cuenta estaba en Bayeux, llamando a la puerta de Francine.

Al verme esbozó una ligera sonrisa, me saludó y me pidió que entrara, diciendo luego que estaba sola. Mientras ella me preguntaba por el niño yo le dije que me sentía rara, y un gran silencio nos envolvió de pronto. Me cogió de la mano para que nos sentáramos, y en ese momento me acordé de que no le había devuelto las cartas. A media disculpa por ello me cortó diciendo que no preocupara por eso porque ella sabía muy bien lo que decían, de principio a fin, me quedé asombrada, y enseguida pensé que ella las había dejado en la buhardilla porque había vivido en la casa de René antes que él. Se lo manifesté tranquilamente,

pero solo me miró sonriendo, luego sacó la carta que ella conservaba. Me la dio diciendo que me la llevara y la pusiera con el resto.

Le puse algunas pegas, le pedí que me dijera algo, ella solo me aseguró que era muy normal que me sintiera tan rara, que con ello algo habíamos avanzado, y que lo mejor era que volviera a leer todas las cartas del último paquete prestando mucha atención. Sin alterarme lo más mínimo le dije que era imposible porque ya no tenía tanto tiempo libre, y el poco que me quedaba no lo quería perder con lo mismo.

—Es que ya lo has perdido, y mucho —sentenció, y le di la razón—. Pero todavía sigues sin saber el motivo —continuó diciendo. Desvié la conversación preguntando por qué había dejado las cartas en la buhardilla, y por qué sabía que yo las iba a encontrar.

—Su destinataria no eras tú.

—¿Qué quiere decir? —me acerqué a ella.

Ya te dije que había habido un cruce, eres inglesa, eso lo ha complicado todo para mí. Me quedé pensando, y solo se me ocurrió decirle que sabía que ella conocía a la novia de René, que sabía todo lo sucedido la noche de su muerte, por eso me había incitado a comprar un vestido parecido al suyo.

—Sí, Diandra, la conocí, era una muchacha muy hermosa, culta y educada, una pena...pero por desgracia no soy adivina, nunca hubiera pensado que René se iba a fijar en una mujer como tú.

—¿Piensa que soy poco para él!, ¿su novia era mejor? —grité muy molesta.

—No eres francesa.

—¿Ah, es eso! —salté indignada. Me dijo que me lo estaba tomando como no era, pero yo tenía claro que todo aquello solo era porque René no se había enamorado de una mujer Gala, por eso Francine había estado todo el tiempo amargándose para que yo dejara a René, pretendiendo que yo creyera que mi vida estaba en peligro. Lo había intentado de todas las maneras que había podido, y había utilizado las cartas como señuelo.

Instantes después ella dio por concluida mi visita, sin confirmar o desmentir mis argumentos, y antes de que yo saliera de su casa dijo que lo del vestido solo había sido una coincidencia, y que yo no tenía absolutamente nada que envidiar a la difunta. Me despedí diciendo que iba a quemar todas las cartas ese mismo

día.

—Eso no va a cambiar la realidad, y no quiero que tengas más cosas por las que arrepentirte —cerró la puerta con cierto disgusto.

Otro interrogante más dije en voz alta mientras montaba en el coche. De vuelta a casa fue lo único que se me pasó por la cabeza: ¿De qué cosas tenía que arrepentirme? Seguro que lo decía por mi infidelidad con Adam, pero era curioso cuanto menos, porque Francine le había quitado importancia, y no creía que yo tuviera que estar tan preocupada por ello.

La anciana era insuperable liando mi cabeza, me cuentan una cosa así y no me lo creo, aunque me lo juren cien veces, y lo del vestido una casualidad, tenía pinta de ser cualquier cosa menos una casualidad, además...esa tarde yo todavía no conocía a Re...

Me quedé perpleja ante mi descubrimiento. Francine era bien recibida en el museo de Bayeux, y puede que al verme preguntara por mí y alguien le diera información, por eso sabía cosas de mí, en tal caso se había infringido una de las normas porque en el museo no podían dar ese tipo de información sobre sus empleados. Yo le podía haber recordado a la novia de René, y eso le llevó a fijarse en el vestido. Sabía cosas sobre mi hermano porque se lo chivaban todo en el museo, le sonsacaba a René. No sabía qué pensar, pero era lo único que parecía tener sentido.

Nada más llegar a casa fui a ver a mi hijo, estaba dormido y me fui al cuarto de baño. Cuando terminé me fui a comprobar que el niño seguía bien; mirarle un rato me distrajo. Loren continuó dormido, por lo que me bajé tranquila al salón. La persona de servicio había dejado a pleno rendimiento la chimenea, me senté cerca del fuego, y por instantes recordé el dormitorio negro y mi visita a la inmobiliaria; en algún momento me quedé dormida. Cuando abrí los ojos estaba siendo subida por René a nuestro dormitorio, antes de soltarme en la cama le besé en la mejilla, él se acostó a mi lado para descansar un poco.

Oía a René decir que nunca hubiera imaginado ser tan feliz, que nunca había pensado en la posibilidad de ser padre, pero yo estaba inmersa en mis pensamientos, luego René se levantó y se fue al aseo, dejándome allí con ellos. Y con ellos seguí en el mirador, hasta que René salió para quedarse allí conmigo. Me puso por encima una pequeña manta de terciopelo de Loren, y me preguntó si era feliz. Sin decir nada apoyé mi cabeza en su pecho por debajo de su brazo, me apretó a su cuerpo creyendo que tenía frío, pero en realidad era seguridad lo

que necesitaba, algo que él no me podía dar, puesto que no sabía nada de mi asunto con la anciana. Hacía mucho que no habíamos hablado de ello, y yo tampoco quería contarle todo lo que me había estado pasando, estaba segura de que no lo iba a entender, y la cosa ya era sobradamente complicada.

## CAPÍTULO 17

Por las tardes me sentaba cerca de mi hijo, mientras él se entretenía con sus juguetes yo volví a leer las cartas, muy atenta releía las mismas líneas, intentaba adivinar ciertas cosas, integrar otras, estaba deseando darme cuenta de algo que se me hubiera pasado inadvertido. Todo me seguía pareciendo igual, pero después de varios días algo llamó mi atención en una de las cartas del último paquete. Antes de ponerme con ello, creí saber por qué Francine solo quería que leyera ese paquete y no los dos anteriores, y entre varios motivos, finalmente deduje que era porque en ellos no había nada que yo tuviera que saber, y el tiempo apremiaba.

En una de las líneas me pareció que ponía: Mi querido francés, somos tan opuestos.

Estaba muy borrado, pero intuía que, si era lo que había escrito Eleonor, la frase era mucho más de lo que se podía sospechar; yo había dado por buena mi idea de que era francesa, como el hombre, al parecer.

Terminé de leer todo el paquete, y tras hacer una ojeada rápida por mis conclusiones me di por vencida. Sabía que tendría que vérmelas con la anciana.

Me tentó la idea de volver a la inmobiliaria, de seguir buscando en la biblioteca, e incluso de ir a Bayeux, esa mañana en el museo me sentía dispuesta a ello, pero cuando terminé la jornada y regresé a casa se me quitaron las ganas, y me alegré porque René ya había vuelto. Estaba en el despacho, y nada más verme me dijo que había pensado en pasar ese próximo fin de semana en la casa de Bayeux con nuestro hijo, me sorprendí al escucharle.

— ¿Te parece bien?, así el niño cambia de ambiente un poco, y tú —me quedé muda. Tras unos instantes colocando unos libros de forma instintiva, me aproximé, y de la misma forma instintiva le pregunté a René cuándo nos íbamos a casar. Me miraba fijamente a los ojos mientras yo no daba crédito a lo que le acababa de preguntar, y sentí arrepentimiento.

—Si eso te hace feliz lo arreglaré para que sea pronto, pero aún no me has dicho si quieres... Le besé con ansia porque no quería contestarle, y le provoqué con uno de mis juegucitos. Me costó un poco que abandonara sus obligaciones, tenía muchos documentos que revisar y firmar, pero finalmente conseguí mi propósito, y él me llevó hasta el salón.



Nos sentamos sobre la gran alfombra cerca de la chimenea, y yo enseguida me tumbé. Me quedé mirando ensimismada el techo, luego la enorme lámpara que colgaba del centro de salón, cerré los ojos, y al poco noté los besos de René por mi vientre. Disfruté de sus caricias, de todo eso que siempre me decía, era agradable sentirlo tan dispuesto a satisfacerme, y por momentos le besaba con más ansia que él a mí. Me hizo recordar la primera vez que hicimos el amor, cuando le provoqué en la cocina al limpiarme una mancha cerca de uno de mis pechos, y me excité más. Podía sentir lo enamorado que estaba de mí, la inmensa suerte que tenía de tener una estupenda vida a su lado, eran sentimientos que me provocaban más deseo por él. Todo iba perfecto, hasta que me dijo que quería hacer el amor en el gran sofá. Para él era algo nuevo, a mí me recordó lo que allí había pasado con Adam; me sentí contrariada, y mis ganas se vinieron abajo. Intenté disimular, yo había empezado aquello y debía terminarlo, pero pese a mi esfuerzo René se dio cuenta de mi repentina desgana.

—Si lo prefieres subimos...qué pasa, ¡Diandra! —no sabía que decir. Miraba la chimenea, luego a él, la chimenea...

—Mi amor... Esperaba que René dijera algo que me sacara de mi estado, pero solo me miraba, y cuando intentó abrazarme me subí rápido al dormitorio. Subió detrás, y desde la puerta del dormitorio me preguntó qué era lo que me ocurría. Yo seguía en mi mutismo, desgana, y le pedí que se acercara. Su acertado comentario me dio un poco de seguridad.

—Diandra, mi amor, ya te he demostrado que puedes confiar en mí, de eso se trata el amor, de confianza mutua, ¿qué te preocupa?

Había cosas que no podía decirle, y otras que me había jurado no contarle nunca, pero su presencia allí delante de mí me transmitía calma, confianza, y tras un rato dudando le dije que la anciana me estaba dando problemas.

— ¿Te refieres a tu amiga Francine? —afirmé con la cabeza, y luego le expliqué lo de las cartas. René se sorprendió de que aún las tuviera, y me dijo que la mujer solo pretendía que le hablara de ellas, por eso yo debía decirle lo que había leído, y ella dejaría de molestarme con ese asunto. Sus sugerencias, una vez más no me ayudaban nada, la cosa no era tan sencilla, y me dormí pensando en la anciana mientras notaba la mano de René acariciando mi hombro.

No paraba de darle vueltas al tema, no tenía un momento donde estuviera realmente tranquila, y le dije a René que quería que fuéramos a Bayeux con el niño, (no le había contado que días antes había ido a ver a Francine), se alegró de

que por fin me hubiera decidido, y solo me comentó que íbamos a disfrutar mucho con el pequeño Loren. Hasta mi llegada a Bayeux estuve ideando un plan para poder regresar a París con el tema de las cartas solucionado, pensando qué preguntar y cómo a Francine para poder olvidarme del asunto. La anciana debía colaborar, y desvelarme todos los misterios que encerraba el baúl.

Era el primer viaje que hacíamos con nuestro hijo, por lo que las cosas eran un poco más complicadas, y tardamos en llegar un poco más de lo normal. Cuando llegamos ya estaba todo acondicionado en la casa, y después de instalar a Loren me fui a ver la estantería de ébano que seguía vacía. Estar allí me reconfortaba, volvió a mí la sensación de familiaridad, también intensa pero diferente, y más agradable a lo que sentía en la mansión de París.

Estuvimos paseando por las calles empedradas, haciéndole fotos a Loren, y riendo con las ocurrencias del pequeño. De regreso a casa me preparé un baño mientras los dos hombres de mi vida se entretenían juntos; cuando terminé me encargué yo de dormir al niño.

René me esperaba en el dormitorio, y nada más verme me pidió que me sentara a su lado; me miró a los ojos mientras cogía mi mano.

—Diandra, últimamente te siento ausente, por qué no me dices lo que te ocurre, y no me digas que es por las cartas.

Acaricié su mano un rato antes de decirle que sentía que mi vida era rara, y así me sentía yo en muchos momentos, por otro lado, no sabía nada de su familia, y también eso era raro para mí.

— ¡Es eso!... Está bien, ¿Qué quieres saber? —dijo mientras me soltaba la mano. Pero no era una cuestión de hablarme de personas desconocidas, lo único que tenía claro era que mi hijo no tenía a los abuelos paternos, puesto que estos habían fallecido, y tampoco sabía si había fotos para enseñárselas cuando fuera creciendo.

René se puso a contarme cosas sobre la hermana de su madre, (yo ya sabía de su existencia), estuvo un rato hablando sobre la mujer, hasta que me preguntó si quería que fuéramos a visitarla. Era un viaje largo, por lo que acordamos dejarlo para cuando Loren fuera más mayor. En realidad, me daba igual conocer a la mujer, yo quería algo más...que nunca tendría. René comentó que tenía una familia muy escasa, casi nula, me sonó a disculpa, y a justificación cuando terminó, añadiendo, que tenía muchos amigos y conocidos por medio mundo. Le

quise quitar importancia añadiendo que yo era muy familiar, y mi familia era numerosa, en ese momento la expresión de René se tornó triste, era la misma expresión se adoptaba al principio, cuando los recuerdos de juventud le hacían sufrir, y que yo no había visto en París en ningún momento. Me pareció muy vulnerable, no quería que se sintiera culpable por mis comentarios, que sufriera, y le dije que todo estaba bien, que con mi familia teníamos bastante.

Después de esa noche, ya en París, hacía intentos por darme a mí misma algunas respuestas, era la única que podía, lo necesitaba para poder estar más tranquila, pero siempre terminaba recordando las dichas cartas, y en ocasiones, cuando estaba en el Louvre, me parecía sentir como Francine se acercaba a mí, sorprendiéndome e inquietándome como hacía cuando entraba en la sala del museo de Bayeux, y lo que me costaba después centrarme en mi investigación sobre el tapiz.

Tenía que distraerme y retomé la lectura de mis novelas, tenía tres de ellas por la mitad. En dos semanas me las terminé, y la misma tarde que concluí mi lectura salí a comprar más. Me fui a la librería, llevaba mucho sin ver su escaparte, y me alegré mientras lo contemplaba, creo que buscaba pequeñas satisfacciones para tapar la realidad sobre cómo me sentía. Después de adquirir tres novelas me fui a la peluquería. Mi nuevo aspecto me satisfizo mucho, me veía guapa, y creí que debía complementarlo con ropa nueva, mis mejores pantalones tenían ya casi una década, en ese momento me alegré más, ¡tenía la misma talla! Mi madre siempre me decía que estaba demasiado delgada, lo que me hizo pensar que eso me había hecho ahorrar mucho dinero en ropa, ir de compras nunca me había gustado, y los trajes que había estado comprando tampoco me gustaban demasiado, habían sido más por capricho de René.

—Diandra, ya he vuelto —al oír a René bajé de prisa la escalera.

— ¡Mi amor...! —parecía que se había quedado sin voz, y me acerqué. Le cogí del brazo para que reaccionara. Me sorprendió con su ansia al besarme, y le tuve que separar porque me faltaba el aire; siguió sin decir nada más, mirándome de arriba abajo sin descanso.

Entre risas le dije que ya notaba lo mucho que le gustaba mi nuevo aspecto. Se quitó la chaqueta y me cogió de la mano para subir. Creí que me llevaba al dormitorio porque había tenido un ataque de testosterona al verme, pero me metió en la sala de lectura pidiéndome que pusiera música para bailar, a mí bailar agarrados se me daba bastante mal, pero le complacé como pude. Notaba

su deseo por mí de una forma inusual, y no dejaba en ningún momento de mirarme el pelo y a los ojos. Después de un rato le dije que quería ir al dormitorio; me llevó hasta el en brazos, y me dejó en la butaca.

— ¿No estás cansado? —en vez de contestarme algo se puso de rodillas delante de mí.

— Mi querida Diandra, somos tan opuestos —al escucharlo el corazón me dio un vuelco. Quise decir algo cuando René se abalanzó sobre mí y me lo impidió al tapar mi boca con su dedo.

Era incapaz de serenarme, repasaba informes en el museo sin dejar de pensar en la noche anterior, en las palabras de René, en su comportamiento, ya de por sí intenso, pero tanto... Me había impresionado gratamente, pero no lo veía normal, y eso me llevó a replantearme nuevas cosas. No era posible que un hombre se comportara así por un simple cambio de pelo; ya tenía algo más sobre lo que indagar. Sabía sin saber que cualquier día las cosas iban a cambiar, y tendría que ausentarme de casa más a menudo por las tardes, se lo comenté a René, le dije que era por cuestiones de mi trabajo, y nos pusimos de acuerdo para llevar a Loren a una guardería por las mañanas, y la niñera que lo cuidaba aceptó la oferta de seguir haciéndolo por las tardes.

Después de unos días estaba más relajada, Loren estaba en muy buenas manos, y yo podía disponer de más tiempo libre. Se aproximaba el fin de semana cuando pensé en la posibilidad de ir a ver a Francine, para poder saber por fin todo eso que según ella debía saber y, por primera vez, pensé en la posibilidad de que fuera algo bueno para mí, y simplemente la anciana creyera que no estaba preparada para asumirlo.

No quería que René se enterara de mis visitas a Francine, pero esa noche le dije que quería ir a Bayeux, visitar la sala del tapiz en el museo fue mi excusa. Por la tarde del día siguiente me encontraba pisando el museo. Estuve un rato por si a René le daba por llamar, se había quedado con las ganas de poder acompañarme, y sabía que a veces llamaba para hablar con un encargado. Saludé a cuantos me encontré, me presentaron a alguien nuevo, y mi encuentro con el señor Fabrice fue de lo más simpático, quiso contarme tantas cosas. Cuando me marché del museo estaba más animada y fui hasta la casa de la anciana disfrutando del paseo. Esperé en su puerta dos horas, no sabía qué hacer, miré por los alrededores, me asomé en varias tiendas por si estaba dentro, y volví a su casa por si había regresado, pero no apareció. Me fui de mal humor, y este empeoró

nada más llegar a la mansión. René me dijo que venía a vernos Sophie. Su amiga vendría con su hijo para que conociera al nuestro, y tenía una sorpresa preparada, mientras lo hablábamos pensé que la sorpresa me la había llevado yo, una muy desagradable. Solo deseé que Sophie viniera sola, pero mi deseo no se iba a cumplir, y René por su parte me prometió que podría estar tranquila, pero lo dudé automáticamente. Esa noche casi no pude conciliar el sueño, ver al mujeriego era lo que menos me apetecía del mundo, y encima tenía que disimular, me sentía irritada, sin entender por qué tenía que aguantar aquello.

Adam hizo lo de siempre para ponerme más nerviosa, y apareció al día siguiente a última hora de la tarde, alegando, que su ausencia se había debido a cuestiones de trabajo, no me lo creí. Nada más verlo entrar me fui a coger en brazos a Loren. Su saludo me confundió, yo noté su fingido desinterés por mí, y apenas me dirigió la palabra. Me ignoraba a propósito, y eso me provocaba más desasosiego porque temía que me pillara por sorpresa. Sophie me acompañó al dormitorio de Loren, y cuando los niños se quedaron dormidos bajamos al salón. Nos reunimos con René y Adam que charlaban sobre algo, y que al vernos enseguida nos prepararon una bebida. Fue una situación muy tensa, yo apenas participaba en la conversación, y los continuos halagos y besos de Adam hacía Sophie me incomodaban muchísimo, enseguida me di cuenta de que lo que sentía realmente eran celos, y me levanté diciendo que tenía que ir al aseo, pero me fui directa a la cocina, desde allí los oía reírse. Mi malestar no tenía sentido puesto que Adam no me había molestado en ningún momento, y yo estaba celosa de su esposa, me sentí tan ridícula por ello que regresé al salón. Los encontré a los tres de pie en medio de la estancia, esperando para decirme que ya se subían para descansar. Subieron las escaleras delante de nosotros, y ya en la puerta de su dormitorio nos dimos los cuatro las buenas noches.

—Te he visto muy bien, pero ya sé que no estabas a gusto —me dijo René cuando me estaba lavando los dientes. Cuando me reuní en la cama con él le dije que todo estaba bien, que solo quería dormir. A la mañana siguiente fui la última en despertarme, antes de bajar salí al mirador, al oír voces y risas me asomé, los dos niños estaban jugando bajo la atenta mirada de Adam. Solo los observé unos instantes antes de entrar de nuevo en el dormitorio.

Me estaba sirviendo algo para desayunar cuando escuché los buenos días de Adam, me di la vuelta para devolverle el saludo, pero su expresión me lo impidió. Estaba serio, con la mirada triste y las manos entrelazadas pegadas a su cuerpo.

— ¡Y los niños! —voceé asustada porque creía que estaban solos.

—Tranquila, están con Sophie —su tono al contestarme era igual de triste que su aspecto. Solo unos minutos antes lo había visto feliz y risueño jugando con nuestros hijos, nuestros hijos...y entonces recordé su comentario.

En ese momento deseé no estar en aquella situación, y al acordarme de nuestro último encuentro íntimo me puse nerviosa. Adam se había ido de la cocina sin decir nada más, pero me había dado mucha información con sus ojos, y en mi corazón sentía una gran desazón, que unida a mis nervios hizo que se me callera la taza de té al suelo. Lo estaba limpiando cuando René entró en la cocina y me ayudó a incorporarme para darme un beso, luego me dijo que había traído los bollos que tanto me gustaban, le besé dándole las gracias. Terminé de limpiar el suelo y me subí al dormitorio.

No tenía ganas de desayunar nada, continuaba nerviosa, y no estaba disfrutando. Sophie quería ir de compras, y subió a mi dormitorio para decirme que quería que fuera con ella. Su visita concluiría después de comer, y yo solo deseaba que llegara ese momento. Irme con ella me alejaba de su esposo unas horas, y por ello di por buena la idea de acompañarla. Como suponía, no disfruté de la salida con mi amiga, aunque en todo momento intenté que lo pareciera. Cuando llegamos René y Adam nos esperaban para irnos todos a comer. Nos ayudaron a descargar las bolsas y nos fuimos.

Fue la comida más tensa de mi vida, notaba como Adam evitaba mirarme a los ojos al dirigirme la palabra, estaba más serio que nunca, y solo se reía escuetamente con los niños. Estaba triste, era algo que yo podía percibir. En algún momento de la comida deseé besarle, y apreté la mandíbula para que mi boca se pudiera mantener cerrada. Tenía el estómago revuelto por los nervios, por lo que cada bocado que me llevaba a la boca era un suplicio para mí. Sophie no paró de bromear con los niños, y ya en los postres le dio varios regalos a Loren; esa era su sorpresa. Antes de marcharse tuvimos que volver a casa porque a Adam se le había olvidado coger su abrigo, para mí ya había dado por finalizada su visita, pero justo después de la despedida, aprovechando que René y su amiga estaban ocupados con los pequeños, escuché a Adam decir que me quería. Mientras el coche se alejaba de nuestra casa yo no daba crédito a lo que acababa de oír, y tuve la necesidad de creer que eran ciertas sus palabras, pero cierto o no, la confesión del mujeriego me dio mucho que pensar, y llegué a la conclusión de que por eso le había encontrado tan triste todo el tiempo. Adam

quería estar conmigo, pero eso era algo totalmente imposible para él. Por una parte, me alegré de que lo que sentía Adam por mí no fuera solo deseo físico, pero me daba mucha rabia la situación en la que me encontraba porque no entendía mis sentimientos en esos momentos por él.

## CAPÍTULO 18

La visita removi6 muchas cosas en m6, pasaban los d6as y no me sacaba de la cabeza la mirada de Adam, por primera vez me dio pena, no parec6a que su vida fuera feliz al lado de mi amiga, ni que realmente se considerara el padre del ni6o que hab6an adoptado, esa alegr6a y seguridad que siempre hab6a demostrado hab6an desaparecido, y yo me estaba preocupando por 6l. Me hubiera gustado tener a alguien de confianza a quien poder preguntar, alguien que pudiera despejar todas mis dudas, que me dijera qu6 hacer, quiz6a un terapeuta. Me pareci6 buena idea consultar con uno, me inform6, y finalmente ped6 cita para una semana despu6s.

Estaba en el museo tom6ndome un peque6o descanso, pensando, que mi idea de consultar con un profesional hab6a sido la mejor idea en mucho tiempo, y pregunt6ndome c6mo no se me hab6a ocurrido antes. Puede que hubiera estado creyendo que lo que me estaba pasando terminari6a en cualquier momento, y que desde un principio le estaba dando una importancia que no ten6a, entonces record6 lo que me hab6a dicho Francine. Para ella no ten6a ninguna importancia que yo hubiera mantenido relaciones con Adam.

Estaba de vuelta a la sala cuando un encargado me dijo que fuera de nuevo a abajo porque ten6a una llamada. Me alegr6 porque llevaba d6as esperando noticias sobre un cuadro que hab6a comprado para el dormitorio de Loren, pero al coger el tel6fono me qued6 sorprendida. Debo decir que escuchar la voz de la anciana me agrad6, y qued6 con ella para hablar en su casa.

Mi disposici6n en esa ocasi6n fue muy diferente al resto. Fui hasta Bayeux con la intenci6n de ser escuchada y aconsejada por Francine, de ser comprensiva con lo incomprensible, y poder mirarla con ojos nuevos. Me resultaba una persona terca, llena de misterios, que me pon6a de los nervios, pero todo eso deb6a tomarlo de otra forma o no me servir6a de nada verla. Respir6 profundo varias veces antes de llamar a su puerta.

Cuando abri6 puse mi mejor sonrisa. Ella estaba seria, pero me dio las gracias por ser tan puntual y me dijo que entrara. Fui detr6s de ella hasta la cocina. Le dije que me alegraba de verla tan recuperada, y que ten6a ganas de hablar con ella, omit6 que hab6a estado all6 anteriormente para verla.

—Querida Diandra, esto ya se est6 demorando demasiado. Si6ntate, por favor.



Lo hice, y entonces ella confirmó que yo tenía un pasado muy pesado, y que ella era la primera vez que se enfrentaba con un cruce.

Me hubiera gustado volver a decirle que no creía en ese tipo de cosas, que me parecía una gran invención para manejar a los crédulos, en su lugar, le dije que fuera al grano porque todo eso no iba conmigo.

—Todo eso va contigo, con todos los seres humanos, si no, no estarías en esta situación.

Tras unos instantes dudando, le dije que por fin lo entendía, no era verdad, seguía sin entender nada, pero le hice creer que sabía que todo lo que me estaba pasando era un castigo por todo lo malo que había hecho.

Francine me sorprendió con una carcajada, y luego aseguró que todo lo que había hecho por René me había beneficiado mucho, pero que yo era muy rebelde para comprender, y teníamos que hacerlo todo muy despacio porque no era nada observadora; esto último me molestó mucho. Ella volvió a decir que estábamos perdiendo el tiempo por mi causa; mantuve la calma, y le pedí mayor claridad en sus argumentos.

—No hay ningún castigo, Diandra, simplemente sigues sin hacer las cosas correctamente.

Le pedí, por favor, que me dijera qué era lo que estaba haciendo mal. ¿Por qué yo?

—No eres tú la que deberías estar aquí, antes de ayudarte debes darme algunas claves, de lo contrario todo se estropeará, y sufrirás mucho más.

Le dije que más sufrimiento no era posible, porque no conseguía disfrutar de todo lo que había conseguido, que no pasaba mucho tiempo tranquila sin que me asaltaran toda una serie de sentimientos y pensamientos que me tenían confusa, y me causaban mucha inquietud.

—No me refiero a esta vida sino a la siguiente —al oírla me dieron ganas de decir un disparate, pero me mordí la lengua. Le dije que lo único que me importaba era arreglar mi vida en esos momentos, y poder vivir tranquila porque no lo estaba pasando bien, y necesitaba que me dijera ya lo que debía hacer. La mujer me recordó que yo la había acusado de ser muy terca, pero que sin duda yo la superaba, y quiso saber dónde estaba el baúl que había en la buhardilla.

—Allí continúa, Francine, sano y salvo. Después de contestar pensé que había

sido René quien le había informado de ello. Era un elemento del cual nunca había mencionado algo, y me extrañó mucho, pero no le pregunté cómo lo sabía, tan solo quise saber su importancia en el asunto.

—Lo viste bien, supongo, el día que lo encontraste —dijo acercándose, muy interesada en saber mi respuesta. Le confirmé su suposición, y añadí que había limpiado el baúl a conciencia porque estaba muy sucio, y acusaba el paso del tiempo y el absoluto abandono. Su respuesta me asombró, al decir, que las jóvenes teníamos la manía de limpiar agresivamente todo y eso terminaba dando problemas. Su comentario no tenía sentido para mí, y así se lo manifesté. Me preguntó si había visto el dibujo grabado que había cerca de una de las cerraduras del baúl. Enseguida lo entendí, había limpiado con un producto abrasivo, y había borrado el supuesto dibujo, que además no había visto a causa de la suciedad. Mi silencio le dio pie a seguir hablando, a decir, que una de las cosas que más estaba retrasando su trabajo era mi falta de compromiso, al ver mi reacción, me dijo se refería a mi boda con René.

—Eso es lo primero que tenías que haber hecho, por suerte tú has sido más precavida —yo seguía sin entender sus explicaciones. Le rogué varias veces que me ayudara, y tuve que admitir que no entendía nada.

— ¡Ya lo veo! —dijo levantando la voz. —Qué difícil eres —añadió con disgusto.

Me crucé de brazos, y le aseguré, que no me iría de allí confusa y sin aclarar nada con otras veces. En ese momento se dio la vuelta para sacar algo de una vitrina. Era un papel que me entregó. Al verlo me levanté y miré a Francine, totalmente desconcertada.

—Lo reconoces, verdad, tú no lo puedes recordar, pero el día que naciste te regalaron una.

Le dije que estaba confundida, que había sido mi hermano quien me había regalado la lamparilla con forma de mariposa. Francine constató que ignoraba algunos detalles de mi vida, pero que lo importante era la mariposa que no había visto, y que estaba dibujada con un grabado en el baúl. Le hice saber que la mariposa que había dibujada en el papel que me acababa de dar era idéntica a la lamparilla, ella añadió que también era igual a la que yo había borrado en el baúl. Al ver mi cara de asombro la anciana me dijo que hay algunas señales que nos acompañan toda la vida y nosotros pasamos por alto. En ese instante me vino a la cabeza mi hermano; él también había pintado en el dormitorio de Loren una mariposa casi igual.

—Tu pequeño baúl me dio mucho que pensar, Diandra, y tuve que hacer comprobaciones porque estaba desorientada.

Me quedé callada debido a mi falta de entendimiento, ella también mantuvo silencio, y se sentó a mi lado.

— ¿Ese baúl pertenece a mi familia? —fue lo único que se me ocurrió preguntarle.

—No —dijo la anciana en tono más amable. Continuó diciendo que yo era buena persona, que había colaborado mucho con el tema de René, había conseguido que fuera un hombre feliz, y eso era muy importante en el asunto, pero todo se podía estropear, por eso ella estaba dispuesta a ayudarme para alterar los acontecimientos, y solo entonces yo podría ser feliz también. Me aseguró que podía y debía confiar plenamente en ella, y que me convenía casarme antes de que ella siguiera haciendo su trabajo.

— ¿Más precavida qué quién? —quise saber tras recordar con dificultad.

—Eso ya no importa, y brindo por tu sensatez. Diandra, cástate, y continuaremos haciendo lo que debemos.

No me contestó a nada más pese a mi insistencia, y me despidió, alegando, que ya nos veríamos después de la boda.

Por primera vez no estaba enfadada, o alterada después de ver a Francine, estaba cansada de la situación, que no entendía, no era capaz de darle sentido a nada, y menos a que tuviera que ver conmigo. Cuando llegué a casa no había nadie, y me subí al dormitorio de mi hijo. Me senté en el suelo enmoquetado, delante de la mariposa que había en la pared, con las cartas de Eleonor y el papel que me había dado la anciana. Estuve un rato razonando, intenté relacionar por orden, recordar cosas que me habían ido sucediendo, y en cómo decirle a René que debíamos casarnos con carácter de urgencia; me quedé mirando la mariposa fijamente.

Cuando me desperté René estaba a mi lado, había acostado al niño, y se había tumbado en el suelo junto a mí; no había querido interrumpir mi sueño, al parecer profundo. Al mirarle me dio un beso en la mejilla. Arrojé bien a Loren y nos fuimos a nuestro dormitorio. René había recogido del suelo las cartas, que junto al papel y unos apuntes que yo había hecho dejó encima de mi tocador, no me dijo nada al respecto, advirtió mi estado, y solo me acarició para que me durmiera. Al día siguiente anulé la cita con el terapeuta.

Tenía que encontrar la forma de decirle a René que teníamos que casarnos, convencerle, porque era yo la que después de un tiempo siempre había dado largas, y él ya se había cansado de pedírmelo. No era posible decirle que era algo urgente, por lo que dependía de mi suerte en ese momento, y de lo enamorado que René me decía que estaba de mí. Hacía mucho tiempo ya que me había regalado el anillo de compromiso, en oro blanco y con un zafiro en forma de corazón, yo lo había guardado para estrenarlo el día de la boda.

— ¿Eres feliz, mi amor? —esa tarde, su pregunta me dio la respuesta que buscaba, y sin pensarlo le dije que podría serlo mucho más si ya fuera su esposa.

— ¿En serio, Diandra? —dijo un tanto impresionado. Estaba en el mirador del dormitorio y René se acercó para sentarse a mi lado, me miró un poco y luego se quedó mirando el cielo, transcurridos unos instantes puse mi asiento delante del suyo y me senté, enseguida acarició mi cara con sus dedos.

—Creía que nunca llegaría este momento —expresó complacido ante la petición que yo le había hecho poco antes. En ese momento besé su mano, él se levantó y me levantó a mí para abrazarme.

¿Esta vez irás a pedir fecha? —lo haría de inmediato, pero no dije nada al respecto.

Pude ver en su cara un gesto de satisfacción el resto del tiempo, y sonreía cuando nos mirábamos. Hacía un tiempo estupendo, y René me dijo que quería pasar un rato conmigo en el mirador.

Estar allí siempre nos relajaba, se podía respirar un aire cargado de suaves y variados aromas que subían de algunas plantas y flores, un flojo y cálido aire podíamos sentir. Estábamos uno al lado del otro, callados, sumidos en nuestros pensamientos, cuando irreflexivamente le pregunté si creía en el destino y ese tipo de cosas. Yo había estado pensando mucho en ello desde mi visita a Francine.

—Diandra, a qué viene eso ahora, acordamos no hablar de ello, ese fue tu deseo para no sufrir más —yo lo había olvidado, y le dije que solo tenía curiosidad por saber qué pensaba al respecto.

A René nunca le habían interesado ese tipo de cosas, pero podían ser ciertas, eso fue lo que me contestó, y yo me quedé un poco confusa con su respuesta, porque él, siendo joven había creído a la anciana, y durante mucho tiempo había dado por válido el hecho de tener que permanecer siempre ajeno al amor. Se lo dije, y

me aseguró que solo se había debido a su ignorancia respecto al tema, y también a sus miedos por desconocimiento del mismo. Su explicación me hizo creer que se había informado, y quise saber cuándo y dónde, pero no me contestó a nada, solo me dijo que yo estaba viva, y eso era lo único que le importaba. Tras unos minutos en silencio me miró preguntando si estaba otra vez con las cartas, yo tampoco le saqué de dudas, y continué en silencio.

Esa noche dormí muy bien, me levanté muy animada, y así seguí el resto de la jornada. Esa tarde iría a pedir cita para la boda, y luego compraría algo para celebrarlo con mi próximo marido. Salí del museo pensando también en comprarme unos zapatos, unos de altísimo tacón que le habían gustado mucho a René y que me pondría solo para él, aunque sabía que yo no aguantaba los tacones. Iba a ser una tarde completa me dije mentalmente mientras abría el coche, y entonces escuché:

—Hola, Diandra –me di la vuelta. Adam estaba a un metro de mí, cerré la puerta del coche en un acto reflejo mientras por dentro empezaba a notar mi agitación. Sus ojos seguían tristes, su sonrisa de siempre, inexistente, las manos metidas en los bolsillos del pantalón.

— ¿Por qué haces esto? –tras mi pregunta se acercó. Me dijo que sentía mucho todo lo que había pasado, y que nunca en su vida había querido a nadie como a mí. Le recriminé muchas cosas, puse en duda otras, le acusé, pero él solo miraba mis ojos sin inmutarse. Me sentí impotente ante su falta de reacción, y le pedí que dejara de engañarme, de esperarme a la salida del trabajo. Le supliqué que se olvidara de mí como mujer.

—Eso no es lo que me dicen tus ojos, Diandra –respiré hondo y miré al suelo, él se acercó más. Temí tener que rechazarle, pero Adam solo quería oír de mi boca que le perdonaba, y me dio su palabra de que solo seríamos amigos. Sus palabras me volvieron a confundir, sus ojos tampoco decían lo que su boca, y René ya me había advertido de que Adam era un embustero.

Quise argumentar algo para disuadirle, pero la atracción tan fuerte que sentía por él me lo impidió, y le amenacé con contarle todo a Sophie si no me dejaba en paz.

—Está bien...te entiendo, yo le contaré lo nuestro a René. Reaccioné levantando la voz para decirle que René ya lo sabía, y le advertí de que no se atreviera más a amenazarme.

— ¿Sabe que nos hemos acostado dos veces? —me di la vuelta para evitar un enfrentamiento, y pensé que jamás le perdonaría por ser tan cretino, tan...

Me subí en el coche indignada. Estaba tan furiosa que tras unos metros conduciendo tuve que parar. Sabía que dejarlo atrás no iba a solucionar nada, Adam parecía dispuesto a complicarme la vida, y yo no estaba libre de culpa. Salí del coche y fui hasta él; no se había movido.

Me dijo que ojalá yo fuera Sophie, y después, sin dejarme hablar, me estuvo contando que ya no tenía deseos de estar con otras mujeres, que entre nosotros solo había pasado lo que los dos habíamos querido, y que nunca se había aprovechado de mí, esto último hizo que recordara mi desmayo. Él continuó diciendo que sabía lo mucho que quería a René, y que las mujeres como yo no ponen en peligro su estabilidad por un simple capricho, que lo estaba pasando muy mal porque sabía que nunca podríamos estar juntos, y volvió a repetir que nunca había sentido lo que por mí. No supe que decir, y como en el fondo le quería creer, me escudé en el hecho de que era un mentiroso patológico para no ablandarme.

—Sé que estás pensando que te intento engañar —añadió. Me acerqué diciendo que tenía que olvidarse de mí, y si no podía, tendría que buscar ayuda de un profesional. Me sorprendió diciendo que ya lo había hecho, y no había servido para nada porque cada día que pasaba me amaba más, que ante la insistencia de su esposa siempre la había acompañado a visitarnos, pero eso se iba a terminar porque no podía soportar tenerme cerca y ni siquiera poder mirarme.

Qué podía yo añadir, si él ya conocía de sobra mi situación, y la suya le hacía desdichado.

De repente se pegó a mí para decirme que daría lo que fuera por volverme a amar. Di varios pasos hacia atrás diciendo que lo nuestro era imposible, que ya no me gustaba, pero lo hice sin mirarle, y tras unos instantes así le sugerí que buscara ayuda otra vez.

— ¡Ayúdame tú! No quiero vivir con este tormento.

Le hice entender que eso no iba a servir de nada, y que me parecía una incoherencia, además, yo iba a estar muy ocupada preparando mi boda con René.

—No lo hagas, Diandra —en ese momento sentí que debía marcharme. Me puse a caminar mientras le recordaba que buscara ayuda.

Me sentí muy triste mientras llegaba al coche, me hubiera gustado abrazarle, consolarle, no podía creer lo que me estaba pasando. Todos esperaban que hiciera algo por ellos, me iba a volver loca.

Durante mi conversación con el párroco le dije a todo que sí, y acepté de buena gana sus demandas para que me diera fecha lo antes posible; en solo treinta días sería la señora de Achenza. Esa noche se lo comuniqué a René, se lo dije en el dormitorio, con un liviano camisón corto y los zapatos de tacón que había comprado por la tarde, al verme con ellos se pasó la lengua por los labios.

—Por fin vas a ser mía —escuché en medio de la turbación por sus intensos besos en mi escote. Fue una noche llena de emociones, a la que siguieron muchos días de vernos poco. René quería dejar todo solucionado en sus negocios para disfrutar de la luna de miel, y era muy meticuloso, yo tuve que pedirle ayuda a la persona de servicio. Lo tenía todo controlado, le pedí algunos consejos a mi madre, quería hacerla sentir participe, y todo se fue desarrollando bien, lo malo vino ante la petición de René, porque, aunque me había dado carta blanca para todo, quería que Sophie asistiera al enlace. No pude darle una contestación, ni pensar posteriormente que decirle.

Recordaba la tristeza de Adam mientras yo le rechazaba, sus gestos al pedirme ayuda mientras yo deseaba besarle, lo que sentía cuando sus brazos me rodeaban con fuerza, con esa pasión loca que nos controlaba. A solo ocho días de mi boda yo seguía con el mujeriego en mi cabeza, por momentos me imaginaba con él, me enfurecía por semejantes pensamientos, para posteriormente sentirme más confusa, triste, y más enfurecida después. Adam me había pedido que no me casara, y René estaba exultante porque por fin sería suya, no podía evitar sentirme mal... ¡muy mal!

—Ya puede besar a la novia. Después de ese momento todo sucedió para mí muy deprisa. Sophie y su marido no pudieron asistir a la boda porque Adam se había puesto enfermo, mi intuición me llevó a creer que no era cierto. Fueron tres semanas viajando y disfrutando de mi marido, echando de menos a Loren, y muy intranquila a ratos; esos ratos eran breves pero intensos. De regreso a casa recobré la tranquilidad mientras besaba entre arrumacos a mi pequeño, le miraba, miraba mi alianza y suspiraba con una gran sonrisa.

Ya estaba de vuelta a la rutina, feliz y casada, tenía algo pendiente por hacer; dejé que mi intuición me indicara cuando visitar a la anciana.

## CAPÍTULO 19

En el museo tenía mucho que hacer, y René se puso muy pesado, (y no solo de palabra) con su deseo de darle un hermano a Loren, me costaba creer sus pasados momentos de contención, donde yo le deseaba tanto y él siempre me dejaba con las ganas. Todo era tan diferente que me parecía mentira, y antes de que la cosa fuera a mayores, y René solo tuviera que esperar nueve meses para ver realizado su deseo, me fui una tarde a Bayeux. Paseé un poco antes de subir a la casa. Ya en ella la recorrí despacio, pasé la mano por la librería de ébano, contemplé la chimenea desde el sofá, había pasado muchos ratos allí sentada leyendo junto a René, dormida sobre él, pero mi visita a la casa tenía otro fin; subir a la buhardilla.

Arriba habitaba el baúl, abandonado y solitario como siempre había estado, despojado de parte de sus pertenencias, que yo no sabía a quién pertenecían, y limpio, tanto, que Francine tenía razón, se había borrado el dibujo de la mariposa ante mi insistencia al frotar la suciedad, solo se veía una mancha ocasionada por el producto limpiador, formando casi un círculo más claro que el resto de la superficie. Pase mis manos despacio por él, deseando así que me diera algo en lo que pensar, una pista respecto a Eleonor, algo que sabía no iba a ocurrir, pero hacerlo me relajó. Me hubiera quedado allí horas no obstante me fui porque tenía que despejar muchas dudas.

No quise pensar nada, me conduje hasta la casa de Francine ensimismada recordando a mi pequeño Loren; fui consciente cuando ya estaba llamando a su puerta.

—Adelante, Diandra –fui detrás de ella hasta el patio. Me senté en una silla, ella se ausentó. Cuando volvió traía consigo unos papeles en la mano. Me los dio y los cogí, y me dijo que ya me explicaría que hacer con ellos, luego su expresión cambió al darme la enhorabuena por mi nuevo estado civil.

—Estará contenta –musité mirándola.

—Eres tú la que debería estarlo, ¿lo estás, Diandra?

—Claro, pero ahora quiero saber en qué cambia eso las cosas, mi vida.

Me dijo que eso arreglaba un poco mi situación respecto a René, pero que lo más difícil y realmente importante seguía intacto. No me dejaba preguntarle nada,



cada vez que hacía el intento me mandaba callar, y me pidió que le confesara mi secreto. Le conté una invención que, por supuesto no se creyó, y me advirtió que si mi intención era engañarla no entendía entonces lo que hacía en su casa, y añadió, muy seria, que tenía que ser sincera para que ella pudiera ayudarme y terminar para siempre con el asunto.

—Diandra... —miré fijamente sus ojos. Necesitaba ver en ellos algo que me hiciera confiar totalmente en ella.

—Usted lo sabe, no sé cómo, pero lo sabe, siempre lo sabe todo de mí, me costaría menos abrirme a usted si me dijera ya quién le cuenta mis cosas... No creo que sea adivina, y me gustaría que empezara desde el principio.

La mujer no se hizo más de rogar, y me explicó a su manera cómo lo sabía todo de mí. El día que me vio por primera vez se sintió atraída por mi aspecto físico, le recordé a la novia de René, aunque me aseguró que no nos parecíamos. Francine tuvo una visión de pocos segundos que la llevó sin pensar a coger el vestido que me dio para que me lo probara, y sabía que eso era una señal, lo que a ella le hacía saber que tenía un nuevo compromiso por delante. Ella sabía que yo estaba trabajando en el museo de Bayeux porque siempre le informaban de todo, si había cualquier cambio, la incorporación de un nuevo empleado. La clave para confirmar sus sospechas fue la tarde que me vio paseando con René, eso le llevó a confirmar su compromiso, y al día siguiente fue al museo para pedir ser informada de inmediato de cualquier cosa que me sucediera.

Sus explicaciones más o menos me valían, y me pareció muy mal que en el museo le dijeran cualquier cosa sobre mí, pero ya no importaba, y entonces le pregunté cómo sabía lo de la mariposa, porque no creí posible que hubiera hablado con mi madre, y menos que esta, sin conocerla, le hubiera dicho algo tan significativo. Me contestó con una media sonrisa, diciendo que ella nunca se inmiscuía más de lo estrictamente necesario. Fui yo, sin saberlo quien la puso en antecedentes, la tarde que vino a casa de René y vio el pequeño baúl con mariposas en la cocina, donde, además, yo le dije que era para guardar unas cartas antiguas que había encontrado. Yo misma le había desvelado algunas cosas. Dos baúles con mariposas casi iguales, y mi entusiasmo por la lectura de las cartas de Eleonor, para ella eran claros indicios de que era yo. Y me lo aclaró, asegurando que yo no había encontrado las cartas, ellas me habían encontrado a mí, y por suerte, todo había sido más rápido que otras veces, seguramente debido a mi carácter que podía haber ayudado a ello.

No la entendía del todo, y supuse que ella había puesto el baúl en la buhardilla, se lo dije porque necesitaba saber cuándo y por qué.

—Viví allí muchos años, Diandra, luego me mudé aquí...eran demasiadas escaleras.

Era una casa muy antigua, muchas veces reformada por dentro, y también el edificio, que hubiera vivido en ella no me sorprendió. Ella podía haber dicho en la inmobiliaria que si yo iba por allí preguntando me ocultaran todo, no le veía lógica, y tras ver en la cara de la anciana una gran sonrisa, supuse que se había estado riendo de mí, para ella yo era solo un entretenimiento, había sido yo como otra cualquiera que hubiera encontrado el baúl, y todas las explicaciones que me había dado solo eran justificaciones muy bien avenidas. En ese momento me alteré, ella se dio cuenta y dejó de sonreír.

—No tengas el atrevimiento de faltarme el respeto, no, Diandra. Y continuó muy seria afirmando que ella solo quería ayudarme, que era su obligación, y no podía desentenderse del asunto. Yo era un caso difícil, pero entendía que el cruce que se había producido había sido muy beneficioso, y ella era la primera vez que se enfrentaba a algo así. Me pidió que me olvidara de todo lo que creía saber sobre ella, y que me centrara en mis sentimientos.

No sabía que decirle, parecía sincera, y ya me había confundido otra vez. Estaba observando algo cuando oí:

—Tienes que ser sincera con tu corazón.

Me acordé de Adam, la mujer sabía mi secreto, pero eso no era importante en esos momentos, y le dije que estaba intentando olvidarme de ese asunto. Me dijo que a mi manera solo iba a causar más sufrimiento, y ella no iba a vivir mucho tiempo más para estar a mi disposición.

—Francine, sabe de sobra que estuve con otro hombre, pero quiero a mi marido.

— ¡Y a tú amante! –afirmó bruscamente.

Me dijo que con ella no me tenía que justificar, y que dando la espalda a lo que sentía por mi amante no se iba a solucionar nada, y que todavía podíamos dar gracias. Era como siempre que hablábamos, cada cosa que decía me desconcertaba más. Le dije que era un mujeriego, un pobre hombre sin escrúpulos, que tenía familia, seguí justificando un rato hasta que ella me paró en seco.

—Es tan culpable como tú, ¿es eso lo que quieres que te diga? —dijo la anciana ante mi exposición. Y siguió diciendo que no había culpables, víctimas tampoco, que era algo que debía arreglar.

— ¿¡Cómo!?! —incredulé levantándome. Ella se levantó y se acercó para cogerme las manos.

—Tienes que perdonar a ese hombre, Diandra, solo así podrás estar en paz.

Me pidió que no le echara la culpa de nada de lo que me había estado pasando, ella entendía que la carne es débil, y que los más grandes sufrimientos en el ser humano siempre son por amor. Le aseguré que yo no estaba enamorada, solo era atracción. Ella me dijo que eso daba igual, y que igualmente en mi deseo por él había algo de amor, el amor propio, y que esté nos lleva luego a los arrepentimientos, al dolor por la culpa, aunque nosotros nos empeñamos en negarlo porque nos resulta más fácil excusarnos diciendo que hemos perdido la razón, hemos sido dominados por nuestros instintos...

Los planteamientos de la anciana me dejaban un poco sorprendida, y le pregunté si lo que tenía que hacer era sincerarme con René, y con ello casi seguro pondría todo patas arriba. Su no fue rotundo.

—Tienes que perdonar, Diandra, ya te lo he dicho.

Me dijo que solo siendo sincera de corazón lograría ser feliz. Me aconsejó ver a mi amante y dejar zanjado el tema con él. Le aseguré que había estado en todo momento evitándolo, que le había dicho en repetidas ocasiones que se olvidara de mí, pero él siempre me buscaba, y hacía lo imposible por acorralarme.

Francine me dijo que ello era consecuencia de mis actos, y por eso debía ser yo quien le perdonara. Su comentario, haciéndome única responsable de la situación me enfureció de repente, y le dije que eso no era justo.

—Por eso mismo estás en esta situación —parece que sentenció, acercándose, pero seguí sin entenderla.

Francine estaba dispuesta a empezar lo que tenía que hacer para ayudarme, lo haría tras yo marcharme, pero me repitió que saldara mi deuda enseguida. Sabía que perdonar a Adam no me iba a resultar fácil, no creí que fuera capaz y se lo dije a la mujer. Ella parecía no escucharme, y antes de despedirme, me prometió que con su colaboración la cosa se podía solucionar en cuestión de semanas, pero yo tenía que estar plenamente convencida de todas y cada una de mis decisiones y actos partir de mi salida de su casa.

Me acordé de los papeles que me había dado, no sabía que tenía que hacer con ellos, y le pedí explicaciones.

—Tan solo tienes que leerlos en voz alta durante cuarenta días seguidos, pase lo que pase, Diandra, recuérdalo... Ahora debes marcharte.

Que tenía que perdonar al mujeriego, eso era todo lo que había conseguido saber después de dos horas en casa de la anciana. Parecía que algo se estaba burlando de mí.

Era culpable, sí, eso lo admitía, pero nunca había ido detrás de Adam; tenía que quedar con él para hablar. ¿Cómo hacía?, me vendaba los ojos para no verle, para no ver cómo me miraba sin descanso, haciendo con ello que yo sintiera algo irrefrenable, y él tampoco ponía nunca freno a nada. Me temblaba todo, y me dieron ganas de ponerme a maldecir. Horas después de estar en casa aún estaba tensa. No sabía qué hacer, cuándo y dónde quedar con Adam, seguía sin saber sobre las cartas, lo único que sabía era que estaba perdiendo mucho tiempo, un tiempo que no recuperaría jamás. Conmigo se había producido un cruce y eso había sido bueno, también había que dar gracias por algo, dejé de pensar en cuanto llegó René.

Tenía que prepararme para mi cita con Adam, pero primero debía despejarme un poco, y empezar con la lectura en voz alta. Me sorprendió comprobar que lo que había escrito en los papeles que me había dado Francine eran unas oraciones para invocar a los arcángeles Miguel y Zadquiel, si eso podía ayudarme no me costaba nada, total, había estado leyendo todo lo que había escrito Eleonor para nada. Empecé con las invocaciones esa tarde, me llevó unos minutos hacerlo, y me quedaban 39 días para repetirlo; hacerlo me dejó más tranquila. Tres días después tenía la mente más despejada, me sentía más libre, y esa noche tuve unos sueños muy bonitos donde me veía en Coventry. El sueño reparador, y el baño que me había dado la noche anterior hicieron que me levantara nueva, estaba contenta, y dispuesta a hacer cualquier cosa, por lo que aproveché mi estado y llamé a Adam. Hablar con él me produjo extrañas sensaciones. Quedamos en vernos tres días después, y hasta ese momento, tuve la necesidad de leer las oraciones varias veces a lo largo de esos días.

Ángeles, de pequeña me habían gustado mucho, y los pintaba siempre de azul. Estos me podían ayudar creía la anciana, y yo quise creer que era cierto, en cualquier caso, me encontraba diferente, nuevos pensamientos empezaron a aparecer, y parecían ser la respuesta a algunos de mis interrogantes.

Una cervecería antigua apartada del centro, un local tranquilo donde me encontraba diez minutos antes de la hora. Esperaba sentada tomando un refresco, deseando que todo se solucionara, y también que Adam no acudiera; mientras él se acercaba mantuve la mirada detenida en la mesa.

—Hola, Diandra –levanté la cabeza al tiempo que le pedí que se sentara.

Le di las gracias por ir, y ser tan puntual. Me sonrió diciendo que no quería hacerme perder tiempo, y no puede evitar recordar que ya lo había perdido. Me preguntó qué tal estaba, por Loren, a René no lo nombró en ningún momento, y me trasladó recuerdos de parte de Sophie, lo que me dio que pensar, pero no dije nada al respecto. Siguió hablando de su hijo, luego me estuvo contando que había comprado unos productos de aseo, varios perfumes. En ningún momento le interrumpí porque me di cuenta de lo nervioso que estaba.

—Tú dirás –expresó, y bajé la cabeza.

No sabía bien por dónde empezar a pesar de haber estado ensayando repetidamente lo que decirle, y finalmente le pregunté si quería a Sophie. No me contestó, y no me sorprendió, yo siempre había pensado que se había casado con ella por su posición económica y social, aunque era una mujer muy atractiva, y muy generosa. Adam continuó en silencio, bebiendo pequeños sorbos de su refresco. Le seguía viendo guapo, me atraía, pero no era tan instintivo en esos momentos, y yo apenas estaba alterada ante su presencia. Tras beber un trago largo le solté de repente que le perdonaba, me miró incrédulo.

—Y eso de qué me sirve, Diandra...nunca serás mía –su tono se había tornado triste. Le dije que siempre podíamos ser buenos amigos.

—Solo amigo de una mujer que amo...no creo que pueda...Sabes, estaría besándote hasta mañana y me sabría a poco.

Me costaba mirarle, decir algo, y sin pensarlo me levanté para ir a pedir otro refresco. Cuando regresé a la mesa, igual de alterada que siempre, le dije que si de verdad me quería debía dejarme ser feliz, y repetí que le perdonaba.

—Adam, mírame, soy capaz de olvidar todo lo que ha pasado entre nosotros. Prométeme que intentarás mirarme de otra forma, por favor. Sophie te quiere mucho, y yo a René.

—Me hubiera gustado tanto que ese hijo que tienes fuera mío. Al oírle sentí la necesidad de coger su mano, pero me lo impidió diciendo que no se lo pusiera más difícil, luego se levantó dándome las gracias.

—Tengo que irme ya —dijo, y de nuevo me dio las gracias. Me deseó que fuera muy feliz, y yo tan solo pude ver cómo se marchaba.

Respiré profundo varias veces, me sentía apesadumbrada, pero muy aliviada, y me quedé allí un rato pensando, sintiendo como había perdonado a Adam de corazón. Todo lo que había pasado entre nosotros ya no me pertenecía...nunca me había pertenecido.

## CAPÍTULO 20

Invocaba a los arcángeles antes de dormirme cada noche, hasta en el museo, me lo había aprendido de memoria, y había guardado los papeles junto a las cartas de Eleonor. Realmente me sentía liberada, a ratos recordaba mi encuentro con Adam, nunca más me referiría a él llamándole mujeriego, deseaba poder verlo algún día y no sentir tensión de ningún tipo. No iba a poder evitar que me gustase, porque Adam era guapo, demasiado para mí.

Pasaron varios días, hacía mucho tiempo que no me encontraba tan tranquila, me costaba menos centrarme en las cosas, en el museo disfruté de nuevo de mi sala favorita, y algunas tardes antes de marcharme contemplaba los cuadros, siempre veía algo diferente. Yo me veía diferente y eso se proyectaba en mi entorno, también René lo notó, y me dijo que verme tan bien le hacía muy feliz.

Francine... ¡qué mujer!, si no había conseguido volverme loca nadie lo haría jamás, y yo seguía sin saber lo que tenía que hacer. Le estaba muy agradecida por haberme ayudado a recuperar mi paz interior, incluso mis pensamientos eran muy distintos después de vernos.

Estaba sentada cerca de la chimenea cuando escuché:

—Diandra —me giré, y pude ver un enorme ramo de rosas, tan grande, que solo se veían las piernas de René asomando por abajo. Me levanté y las cogí, él se rio porque las flores nos impedían vernos.

René quería que tuviéramos otro hijo, me costó bastante convencerle para esperar unos meses, le dije que tenía un encargo muy importante en el museo y estaba muy ilusionada por poder realizarlo. Yo seguí hablando sin parar, y cuando René se cansó de escuchar mis justificaciones para retrasar el embarazo, me cogió para salir al jardín.

Nos sentamos uno al lado del otro, cogidos de la mano. Cerré los ojos y respiré lentamente el olor a limoncillo, diversas fragancias llegaron poco a poco hasta mi olfato, era un popurrí muy agradable. Me preguntaba qué pensaría mi madre, o mis amigas, si supieran lo que me estaba pasando, el lío que llevaba con Francine.

Había pasado más de una hora cuando escuché como René intentaba

despertarme, creía que me había dormido por eso no había dicho nada. Yo había estado todo el tiempo con los ojos cerrados, imaginando cosas.

— ¿Subimos al dormitorio, Diandra? —afirmé con un gesto.

Durante esos cuarenta días todo lo vi y sentí diferente, mi actitud era otra, incluso con mi hijo, y pese a que su comportamiento era el mismo, mis momentos íntimos con René no me resultaban tan intensos; la sensación de familiaridad parecía que se había perdido.

Reunirme con la anciana solo era cuestión de horas, estaba deseando verla, y sabía que después ya nada sería igual porque así me lo había manifestado ella. Mi pensamiento hacía Adam había sido más tranquilo, no me había recreado como anteriormente imaginando escenas amorosas o sexuales con él, mi deseo por Adam era inexistente, en su lugar sentía algo placentero que me era imposible de definir.

Salí del trabajo y me fui a Bayeux. Era pronto esa tarde, grandes mis ganas de cerrar un ciclo de mi vida que me había hecho sufrir, y mis vacaciones estaban próximas. Llevaba los papeles y las cartas en el bolso. El corazón se me encogió mientras la mujer me abría la puerta de su casa.

—Lo has hecho muy bien, Diandra, pasa —me dijo nada más verme.

—Buenas tardes —dije, y la seguí.

Le pregunté cómo sabía que lo había hecho bien, me sonrió diciendo que mi mirada era diferente. La mujer podía notar mi armonía interna. Se lo confirmé y me mostré agradecida por ello, luego dejé encima de la mesa de la cocina los papeles y las cartas.

Me indicó que me los podía quedar porque todavía eran míos, y me sorprendió, al darme las gracias por haber luchado por René al comienzo de la relación, por haber sido tan paciente con él, gracias a ello todo había sido menos complicado para ambas, porque, aunque los acontecimientos hubieran sido de otra forma, el fondo era el mismo, y yo hubiera sido la esposa de René. Al oírlo me acordé de mi escapada a la casa rural, donde durante un tiempo me había escondido. Había algo que me inquietaba especialmente, y tras pensar en ello, le pregunté por qué siempre que nos veíamos al principio me decía que debería de estar muerta.

—Ese es el cruce, Diandra, algo que tarde un poco en averiguar. No eres francesa como yo creía, y nadie me informó de lo contrario, eso es lo que te ha salvado de morir por estar con René.



Yo era sin duda un caso especial, y la anciana se sentía muy satisfecha de poder ayudarme porque había sido todo un reto para ella, y por suerte para mí, no amaba ni le había jurado amor de corazón a mi amante para siempre, eso aligeraba mi carga. Francine se alegraba de que no tuviera deudas, cosa que me explicaría en su debido momento si era necesario.

Yo quería que esa tarde terminara todo, pero su trabajo aún no había finalizado, ella debía seguir 40 días más invocando a los arcángeles, en un ritual diario que solo ella podía realizar por mí, y donde yo no podía estar presente. Me sentí un poco decepcionada, ella me explicó que tenía que estar contenta porque todo estaba saliendo bien, solo se trataba ya de un poco más de tiempo por su parte y de paciencia por la mía. Todo debía hacerse paso por paso, con el corazón y la mente serenos, para que todo concluyera felizmente.

—Diandra, ya estamos muy cerca, pronto podrás saber todo eso que tanto te cuesta entender —dijo intentando animarme, y me volvió a recordar que ella no era adivina.

Esa tarde ya había finalizado su trabajo inicial y mi visita. En pasar 40 días nos volveríamos a ver. Salí de su casa pensando la de cosas que me podían ocurrir hasta entonces. Francine me abrazó por primera vez al despedirse, yo al percibir su mirada me sentí reconfortada. Le di las gracias, y ella me regaló una sonrisa mientras cerraba lentamente la puerta.

La espera no había terminado, y aunque no era necesario, seguí con las oraciones antes de dormirme cada noche porque me sentía mejor con ello. Mi mentira a René se convirtió en verdad, y en el museo me mandaron realizar un trabajo especial sobre una pintura de Johannes Vermeer titulada La encajera, y durante días estuve saliendo más tarde del trabajo. Uno de esos días me llevé una sorpresa porque Sophie me esperaba para hablar conmigo. Enseguida me di cuenta de que algo no iba bien. Ni rastro de alegría como cuando nos visitaba, tampoco físicamente estaba en su mejor momento, estaba seria, parecía abatida, yo nunca la había visto así.

—Necesitaba verte —me dijo. Le di otro beso, y la cogí por el brazo para ir a sentarnos a un murete de piedra que había cerca. Sus ojos vidriosos estaban muy tristes, y tras mirarnos unos segundos le dije que me contara lo que le pasaba porque me estaba preocupando.

—Se ha ido...Hace dos semanas que Adam me dejó —al oírla me descompuse. Sophie tenía muchos amigos y una extensa familia, que viniera hasta el museo

para contármelo a mí me hizo temer que Adam le había podido desvelar lo nuestro. Me sentía tan mal que solo pude decirle que lo sentía mucho, luego la animé como pude porque me creía responsable, hasta que me atreví a preguntarle por qué Adam se había marchado. En ese momento se le saltaron las lágrimas.

—Está enamorado de otra mujer, pero me dijo que no estaba con ella. Diandra, no entiendo nada, me ha dejado sola con nuestro hijo.

Yo sí que no entendía nada, pero al ver el estado en que estaba mi amiga no me pareció oportuno preguntarle algunas cosas que me vinieron a la cabeza. Le dije que contara conmigo para lo que fuera, y que estuviera tranquila porque todo se iba a solucionar.

—No, Diandra, me dijo que quería el divorcio, pero al parecer no tiene prisa.

Sophie se estuvo desahogando un rato, hablándome del raro comportamiento de su esposo los últimos meses, y como este, le había dicho en numerosas ocasiones lo bien que le caíamos René y yo. Quería que yo hablara con Adam, por eso había ido a verme. Sophie estaba muy enamorada de él, y esperanzada con la idea de que yo le podía convencer para volver con ella. Me sentía igual de acorralada que sobre la valla de donde colgaban los jazmines, porque quería ayudarla, pero ver a Adam... Me estuvo explicando donde estaba su marido, y con gran esfuerzo le prometí que iría a hablar con él, pero que no podía garantizarle resultados, ella insistió pidiéndome que lo intentara.

El encuentro con Sophie alteró mi paz interior, porque nunca hubiera imaginado que Adam fuera capaz de llegar tan lejos. Con ella Adam lo tenía todo, y ella sabía que era así, ¿tan enamorado estaba de mí?, eso suponiendo que no hubiera una tercera mujer... Empecé a imaginar cosas que me ponían más alterada, y recordé las palabras de la anciana: Debía tener el corazón y la mente serenos.

El trabajo que Francine estaba haciendo por mí ya iba por la mitad, y yo tenía doce días libres, que eran parte de mis vacaciones, tenía que decidirme entre descansar y disfrutar con mi familia, o primero cumplir mi promesa y arreglar el asunto de Adam lo mejor que pudiera. Ardua decisión que me quitó hasta el sueño, y sabía que no podría disfrutar de nada porque cada poco me acordaba de la situación de Sophie, su desesperación por recuperar a su marido. Recordar a mi amiga me hacía sentir muy culpable de la situación en la que esta se encontraba. No podía irme de vacaciones y dejar que ella siguiera sufriendo tanto, por eso ese mismo día me fui a ver a Adam.

Se había instalado muy cerca del río Sena, más cerca a este que desde la mansión donde vivía con Sophie. Circular por las estrechas calles me costó un poco, hasta que después de un rato di con la vivienda. Era un edificio muy antiguo, con encanto, pero tan alejado de lo que tenía con su esposa. Solo pensaba en todo lo que había hablado con Francine para poder mantener la tranquilidad. Subí la corta escalera con la mano tapando mi boca y prometiendo, que de ella no saldría nada de lo que más tarde me tuviera que arrepentir. Nada más abrir la puerta Adam me pidió que entrara. No parecía sorprendido con mi presencia allí.

—He supuesto que vendrías, me alegro de verte —dijo con la voz entrecortada, y tan triste como la última vez que nos vimos. Estaba seguro de que Sophie me pediría que fuera a hablar con él.

Le dije que estaba cometiendo un gran error, que tenía una bella familia a la que querer y cuidar, en ese momento se puso delante de mí.

— ¡Querer!... ¡Tan difícil te resulta entender que yo solo te quiero a ti!

Siguió diciendo que Sophie podría conseguir al hombre que quisiera, y que no le faltaría nunca de nada, al niño tampoco, que a él le resultaba imposible continuar a su lado, porque cada vez que se acostaba con ella me veía a mí, y sufría lo que no me podía ni imaginar. Le había costado mucho dar el paso, pero la decisión ya estaba tomada. Me pidió que no insistiera más porque solo perdía el tiempo.

Tras escucharle me di por vencida, yo era el único motivo de que estuviera allí solo, en una casa que dejaba mucho que desear, casi sin luz natural, y con unos techos tan altos que daba vértigo.

—Diandra...no pude decirle a Sophie que ya no la quería, no tuve valor, no quise hacerle más daño...ella no sabe lo que pasa entre nosotros.

— ¡Entre nosotros no pasa nada, no ya, no ahora! —salté como un resorte nada más oírle.

Él se sentó, yo me quedé de pie, algo alterada. Le quise convencer de que por mi parte todo había acabado, podíamos ser amigos y seguir con nuestras vidas, pero debía volver junto a su esposa, ella estaba dispuesta a perdonarle.

— ¿Y yo cómo me perdono?

No pude decir algo porque él siguió diciendo que no era tan cabrón como para engañar toda la vida a su esposa, haciéndola creer que la quería y la deseaba, ella no se lo merecía, y él no podría soportar algo así, reconociendo que había sido

muy golfo, un mujeriego, (como yo le llamaba) pero tenía escrúpulos, aunque a mí me costara creerlo. Me acerqué para decirle que entendía que Sophie ya no era ninguna jovencita, pero enseguida me impidió seguir hablando.

—No, Diandra, no te equivoques, ella me parece más guapa que tú, es una mujer con mucha clase...pero nunca me transmitirá lo que tú consigues, sus ojos nunca me dirán lo que los tuyos siempre me cuentan. Te puedo asegurar que he tenido alguna ocasión, pero desde que me di cuenta de lo enamorado que estaba de ti no he querido estar con otras mujeres —tras su explicación me separé un poco y caminé hacia el otro lado de la estancia.

Miraba a ras del suelo, pero cuando levanté la vista pude ver una orquídea negra que estaba dispuesta en una vieja repisa de madera, acusaba la falta de luz. Inmediatamente me acordé del vivero.

—Diandra, siempre te he respetado, siempre has sido consciente de todo lo que ha pasado entre nosotros, sabes que nunca he hecho nada que tú no quisieras.

No podía rebatirle nada, no quería que sufriera, que engañara a mi amiga, realmente no tenía ninguna razón para estar allí intentando convencerle, de qué, estaba enamorado de mí, sentí vergüenza, rabia, estaba perdiendo la calma, y como lo que sentía por Adam era lo mismo de siempre le dije que tenía que marcharme.

— ¿¡Por qué te has tenido qué casar Diandra!?! —le dije adiós sin poder mirarle.

Antes de salir a la calle me paré en medio de la escalera para tomar aire. Solo había pasado treinta y cinco minutos en casa de Adam, pero hubiera podido jurar que habían sido horas.

Estaba tan serio y triste...y yo le había deseado durante los últimos momentos de la conversación. Me había dado las gracias por haberle perdonado, y me había deseado todo lo mejor. Realmente parecía otra persona, ni rastro de ese hombre atrevido y seguro que siempre conseguía lo que quería.

Regresé a casa muy satisfecha con mi actuación, pensando que, a él, con el tiempo, se le iría pasando su deseo por mí, (me negaba a admitir que realmente estuviera enamorado de mí) las cosas cambiarían con Sophie, y si no volvía con ella, Adam en cualquier momento podría rehacer su vida. Creí que por fin podría estar tranquila, tan solo ya, me quedaba algo pendiente con la anciana.

## CAPÍTULO 21

Seguí rezando, e hice planes para estar ocupada durante mis días de descanso, pero lo tuve que posponer todo. René ya sabía que tenía unos días libres en el museo, y me había preparado una sorpresa. Había hablado con mi madre para que se quedara una semana con Loren, y así poder disfrutar de su nieto mientras nosotros disfrutábamos de un viaje a Niza. Me pareció bien, salvo que perdería más tiempo, y la anciana me esperaba.

René quería que conociera alguno de los museos que hay en la bella ciudad de Niza, en la Costa Azul de Francia, quería que disfrutase de lo que tanto me apasionaba, yo hubiera preferido cualquier otra cosa, pero acepté, pensando lo feliz que iban a estar mis padres con Loren en Coventry.

Después de visitar el museo de arte moderno y contemporáneo, y el museo bíblico de Marc Chagall ya estaba saturada de tanta obra de arte; prefería simplemente pasear por la ciudad y conocer otras cosas.

Algunas obras me habían recordado situaciones de mi vida desde el momento de mi llegada a Bayeux, y ello me hacía revivir esos momentos con cierta resistencia, imágenes que se mezclaban en mi cabeza aturdiéndome, haciendo que deseara volver a casa. Después de tres días en Niza me costaba disfrutar, los momentos románticos con René eran muy bonitos, los íntimos no tanto, no sentía igual su intensidad emocional, aunque su comportamiento era idéntico, algo que yo había disfrutado después de acostúmbrame, y sabía, que era por algo que había cambiado dentro de mí, algo que se me antojaba extraño, algo incapaz de descifrar. Mientras René me besaba sin descanso yo imaginaba una enorme orquídea negra, sin vida y sin luz, llena de mariposas revoloteando sobre ella, hasta que sentí una punzada en el estómago al oír a René pronunciar mi nombre. Que no estaba disfrutando fue obvio para él, y se levantó de la cama para ir a servirse un poco de agua.

Estaba desnudo delante de mí, de espaldas, y no fui capaz de sentir nada en ese momento, de decir algo para cambiar la situación. Sus silencios no eran buenos, y menos en la circunstancia en la que estábamos. Anduvo por la habitación con el vaso de agua en la mano, la cruzó repetidamente, hasta que se quedó quieto mirándome.

— ¿Quieres que volvamos a casa? —al escucharle noté otra punzada. Sus

palabras me devolvieron la sensación de familiaridad, me sorprendí sin ser capaz de discernir si era algo positivo o no, sin darme cuenta de que él había vuelto a tumbarse en la cama, y tras un rato en silencio le escuché decir que últimamente le tenía muy despistado con mis cambios de actitud.

—Diandra solo quiero que seas feliz —afirmó, y me dio las buenas noches.

A la mañana siguiente solo hablamos lo necesario de vuelta a París, yo estaba tranquila respecto a lo ocurrido la noche anterior, y triste porque no sabía lo que me estaba sucediendo. Lo primero que hizo René cuando llegamos fue ir a ducharse a nuestro dormitorio, yo estaba cerca de la puerta del cuarto de baño, cuando me puse a recordar los momentos donde yo le había pasado la esponja por la espalda y las nalgas, y luego cerca de sus partes íntimas, una época de nuestra relación donde siempre le deseaba y él evitaba muchas cosas porque así creía protegerme. Recordaba también mis momentos sola intentando saber si quería o no estar con él, si le amaba, lo que había sentido por él al ir a su casa durante mi encierro en la casa rural, y como en esa ocasión me había pedido que me quedara de nuevo a su lado. Había hecho todo lo que me había pedido Francine, había perdonado, decidido estar más tranquila y feliz, pero había fracasado, y aún me quedaba algo por hacer con la anciana, pero tenía pocas esperanzas; en muchos momentos recordaba a Adam.

Ir en contra de lo que sentía al pensar en él, eso pretendía, pero siempre se quedaba en pretensión, y cuanto más me resistía más imaginaba nuestros momentos, los malos también. Su situación era penosa, y yo era responsable de casi todo, culpándome intentaba darme fuerza para continuar con mi idea de no verlo, porque a veces se me pasaba por la cabeza la idea de llamarlo, de ir a visitarlo para comprobar su estado, pero otros eran los motivos reales, los mismos que siempre habían estado alterando mi estado emocional y mortificando. Con el perdón no había conseguido poder ir olvidándolo, ¡inmensa sandez!, claro que no, pero me daba miedo descubrir que era algo más que atracción física lo que tenía con Adam, y ya estaban apareciendo las primeras dudas sobre ello, fui consciente después de reflexionar largo rato.

Me puse furiosa porque no podía controlar nada, no era tan fácil como yo había creído, como Francine me había querido hacer creer, todo era una mierda, no me podía desentender del asunto, hacer lo que realmente deseaba, que tampoco sabía lo que era en ambos casos, ¡una gran mierda que no me dejaba vivir!, y lo peor, René estaba más serio que nunca, también por mi culpa. No tenía

absolutamente nada que reprocharle, era un hombre estupendo que me había facilitado siempre todo, comprendido y respetado.

La anciana me tenía que dar la fórmula mágica para olvidar a un hombre, era más fácil que todo lo que había estado haciendo por mí, y con eso se podía resolver algo que no habían conseguido las oraciones, pero existe algo así, ¡pues no!, y mucha razón tuvo cuando me dijo que los más grandes sufrimientos del ser humano son por amor. Recordar sus comentarios me dejó bloqueada; reaccione al sentir que me faltaba la respiración. Me dispuse a colocar unos objetos para entretenerme, pero al manejarlos, empezaron a aparecer en mi cabeza otros objetos bien distintos: un cepillo y su espejo correspondiente, un velo de novia, flores secas. Cualquier cosa me recordaba mi pasado.

¿Se puede amar a dos personas a la vez y no estar mal de la cabeza? Era la única pregunta que me quedaba por hacerme entre un millón de interrogantes. En pocas semanas sería mi cumpleaños, era esposa, madre, una mujer reconocida por mis méritos profesionales, pero me sentía frustrada, luchaba continuamente con todo lo que sentía, y ello tampoco estaba nada claro. Definitivamente era muy frustrante vivir así siendo tan joven, lo pensaba mientras pasaba mis manos por mi pelo, y de pronto, surgieron las palabras de Pierre: “Disfruta mucho”, lo cual intentaba, pero no me dejaban, y de nuevo, sentí desconfianza. Francine estaba realizando un trabajo para ayudarme a olvidar a mi amante, ¿realmente ella quería que yo fuera feliz?, o era que la obligaban a hacerlo... ¿¡René!?

Cada minuto que pasaba mi mente estaba más saturada, yo más desconcertada, y volver a Coventry era imposible. Me fui a llamar a mi madre como hacía todas las noches para saber cómo estaba mi pequeño porque me estaba poniendo de mal humor. Loren aún estaba despierto, y escucharlo fue todo un alivio; en dos días lo tendría conmigo. Estaba sola, puse una agradable música, luego bajé para servirme una copa de vino y volví arriba con ella. Completamente desnuda, y con los tacones puestos me estuve paseando con la copa en la mano, sintiendo la música, sintiendo la corriente del aire cada vez que pasaba por delante de una puerta. Puertas y ventanas, todo estaba abierto, mis sentidos, deseando llenarse de conocimiento, de armonía...

—Mi amor —me fui hacia René, y le abracé preguntando si me quería. Me quitó la copa y la dejó en el suelo, acto seguido me contempló, acaricio mi pelo, el mismo que poco tiempo atrás le había gustado tanto que le había provocado un deseo por mí fuera de lo normal, y exceso de romanticismo.

— ¿Me quieres? —musité cerca de su boca. Me besó intensamente mientras con un brazo me tenía agarrada por la cintura.

—Me vas a volver loco, Diandra.

Siguieron los besos y caricias en la cama, me alegré porque le volví a sentir el mismo de siempre, y me dejé a su voluntad. Quería tener esa sensación de ser una dama en apuros que necesitaba ser rescatada por su caballero, para que este le devolviera un poco de sosiego, para oír algunas de esas cosas anticuadas que me decía cuando me tenía entre sus brazos, necesitaba sentir que todo era como al principio en Bayeux. Sus movimientos lentos y su continua forma de decirme cuanto me amaba me hicieron sentir cosas como en ese principio de la relación, y después de muchos días, aunque estaba muy excitada, me hallaba muy tranquila entre sus brazos. Tan a gusto estaba, que me lo llevé a la ducha para continuar; quería llenarme de esa tranquilidad mientras me llenaba de él.

Llamé a mi madre por la mañana para pedirle que se quedara con Loren tres días más. Tres noches a solas con René, amándonos por toda la casa, recreando escenas parecidas todo el tiempo, olvidando los tacones en cualquier sitio, olvidando mis circunstancias en cualquier rincón de mi mente. Deseando a mi marido con desesperación, besándole, con tal fogosidad, que parecía que nunca nos volveríamos a ver después de cada noche de pasión, y escuchando atentamente muchas de las cosas que me decía.

A René no se le escapaba nada, cualquier cambio mío, por nimio que fuera, lo apreciaba perfectamente, y la última noche me dijo que le gustaba mucho verme reír, tan activa y feliz como al principio de nuestra relación.

Vuelta de Loren, y mi incorporación al trabajo con nueva actitud, me encontraba tranquila, y con muchas ganas de hacer todas esas cosas que había tenido que posponer debido al viaje a Niza. Pero la tranquilidad tenía fecha de caducidad.

Lo único que no podía poner en duda era el amor que sentía René por mí, una conclusión a la cual llegué después de estar otra vez buscando razones para lo que me estaba pasando, y se me metió en la cabeza, la idea de que René sabía todo lo que me había pasado con Adam porque se lo había contado la anciana para que René me dejara, y así ella poder seguir dando validez a sus predicciones, y también podía René haberle pedido ayuda a la anciana, encargando a esta, que hiciera algo para que yo me olvidara de mi amante. Por eso no sabían decirme nada en los sitios donde había preguntado, ni rastro de quién había vivido anteriormente en la casa de René en Bayeux. Podían los dos



estar jugando conmigo, todo era una invención, y las cartas habían sido solo un señuelo. René era capaz de cualquier cosa con tal de que yo permaneciera a su lado, Francine era capaz de aceptar algo así, por dinero, por diversión, cada uno con un propósito me estaban engañando. Muchas cosas seguían en el aire porque no les podía dar sentido ni respuesta, y esa tarde decidí que me olvidaba de Eleonor para siempre. No era real, nunca había existido su historia de amor, hay gente de mi profesión capacitada para reproducir cartas que parecen muy antiguas, casi imposible de detectar hasta por expertos, y yo era algo en lo que no había pensado en ningún momento porque me lo había creído desde el principio, dando veracidad a unos papeles falsos. Con ellos, y por sus protagonistas, había sufrido, gimoteado, y me había enfadado en diversas ocasiones.

Por eso René me había bajado el baúl hasta nuestro dormitorio, para que no olvidara, y que bien había disimulado todo el tiempo cuando yo sacaba el tema, sinceramente, si estaba en lo cierto, que mi marido hubiera sido capaz de algo así me dolía profundamente, y comparado con Adam, este último era un bendito. Posiblemente todo lo que me había contado eran más mentiras, por eso nunca me había presentado a ningún familiar suyo, ni una foto de su madre, todos los hijos tienen una, hasta los peores. Nadie de su supuesta familia había llamado nunca para saber de nosotros, de Loren, nada absolutamente. René era el típico hombre con dinero que consigue lo que quiere, se había encaprichado de mí, para él yo solo era una joven inglesa tonta, aunque en muchos momentos yo no se lo había puesto fácil. Cada cosa que se me iba ocurriendo me hacía más daño... ¡Ya lo entendía, a eso se dedicaba la anciana! ¿Cuántas otras antes que yo, u otros?... ¡Un cruce!, así lo denominaba... ¡un cruce de cables era lo que tenía Francine! ¡Maldita vieja!, como había estado manipulándome, asustándome, diciendo que mi vida estaba en peligro.

Tenía que mandar las cartas a Coventry, a un conocido paleógrafo, y si este me decía que las cartas eran falsas me iría a Bayeux para desmontar toda la farsa delante de las narices de Francine, y luego que siguiera rezando, ¡pero por ella! Qué falta le iba a hacer; estaba que echaba chispazos, indignada era poco.

René no me había obligado a nada en ningún momento, y era indudable que me quería, pero de alguna manera se había asegurado mi permanencia a su lado. Hasta no estar segura de todas mis sospechas intentaría comportarme igual, y tratar de mantenerme fría. Había superado muchas cosas, me repondría como siempre había sucedido, era una mujer fuerte, valiente, con recursos suficientes

para salir adelante, tenía a mi pequeño y una familia estupenda; no me iban a engañar más.

Ya no hacía falta esperar, y al día siguiente mandé todas las cartas a Coventry. La respuesta del paleógrafo podía cambiar mi vida por completo, pero prefería sufrir y saber la verdad, a seguir metida en algo tan mezquino, y siendo así, que René fuera el padre de mí hijo no era motivo para estar orgullosa. Eran tantas cosas mezcladas en mi cabeza que era incapaz de relajarme mentalmente, y en muchos momentos me temblaban las manos.

No podía hacer nada que a René le hiciera sospechar que yo sabía lo que estaba pasando, debía comportarme de un modo que me iba a resultar muy difícil, pero solo serían unos días, hasta que recibiera noticias del señor Fahrenheit, el experto paleógrafo. Necesitaba saber que mi esposo era inocente de mi desconfianza hacia él.

Tras varios días seguía sin respuesta, no sabía si esperar un poco más o llamar por teléfono al paleógrafo y que este me dijera lo que había descubierto. La impaciencia me estaba devorando, y desafortunadamente, esos días René estuvo llegando muy pronto a casa, con ganas de hacer cosas juntos, con Loren, y una tarde salimos a comprar ropa al niño. Intenté que se distrajera con nuestro hijo el mayor tiempo posible, porque me estaba constando aparentar, porque cuando le miraba no me agradaba nada ni lo pensaba ni lo que sentía por él.

Esa noche había que cenar en el mirador por antojo de René. Quería tener conmigo una velada romántica, y yo estaba muy nerviosa ante su deseo. Cuando salí ya llevaba un rato esperando fuera. No quise estimularle más, y me puse un vestido viejo y recatado que tenía guardado. Dio igual, porque nada más verme me dijo que estaba preciosa, y estoy segura que si me hubiera puesto un traje de buzo para él lo estaría igual. Durante la cena simulaba un estornudo o tos, o me colocaba el pelo, porque no era capaz de mantener mi mirada en la suya, ese intenso choque con el que tantas veces había disfrutado. René estaba especialmente hablador, cariñoso, y yo cada minuto que pasaba estaba más incómoda, deseando irme a dormir. Estaba recordando a Adam cuando me pidió que le acompañara a la habitación de Loren. Ya en ella me pidió que mirara al niño.

Me quedé observando cómo mi hijo dormía plácidamente, y al poco escuché entre pausados susurros:

—Deberíamos darle un hermanito. Luego sentí la boca de René sobre mi cuello,

y le dejé que siguiera besándome hasta llegar al dormitorio.

Estaba haciendo un gran esfuerzo por parecer cariñosa, y esa noche, René me volvió a sorprender al pedirme que me quitara el vestido. Sabía que tendría que pasearme un rato por delante de él con los tacones, era algo que le gustaba mucho. Yo quería terminar rápido y me empecé a quitar también la ropa interior, pero enseguida me dijo que no lo hiciera, y se acercó con un camisón blanco de seda pidiéndome que me lo pusiera, a continuación, sacó una pequeña bolsa de terciopelo que llevaba metida en uno de los bolsillos de su chaqueta; me la dio diciendo que era para mí. Metí la mano despacio y percibí algo metálico y frío en su interior, miré a René quien me hizo varios gestos para que sacara lo que contenía la bolsa, y lo hice sobre la butaca. Era un collar a juego con los pendientes. Me quedé un poco sorprendida, parecía muy antiguo, y si lo era, estaba muy bien conservado. Lo tuve entre mis manos mirando el conjunto, tras breves instantes se acercó René para ponerme el collar, luego me puse yo los pendientes. Aquello era una novedad, y parecía un estímulo más para René porque no dejaba de mirarme, por lo que le di las gracias de forma insinuante mientras me iba paseando por todo el dormitorio, él se rio, y luego me cogió de la mano para llevarme delante del enorme espejo para que me viera.

—No pretendo que salgas a la calle con estás joyas puestas —enseguida pensé que ni me lo hubiera planteado jamás. Parecían buenas, pero no le pregunté nada sobre ellas, y di por hecho que verme con ellas le gustaba, por lo que seguí provocándole con mis insinuaciones. Estaba a punto de besarle cuando me lo impidió, para decirme, que si me gustaban me las podía dejar puestas, pero que siempre las tratara bien porque eran muy valiosas para él. Me acerqué de nuevo al espejo y me contemplé otra vez. Era un conjunto muy recargado, con muchas piedras de un color fosco formando dibujos indeterminados. Me resultaba un poco pesado, pero me lo dejé puesto para complacerle.

—Espero que te guste mi regalo, Diandra, eran de mi madre —al oírle se me agitó el corazón. René se acercó hasta el espejo.

—Estás tan bella...toma —me dio una fotografía. Me quedé mirando la imagen, era de una mujer morena con el pelo largo, no tendría más de treinta años, pero era difícil de precisar porque antiguamente la edad de las mujeres no estaba tan clara como en pleno siglo XXI. Me pareció muy guapa, y sus ojos oscuros y grandes eran muy parecidos a los de René. Le dije que había sido una mujer muy bella, y le devolví la fotografía; se sentó en la cama con ella en la mano.

—Entiendo que la eches de menos —dije, y me acerqué hasta la cama para sentarme a su lado, entonces él hizo un comentario sobre su madre que me confundió.

Era indudable que la quería, pero parecía que le guardaba rencor y se lo pregunté un poco insegura, pero no aportó nada esclarecedor, solo me dijo que el tiempo pasa, y guardó la fotografía. René se quedó ensimismado, yo volví delante del espejo y le observé un rato a través del cristal. Deseaba creer que estaba equivocada y que las cartas eran auténticas, pero por otro lado deseaba que fueran falsas, y que Francine solo fuera una farsante. Examinaba toda la escena, absorta en ella y en mis pensamientos, y todo se mezclaba desmedidamente produciéndome un gran desasosiego; René seguía callado. Me quité los zapatos para tumbarme en la cama cerca de él, enseguida se giró un poco para mirarme, luego pasó la mano por el collar, diciendo, que yo le hacía muy feliz, que no podría concebir la vida sin mí. Se durmió con su mano en mi vientre.

## CAPÍTULO 22

Todo era desmedido, estaba muy inquieta mientras hacía mi trabajo, me dolía la cabeza, y esa mañana el tiempo que tenía para almorzar lo utilicé para llamar al señor Fahrenheit; no podía seguir en la ignorancia. La llamada no me sacó de dudas, el experto llevaba una temporada con alergia, nada grave, pero había recaído y todavía no podía decirme nada acerca de las cartas. El hombre necesitaba un poco más de tiempo, mientras el mío seguiría en suspenso.

No adelantaba nada en ninguna dirección, y perder el tiempo nunca me había gustado. Cada día que pasaba estaba más molesta con todo, más arrepentida de haberme ido a Bayeux, de muchas cosas que había hecho, hacía mucho que no reía, o lo pasaba bien con algo, un gran círculo del que pareciera que nunca iba a salir. Después de mucho tiempo rompí a llorar con esa rabia que da la impotencia, sentía desconsuelo, y me estuve desahogando un buen rato antes de llegar a casa; una casa que me seguía pareciendo un museo. Llevaba días descansando fatal, y me quedé dormida en el sofá del salón. Cuando me desperté René estaba a mi lado. Ya era tarde.

Seguía sin tener noticias de nada, la impaciencia subsistía en mí, y por primera vez detesté a Eleonor, el baúl, a todo cuanto hacía referencia a Francine y sus augurios, todo hubiera sido distinto si no hubiera entrado en la tienda de vestidos. Todo era tan diferente a lo que yo alguna vez idealicé.

Me estaba preparando algo de comer cuando sonó el teléfono. Me quedé blanca en segundos. El experto me confirmó, sin lugar a dudas de ningún tipo, que las cartas tenían dos siglos, y puede que algo más; me dijo que podía pedir una segunda opinión. Tras escuchar al señor Fahrenheit me alegré, pero no supe cómo reaccionar ante la noticia. Todo lo que había estado elucubrando no eran más que eso, creaciones de mi mente, y tendría que ver a Francine. Saber que mi esposo era inocente me dio un poco de tranquilidad. Me di un baño, y esperé a René con otro talante.

Más relajada estuve pensando en mi hermano, en cosas de mi niñez que había compartido con él, en Pierre, en todo lo que había superado para llegar a donde estaba, ¿y dónde estaba? Miré mi alianza, el cielo estrellado, y supe que aquello no me podía estar pasando sin más. Quería que todo se esclareciera, y para ello

necesitaba tantas respuestas. El asunto era más complicado que cualquier cosa que nunca hubiera hecho, todo estaba envuelto por un aire de trágico y doloroso misterio, y ese tipo de cosas nunca se me habían dado bien, a pesar de mi trabajo. Me gusta la sencillez, las cosas ordinarias, una existencia plana como decía mi mentor el señor Edward.

Estaba recordando a mi padre cuando sentí a René. Se quedó detrás de mí, aspirando mi perfume de lilas, le pregunté algo y me dio delicadamente la vuelta.

—Sí, te quiero a ti abajo cerca de la chimenea, ahora —bajé lentamente.

Encima de la mesa del salón había una botella de champán descorchada y dos copas. René me besó, luego me pidió un brindis por los dos, diciendo, que esa noche nunca la iba a olvidar. Oírle me dejó desorientada, y ya bastante confusa había estado. Su revelación me dejó paralizada.

Quería que yo fuera feliz, que no me sintiera tan sola cuando él estaba ausente, y llevaba una temporada intentando que pudiéramos residir en Coventry, él trabajaría sin ningún problema desde allí. Tenía previsto comprar un pequeño avión, una ganga según me explicó, y también estaba a punto de saber si me concedían un trabajo en el museo de Fitzwilliam, en Cambridge, aunque si yo no quería no tenía que trabajar. Había estado consultando con dos agentes inmobiliarios, y entre todas las viviendas que le habían enseñado tenía tres elegidas, y era yo quien debía decidirme por una de ellas. Loren aún no había empezado a ir al colegio, por lo que con eso tampoco había problema. René nunca me adelantaba sus planes, me decía las cosas cuando ya había manejado sus influencias, cuando ya solo dependía de mí aceptar, aunque no estuviera de acuerdo, o tirar por tierra todo cuanto él hubiera conseguido.

Estar cerca de mi familia era algo que me había tentado en varias ocasiones, y vivir en París para mí no tenía nada de extraordinario, trabajar en el Louvre me gustaba, me agradaba estar en la casa de Bayeux, y, sobre todo, lo que más me tranquilizó fue pensar que estaría muy lejos de Adam. Al recordarlo le dije a René que me parecía muy bien lo que me estaba planteando, y pude ver en su cara la absoluta satisfacción; él siempre lograba todo lo que se proponía. Brindamos por la nueva vida que en breve llevaríamos, yo estaba un poco asombrada, y pensando, que ya nunca más tendría que ver a la anciana.

Sin duda en Coventry viviría sin más sobresaltos, tendría cerca a mis padres, a mi hermano, podría consultar cosas con el señor Edward, ver a mis amigas, me

animé y le pedí a René que me sirviera más champán. Ver que sus planes habían sido tan bien aceptados por mí hizo que se viniera arriba, tenía dibujada una sonrisa que me dedicaba cuando chocaban nuestras miradas, sus besos no se hicieron esperar, y nos tumbamos encima del gran sofá. Comencé a acariciar a René muy sensualmente, y él se sorprendió, porque la noche que salí del salón huyendo de sus brazos me justifiqué diciendo que hacer el amor en el sofá no me parecía apropiado.

—Has cambiado de idea —comentó levantándome la cara. Miré a René fijamente y sentí su amor y deseo hacía mí, y le aseguré que pronto tendríamos otro hijo.

—Diandra, tenemos que marcharnos de aquí primero, ¿recuerdas?

No le oía, estaba abstraída de todo, solo escuchaba su respiración, intenté acompañarla con la mía, deleitarme con su olor, saborear como nunca sus profundos besos, e imaginar que ya estábamos en Coventry. René olía mi perfume, luego besaba mi cuello, mis senos, todo se fusionaba entre los dos, todo se mezclaba en mi cabeza. Cuando terminamos le hice un guiño al sofá, René se levantó para beber un poco, me dio a mí de beber, y después subimos al dormitorio.

Me puso el collar de su madre y se acercó hasta la cama, se quedó mirándome; aquello me recordó a nuestra primera vez en París. Le dejé un rato que me contemplara, hice gestos para provocarle, removía lentamente mi pelo mientras me mordía los labios, él empezó a sonreír y me pidió que fuera a su lado. Estuvo un rato acariciando mi oreja con su lengua, diciendo esas cosas anticuadas que tanto le gustaba susurrarme, hasta que una de ellas hizo que me conmoviera. Me incorporé para preguntarle de dónde había sacado sus últimas palabras, seguramente las decía de forma inconsciente, por eso se quedó desconcertado con mi interrupción, y solo quiso estar seguro de que me estaba gustando, algo que afirmé para que continuara. Esa noche fue la más intensa de todas cuantas había compartido con él en la cama. Volví a sentir esa sensación de familiaridad, a reconocer su boca que ya había sentido en la mía antes, estaba más turbada que nunca con René, y antes de dormir, le pedí que se metiera conmigo en la ducha. Pasé la esponja por su torso, por las nalgas que él contraía, y al sentirla en sus partes íntimas se disparó su respiración. Su agitación a mí me excitó de forma especial, y dejé que corriera el agua entre los dos mientras René besaba y lamía mi vientre, las caderas, el interior de mis muslos y proximidades.

Los días siguientes estuve resolviendo el tema de mi trabajo en el Louvre, en la

guardería de Loren, y de los servicios médicos, y dimos recomendaciones sobre la persona de servicio para que la contrataran en alguna casa; le era muy complicado ir con nosotros a Coventry. También me despedí en algunos sitios que frecuentaba sola o con René. En la librería adquirí un libro sobre arte francés, el último que compraría en París; al salir me quedé mirando el escaparate distraída. Tuve que despedir a la niñera y al jardinero, ese día, hacerlo me entristeció, pero había muchas ventajas para mí, por eso se me pasó pronto la pena y me tomé un baño para relajarme, lo acompañé con un poco de música y un delicioso té. En dos semanas estaría en mi nueva casa, más pequeña, y más cerca de los míos. A cuatro días del traslado René me dijo que estaríamos un día en Bayeux porque debía coger documentación que guardaba en su despacho, y dejar zanjado un tema de la vivienda, me dijo que mientras podía ir a despedirme de Francine, y darle nuestra dirección para no perder la comunicación con ella, al escucharle me alteré, y le dije que lo pensaría.

—Diandra, qué tienes que pensar, esa mujer parece que te aprecia mucho, aún recuerdo su preocupación por mí cuando te fuiste a la casa rural tu sola.

René nunca me había contado que sabía de la supuesta preocupación por él de Francine, yo no quería que siguiera hablando de la anciana, que dijera algo sobre las cartas, y cambié de tema durante un rato, pero sabía que no me podía arriesgar a que la mujer se enterara de dónde estaba yo, y fuera capaz de hacerme una visita a Coventry, porque después de todo lo que había pasado la veía capaz de cualquier cosa y, finalmente, le dije a René que iría a verla.

La noche antes de irnos me metí en la sala de lectura, aún quedaban allí dos cajas de la mudanza con mis novelas, unos libros de diseño y el baúl de mariposas; me quedé en aquella sala sentada en el suelo. Las cartas seguían en mi poder, no tenía valor para tirarlas, tampoco tenía claro que iría a ver a Francine, pero tras recordar a Eleonor decidí que iría para que la anciana las guardara; le devolvía las cartas y me olvidaba de todo el asunto. Por fin empezaría una nueva vida para mí, y todo lo que me había pasado solo era una experiencia más, y algo había aprendido con ella: Había aprendido cosas sobre mí. Unas mejor que otras, algunas desagradables, cosas que nunca hubiera creído posible vivir. Debía tomarlo como una enseñanza de la vida, bastante rocambolesca, que había durado demasiado, pero nada más. En algún momento todo quedaría olvidado, y viviría muy feliz en Coventry.

René y yo teníamos que ausentarnos de la casa, le pedí a la niñera que nos



acompañara a Bayeux para cuidar mientras de Loren. Antes de ir a ver a Francine subí a la buhardilla, me impresionó verla completamente vacía. René habría mandado tirar todo lo que había allí arriba y limpiar. El baúl seguía en su prisión, solo, y abandonado en una esquina, me acerqué y comprobé que tenía dentro todas sus pertenencias. Allí continuaría, olvidado por mí.

Me fui andando, con mi mejor actitud y el pequeño baúl de mariposas. Cuando Francine me vio supo que algo no le iba a gustar. Me lo dijo nada más abrir la puerta de su casa.

—Aquí las tiene –dije refiriéndome a las cartas, y dejé el baúl encima de la mesa de la cocina. Me aclaró que no era necesario que las cartas las tuviera ella. Le pedí que se las quedara porque me iba a marchar para siempre de París.

—No puedes hacer eso, debes esperar a que termine mi trabajo. Le expliqué que no había sido solo decisión mía, y puesto que yo no podía estar delante mientras ella hacía lo que fuese por mí lo mismo le daba donde estuviera yo.

—Es necesario –me respondió, y me dijo que algo le había ocultado porque le estaba resultando casi imposible terminar su labor para ayudarme. Me quedé pensando, acto seguido le juré que había sido totalmente sincera, que le había contado todo, incluso detalles innecesarios de mi infidelidad. Ella añadió que entonces me había engañado yo, y la cosa seguiría detenida a causa mía.

Aquella conversación en la cocina era más de lo mismo de siempre, y podía estar otros tres años más dándole vueltas a algo que no entendía, que en realidad no debía haberme importado nunca. Le dije que me hubiera gustado conocerla en otra situación, que le deseaba lo mejor, y que me marchaba para poder empezar a ser feliz y estar tranquila.

—No te importa Eleonor –al oírla me paré. Me di la vuelta para decirle que hasta ella había conseguido estar junto a su amante, y que había sido muy valiente.

—Diandra, no se trata de valentía –afirmó tajante. Le pedí que me contara la historia que ella conocía sobre Eleonor o me marchaba; me pidió que me sentara. Empezó diciendo que nunca habían sido felices, algo que ya me había dicho y yo no había querido aceptar, y como lo desaprobé de nuevo, intento captar mejor mi atención diciendo que yo había aligerado en gran medida la carga de René, que gracias al cruce yo no había muerto, y el destino de mi esposo había sufrido variaciones en su rumbo. Le pregunté entonces por qué siempre me decía que debía estar muerta.

—Porque al principio creía que eras francesa. Le dije que entonces debía entender que cualquier mujer que hubiera mantenido relaciones sentimentales con René hubiera muerto solo por ser francesa. Me contestó afirmando con rotundidad.

—Usted siempre me decía que le dejara –reproché al acordarme.

—Solo te protegía. Cuando supe que eras inglesa respiré aliviada. Tu esposo siempre ha estado muy bien rodeado por bellas mujeres, fue una suerte para él fijarse en ti.

Le aseguré que no se trataba de suerte, que si me había elegido había sido porque se había enamorado de mí, y eso nunca le había ocurrido antes.

—Diandra, eso no es algo que dependa de decisiones o deseos humanos, es algo que trasciende más allá de las leyes terrenales. Cuando te vi me quedé muy asombrada.

Le recordé a Francine que yo no creía en esas cosas, y le pregunté qué fue lo que le llevó a pedirme que me probara el vestido la primera vez que nos vimos.

—Fue un acto inconsciente, luego supe que serías un caso difícil, además eres muy obstinada, a veces no entiendo cómo te dedicas con tanto éxito a lo que haces, viendo cosas que pasan inadvertidas para la mayoría de las personas. Esa tarde en la tienda me recordaste a ella.

— ¡A Eleonor!

—A Chantal, la primera y única novia de tu marido. Su nombre significa piedra, y ella murió al golpearse la cabeza con una, no sé si te lo habrá contado René.

— ¡René se fijó en mí porque me parezco a su novia de la juventud! –solté enérgicamente. Le dije a la anciana que eso me parecía una tontería, y que bien seguro algo más habría visto en mí para querer hacerme su esposa y madre de su hijo.

La mujer me expuso que entendía mi incapacidad para entender algunas cosas, mi falta de compromiso, y a que la contradijera la mayoría de las veces, pero me advirtió que no pusiera sus palabras en duda bajo ningún concepto, y añadió, que no solo me parecía en el físico. En ese momento miré la hora, llevábamos más de una hora hablando, y yo seguía sin saber sobre la historia de amor que tenía casi dos siglos; solo había oído sandeces. Le pedí a Francine que continuara contándome cosas de Eleonor, y se puso a relatar sin dejar de mirarme.

—A pesar de ser una mujer muy adelantada para su época, e inteligente, Eleonor fue muy desgraciada porque hizo las cosas muy mal, no fue precavida, y cometió un terrible error. El padre Jean, que la estuvo ayudando y protegiendo, no lo sabía tampoco. Cuando nació el niño fue una gran sorpresa y una gran decepción para todos. Ella juró y perjuró que era de su prometido, pero nadie le creyó, por eso la mantuvieron alejada de todo. En aquella época no existían los adelantos que hay en la actualidad, y tardaron casi tres años en averiguar la paternidad del niño, casi el mismo tiempo que Eleonor estuvo escribiendo las cartas.

—Al padre del niño, su amante —dije muy segura.

—A su prometido, Diandra. El niño era negro, porque al parecer, según las averiguaciones, el que se iba a convertir en su esposo tenía parientes lejanos negros.

Me imaginé el gran impacto para todos cuando vieron al bebé, pero Eleonor fue injustamente acusada, me dio pena, y le pregunté a Francine qué había pasado con el amante. Me dijo que nunca más se volvieron a ver, y que al poco de regresar su prometido, Eleonor se casó con él, y tuvieron otro hijo.

Le dije a la anciana que entonces, según lo que me había contado, finalmente todo se hizo correctamente, y fueron una familia feliz.

—Diandra, siempre contradiciendo todo cuanto te digo... Eleonor nunca fue feliz, solo hizo lo que los demás la impusieron, y su amante, al enterarse de que Eleonor había decidido quedarse con su prometido se quitó la vida. A pesar de su delicada salud, debido principalmente a su sufrimiento, Eleonor murió a la edad de ochenta y nueve años, sin confesar nunca la verdad sobre sus sentimientos. Ella realmente nunca hubiera querido quedarse embarazada de su prometido, por eso te dije que no había sido precavida, de lo contrario podría haber roto su compromiso, y haber sido muy feliz con su amante. Era a su prometido a quien le escribía las cartas, le apartaron mientras estuvieron haciendo las averiguaciones sobre la paternidad. El hombre le decía al padre que le hiciera saber a Eleonor que iba a ir a buscarla, cosa que hubiera sido muy peligrosa, por eso ella le suplicaba en las cartas que no lo hiciera.

— ¿Pero por qué la mantuvieron retenida, Francine? —dije tras el silencio de la anciana.

—Para que no siguiera viéndose con su amante, nadie le conocía, y creían que el niño era suyo.

— ¿El padre Jean tampoco lo sabía?

—No, nadie. La verdad solo la sabía ella.

Reflexioné sobre todo lo que había escuchado. Si era la verdad yo había estado equivocada la mayor parte del tiempo, y sin duda era una historia más dramática de lo que yo había creído, con una muerte de por medio. Me emocioné al imaginarme el dolor que pudo sentir Eleonor al enterarse, y en ese momento recapacité. ¿Cómo podía Francine conocer tan desgarradora historia? Ella había encontrado el baúl en la buhardilla de casa de René, había leído las cartas, y había creado la historia que me acababa de contar, y teniendo en cuenta que parecía gustarle el drama, la invención no podía ser de otro carácter. Le pregunté muy seria cómo conocía ella, de forma tan precisa, la historia de las cartas.

Me desveló que lo suyo era un don que habían tenido todas las mujeres de su familia, un don especial con el cual iban ayudando a resolver las cargas de las personas que les eran asignadas, y que estas iban arrastrando vida tras vida a través de los siglos, y me volvió a decir que yo le había puesto las cosas muy complicadas.

— ¿¡Me está hablando de reencarnación!?! —expresé, de nuevo sorprendida.

—Sí, Diandra, puedo interceder por esas personas, por ti, con energías superiores, y así aligerar vuestra carga kármica, con todo eso que se arrastra una vida tras otra porque está sin resolver. Pero contigo me he quedado detenida, algo me impide terminar.

—Tómame el tiempo que necesites para pensar dónde está el engaño, tienes que decírmelo antes de irte.

No sabía qué decirle, ya tenía claro el tema de las cartas, y seguía pensando que había sido totalmente sincera. Le dije a la anciana que si no podía continuar lo dejara, igualmente le estaba muy agradecida por su dedicación, y le aseguré, que en cuanto estuviera en mi nuevo destino sería muy feliz, por lo tanto, no tenía que preocuparse más por mí, ni pedir nada más a las energías del cosmos.

—Ya veo que solo has entendido lo que te he explicado, en eso me alegro de haber despejado todos tus interrogantes, pero te vuelvo a repetir, Diandra, tienes que decirme la verdad —en ese momento la miré molesta, ella se puso autoritaria.

—Diandra, he tenido contigo en todo momento la mayor paciencia, he aguantado tus malos modos, esa obstinada forma tuya de proceder, tu negativa a creer en mis palabras cada vez que nos hemos encontrado, cuando has venido

aquí a mi casa, pero no puedo dejar esto sin acabar, no es algo que yo haga por gusto, ni por imposición, es mi karma, sí, yo también lo arrastro, como todos los seres humanos, y te garantizo que soy muy feliz. Si te marchas tendré algunas dificultades, y mi trabajo siempre ha sido impecable.

Le di de nuevo las gracias por preocuparse tanto por mi bienestar, había estado tres años con lo mismo, eso ya me parecía un trabajo impecable, y le prometí que estaría bien y feliz para que ella se quedara tranquila y poder marcharme. Ella se acercó para decirme que no solo me afectaría a mí, y que ella tenía que terminar.

Ya era tarde y debía volver, y la anciana iba a seguir con lo mismo porque era terca a más no poder, le dije que, si era su deseo que terminara, pero que yo me marcharía al día siguiente a mi nuevo destino, luego le señalé el baúl, y me fui.

En todo momento pensé que había hecho lo correcto, y era yo la que había tenido la paciencia de un santo. Tres años largos aguantando las sandeces que me decía Francine cada vez que me tenía delante, albergando temor por las cosas tan desagradables que me decía, vivía con miedo a encontrármela en cualquier momento, tres años para contarme una trágica historia de amor, desde luego era la reina del suspense, y toda la culpa la había tenido yo por seguirle el juego, pero había algo...que no me terminaba de encajar.

Esa noche le conté a René que había visitado a Francine como él me había sugerido, y que por fin la anciana sabía el mensaje de las cartas que yo había estado leyendo. Me dijo que se alegraba de que le hubiera hecho caso, así la mujer ya no me molestaría más tras yo haberle revelado dicho mensaje.

—Se las he devuelto —añadí, y dejé el tema porque René no había entendido nada puesto que yo tampoco se lo había explicado nunca, pero ya daba igual. Solo quería olvidarlo todo.

## CAPÍTULO 23

La nueva residencia en Coventry era justo lo que yo siempre había querido, a René le parecía algo pequeña, a mí me seguía sobrando espacio. Había mucho menos que llenar, y me resultaba más cómodo, todo me pareció bien, tan solo cambié las cortinas de mi dormitorio, y los estantes en el de Loren. Estaba colocando las toallas en los cuartos de baño cuando llegaron mis padres. Al poco llegó René, y pasamos la mejor tarde en mucho tiempo. Mis padres vieron la casa, estuvieron jugando con su nieto, y brindamos todos juntos por nuestra nueva vida en Coventry. Antes de despedirse, mi madre me dijo que estaba muy orgullosa de mí. Al día siguiente me reuní con Pierre y con mi mentor, el señor Edward, los dos me congratularon por mis logros, ya lo habían hecho por teléfono, pero esa tarde iba acompañado de besos y abrazos por partida doble, lo que hizo que me sintiera muy feliz. Le prometí a Pierre que nos veríamos en breve, y yo le contaría todo lo que había descubierto sobre el tapiz de Bayeux.

Mi incorporación en el museo de Cambridge fue una semana después del traslado. Me acogieron muy bien, el ambiente era muy tranquilo, y curiosamente, en muchos momentos eché en falta al señor Fabrice, siempre tan alegre, y atento conmigo. Solo debía acostumbrarme al nuevo ambiente, ir adquiriendo confianza con los compañeros, y así habría más dinámica a mí alrededor. Algunas veces, cuando terminaba mi jornada, me iba a contemplar las obras de Tiziano, y Veronés, mis predilectos, pero cuando más disfrutaba era en la sala de antigüedades, donde se encontraban algunos sarcófagos egipcios, y un libro de oraciones bizantinas del siglo XI. La primera vez que lo vi recordé mis oraciones a los arcángeles, y el tiempo que había perdido para nada.

Mis vestidos, el traje azul cobalto, todo se había quedado en Bayeux, solo algunas de mis novelas y libros estaban en la librería de mi nuevo hogar. El collar a juego con los pendientes de la madre de René fue lo único que me llevé, le había pedido a mi marido que lo guardara en la caja fuerte por seguridad, pero la realidad era muy distinta; quería que todo mi pasado quedara atrás, fuera de mi vista. Desde mi llegada a Coventry era más consciente de todo, y supongo, que mis momentos de abstracción pasados, eran tan solo mi forma de escapar en muchos momentos de la realidad, de situaciones que me hacían daño, y a pesar de ello, seguía pensando que tan solo eran majaderías para manipular a los crédulos, y Francine era una gran experta en ello. Habían pasado ya tres meses, y

poco a poco iba recobrando mi tranquilidad, el equilibrio en mi vida.

— ¡Mi amor! —escuché por sorpresa y fui hasta la entrada. Me encontré a René que estaba delante de la puerta, muy sonriente, y rodeado por varios paquetes de tamaño medio. Me dijo que en ellos estaba todo lo que me había olvidado, y se acercó para darme un beso. Le di las gracias, no sabía exactamente qué contenían las cajas, y al ver mi reacción, me dijo que no fuera impaciente, que lo descubriría una vez que todo estuviera arriba, en nuestro dormitorio.

Como me temía, dentro de las cajas estaban los vestidos, el traje azul cobalto, dos perfumes que olían fatal, un cofre de plata y la caja antigua de cristal de murano que me había regalado Sophie, y más cosas que no me apetecía ver, y menos tener allí en Coventry. Ver todo aquello me producía malestar, inseguridad, porque no quería tener nada que me recordara mi estancia en Bayeux, en París. René creyó que me había olvidado de cogerlo, cuando lo que quería era olvidarlo. Lo dejé todo dentro de las cajas y lo guardé repartido en el fondo de dos armarios. Cuando terminé me fui a casa de mis padres para recoger a Loren. Mientras conducía tuve un presentimiento, y no me gustó nada.

Esa noche estaba inquieta, era la primera vez desde mi llegada, y la misma sensación que tantas veces había sufrido antes de volver a Coventry. Me di un baño y me tomé una infusión relajante, pero no remedio nada. Era una inquietud interior que me producía una gran desazón, después a ello se unió una extraña angustia, y por momentos tenía ahogos, al rato me puse muy triste. Aquel estado me ocurrió con frecuencia, al principio creí que podría estar embarazada, pero cuando salí de dudas me preocupé más. No tenía ningún motivo para encontrarme así, y me sentía muy mal en cualquier sitio cuando me pasaba de repente. Una mañana me acordé de algo que me llevó a pensar en Francine, y especulé con la posibilidad de que todo me podía estar ocurriendo por haber dejado las cosas a medias, por no haber esperado a que la anciana terminara el trabajo que estaba haciendo por mí; otra vez estaba cuestionando muchas cosas, recordando.

Pasaban los días y más intenso era todo, volví a tener la sensación de familiaridad, y a sentir a René de forma parecida a cuando nos conocimos. Me emocionaba con demasiada frecuencia sin una razón que lo justificara, y en la cama no me reconocía cuando mantenía relaciones con René; estaba confusa y preocupada.

Nunca me había ocurrido, pero empecé a tener dolor de cabeza a menudo, sabía

que era por la tensión emocional, y no encontraba forma de ponerle fin. A veces tenía que tomarme un analgésico en el museo para poder continuar trabajando, y muchas tardes llamada a mi madre para decirle que estaba muy ocupada porque no tenía ánimo para salir a la calle.

Se me habían marcado las ojeras, y a veces sufría ligeros mareos que me provocaban dar un traspié. René enseguida se dio cuenta de mi estado anímico y me pidió que fuera al médico, le pedí que no les dijera nada a los míos, me prometió no hacerlo porque no creía que fuera nada importante, y con toda seguridad solo era falta de vitaminas y descanso. Me realizaron una analítica y varias pruebas, y tras esperar unos días a los resultados, me dijeron que no debía preocuparme porque todo estaba correcto. René se alegró de mi buena salud, me dijo que tenía que descansar más, y que fuera a que me dieran un masaje; me di dos en el transcurso de quince días; esos días dormía algo mejor, y descansaba un poco a media tarde.

Me sentía físicamente más ligera, pero mi ánimo no mejoraba, y empecé a tener sensaciones raras. De nuevo apareció la inquietud interior, me ocurría de repente, y a veces me duraba hasta varias horas, las emociones de tipo sentimental me dominaban, unas veces por exceso otras por defecto, y en el caso último me encontraba muy incómoda en la cama con René. A veces me iba a dormir al dormitorio de Loren en mitad de la noche, y por la mañana me excusaba diciendo que el niño había llorado reiteradamente, y por supuesto, René me aseguraba que no había oído nada.

Después de seis meses en Coventry me sentía peor que nunca en toda mi vida. Llegué a pensar que los médicos habían pasado algo por alto, y yo tenía alguna enfermedad rara. Estaba comiendo mucho mejor, descansando, y seguía con los masajes, no sabía qué más hacer para sentirme mejor. René estaba preocupado por mí, y mi madre ya estaba enterada. Me sometí a nuevas pruebas, y con ellas también se descartó una posible depresión, el síndrome de fatiga crónica. Mi columna, mi corazón y demás órganos estaban bien. Los médicos no sabían que más pruebas hacerme, y yo me aficioné a los analgésicos que en realidad no me servían de nada.

Estaba tomando un baño, René estaba en el dormitorio a pocos metros, le oía contándome algo de sus negocios en España, de acuerdos que había firmado en Holanda, cuando de repente, Francine apareció en mi pensamiento con mucha fuerza. Vi claramente su imagen en mi cabeza, como la anciana rezaba por mí,



como me pedía que le dejara terminar, y luego me miraba fijamente enfadada, y con los ojos en blanco, en ese punto se aceleró mi respiración, y me incorporé de la bañera donde había permanecido recostada un rato.

—Terminas ya –me dijo René desde la puerta de cuarto de baño.

Esa noche cenamos en casa de mis padres, y en esa ocasión, mi madre me dijo que me llevara la lamparilla con forma de mariposa para ponerla nuevamente en el dormitorio de Loren. La petición de mamá, y los recuerdos durante mi baño horas antes, hizo que pensara con lucidez en sucesos que me habían ocurrido en Bayeux, en la casa rural, en Eleonor...

—Mi vida por tus pensamientos –me dijo René en la sala de lectura, y me abrazó. Mientras leíamos tuve varias ideas que me fueron llegando instintivamente, que, si bien en un primer momento me parecieron absurdas, después de un rato me pareció que podían solucionar algo. No tenía nada que perder dada mi situación, y sin sopesarlo mucho se lo conté a René.

— ¿En serio? –expresó, y su mirada amable me tranquilizó.

—Ya presentía yo que echarías de menos a tu amiga. Me parece muy buena idea, Diandra –añadió, dejándome gratamente sorprendida.

Tenía pensado justificarme diciéndole a René que tenía que ir a Bayeux a recoger algo que me tenía guardado el señor Fabrice en el museo, pero me alegré de haber sido tan sincera. René solo me pidió que fuera a Bayeux en nuestro avión, y así todo sería más rápido y cómodo para mí. Ante su buena disposición con mi deseo de ver a Francine, acepté.

Dos días después ya estaba en Bayeux; al rato de llegar se me pasó el dolor de cabeza. Antes de ir a casa de la anciana quise pasar por delante del museo. Al llegar me paré delante del edificio y lo observé unos minutos; me habían pasado tantas cosas en aquel museo...

Ya en la puerta de Francine respiré profundo varias veces, como siempre hacía.

—Diandra...Siempre tardas demasiado, pasa –tras saludarla la seguí.

Parecía que la anciana me esperaba, que sabía que en cualquier momento yo iba a aparecer, y se lo dije.

—Contigo siempre hay que esperar, pero por fin podré terminar el trabajo.

Le empecé a explicar por qué había ido cuando me interrumpió.

—Eres muy fuerte, nadie aguanta tanto tiempo las señales sin poner remedio, en tu caso han sido tan evidentes, tan continuas, pero eres tan difícil para entender — la miré diciendo que ya tenía lo que quería, mi presencia allí, y como no decía nada se lo repetí acercándome.

—Ya he venido, como era su deseo.

La anciana me explicó que yo no había ido por voluntad propia, que me habían llevado allí las señales, porque cuando no somos capaces de tomar decisiones hay mecanismos que lo hacen por nosotros, y que no se trataba de un deseo de ella, era lo que yo debía hacer.

— ¡Estar aquí! —grité. Luego, más calmada, le dije que había hecho todo cuanto me había pedido y aun así yo estaba mal, y seguiría viviendo en Coventry. Me miró diciendo que ya sabía lo que yo le había ocultado, por eso había estado adelantando su trabajo por mí mientras yo decidía ir a verla.

—De acuerdo, dígame entonces qué es eso tan grave que le he ocultado. Me preguntó si recordaba lo que había leído en las cartas, especialmente como se dirigía Eleonor al hombre al que iban destinadas.

—A su prometido, ¿se refiere a él? —Francine asintió con la cabeza.

—Le llamaba siempre querido —afirmé.

—Exacto, Diandra, porque realmente no le amaba. No le juró su amor para siempre, en cambio si se lo juró a su amante, por eso podría haber sido muy feliz con él, pero decidió casarse con el padre de su hijo solo por hacer lo que los demás consideraban lo correcto.

Me quedé pensando, para acto seguido preguntarle cómo era conocedora de todos los detalles de la historia, como había llegado el baúl hasta sus manos. Le pedí que me lo esclareciera todo. Me dedicó una mirada de complicidad mientras me pedía que me sentara. Francine se puso a relatar.

El baúl había pasado por muchas manos, todas de las mujeres de su familia, al igual que la información, que era bastante precisa, a pesar de que el baúl estuvo perdido cuarenta años, tiempo durante el cual las cartas sufrieron un importante deterioro, hasta que de nuevo aparecieron, con todo lo demás, en la puerta de una residencia de monjas, y estas, se las devolvieron a una antepasada de Francine. A través de los siglos mucha gente era conocedora de la existencia de otras personas con don, que, como la anciana, ayudaban a determinadas personas que eran incapaces de resolver conflictos pasados, y entonces eran guiados por

estas personas con don como lo estaba siendo yo. En casa de René también vivió la madre de Francine, quien le pasó a ella el baúl, habiendo permanecido este mucho tiempo en la buhardilla. También me dijo que no era casual que yo hubiera ido a Bayeux, porque el destino deja muy poco o nada al azar en estos casos.

Después de un rato intentando asimilar todo lo que había escuchado, le dije que seguía sin saber qué tenían que ver las cartas conmigo, si todo aquello era porque las había leído sin su permiso, o había hecho algo indebido respecto a ellas.

—No se trata de algo indebido, Diandra, se trata de lo que no hiciste cuando tuviste la oportunidad, lo quisiste tapar con un amor falso, con un falso perdón, pero eso solo ha servido para seguir alargando algo que, como siempre te he dicho, tiene que ocurrir.

En ese momento me acordé de Sophie, y pronuncié el nombre de Adam en voz alta, y suspiré.

—Bien, Diandra, veo que ya vas entendiendo, y yo entiendo que te lo debo explicar todo muy despacio, aunque a estas alturas eso ya no importa.

— ¿¡Quiere que me lie con Adam, que deje por él a mi marido!?! —expresé con estupefacción.

—Nada te une a René, al igual que nada unía a Eleonor con su prometido, y los hijos no cuentan en esto, tampoco tu boda. Diandra, estoy segura de que tú solo le prometiste amor para siempre a un solo hombre, y solo con él serás feliz, tienes que ir a su encuentro, es la forma de no seguir arrastrando este sufrimiento en tus vidas futuras, de enmendar lo que otras mujeres antes que tú no pudieron.

Por momentos pensé que la anciana estaba mal de la cabeza, se había dedicado sin descanso a pedirme que me casara con René, que olvidara todo lo demás, y que no le diera tanta importancia a la infidelidad, y pretendía que destruyera todo lo que había conseguido, y me fuera a buscar a un hombre que solo me había dado problemas. Le recordé muy sería que ella había estado amargándose la existencia, y que además quería complicarlo todo mucho más, y que no entendía qué ayuda era esa por su parte.

—La vida te la has estado amargando tu sola por hacer siempre lo que otros querían, y todo lo sucedido, solo ha sido una forma, como otra cualquiera, de conocer a tu amante. Reconozco, que a veces el destino es un poco juguetón, y

no lo pone fácil, pero eso también es consecuencia de la carga, cuanto mayor es hay más dificultad.

— Vas a seguir amargada...Eleonor —me levanté súbitamente mirando a Francine.

— ¿¡Que ha dicho!?!...

—Sí, has oído bien, y supongo, que te habrá acompañado en muchos momentos ese sentimiento de reconocer cosas, a personas, aun siendo la primera vez que las veías, tú las has elegido siempre, pero eran atraídas hacia ti por ese sentimiento. Todo eso siempre te acompañó, da igual donde estuvieras, o simplemente te gustó especialmente en vidas pasadas.

— ¿¡Me parezco a Eleonor, está reencarnada en mí!?

—En el carácter bastante, algo te pareces... ella tenía una belleza distinta. Sigues sin creer nada de lo que te he ido contando, verdad —no era capaz de articular palabra, me volví a sentar y ella continuó hablando.

—Te conmovían las palabras de Eleonor, por eso leíste los tres paquetes de principio a fin, y también algo tuviste que percibir en determinados momentos, alguna palabra de alguien, expresión, su forma de tratarte, es frecuente que pasé, son señales inequívocas, pero a menudo pasan inadvertidas.

Me acordé de mis propias reflexiones, yo siempre me sentía como una dama en apuros esperando ser rescatada por su caballero, René hacía y decía cosas que me hacían sentir que estaba en otro tiempo y lugar, muy lejos del siglo XXI. Le dije a Francine que la creía, pero que no recordaba haber jurado amor eterno.

—No sabes cuánto me alegro, por las dos, de que por fin creas. Ya sabes lo que tanto te ha costado entender, y puede, Diandra, que las cosas tuvieran que ser tan lentas. Ahora ya puedes empezar a ser feliz, a sentirte mejor con respecto a tu salud, si haces lo que debes. A veces olvidamos lo que nos duele, pero en algún momento aparece, también puede ser mediante sueños. Ahora debes irte y recuperar tu vida, la verdadera, la que, tras siglos, por fin dará sentido a tu presencia en esta tierra.

Antes de salir de su casa Francine me dijo que se había deshecho de las cartas, y que mi karma de tipo amoroso estaba llegando a su fin, pero me aconsejó que no me despistara con lo demás, o nos tendríamos que volver a ver las caras, aunque estas, tendrían otro aspecto.

—Te deseo lo mejor. Adiós, Diandra —me acerqué para darle un abrazo.

Me fui muy asombrada, más animada porque físicamente me sentía mejor, y más tranquila después de saber lo que tanto tiempo había ignorado ¡siglos!, me llamé a mi misma crédula y me reí. Todo lo que me había contado la anciana era como haber visto una película habiéndola sentido en carne propia. ¡Yo había sido Eleonor! Me costaba admitirlo, y me hacía sentirme especial.

No le conté nada René. Puede que en algún momento fuera capaz de decírselo a mi madre, pero podía ser un error por mi parte, y causarle a ella algún desequilibrio.

## CAPÍTULO 24

Cuando llegué a Coventry me encontré con más sorpresas; había ido a vernos Sophie. Me alegré de ver que tenía mejor aspecto, parecía recuperada, y deseé que Adam hubiera vuelto con ella. Me explicó lo mismo que ya sabía mi marido, el suyo le había pedido el divorcio pocos meses atrás, y se lo habían concedido hacía una semana. Ya eran libres de nuevo los dos. Quiso darnos la noticia en persona, y también nos invitó a pasar unos días en su casa, le di mi palabra de que en cuanto pudiéramos iríamos a verla, y procuré que no me contara nada más sobre el tema de su divorcio.

Al día siguiente me llevó con su coche al museo, y antes de despedirnos le prometí vernos pronto. Su vuelo salía en dos horas.

A pesar de haber estado intentando evitar hablar de Adam con Sophie, esta me había contado algunas cosas de su ya ex marido. Las estuve recordando toda la mañana, y también pensé que ya nunca tendría en mis manos las cartas, su aspereza al tacto, sus cintas descoloridas, de alguna forma que yo aún no llegaba a entender con mi lógica, y aunque de otro puño y letra, estas, habían sido escritas por mí. Me hubiera gustado guardarlas, pero si Francine se había deshecho de ellas habría un motivo que lo justificara más allá de que ya hubieran cumplido su cometido.

No hubo cambios en mi situación, y tiré los analgésicos a la basura, estaba contenta, ni rastro de inquietud. Realizaba mi trabajo con serenidad, disfrutaba de mis obras favoritas cuanto tenía unos minutos de descanso. Todo lo podía percibir de otra forma, y podía mirar con absoluta tranquilidad la lamparilla con forma de mariposa.

Diandra, mi amor, ya he llegado –escuché a René desde la bañera. No dije nada, y me puse a secarme el pelo. Esos momentos delante del espejo me hicieron recordar las veces que yo me escondía en el aseo queriendo escapar de algo, o cuando me imaginé ya convertida en la señora de Achenza durante mi visita a René en la casa de Bayeux. No era agradable lo que estaba sintiendo, y sin pensarlo me mojé otra vez el pelo.

Tampoco la velada con René fue agradable, él me estuvo contando cosas, me besaba o acariciaba mis manos, pero yo estaba ausente, como si todo aquello no fuera conmigo. En la cama tampoco disfrutaba, y tenía que fingir la mayoría de

las veces. Cuando en ocasiones René se venía arriba, escuchar ciertas cosas por su parte me incomodaba sobremanera, alguna vez hasta la aversión.

Una mañana me fui a ver al señor Edward. La conversación con mi mentor me aclaró muchas cosas, me sorprendió mucho y para bien con sus argumentos. Fue de alguna forma mi padre Jean. El señor Edward en la actualidad tiene setenta y ocho años, aún le sigo visitando, y nunca le estaré lo suficientemente agradecida por todo lo que siempre me ha ayudado.

Solicité unos días libres en el museo, y acordé con Rene ir a ver a Sophie. La mañana siguiente después de llegar a París les dije que me iba a la casa de Bayeux porque quería coger unas novelas. Por el camino fui pensando que ya arreglaría las cosas, que todo iba a salir bien, tenía que confiar en que estaba haciendo lo correcto, como siempre había hecho, o por lo menos intentado, y caí en algo, era respecto a lo que había comentado la anciana en mi última visita a su casa. René, en realidad, solo había sido mi amante, por eso la anciana aun desconociendo muchos detalles nunca le había dado importancia a mi infidelidad. Mi corazón era un caballo desbocado durante todo el trayecto hasta que llegué a la casa.

— ¡Diandra!...

— ¡Adam, mi amor! –dije muy emocionada y le abracé. Tras besarnos ligo rato, con el corazón desbocado y aliviado los dos, Adam me preguntó si ya estaba preparada para ser feliz a su lado.

—A partir de ahora siempre seré feliz, es mi karma.

—Diandra...a diario he recordado tus palabras justo antes de desmayarte en la fiesta, dijiste que me amarías eternamente... — ¿¡Has venido para quedarte, entonces me amas!?

—Siempre te he amado, Adam...siempre he sido tu nena, y aunque yo hasta hace poco no lo supiera, nunca fuimos solo un capricho para el otro como creíamos. Ya nada se interpondrá en nuestro amor.

— ¿¡Y tu marido!?!...

—Quieres decir mi amante –aseveré, y sonreí al recordar lo que me había dicho Francine.

## Epílogo

Esta historia que has leído la he escrito en la actualidad con cincuenta y dos años. Soy inmensamente feliz con Adam, tuvimos una hija a la que llamé Francine, ella y Loren son mis mayores amores, su padre es mi gran pasión. De René solo sé que a lo largo de estos años siempre ha estado solo, es su karma.